

7 DIAS PARA ENAMORARTE

RAFAEL ALCOLEA

7 DÍAS PARA ENAMORARTE

Rafael Alcolea

Copyright © 2023 Rafael Alcolea Rodríguez.

© 7 días para enamorarte

Obra registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Andalucía.

Los personajes y acontecimientos de este libro son ficticios y cualquier parecido con personajes reales, vivos o fallecidos, es pura coincidencia. Algunos datos y hechos de este libro están basados en hechos reales.

No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc. sin el permiso previo del titular de los derechos de propiedad intelectual.

Reservados todos los derechos.

Índice

1. Ese Café
2. La Reunión
3. Cine y ¿Cita?
4. Una casa azul por la tarde, bueno, muy tarde por la tarde.
5. Una madre histérica, una compañera celosa y un ascensor
5. A falta de Victoria’s Secret
6. La Pocachumba, Sor Hortera y la del ascensor madrugan mucho.
7. Camarote para dos.
8. Marsella.
10. Las tres Gs: Génova, Gimnasio y un guaperas.
11. Roma y los tres mosqueteros
12. Éramos pocos y baile del capitán con… ¡Sorpresa!
13. Sicilia, la cosa nostra.
14. Mallorca, back to Spain.
15. La Boda.

Me llamo Leonor Amor, bueno, Leonor Amor Tirado. Esta combinación de apellidos parece premonitoria y no he tenido mucha suerte en el amor. Tengo veintiocho años y ya hace bastante tiempo que he empezado a dejar de creer en historias de amor. Desde que las redes sociales y *Tinder* llegaron a mi vida, mi idea del "felices para siempre" se ha ido diluyendo como un hielo al fondo de un vaso de vodka con naranja.

Estamos de acuerdo que, enseñando literatura universal y lengua castellana en un instituto de secundaria y, repasando a diario muchas de las grandes historias de amor de la literatura mundial escrita por autores como: Shakespeare, Tolstoi, García Lorca, o Gabriel García Márquez, podría considerarse que soy una romántica empedernida. Sin embargo, no es así, bueno, puede que esté un poco loca por las historias de amor. No obstante, quedarme pillada por alguien, es algo surrealista. Algo que no me va a pasar a mí nunca más. Bueno, en realidad, sigo buscando el amor… aunque no lo diga abiertamente delante de los demás. Me encantaría tener una de esas historias de amor que me arrebate y me vuelva del revés, como diría la letra de una canción de mi admiradísima Vanesa Martin; sin embargo, los tíos no buscan ese amor romántico que a mí me gusta encontrar en los libros de los grandes maestros de la literatura. Así que ya hace tiempo que dejé de creer… que no es lo mismo que dejar de buscar. Aunque eso es otra historia… y es parte de mis incongruencias personales, que todos y todas llevamos dentro.

Aunque encontrar el amor ha dejado de ser una prioridad en mi vida. No he tirado la toalla. Sin embargo, ya estoy harta de tener que enfocarlo todo a tener pareja y casarme. Tuve novio durante cuatro años, guapo no, lo siguiente. Me puso los cuernos, así que no pude convertirlo en el padre de mis hijos. Creo que ha sido el hombre más importante de mi vida, ya que ha sido con el que he estado más cerca del altar.

Hoy en día somos amigos. Él anda de un lado para otro del mundo por su trabajo. Tiene infinidad de rollos y parejas, aunque no ha formado una familia aún, si algún día lo hace y tiene un bebé, prometo no volverme loca como la protagonista de *la chica del tren* y acosarlo. Entiendo que, aunque había pasión, no éramos del todo compatibles. Algunos de mis amigos me dijeron que fui yo quien lo achicharré porque piensan que soy muy hiperactiva. Sin embargo, soy una chica que se organiza bastante bien y le gusta aprovechar el tiempo al máximo. No va conmigo eso del "pamplineo", como define mi amigo Raúl a procrastinar. Yo soy más pragmática. En un mismo día, puedo guardar en mi maletero de todo: las cosas para ir a la playa, las cosas del gimnasio para ir después de la playa, ropa cómoda para ir de tiendas y cenar con alguna amiga y otra muda diferente para poder cambiarme e ir a bailar bachata en un local de salsa. Si necesitar dos o tres días diferentes para poder realizar todas estas actividades, que para mí son normales en un solo día libre.

Todas sabemos que los tíos de mi edad, no buscan eso del amor romántico. Solo tienen que tirar de apps para echar un polvo. Ni siquiera tienen que pasar la noche entera en tu cama para disimular. Algunos te borran de la app nada más salir de tu casa. ¡Joder! Que parece que se les va a secar el grifo, y tienen que ir con una y con otra antes de que la época de sequía llegue. Esos mismos son los que cuando llegan a los treinta y pocos buscan mujer como unos descosidos porque todos sus amigos se están casando.

La peor noticia de encontrar un tío que merezca la pena es que tenga novia, bueno, la segunda peor. La primera peor es que sea gay, sea tu mejor amigo, y ahí no hay posibilidad alguna de que la cosa llegue a algún lado. Alguna de estas ha habido en mis últimos intentos…

Hay tipos muy raros en las aplicaciones para encontrar pareja… desde esos que les haces un

match y ya se creen que quieres casarte con ellos, hasta aquellos que nada más verte te preguntan: «¿qué es lo que buscas?», rozándose la entrepierna. A lo que tú les respondes: «un tesoro como tú». El resto de la cita estás deseando que ese café, que por suerte os separa, se evapore lo antes posible. Porque, aunque le envíes mil indirectas de que no estás interesada, al final, cuando os despedís, vuelve a preguntarte si quieres follar o no; así, a la desesperada, como para asegurarse. Después, cuando llegas a casa el WhatsApp echa humo porque el tipo en cuestión te ha mandado más de 30 mensajes preguntándote, de nuevo, si estás interesada de verdad o no. Como si media hora tomando café con él no hubiese bastado para dejarle claro que, para nada, estás interesada.

Lo más paradójico de estas redes sociales es que la mayoría de los chicos están en todas, pero con perfiles diferentes y otras fotografías, con lo cual, cuando crees que puedes encontrar a alguien que te gusta, descubres en realidad que *JP77* es el mismo que *empotrador77* de otra aplicación. Encima, quedaste con él una tarde para tomar una copa y resultó ser un pesado de mucho cuidado. Yo no digo que puedan repetir perfiles en diferentes redes sociales, pero deberían ir de frente. Las chicas somos mucho más sinceras. Solemos utilizar la misma foto, el mismo nombre y los mismos datos, en los diferentes perfiles. De este modo, si alguien está interesado en nosotras, podrá identificarnos con claridad y rapidez en las diferentes aplicaciones. Pero ellos prefieren jugar al despiste porque parece que el deporte nacional entre los chicos es ver con cuantas mujeres pueden acostarse, o con cuantas chicas diferentes pueden estar una misma noche.

Y así, de esta manera, mareando la perdiz, pueden pasar meses y meses sin que tengas una cita medio decente; sin que conozcas a nadie que merezca la pena. Invadiéndote una sensación de vacío y de pérdida de tiempo que te hace desconfiar de todas estas nuevas tecnologías dedicadas a encontrar una pareja.

Es cierto, que varias amigas mías han encontrado el amor de su vida en estas aplicaciones, aunque en realidad no sé si estaban ya un poco desesperadas y es por esto, que el alto grado de desesperación que tenían en el momento en que conocieron a su chico, les ayudó a ser más receptivas, o menos exigentes, y así encontraron pareja. Esto no me sucede a mí, que parece que voy al contrario que todo el mundo. Cuantas más personas conozco en estos paraísos virtuales de sociabilidad, más exigente y menos confiada me vuelvo con los hombres. Tal vez sea un problema mío. No es algo que pueda atribuírsele a fallos en estas aplicaciones, sino todo lo contrario, tal vez es algo intrínseco en mí, que no estoy hecha para estas modernidades, y tenga la pequeña manía o el pequeño defecto de querer conocer a la gente cara a cara antes de enamorarme de ellos.

Quiero empezar por el principio porque soy de montarme pajas mentales, paranoias surrealistas de vez en cuando, y bueno… ya me dirás si tengo razón o no. Yo creo que la mayoría de las veces la tengo, aunque tenga que aparentar que me equivoco de vez en cuando delante de los hombres. Si hay algo que los pone más nerviosos, más que una tía que esté muy buena, es una mujer segura de sí misma. Hay que ser muy hombre para aguantar el tipo ante una mujer que los tenga bien puestos. Y de esos, quedan pocos, pero muy muy pocos… ¡poquísimos!

Ya hace más de siete meses que somos compañeros de trabajo. Los dos llegamos el mismo día a principios de curso al centro escolar: Yo cubriendo una vacante de lengua y él sustituyendo al profesor de educación física de toda la vida que se había jubilado a finales del curso anterior. Es obvio que cuando llegamos, todas, y cuando digo todas, no solo me refiero a todas las mujeres del centro escolar sino, algún que otro hombre también, comenzamos a babear por el profe de

educación física. Por lo visto, el cambio con el pobre buen hombre que había impartido la asignatura de “gimnasia” los últimos veinte años había sido espectacular, así que todas las antiguas del centro estuvieron revolucionadas las primeras semanas del curso escolar.

A mí me pareció mono… tiene unos ojos verdes espectaculares, de esos que si los miras mucho te quedas embobada y olvidas el hilo de lo que estas hablando. Es moreno de piel, por lo que parece estar bronceado todo el tiempo, incluso en plena época invernal cuando todos parecemos extras de Invernalia en la serie *Juego de tronos*. Además, su pelo abundante y negro hace que sus ojos resalten aún más. Es alto, creo que algo más de un metro ochenta y está fuerte, sin ser culturista. Le encanta correr y hacer crossfit, así que se le intuyen las abdominales cuando está en el patio dando clase. No es que yo lo haya mirado mientras mis alumnos hacen algún examen en el aula A14, es que esas camisetas técnicas al sol son un arma pecaminosa del diablo y Edu aún no sabe, o tal vez sí sepa que se le transparenta el torso y el abdomen a pleno sol.

Sin embargo, aparte de su físico, al principio me pareció un poco sosito. Así que pronto perdí el interés. Además, a mí nunca me han gustado los hombres tan guapos. Yo los prefiero del montón, pero más divertidos o que tengan conversación.

Jamás me ha atraído el físico de un hombre, más allá de Brad Pitt, George Cloney o Chris Hemsworth. De acuerdo, ¡lo admito! Me fijo en le físico de un chico, como todas, pero no tanto. Para mí no es primordial. El físico es lo primero que entra por los ojos, pero no es lo más importante. Yo diría que es lo tercero en lo que me fijo. Primero está su simpatía, luego su inteligencia y después vendría el físico. O ¿era al revés? O ya no me acuerdo… bromas aparte, el físico de Edu es impresionante, pero no llegaba a sentir esa electricidad estática que te pone los vellos de punta las primeras veces que hablamos. Es obvio que me quedaba boquiabierta como nos pasaba a todas, pero más allá de la atracción sexual de querer empujarlo contra la pared y arrancarle la camiseta de deporte, no sentí nada más.

1. Ese Café

Como siempre, bajo tarde hacia la sala de profesores. En serio, no entiendo cómo hacen los demás profes para teletrasportarse hasta allí. Yo no tengo tiempo de recoger la Tablet, apagar la pizarra digital, guardar los rotuladores en el estuche, responder a las últimas dudas de los alumnos más aventajados o las de los más cortados, que no se atreven a hacerlo con la mano levantada en mitad de la clase. Es lo que tiene la adolescencia, muy cortados para algunas cosas y muy poca vergüenza para otras.

Tengo una hora de guardia, pero cuando llego, ya no hay nadie en la sala de profesores. Recorro los ordenadores buscándolos, pero no hay ni rastro. La sala está atípicamente vacía, de repente, de detrás de unas taquillas, sale una voz que me sobresalta, haciendo que el montón de diccionarios que llevo en los brazos caiga al suelo por el repullo.

—Creo que todos se han ido a cubrir a algunos profes que faltan. Me han dicho que te quedes aquí por si surge algo más. Perdona si te he asustado —sonríe—. Por lo visto, eres la que se mete en más clases de tu hora de guardia, así que hoy te dejan algo de tiempo libre.

—¡Ah! vale, gracias. No te preocupes, creía que no había nadie. —me excuso, recogiendo los diccionarios del suelo, aún con el bolso, la Tablet, y toda la parafernalia colgada encima. He visto árboles de navidad con menos adornos colgados que como yo estoy en esos momentos.

—Oye, perdona, ¿tú eras tutora de un cuarto de eso, ¿verdad?

—Sí, de cuarto D ¿por qué?

—¿Te apetece un café? —pregunta levantándose y cogiendo el manojo de llaves del gimnasio y su móvil.

—Sí… ¡vale! Espera un momento que recojo y ordeno un poco mis cosas. Voy a dejar una nota por si alguien me necesita.

—No te preocupes, le diré al conserje que si surge algo nos avise en la cafetería. Yo tenía clase ahora, pero se los han llevado al teatro. Así que tengo tiempo de comentarte algo; más bien es una propuesta…

Me quedo boquiabierta… ¿qué tendrá que proponerme este con tanto misterio ahora?

Nos sentamos en una esquina de la cafetería, a esas horas solo estaba María, la encargada de suministrar bocadillos saludables, bebidas sanas al alumnado, y tratar de conservar el distintivo “healthy” para el bar del centro escolar. Los alumnos preferían al antiguo matrimonio que regentaba la cafetería, y sus mogollones con mayonesa y beicon grasiento, las chocolatinas, los chicles... pero todo eso pasó a mejor vida cuando la Junta de Andalucía decidió instaurar hábitos de vida saludable entre los jóvenes tras el último estudio de obesidad infantil y la adolescencia del ministerio de salud.

—¿Nos pones dos cafés? Por favor.

—Sí, enseguida. Leo, ¿un mitad, como siempre?

—Sí, por favor; con sacarina.

—Lo sé... —sonrió—.

He probado de todo: estevia, azúcar moreno, sucralosa, sirope de agave, pero lo que más me gusta en el café o en el té es la sacarina, y si puede ser líquida mejor. Odio eso de estar dándole vueltas y vueltas al café hasta que la pastilla blanca se deshace. Para cuando se ha deshecho en el fondo, ya me he tomado el café más amargo del mundo; lo detesto. Eso es porque, en realidad, el

café en sí no me gusta. Me encanta cuando está dulce. Me ocurre lo mismo con la cerveza, que no me gusta amarga, por eso pido Radler o coronitas con limón. No me gustan los sabores muy amargos. No sé, supongo que soy un poco "mild", es decir, me gustan las cosas un poco a medias. Incluso con la carne, si me traen una carne poco hecha, la devuelvo hasta que esté un poco chamuscada. ¿Qué le voy a hacer? Yo soy así. No me gustan los sabores tan intensos.

Edu se sienta a menos de un metro de mí y clava sus increíbles ojos verdes en mí. Tengo que sacar el móvil a modo de defensa, simulando que me ha entrado un correo o un WhatsApp y tengo que contestarlo. Como que es cuestión de vida o muerte, aunque en realidad, lo que necesito es no mirarlo a los ojos fijamente, o la mandíbula se me va a desencajar de abrir tanto la boca. No quiero mostrar sentimientos hacia él que ni yo misma llego a admitir.

—Verás. Resulta que...

«Ay Dios mío que se me va a declarar... que ha notado algo especial en mí, que no puede dejar de pensar en que haríamos buena pareja y quiere meterme la lengua hasta la campanilla…».

—Ha salido la propuesta del viaje de fin de curso de 4 ESO...

«¡Dios mío! Era eso... ¡vaya mierda! Ya estamos en marzo, es verdad, lo había olvidado; el viaje de los cojones. ¡Cómo pasa el tiempo! A mí no. No me cogen ni loca. Todos los años me he librado y este no va a ser diferente. Paso de perder más de la mitad de la Semana Santa cuidando de adolescentes y, encima, fuera del país».

—Y como tú eres tutora de un cuarto, hablando con la directiva del centro, hemos pensado que tú podrías ser perfecta para acompañarlos este año.

«¡Jajajá! Cayó la bomba. ¡Ni de coña! ¡Bah! No estoy yo aguantando niñatos hasta casi el viernes santo, ni por un millón de euros».

—Bueno... y acompañarme a mí también. Como jefe de departamento de extraescolares, pienso que este sería un buen año para involucrarme más en el viaje que todos los años se organiza en el centro. —Dice mirándome de arriba abajo con esos dos ojazos color agua tropical —, la verdad es que aún no sé el destino que les puede interesar a los alumnos. Está claro que los chicos quieren salir al extranjero, pero eso podríamos decidirlo entre todos. Bueno, ¿Qué te parece?

«¡Uhum! Yo ya ni lo estoy escuchando. Más bien estoy pensando en que ese buenorro me ha elegido a mí entre el resto de profesoras de todo el claustro del IES Los Cortijos para acompañarle, y sin saber bien por qué, he borrado la descabellada idea de los adolescentes liándola en el autobús, avión, hotel, y el tener que aguantarlos, cuidarlos y velar por su integridad física y, por qué no, mental también, durante una semana, solo porque me ha dicho que él va también».

—Verás... no lo tenía en mis planes. —Comencé, volviendo a la realidad, y tratando de ser políticamente correcta.

—¡Anda ya! Tú, ¡Anímate! Verás qué bien lo pasaremos. Estoy seguro que haremos buenas migas. Nos llevaremos genial, tengo esa corazonada. Hay que congeniar para organizarlo todo, y contigo tengo un pálpito. Además, tu tutoría te adora. Se llevan genial contigo. ¿Qué me dices?

Me quedo callada unos instantes. El silencio nos rodea, trago saliva porque este es uno de esos momentos que sabes que vas a cometer una locura de la que luego te vas a arrepentir mucho tiempo, pero, sin embargo, te tiras a la piscina, aunque no haya agua. Aunque ni siquiera haya un poquito de agua que te llegue a los tobillos y que pueda amortiguar el guarrazo que estás a punto de pegarte.

—Bueno... de acuerdo, iré contigo... es decir, con vosotros … al viaje.

Edu sonríe y unas atractivas arruguitas se formaron alrededor de sus ojos. Si parece hasta simpático después de todo… No solo es un físico espectacular, una voz penetrante, unas manos...

—Te he entendido.

Me pongo roja. Gracias a la buena fortuna, María llega con los cafés en ese preciso instante, salvándome.

—Pues ya está, ¡el equipo completo!

—¿Cómo? —pregunto sorprendida. Creía haber sido la primera a quien se lo había propuesto, y ahora resultaba que soy la última.

«Muy mal, pero que muy mal. A tiempo estoy de decirle que es broma, que me arrepiento».

—Sí, verás. Nos acompañarán Maribel de religión y Ana de tecnología. Ellas se encargarán del 4º B y C porque les dan clase. En principio, creo que vendrán unos ochenta alumnos. Tu curso será el más numeroso, porque casi todos quieren ir. Además, cuando se enteren de que vienes al viaje, seguro que querrán venir más alumnos. Sobre todo, para compensar a las otras profesoras... tú ya me entiendes —dice subiendo una ceja.

«No me lo puedo creer. "La Pocachumba" y "Sor Hortera" vienen al viaje también. Encima voy yo y me apunto voluntariamente. Tan solo porque ese Adonis me lo ha pedido. Tantos años detrás mía para que los acompañase al viaje en otros centros, y siempre me he negado. Incluso con compañeros que he tenido en otros centros y que ahora están en este mismo centro. Por ejemplo, Zita, que además es mi amiga. Me va a matar cuando se entere».

Edu se bebe el café de un trago y se levanta.

—María, apúntame los dos cafés y luego vengo y te pago.

—De acuerdo —vocifera la muchacha detrás de las neveras.

—Muchas gracias, Leonor. No te vas a arrepentir. Lo vamos a pasar genial, ya lo verás—me guiña un ojo y se marcha.

Me quedo embobada mirándole el culo. Escucho un carraspeo detrás de la barra. Es María sonriendo.

—Mujer, cierra la boca que te van a entrar moscas. Está bien que el hombre tiene un buen culo; me gusta hasta a mí… incluso me hace replantearme mi sexualidad algunas veces. Pero se te nota demasiado...

Sonrío sin admitir o desmentirlo. Recojo mis cosas atropelladamente. Tengo que volver a la sala de profesores. Estoy de guardia y como surja algo y no esté para cubrirlos, mis compañeros van a matarme.

Ya en casa. Los WhatsApp entran atropelladamente en la bandeja de mensajes de mi móvil. Hace una tarde de perros y no puedo salir a jugar al pádel, quedar con Zita para dar una vuelta o ir a tomar algo en alguna terracita. ¡Con el buen tiempo que hizo la semana pasada! Miro para ver de quién son los mensajes cuando suena mi móvil. Es Zita. Seguro que está desesperada por salir y no hacerle caso a esa montaña de exámenes que siempre tiene pendientes. No sé cómo lo hace, bueno, sí lo sé. Les manda a los niños cientos de trabajos, investigaciones, redacciones, exámenes, tareas por *Classroom*, etc. Y así no hay manera de descansar.

—Eres una perra hija de puta traidora. —Es lo primero que escucho al otro lado del teléfono cuando descuelgo. Zita es la educación y las buenas maneras personificadas cuando está enfadada.

—¿Zita? ¿perdona?

—¡Qué cabrona eres, tía! Te lo pide el musculitos, ese, el sin cerebro de educación física, y le

dices que sí a la primera. Se te caen las bragas ¿y ya está? No me puedo creer que vayas al viaje de fin de curso, y nunca has querido venir conmigo cuando te lo he propuesto. Siempre dándome mil excusas: que, si tengo un viaje en mente, que, si estoy con ansiedad, que necesitas descansar de alumnos…

—Déjame que te explique… yo creía que era la primera a quien se lo pedía… Le iba a proponer que vinieses tú también. De hecho, podríamos proponérselo…

—¡Y una mierda! Yo paso de ir con la de religión o la de tecnología. Además, que los puestos ya están cogidos. He escuchado al jefe de estudios hablando con el de educación física. Seguro que les mandan la carta a los padres para la autorización con vuestros nombres en breve. Leo, llevan detrás mía más de un mes y he pasado de ellos porque sé que tú no ibas a venir y paso de jodernos otra semana santa. Pensaba que este año íbamos a hacer el camino de Santiago… —Me reprocha, resoplando al otro lado del teléfono.

—Ufff… es verdad, lo había olvidado. Ahora me has hecho sentir mal... Estoy por decirle que no voy y punto. El compañero me ha pillado fuera de juego, perdona.

—Seguro que te ha mirado con esos ojitos de corderito y tú no has podido negarte. Reconoce que estás pillada por él.

—¡De eso nada!

—Leo, me di cuenta en la comida de Navidad. No le quitabas ojo, y eso que el sustituto de matemáticas estuvo tonteando contigo todo el tiempo. Además, vi cómo Edu pasó de ti ese día. Siempre tiene a varias tías revoloteando alrededor recordándole lo simpático que es y lo bueno que está. De verdad que vomitaría si estuviese con un tío así.

—Bueno, cada uno tiene sus gustos.

—Lo admites entonces; te has pillado.

—No. Me parece muy atractivo, es simpático, educado, divertido, muy atento… bueno, vale, algo me gusta.

—Ni siquiera sabes si tiene novia, pareja, aunque yo creo que es un picaflor. Ese tiene que tener el *Tinder* petado.

—No tiene *Tinder*.

—¿Cómo? ¿Ya lo has buscado?

—Hombre… si te parece.

—Pues eso solo puede significar dos cosas o que tiene pareja o que folla sin necesidad de apps, lo que es todavía peor para ti.

—¿Qué hago, Zita? Le digo que no voy, ¿no? —pregunto medio suplicando.

—Mira, Leo. Que sepas que eres un zorrón y una malísima amiga. Desde esta mañana has salido de mi top 3 de *best Friends.*

«No puedo creerla. Me ha sacado del top 3. Eso es muy fuerte. Nuestro “top 3” es el mini grupo de mejores amigas, y yo jamás había bajado siquiera del puesto 2. Zita tiene otras dos mejores amigas: Una de su pueblo que es con quien me disputo el reinado de las mejores amigas, una tal Ramona a la que no conozco. Y otra, casi siempre la tercera, Marta, “la empotradora”, la profe de matemáticas y que sin saber bien por qué, Zita la ve muy graciosa, y siempre le da lástima por los problemas que tiene… Aunque, ahora que lo pienso, yo soy un poco como Marta. También estoy todo el día metiéndome en líos y, además, dependo de ella para desahogar mis penas. No obstante, bajarme del tercer puesto de las mejores amigas es algo que siempre decimos en broma, pero que nunca hacemos».

—¿Lo dices en serio? No creía que el viaje te pudiese afectar tanto…

—No me toques las palmas… A ver, he estado detrás tuya todo el curso escolar para irnos de viaje con los de cuarto y siempre me has dado largas… pero bueno, eso ya lo solucionaremos con un regalo bueno, una cena muy cara y barra libre después. Lo que quiero decirte, es que, si el chaval te gusta, acepto que vayas al viaje por si puedes ligártelo… ¡qué le vamos a hacer! Soy una romántica arrepentida por culpa de las novelas de Elisabet Benavent o Megan Maxwell. Ya va siendo hora de que te centres, que tienes veintiocho años —se ríe al otro lado del teléfono.

—Pero si tú tienes treinta y cuatro…

—Ya, pero yo he tenido muy mala suerte en la vida amorosa… soy una soltera incomprendida que solo busca el amor verdadero.

—También tienes un poco la culpa tú…

—¿Yo? ¿Perdona?

—Eso de querer mudarte al piso del primer tío con el que follas dos veces tendrá algo que ver con que salgan corriendo en la tercera cita. Nunca mejor dicho, Zita… ¡que los espantas!

—Mira quién fue a hablar… la que se lio con dos tíos la misma noche.

—Perdona, eso no es cierto. Con uno me morree solo.

—Sí, pero al otro te lo follaste. Te recuerdo que era mi coche en el que os metisteis en el descampado ese detrás de la discoteca para echar un polvo.

—¡Uhum! ¿Has terminado ya de restregarme errores por la cara…? Con amigas como tú… no hacen falta enemigas.

—Pero bueno, te he llamado yo porque estaba indignada… y, ¿cómo le has dado la vuelta a todo para que yo sea la que tenga que pedirte perdón a ti?

—Perdona —le digo con voz melosa—, ¿me perdonas?

—Ummm, vale. Pero, ¿Qué haces esta tarde? Está lloviendo, ¿no?

—¿Corregimos?

—Paso. ¿Unas cervezas en lo de Jordi?

—Venga, va. Pero, entonces, hoy tampoco voy a Pilates…

—¡Anda ya! Déjate de actividades… eres hiperactiva.

—A las ocho y media que me dé tiempo de recoger un poco y corregir los exámenes de segundo de bachillerato. Como les diga otra vez más que no he corregido sus exámenes, me van a sacar los ojos.

—Venga a las ocho mejor, invitas tú porque todavía sigo muy muy enfadada.

2. La Reunión

Después de dos semanas, en las que cada día me sigo arrepintiendo de mi espontánea decisión, llega la tradicional, y odiosa, reunión con los padres de los alumnos. Esa reunión es tediosa y los padres te atiborran a preguntitas estúpidas del tipo:

¿Los niños tienen que llevar mucho dinero? o ¿las habitaciones son mixtas? o mi hija necesita dormir con la luz encendida, así que búsquenle a tres compañeras a quienes no les importe que tenga la luz encendida toda la noche.

Después de hablarlo con el encargado de la agencia de viajes, decidimos reducir las posibilidades del viaje a tan solo dos. Todos estamos de acuerdo en que cuantas menos opciones se les dé a los padres, y a los alumnos, mejor. Decidirse entre dos opciones bien diferentes simplifica mucho las cosas, y no eterniza esta primera reunión. A menudo, son las frustraciones por no haber viajado les empuja a los padres a proponer lugares inverosímiles. Sin embargo, la mayoría de los estudiantes huyen de las opciones propuestas por sus padres, mayormente para no tener que aguantar batallitas acerca del lugar a visitar, y que los frían a preguntas sobre si vieron este u otro museo que a sus padres encantó.

Nosotros barajamos dos posibilidades de viaje: Viajar por Italia durante una semana, visitando ciudades como Roma, Venecia o Milán; a priori la opción más cómoda por ser la que todos los años se ha realizado en el instituto. Ya se conocen los hoteles, los itinerarios, y a los guías de las diferentes ciudades. Y una segunda opción: un crucero por el mediterráneo. A priori la opción más extraña, pero que una vez razonada, tiene muchas ventajas. El crucero es la propuesta de Edu. Al principio nos quedamos mirándolo con cara de: «¿Tú estás loco? ¿Ochenta adolescentes en alta mar?»

Sin embargo, después nos lo razonó e incluso, nos convenció más que la de todos los años.

—Dentro de un crucero, los alumnos no podrán escaparse en mitad de la noche para ir a cualquier parte de la ciudad mientras estemos durmiendo, regresar por la mañana borrachos, detenidos, o sabe Dios qué cosa podría sucederles. Ese tipo de viaje significa pasar una semana sin poder pegar ojo. En cambio, en el barco, es obvio que no podrán escaparse como podrían hacer saltando de alguna ventana baja del hotel. Dentro del barco hay mucho personal de seguridad, incluso van de paisano, confundidos entre los pasajeros del crucero y en cuanto vean a un grupo de jóvenes armando jaleo los envían a su camarote. Además, como no es temporada alta, la mayoría del pasaje serán personas mayores. Obviamente, esto no se lo vamos a contar a los alumnos en la reunión, o no querrán venir. Los jóvenes quieren más jóvenes para estar de fiesta. No obstante, La naviera solo permite que dos grupos de jóvenes naveguen juntos para que no se desmadren por el barco. Dos grupos son controlables. De esta manera, estarán muy vigilados, no solo por nosotros, sino por todo el personal del barco que solo los dejará entrar en aquellas instalaciones para las que tengan la edad. Por ejemplo, no podrán ir al casino, ni a la discoteca de mayores de dieciocho años, tampoco podrán beber porque en el barco no hay dinero como tal, ni tarjetas de crédito. Tan solo tenemos una tarjeta del barco que abre nuestras habitaciones y que es la misma en la que cargan todo lo que consumimos dentro del barco. Por eso, no les permitirán beber alcohol porque la tarifa de todo incluido que tienen los estudiantes, no incluye bebidas alcohólicas.

—¿Y las nuestras? —interrumpe Ana contrariada.

—Las nuestras sí, Ana —sonríe Edu— de todas formas.

—Yo tampoco bebo, ¡nada de nada! —, se apresura a aclarar Maribel de religión.

—Ya lo suponíamos… —deja caer Ana. Maribel la mira arrugando las cejas.

Es el primer zasca que la de tecnología le da… pero supongo que no va a ser el último en todo el viaje. Edu continúa para que las dos no se enzarcen en una discusión tonta.

—Además, la discoteca de los menores no tiene bebidas alcohólicas, por eso no hay problema de que puedan beber. Yo mismo me ofrezco para quedarme con ellos en la disco si vosotras estáis muy cansadas.

«La verdad, no me lo imagino yo con tanta marcha. Eso habrá que verlo».

—Pero podrán meter alcohol en el barco y después mezclarlo con las bebidas de la discoteca… —Añado en voz alta, casi sin pensar.

—Claro, pero para eso les vamos a pedir a los padres que revisen y supervisen ellos mismos lo que meten sus hijos en las maletas. Sé que en el puerto se pasa control de rayos X, y sabéis cómo está la cosa con los líquidos desde los atentados del once de septiembre. Así que al alumno que pillen metiendo bebida en el barco, pierde el dinero y se queda sin viaje. Sus padres tendrán que venir a recogerlo a Valencia. Por otra parte, en el barco deberán ser puntuales a la hora que les indiquemos para salir de excursión. El crucero viaja de noche para llegar a puerto a primera hora de la mañana. En el puerto nos esperará un autobús que nos llevará de excursión a recorrer las distintas ciudades. También hay un estricto toque de queda para la hora de retorno al barco. El crucero no espera, y si alguien se queda atrás, el barco zarpará sin esas personas. Por favor, si al final gana la opción del crucero, hay que hacer hincapié en eso. Así que más les vale no entretenerse y no perder el autobús de regreso. Todas estas razones que os estoy exponiendo, para mí, son ventajas a favor del crucero ante el viaje tradicional en una ciudad. Además, nos permitirá visitar muchos más lugares y países. ¡Les va a encantar! Encima, como el barco viaja de noche, nos quitamos el latazo de los eternos viajes de autobús, tren o a pie. Os recuerdo que son ochenta adolescentes y que cuando uno quiera hacer pis, otro se habrá mareado y otro querrá parar porque tiene hambre. De esta manera, el tramo más largo de viaje en autobús serán las seis o siete horas hasta Valencia, de donde zarpa el crucero.

La compañera de religión ha hecho campaña por el viaje a Italia. Quiere visitar el Vaticano sí o sí, así que cuando Edu le comenta que el crucero hace una parada de un día completo en Roma y que aquellos alumnos que lo deseen, podrán visitar el Vaticano con ella, se guarda sus protestas y empieza a ponerle otra cara a la idea del crucero.

Está claro que Edu sabe venderse y vender lo que quiere. No creo que ni los niños, ni los padres pongan objeción alguna a la propuesta del crucero.

Por lo visto, en el viaje de hace unos años, varios alumnos escaparon por las ventanas del hotel, uno cayó al suelo y acabó en el hospital. Sor Hortera tuvo que volverse a España con él en avión. Para más inri, los padres se negaron a pagar el billete de la profesora cuando acompañó al menor de edad. Fue un disgusto tremendo para la profesora y para el equipo directivo del centro, que tuvo que hacerse cargo del billete de la profesora, puesto que los padres “cara dura” del alumno solo pagaron el billete de su hijo. Otro año, unos alumnos abrieron los extintores en un hotel de París. Por lo tanto, el instituto tuvo que hacerse cargo y adelantar el dinero de los gastos de limpieza de la planta al completo; más de cinco mil euros fue la gracia que tuvieron que repartirse los padres de las cinco “criaturitas” autoras de la broma parisina.

Por todas estas malas experiencias en diferentes hoteles europeos, los cuatro profesores consideramos que debíamos convencer a los padres de que elegir el crucero como la opción más “segura” para sus hijos y para nuestro instituto, que incluso ya está vetado en alguno de los

hoteles de los turoperadores de viajes de fin de curso por el mal comportamiento de nuestro alumnado.

—¿Estás lista? Creo que las madres más cañeras están en tu tutoría. No creo que nadie se atreva a reprocharle muchas cosas a Ana. Mira la cara que tiene… ¡me da miedo hasta a mí! —sonríe Edu—, las madres adoran a Maribel. Incluso le ha dado la catequesis a la mitad del alumnado del viaje. Y yo…

—Tú eres el hombre, aunque suene machista, es algo a tu favor. Supuestamente, el jefe de extraescolares tiene potestad para que el alumno que no tenga buen comportamiento no vaya de viaje de fin de curso; aunque sobre eso deberemos hablar más adelante… y, además, eres el profe "guay" de educación física… Así que ni las madres, ni los pocos padres que asistan, te protestarán mucho…

«Por no hablar, de lo bueno que estás y que a más de una madre le gustaría meterse contigo en tu camarote una noche de mar recia, cuando todo en el barco se menee de arriba abajo».

—Así que me temo que seré yo el objetivo de todas las preguntas que no se atrevan a haceros a vosotros. Lo pillo, no te preocupes. Ya tengo mis tablas lidiando con los padres… ¡que yo he trabajado en algún centro de compensatoria!

—¡Uy, uy! Chica dura con aspecto de ángel… ¡me gusta!

No sé por qué, pero empiezo a notar que me sonrojo. No sé qué contestar y se me ocurre preguntarle a Ana si el PowerPoint está listo. Si el ordenador tiene Internet para poder conectarnos online y enseñarles a los padres el itinerario del viaje.

—Sí, todo está listo. Solo queda comprobar que el cañón funciona. Si queréis puedo ir yendo para el salón de actos y compruebo que todo está OK.

—De acuerdo. Voy contigo para ayudarte. Además, de camino, paso por la sala de profesores y recojo la lista de los alumnos de mi grupo que quieren ir al viaje y sus autorizaciones. Tengo que comprobar que tengo copias suficientes.

Nos disponemos a salir hacia el salón de actos y Edu me llama. Le miro y está sonriendo socarronamente.

—¿Leo, podrías sacarme veintidós copias más de esa maravillosa autorización, que estoy seguro has hecho para tus alumnos? Soy un desastre y he olvidado imprimir la mía. No me va a dar tiempo ir hasta el despacho de extraescolares, imprimirla y hacer las fotocopias. ¿Querrías? Porfa —Me pide inclinando la cabeza hacia la derecha levemente, y con las manos unidas a modo de súplica, poniendo cara de niño bueno.

—Sí claro. —Respondo de manera autómata, siempre dispuesta a compartir mi trabajo con los demás compañeros y ayudarles; no va ser diferente con él.

Camino unos pasos más y recapacito. Me doy cuenta de que parezco boba, accediendo a lo primero que me pide como si fuese su criada—. ¡Oye, perdona! ¿Esta no será la dinámica que vas a seguir durante todo el viaje de fin de curso…? ¿Otros trabajamos y tú te limitas a organizarnos?

—No, por supuesto. No seas tan susceptible. ¡Es solo contigo! —me guiña y se da la vuelta.

La reunión comienza media hora después de lo planeado. Citamos a los padres a las cinco en punto de la tarde, pero los corrillos en el patio del centro escolar para saludarse, preguntar por la salud, comentar los últimos cotilleos, las protestas porque no les ha dado tiempo de echar la siesta en condiciones, se forman mucho antes. Otros murmuran sobre si tenían que llevar a los hermanos pequeños a extraescolares antes de la reunión, que es una hora muy mala, que debía haber sido más tarde… esto provoca que, pasadas las cinco y media, aún no estemos todos

sentados en el salón de actos. Por suerte, Henry, el representante de la agencia de viajes, y quien nos va a explicar en qué consiste el viaje, les comunica a los padres que, si no empezamos ya, no podrá dar la charla. En una hora tiene que marcharse porque viene de lejos.

Todo el mundo se queda embobado cuando el hombre les explica las características del crucero de lujo de la compañía MSC. Describe todas las instalaciones: teatro, piscinas, jacuzzis, discotecas, salas de videojuegos, casino, una oferta lúdica que más quisieran tener muchas ciudades para sus ciudadanos. Todo un universo lúdico para satisfacer el disfrute y descanso de sus cruceristas. Henry nos enseña unas fotos de los increíbles camarotes, algunos de ellos con terraza propia, aunque algunos de los camarotes de los alumnos no llevan terraza, tan solo una claraboya a modo de ventana que es lo más seguro y conveniente para evitar la tentación de pasarse de habitación en habitación por las terrazas exteriores del barco, con la consecuente peligrosidad de que alguno de ellos caiga al mar desde una altura de nueve o diez pisos. La agencia de viajes tiene experiencia en organizar viajes de fin de estudios para adolescentes, así que, ha minimizado los riesgos de realizar un viaje tan largo con ochenta impredecibles hormonas con patas.

De Málaga a Valencia viajaremos en autobús. Los profesores resoplamos porque es el trayecto más trabajoso. En Valencia cogemos el crucero que zarpa hacia Marsella (Francia). Al tercer día, llegamos a Génova en Italia. Después, el cuarto día, la excursión estrella: Roma, la capital de Italia que todos quieren ver. El quinto día navegamos hasta Palermo en la isla de Sicilia. El sexto día vamos a la isla de Cagliari en Cerdeña, para llegar el séptimo día a Palma de Mallorca y finalmente a Valencia; de ahí regresamos en autobús hasta Málaga de nuevo.

Empecé a marearme de solo pensar en recorrer islas diferentes y navegar por tres países, España, Francia e Italia con ochenta adolescentes…

«¿Dónde cojones me he metido?» —Digo en voz alta.

—¿Disculpe? —pregunta Henry, el responsable de la agencia de viajes. ¿Ha dicho algo?

Se escucha un murmullo en el salón de actos, pero nadie dice nada, todos esperan a que yo intervenga. Miro el micrófono que estaba pegado a mi brazo y me doy cuenta de que la luz de encendido parpadea en color rojo brillante. Lo he puesto a funcionar sin darme cuenta con el codo. Creo que me voy a morir por dentro, espero que los padres no hayan escuchado esa barbaridad.

—No, no, disculpe, se ha encendido solo. Lo apago y alguna madre resopla desde las filas de atrás. El agente de viajes continúa explicando las excursiones incluidas y las que realizaremos los propios profesores con el alumnado sin necesidad de un guía turístico para abaratar costes.

—No te preocupes, no se ha entendido bien —me susurra Edu, mientras Henry sigue hablando por su micrófono.

—¿Perdón?

—Digo que solo se escuchó “me he metido” … lo de cojones y eso solo lo he escuchado yo que estoy a tu lado. Edu empieza a reírse y se le saltan las lágrimas tratando de aguantarse. Yo le doy un manotazo en la pierna por debajo de la mesa, y la presidenta del AMPA nos mira perdonándonos la vida. Seguro que está pensando que hace falta valor para confiarles a su hijita durante tantos días.

Cuando acaba toda la presentación, llega el turno de ruegos y preguntas. Entonces, se desata la tercera guerra mundial. Todos quieren preguntar, aunque la mayoría de las preguntas son del tipo: ¿tiene que llevar dinero? y ¿cuánto? ¿Hay secador en las habitaciones? ¿Qué pasa si una niña se pone mala con la menstruación…? etc.

Se procede a la votación, antes de aclarar más dudas. No procede perder el tiempo elucubrando situaciones hipotéticas e inverosímiles si no se va a contratar el viaje en barco. Tras el recuento de votos a mano alzada, casi todos los padres y la mayoría de nuestros alumnos que también se encuentran en el salón de actos, votan que el viaje de fin de curso de este año sea en el crucero por el mediterráneo.

«Habemus crucero, ¡oh my God!» —Pienso, mientras Edu estrecha la mano con Henry efusivamente y los padres se felicitan por la decisión tan acertada que acaban de tomar. Yo no me lo tomo de la misma manera. Miro sus caritas desde el pequeño escenario donde estamos sentados y necesito beber un trago de agua para recapacitar de cómo y por qué he llegado a esta situación.

«¡Dios mío! Si yo no tengo ni hijos… ¿Cómo voy a adoptar a ochenta "criaturitas" durante una semana?» Siento que un bochorno me sube desde abajo hasta la cabeza. Me pongo colorada y empiezo a sentir un tremendo calor en la cara.

«No es momento de que te marees. No te puede dar una lipotimia aquí, ahora, delante de más de un centenar de personas. Bebe agua, relájate, contrólate.»

Las piernas me tiemblan y pienso en aprovechar el revuelo para levantarme y excusarme para ir al baño. Necesito echarme agua en la cara. Me está dando un pequeño ataque de ansiedad. Cuando me dispongo a levantarme para salir de prisa de manera que la menor cantidad de personas me vean salir, escucho de fondo la voz de Edu dándoles la enhorabuena a los padres. No me puedo creer que ya haya cogido el micro, lo tengo justo a mi lado, ahora todos miran hacia donde estoy.

—¡Parece que nos vamos de crucero! —Vitorea efusivo—. Antes de comentarles las normas y todo lo que sus hijos deben llevar en sus maletas, el dinero que tenemos ahorrado de las papeletas de Navidad y la venta de mantecados, os quiero presentar a las magníficas compañeras que acompañarán y velarán por sus hijos durante este viaje. Ya las conocéis, pero… vamos con las presentaciones.

«Maldita sea! Va a empezar por mí, ya es tarde para marcharme. El calor es insoportable, veo moverse las cosas a cámara lenta a mi alrededor. Necesito echarme agua en la cara o soy capaz de caerme redonda al suelo».

Antes de que diga mi nombre, hago lo que puedo para tratar de recomponerme: cojo el botellín de agua, lo abro para echarme un poco en la mano y refrescarme la nuca con disimulo.

—Ella es la tutora de cuarto D y profesora de Lengua y Literatura española, un fuerte aplauso para Leonor Amor.

Edu me acerca el micro con tanta premura que trato de cogerlo cuando aún no he soltado el botellín de agua de la mano izquierda. Mi mano derecha aún está mojada por el agua que me he echado en la nuca y en las sienes, así que cuando el cable del micro roza mi mano mojada, siento un calambrazo en todo el brazo que me hace lanzar el micro por los aires, y cayendo bruscamente contra la mesa. El sonido se acopla de tal manera, que deja sordos a todo el público del salón de actos, y yo me echo el botellín de agua encima de toda la ropa. El agua se extiende por la blusa color "nude" tan ideal de Massimo Dutti que llevo puesta, haciendo que se convierta en "desnude"; en vez de simplemente nude. Me levanto de golpe al sentir el agua fría y veo que la blusa es tan transparente que se podrían dibujar los encajes de mi sujetador desde la última fila del salón de actos. Entre el calambrazo, el bochorno y el ridículo, solo hago lo que puedo para salvar un poco mi dignidad: salir corriendo.

Trato de sortear las sillas de mis compañeras para bajar por el lateral izquierdo del escenario

atravesando, como puedo, una jungla oscura de cortinas, mesas apiladas detrás del escenario y el equipo de sonido que está estratégicamente allí camuflado. Justo antes de irme corriendo, levanto la cara un poco y dejo salir un débil: “discúlpenme”. Eso no me permite mirar al suelo. Como consecuencia, cuando estoy llegando a las escaleritas que bajan del escenario, no me doy cuenta que llevo enredado el cable de micrófono de Maribel en el tobillo. Inevitablemente, entre lo angosto y oscuro que está la parte trasera y el cable que empieza a tirar de mi tobillo, no me permiten agarrarme a nada y antes de que pueda reaccionar, bajo rodando por los tres escaloncitos que suben al escenario, cayendo de bruces en el suelo. Antes de mirar si me he partido un diente, me he abierto la cabeza o se me ha salido una rodilla, grito a todo el mundo desde detrás del escenario que estoy bien, y así, tranquilizar a los cientos de “ohhh” y “ostias, se ha matado” que llegan a mis oídos.

Me levanto como puedo, casi arrastrándome, como mi dignidad. Antes de que me trague la tierra, que es lo que deseo, intento levantarme del suelo medio a oscuras. Entonces, unos brazos fuertes me agarran en volandas y me ayudan a subir.

—¿Estás bien?

Ni siquiera quiero abrir los ojos. Reconozco la voz de Edu. Siento que quiero morirme de la vergüenza. Menudo ridículo he hecho…

—Sí, sí, estoy bien. Necesito… disculpa… —le digo zafándome de sus brazos, sin dejarle reaccionar. Trato de salir por la puerta trasera del salón de actos, pero, como no, está cerrada. La empujo furiosa y frustrada tratando de escapar de allí y dejar de hacer el ridículo. Ahora, tendré que salir por la puerta principal y pasar por delante de las dos primeras filas para abandonar el lugar. Me apresuro hasta la puerta del salón de actos y salgo como una exhalación. Desde el patio del instituto me dirijo hasta las escaleras que conducen a los baños más próximos. Por el camino me encuentro con uno de los niñatos más impresentables de segundo de la ESO. Sus padres y su hermana están en la reunión.

—Profe, menudo guarrazo, ¿no? En los grupos todos están hablando de eso. Eres la “trendint topic” del instituto.

Le miro de arriba abajo, sin contestarle, y me introduzco en los baños. Me miro en el espejo y me hecho agua en la cara. Vaya ridículo más espantoso. Siento ganas de no salir de allí hasta que la reunión se acabe. Ir a la sala de profesores, coger el bolso de mi taquilla y marcharme a casa. Miro el lavabo y veo una gota de sangre, me miro el codo y veo que está sangrando. Me he destrozado el codo, se me ha levantado la piel. Cojo papel y agua, me lo curo como puedo hasta que deja de sangrar. me duele un montón y empieza a inflamarse. Me miro la cara y tengo el pómulo derecho colorado. Me toco y me duele. Se me va a poner morado. Necesitaría hielo. Paso unos minutos dentro del baño debatiendo si debo regresar o no. Finalmente, decido marcharme. No merece la pena regresar. Que terminen ellos la reunión. Cuando me dispongo a escribirle un WhatsApp a Edu para comentarle que no me encuentro bien y que me voy, mi teléfono empieza a vibrar: es un WhatsApp de Maribel.

Por cierto, tengo el número de Edu del grupo de WhatsApp del profesorado. Un grupo peor que el grupo de WhatsApp de madres y padres, que no duerme ni descansa 24/7, aunque se acordó que ni por las tardes, ni durante los fines de semana se iba a subir nada que no fuese estrictamente del trabajo. La realidad es que se suben anuncios para vender una moto, enlaces de cocina, videos de memes, etc…

{Oye, ¿estás bien? Las madres están preocupadas por si te ha pasado algo. Algunas de tu tutoría quieren preguntarte más cosas.}

{Sí, estoy bien. Ya voy} Escribo, resignada.

Podéis imaginar la expectación que despierta una profesora que regresa a una reunión de padres magullada, con el la blusa manchada de sangre, despeinada y con el maquillaje de la cara churreteado después de haberse lavado la cara medio a oscuras y haberse secado con el papel de lija del váter de un instituto público. Cuando entro, Henry, el muchacho de la agencia, está respondiendo a una pregunta sobre el pago del viaje, así que todos parecen muy atentos a él. De repente, todos me miran y empiezan los cuchicheos. Entonces, el joven deja de hablar, y le pasa el micrófono a Edu.

—Bueno, ya parece que tenemos de vuelta a la tutora de 4ºD. ¿Todo bien? —pregunta justo cuando camino detrás de mis compañeras para tomar asiento. Me aseguro de no pisar ningún cablecito o de tropezar con alguna pata de la silla.

—Sí, todo bien —respondo breve, sin dar más explicación.

—Creíamos que te habías matado, ¡chiquilla! —grita Rosa, la presidenta del AMPA. Cuatro de sus hijos han pasado por las aulas del instituto y Adrián, que está en mi tutoría, es el último que le queda.

—No, que va… —me excuso como si nada, como si no hubiesen sido testigos de mi caída—. Es solo que he notado que me ahogaba y necesitaba salir fuera a toser y respirar algo de aire, con tan mala suerte, que he tropezado con un cable, pero estoy bien; no ha sido nada. —Sonrío, y al hacerlo, noto que el pómulo se sigue inflamando, puesto que, al reír, noto que un bulto me tapa medio ojo.

Todos me miran, sin creerme. Trago saliva. Ahogo mis ganas de confesarles que no me apetecía nada de nada ese viaje de fin de curso y aguantar a sus hijos durante ciento sesenta y ocho horas.

—Si tenéis alguna pregunta, este es el momento —les indico, sintiendo que el pómulo me palpita de dolor. Cuanto menos quiero que se me note, más ganas tengo de tocarme. El párpado empieza a temblarme por los nervios.

Una madre levanta la mano, mientras, noto cómo el folio del itinerario del crucero se levanta de la mesa cuando le acerco el micrófono. Lo tengo pegado por la sangre que ha vuelto a salirme del codo. Rápidamente me lo quito y siento más dolor. Veo que Ana me mira de reojo y empieza a reírse. Trata de aguantarse y parece que está convulsionando. Tiene que darse la vuelta y hacer como que está buscando algo en su bolso para que los padres no la vean partirse de risa. Yo la miro de reojo y me entran ganas de estrangularla.

—Verás, Leonor, ¿puedo tutearte, ¿verdad? Como somos más o menos de la misma edad… —se escucha un murmullo generalizado, porque esa señora tiene una hija de dieciséis años y pasa ya los cuarenta y cinco por lo menos.

—Sí, dime, por supuesto—suspiro, resignada.

—Querría saber si los camarotes serán mixtos o los chicos y las chicas estarán separados. Porque mi Laura… mi niña… ya sabes, ella solo está con sus amigas, y no me gustaría que… en fin, estuviese en la misma habitación, bueno, con los chicos. Ya sabes que las muchachas a esta edad tienen mucho pudor… para cambiarse y eso. Si tienen que hacerlo delante de los chicos, pues les da corte. Yo sé que, si son camarotes mixtos, ella no va a querer ir. Además, que yo me quedo más tranquila si solo duerme con chicas en la misma habitación, porque están en una edad que… ya sabéis—dice mirando al resto de los padres— que los chicos solo piensan en una cosa…

Varios alumnos, y alguna que otra madre, la miran con una sonrisa maliciosa porque Laurita

tiene fama de todo, menos de santa. Ya ha estado saliendo con varios alumnos mayores de mi tutoría y con algún otro de otras clases. Cosa que a mí me parece perfecto. Que las mujeres jóvenes tengan la libertad de explorar su sexualidad con cuantos compañeros o compañeras quieran, al igual que hacen los chicos, pero de ahí a que su madre pinte a Laura como de santa, que es una niña que solo está con chicas y centrada en sus estudios, pues como que no. Nadie en el salón se lo cree. En seguida, muchos padres le responden.

—Pero vamos a ver, Remedios, que estamos en el siglo veintiuno. No vengas a contarme milongas. Tu hija está con los chicos igual que todas y todos. Salen los fines de semana y regresan tarde. Están de fiesta y pueden estar los unos con los otros durante esas noches en coches, en celebraciones de cumpleaños, en casas rurales y no nos asustamos. Y ahora, porque van a un viaje de estudios, ¿hay que guardar las apariencias? ¡Venga ya, mujer! ¡Basta ya de ignorar la sexualidad de nuestros hijos! Muchos de ellos tienen diecisiete años, todavía son menores, pero de verdad, ¿crees que ya algunos no han tenido ya relaciones sexuales?

Ante la pregunta tan incendiaria para algunos padres y alumnos de la sala, y viendo que el debate se va a ir por otros derroteros, más lejanos que la mera información sobre el viaje de fin de estudios, me apresuro a responderle y cortar por lo sano las posibles protestas a las afirmaciones de ese padre.

—Los camarotes no serán mixtos, Remedios. Los alumnos se agruparán en camarotes de cuatro chicos y cuatro chicas. El profesor Eduardo se encargará de los camarotes masculinos y nosotras tres de los femeninos.

—En el caso de que algún camarote debiera ser mixto porque los números de chicos y chicas no cuadren y no puedan dividirse entre cuatro, pediremos alumnado voluntario para formar ese camarote mixto. Posiblemente, entre alumnado cuyas familias sean muy cercanas o sean familia, solo si se da el caso.

—¡Mi hija se ofrece voluntaria para ir en ese camarote si hace falta! Me parece una tontería a estas alturas la división chicos y chicas; si de todas formas se van a mezclar todo el tiempo. ¿O pensáis que no habrá trasbordos de alumnos de unos camarotes a otros en mitad de la noche? —apunta el padre de Esther, la alumna más popular de todo cuarto de la ESO. Ese hombre es orientador en el otro instituto. Y aunque dice toda la verdad, a veces, es demasiado directo con el resto de padres.

—Miguel, para eso estamos nosotros, para velar que eso no ocurra. Los alumnos estarán advertidos de que eso no puede hacerse. En caso de que no cumplan las normas, que en breve les enviaremos a las casas, pues tendrán una sanción grave; igual que si estuviesen en el instituto. Piensen que el crucero será una extensión de nuestro centro educativo y que se deben seguir las orientaciones del profesorado en todo momento; de no ser así, tendrá consecuencias a nuestro regreso del viaje. —Advierte Ana, con su natural cara de pocos amigos. Nadie se atreve a rebatirle.

—Leonor, soy la madre de Francisco Javier, me gustaría confirmar que los alumnos no pueden llevar bebidas, ni tabaco. Mi hijo ni fuma, ni bebe, pero lo digo por los demás, para que no se den situaciones complicadas en alta mar.

Todos vuelven a sonreír, porque la mayoría ha visto a Francisco Javier fumando por los alrededores del instituto antes de entrar a clase, encima ya ha tenido más de un parte grave por fumar en los aseos. De nuevo, la hipocresía se impone para defender a los hijos y presentarlos como modelos de conducta delante de los demás padres. Craso error. Aquí todos se conocen.

—Verás Francisca…

—Llámame Paqui, por Dios, que Francisca me echa años encima —me interrumpe riendo.

—Pues eso… Paqui, —continuo, sintiendo ganas de decirle: "pero si tu hijo es el mayor fumeta del instituto", pero me muerdo la lengua—, en todo el barco está prohibido fumar, sino tengo entendido mal —miro al agente de viajes quien asiente con la cabeza.

—En efecto, está prohibido fumar en todo el barco, hay detectores de humo sensibles, y si alguien es pillado fumando dentro del barco, podría ser expulsado del mismo en el siguiente puerto.

—Además, los alumnos no podrán beber, como hemos dicho antes, y por supuesto, no podrán llevarse bebidas alcohólicas desde casa. Ya hemos hablado del escáner al embarcar en Valencia.

—Si hace falta, después de cada visita a una ciudad, los profesores registraremos las mochilas de los alumnos para evitar que introduzcan nada de bebida en el barco. Les advierto a los alumnos que están aquí presentes, que cada vez que regresemos al barco de una excursión, pasaremos estrictos controles para preservar la seguridad de todos. Eso incluye identificación y pasar nuestros objetos personales por una máquina de rayos de nuevo. Como cuando en el aeropuerto vamos a volar en un avión. —Advierte Ana, un poco cansada ya de las preguntas redundantes de los padres—. ¿Alguna otra pregunta? Verán toda la información les va a ser enviada por medio de sus hijos, así que, una vez la puedan leer y revisar, si surgen más dudas, estaremos encantados de ayudarles.

—Una última pregunta, por favor.

—Sí, ¿dígame? —interviene Edu.

—Verá. Mi hija no está acostumbrada a salir o a viajar sola. Así que me preguntaba… si yo podría acompañarla, pagando mi propio billete, por supuesto —aclara la señora.

Se escucha un murmullo generalizado.

—Usted misma lo ha dicho, su hija no suele salir sola, ni viajar sin su presencia. Por eso mismo, este viaje es tan importante, para que los alumnos empiecen a desenvolverse por sí mismos, practicar idiomas y empezar a ser más responsables. Este viaje les permitirá comparar otras culturas y países para que se despierte en ellos el gusanillo de viajar, de ampliar fronteras y descubrir que más allá de los padres o su ciudad, existe un mundo lleno de posibilidades. Esa es la razón por qué se llama viaje fin de estudios del alumnado de la ESO. Por esto, solo está permitido para el alumnado de nuestro centro que acaba esta etapa educativa. Lo siento mucho, pero creo que este viaje sería una oportunidad perfecta para que Milagros comience a abrirse al mundo. —Edu ha sido arrolladoramente claro y comienza a recoger los papeles—. Creo que podemos dar por terminada esta primera reunión sobre el viaje de fin de estudios, les agradecemos su asistencia y colaboración. ¡Buenas tardes!

3. Cine y ¿Cita?

Faltan dos semanas para irnos de viaje. Todos los preparativos me han tenido bastante inmersa en el instituto. He tenido que corregir de madrugada, prepararme las clases durante el fin de semana, así que, como todo en mi vida personal, a mi madre la he tenido un poco abandonada.

Hoy, que salgo un poco antes, he quedado con ella para comer fuera e ir al cine. Es una amante de los centros comerciales y, de El Corte Inglés, en particular. Podría pasarse horas y horas deambulando de la peluquería, la cafetería, las tiendas de ropa y el hipermercado. En general, le chifla cualquier centro comercial. Su afán por encontrar ofertas y gangas, aún incluso fuera de la temporada de rebajas, la hacen bucear en estanterías y córneres habilitados para los más audaces compradores. A veces, aparece con un plumón de la nieve amarillo pollo, aunque ella jamás haya ido a la nieve, ni sabe esquiar. Su excusa siempre es la misma: "Niña, estaba tirado de precio, me ha costado veintinueve con noventa, ¡una ganga! No podía dejar que esa arpía rubia que estaba al lado se lo llevase." Cuando le pregunto para qué quiere ella eso, me responde que ya lo usará, que eso se lleva mucho, que yo no estoy a la moda. Además, si no lo usa, siempre lo podrá regalar a alguna de sus amigas por su cumpleaños. No quiero ni imaginarme a la pobre de Clotilde con ochenta y cuatro años colocándose su plumón amarillo pollo hasta los tobillos. Mamá es así, y todos los que la queremos, hemos aprendido a quererla tal y como es; hace tiempo que hemos desistido de intentar cambiarla.

Mi madre tiene la vitalidad de un adolescente, aunque ya tiene su edad; no la digo, porque podría matarme y desheredarme, en ese orden. Tiene "taitantos", como ella dice.

Le apetece ver esa película romántica, que han estrenado hace poco, en la que dos chiquillos se enamoran, pero no pueden tocarse porque tienen una enfermedad respiratoria cuyo contacto podría ser mortal para los dos. Un dramón romántico de adolescentes, que no tengo la menor idea de por qué se empeña en ver. Yo prefiero alguna comedia, algo que no tenga que ver con adolescentes, por supuesto, pero… le prometí que le dedicaría este lunes, y ella elije la película. Yo tengo ganas de ver la película esa de la que todo el mundo habla ahora, es un thriller erótico, pero verlo con mi madre me daría bastante vergüenza. No por mí, sino por ella.

No quiero ni acordarme de la vez que fui con ella a ver la última de la trilogía de *50 sombras de Grey*. Dios mío… parecía una jovenzuela en celo cada vez que Jamie Dornan aparecía en la pantalla, gritándole: "tío bueno" "qué bien te hizo tu madre" y otros improperios. Un bochorno absoluto. Hasta las muchachas más jóvenes tuvieron que volverse y decirle: "Señora, por favor, que parece un camionero desatado". Lo peor no es eso, lo peor fue ir con mi tía Purificación, que va de moderna, pero en realidad se corta bastante. Yo la veía de reojo hacerse cada vez más y más pequeñita en el asiento, a medida que las exaltaciones a Jamie Dornan iban subiendo de tono. Al final, se marchó del cine en una de las escenas del cuarto rojo alegando que debía ir al baño. Cuando la vi coger todas sus cosas, supe que no regresaría, que me dejaría allí con la versión equis de mi madre. Pobre tía Purificación, yo que quería sacarla de sus documentales de animalitos de la dos, sus cafés con las amigas después de misa e introducirla en el mundo de los placeres femeninos más actuales, que conociese que hoy en día la mujer también reclama sus fantasías y necesidades sexuales con naturalidad; que ya no solo es el hombre el que alardea o hace públicos sus deseos sexuales. Está claro que ellas son de otra época, bueno, menos mi madre, que parecía una milenial desatada en la sala, así que pensé que esa película en la que el

hombre se muestra como un rol dominante, les sería más familiar, y poco a poco, ya les hablaría yo de que hoy en día una mujer es muy capaz de darse placer a ella misma, buscarlo, y a otra cosa mariposa. Hoy en día, no hace falta un noviazgo de seis años y un matrimonio de cuarenta para poder tener sexo. Al final de la película, cuando se encendieron las luces, la gente del cine no miraba los créditos de la película, buscaban con la mirada el asiento de la "loca desatada" que no había parado de vitorear las escenas más eróticas de la película. Cuando salíamos, algunos muchachos incluso la felicitaron: "señora, se lo ha pasado bomba". El color de mi cara iba del magenta al púrpura, subía y bajaba a medida que alguien se acercaba a hablarle. Ella no se cortaba. Les narraba cuánto le había gustado el muchacho de la película, y que si la hubiese pillado con unos años menos… ese hombre no se iba de rositas. Al salir del cine, nos encontramos con mi tía Purificación sentada en la cafetería con un libro en su regazo. Al ver que mi madre salía de la sala escoltada por decenas de personas como si fuese la mismísima Beyoncé en el centro comercial, agachó la mirada e hizo como si no nos conociese.

—Ya sabes… tu hermana—le dije, mientras mamá se despedía de todos los jovenzuelos que habían visto la peli. Menos mal que no había ningún alumno mío entre ellos.

—Calla, calla… ¡qué vergüenza!

—¿La película?

—¡No! ¡Tu madre! Vaya espectáculo ha dado.

Mi madre es una madre muy especial. Vive sola, siempre ha sido muy independiente. A veces, nos pasamos días sin llamarnos por teléfono, y casi siempre tengo que ser yo la que llama. Siempre me dice lo mismo: "iba a llamarte ahora mismo, ¿tienes telepatía?" aunque de fondo se escuche a una persona del bingo cantando números en la asociación de mujeres del barrio.

Mi padre falleció hace tres años y ella no quiso venirse a vivir conmigo; cosa que agradezco, en parte, porque nos llevamos como el perro y el gato. Creo que es la única persona que puede sacarme de mis casillas en menos de treinta segundos. Sobre todo, cuando llevamos varios días sin habernos visto.

"¿Qué llevas puesto? Esa ropa es muy ajustada. ¿Cuánto hace que no vas a la peluquería…? ¿Tienes novio ya? ¿Cuándo me vas a hacer abuela? Mira que yo no soy como esas actrices del cine que parecen echadas en formol, que yo cualquier día te doy un disgusto…"

Y así, hasta un sinfín de elogios hacia mi persona y mis circunstancias vitales que me hacen pensarme mucho el ir a verla. Cuando decido visitarla o pasar el día con ella, la tarde anterior suelo hacer yoga. Así me relajo, visualizo nuestro encuentro y me cargo de actitud positiva antes de verla. Sin embargo, todo ese buen rollo "Zen" desaparece en cuestión de instantes cuando empieza a minarme la moral con sus comentarios sarcásticos y me absorbe toda la energía positiva en cinco minutos.

Después, resulta que en el fondo es un amor de mujer. Me prepara mis comidas favoritas, se preocupa por mis cosas, me cose los bajos de los pantalones, me compra mucha comida, que después me caduca porque no sé qué hacer con cuatro tarrinas de arándanos, seis manojos de zanahorias o tres kilos de pechuga de pollo que suelo olvidar congelar, eso por citar algunos ejemplos. Es muy exagerada comprando, sobre todo, si ve que está bien de precio. Y aunque le regaño y le digo que no me compre semejante cantidad de lo mismo, se limita a decirme que está en oferta, que no iba a dejarlos allí para que se lo llevase otro.

Esta mañana ya le he enviado tres audios de WhatsApp en los que le indico la hora a la que voy a pasar a recogerla. No los ha visto. Estoy segura de que es por culpa del avioncito ese que sale "solo" y le estropea al móvil. Para nada es que ella suele activar el modo avión porque no

para quieta. Decido llamarla, consigo contactar con ella a la tercera llamada, casi me quedo sin recreo y sin desayuno por contactar con ella. Trato de ser clara y concisa con las instrucciones, pues me queda poco tiempo del desayuno. Le indico que me espere abajo, en el portal, para no tener que subir a la casa y así tardar más mientras me enseña las cosas nuevas que ha comprado o los cambios de mobiliario que ha hecho. Para mi madre no existe Ikea, existe el chino de la esquina. Ella se trae todos los cachivaches que aparecen como novedad en esa tienda. Unas cortinas del baño con unos ramajes rojos y fucsia, muy bien de precio, una estantería verde que no pega con el resto de muebles, pero que es muy cómoda porque alcanza a todo. Una manta eléctrica con las instrucciones en mandarín, pero que son imprescindibles para pasar el invierno sin resfriarse, aunque tiene calefacción. Ella compra todo lo que s ele ocurre, o lo que escucha de sus amigas. Después, lo pone, y al cabo de pocas semanas se harta y lo regala.

Cuando llego, veo que no está abajo en el portal. La calle es estrecha y no puedo entretenerme mucho tiempo en doble fila. Suspiro. Arranco de nuevo cuando viene un vehículo por detrás. Buscar aparcamiento a las dos y cuarto de la tarde en su calle es casi misión imposible. Tengo suerte y encuentro un aparcamiento cerca. Decido subir a buscarla porque si la llamo va a ser peor. Cuando llego arriba, todo está cerrado, no hay ni rastro de mi madre. Su perfume aún inunda la entrada de la casa, así que hace poco que se ha ido. No puedo ni imaginar que se haya olvidado y haya decidido salir a dar su paseo diario. Entonces, me suena el teléfono y veo su foto alegre sonriéndome desde el contacto del Iphone, parece recochineo, pero es que era la foto en la que estaba más alegre y decidí ponerla en su contacto.

—Leo, ¿dónde te metes? Llevo aquí en la calle casi media hora. ¿Vas a venir? ¿Por dónde andas? —Pregunta inquisitoriamente, como perdonándome la vida.

—A ver mamá. Yo estoy aquí arriba en la casa

—Pero, ¿qué haces ahí arriba? ¿No habíamos quedado abajo?

—Mamá —digo respirando profundamente para no ponerme nerviosa— he estado abajo y no había nadie en el portal.

—¡Ah no! Eso sí que no. Que yo llevo aquí casi media hora sentada en el murito este, con el culo más helado que un candado y tú no has aparecido.

—A ver, ¿murito? ¿Qué muro, el de detrás del bloque?

—Sí, aquí donde espero siempre a tu tía Puri cuando me recoge para ir al médico. Yo de aquí no me he movido, y eso que estoy empezando a tener ganas de orinar, que tengo ya el chochete frío.

—Mamá, esa es la parte de atrás del bloque. Habíamos quedado aquí, en tu portal, no el del otro lado, el trasero. Así no tendría que haber buscado aparcamiento. —Me aparto el teléfono para que no me escuche gruñir— ¡Esperate ahí! Bajo en seguida.

—Mejor espérate tú ahí que voy a subir a orinar. Después de todo el tiempo que me has tenido esperando… ahora te aguantas y me esperas.

—Mamá, quedamos a las dos y cuarto en el portal y la reserva en la trattoria italiana del centro comercial es a las dos y media. De esta manera, nos da tiempo de entrar al cine a la primera sesión, la de las cuatro y cuarto; te conozco y después querrás entrar al hipermercado y acabamos muy tarde. Yo mañana trabajo y tengo un montón de cosas que hacer antes de irme a la cama.

—¿No habíamos quedado a las dos menos cuarto? Yo juraría que dijiste a menos cuarto… aunque como me llamas siempre corriendo, en medio de la calle, tal vez no te entendí bien. Voy para arriba.

Llegamos al restaurante a las tres menos diez. El dueño me mira y señala su reloj con el dedo. Ese restaurante italiano es pequeño y tiene mucha demanda, solo puedes ir reservando con bastante antelación. Es el favorito de mi madre y, Francesco, el dueño, ya nos conoce, por eso no ha dado nuestra reserva a otra pareja ya. El camarero nos señala una mesa para dos junto a la ventana, la favorita de mamá. Ella dice siempre que es la mejor, por las vistas, y está mas separada de las demás. A ella no le gusta tener a las demás mesas rodeándola, casi dándose codo con codo con los demás y sin intimidad para hablar, porque te estás enterando de la discusión de la parejita de al lado.

Mi madre abre la carta del restaurante y se pone a revisar todas las columnas de entrantes, primeros platos, segundos platos y postres que ya conoce de memoria. Se coloca bien las gafas justo cuando el camarero se acerca para tomarnos nota.

—Yo quiero una copita de lambrusco, joven —le pide sin levantar la mirada de la carta— después, de entrantes, tomaremos un poco de bruscetta, y nos trae un platito de afettati, otro plato de queso de burrata y Parmesano Reggiano. Yo me pediré lasaña de espinacas y una pizza cuatro formaggi. Y tú, Leo, ¿qué vas a tomar?

—A ver Mamá, en primer lugar, por favor, borre el lambrusco y tráiganos una botella de agua grande del tiempo. Me tomaría una Radler, pero no voy a beber delante tuya, tú no puedes probar el alcohol. Ya te lo dijo el internista, mamá.

—El otro día dijo un médico en el programa de Ana Rosa que una copita de vino al día alarga la vida… ¡cómo se nota que quieres acabar conmigo pronto!

—¡Mamá! —le recrimino delante del camarero que parece divertido con nuestra batalla dialéctica— tampoco vamos a pedir tantos entrantes, podemos probar la bruscetta que te gusta tanto, y creo que con la lasaña de espinacas ya está bien para ti. Si quieres yo me pido la pizza de cuatro quesos y así podemos compartir. ¿Qué te parece?

—¡Aguafiestas!

—Está bien, tráiganos eso, por favor.

Mamá se lanza a por el bollo de pan y los picos que están en la cesta de los cubiertos sobre la mesa. Tengo la tentación de regañarle, pero no quiero abrir la caja de Pandora, de nuevo. La dejo feliz, rumiando sus picos y regañás, aunque después tenga que aumentar un poco su dosis de insulina. De todos modos, me ha dicho que esta mañana caminó una hora y estoy segura de que esta tarde andaremos más de diez mil pasos por el centro comercial, para compensar los excesos de la comida.

—¿Qué quieres hacer después del cine, mamá? La película acaba a las seis. Si quieres podemos ir al hipermercado o de tiendas. No creo que nos dé tiempo a ambas cosas.

—¡Pues claro que sí! Yo solo tengo que devolver una falda en Cortefiel, que hay unas niñas muy saladas y te atienden de momento. No creo que tardemos mucho.

—Mamá, te conozco. Después te lías y estamos una hora en la tienda.

—¡Tú siempre igual! Tan ocupada, con tantas prisas. Hija no tienes tiempo para tu madre… Así no se puede vivir. ¡Relájate o te va a dar algo!

Suspiro, miro mi móvil ahora que nos han traído los entrantes y las bebidas, y está distraída. De lo contrario, me recriminaría que esté usando el móvil en la mesa, como si tuviese quince años. A ella le da igual que tengas diez o cien años, nos regaña a todos.

Miro el WhatsApp y veo que tengo varios chats con mensajes. De repente, me fijo en el WhatsApp de Edu y compruebo que me ha escrito dos mensajes hace quince minutos. Me apresuro a abrirlo.

{Hola, Leonor. ¿Estás libre esta tarde?}

Antes de leer el siguiente mensaje noto un paro cardíaco. No puede ser. El pulso se me acelera y presiono tan fuerte el teléfono que cierro la aplicación antes de leer el siguiente mensaje. Vuelvo a abrirla y mi madre me mira de reojo.

{Era por si podíamos quedar sobre las ocho en algún bar y discutir los alumnos que irán finalmente al viaje, los que han pagado… en fin, cuadrarlo todo. Bueno, ya me dices. Si no puedes, no pasa nada. (emoticono de carita guiñando)}

Estoy segura de que ese emoticono significa algo más…, es como una invitación a algo más, ¿no?

Le escribo, pero sin mostrar mucho interés:

{Eh… vale. Estoy comiendo fuera, y salgo del cine sobre las seis. Hago unas compras, y te veo a las ocho en…}

Tampoco hay por qué decirle que estoy con mi madre septuagenaria comiendo en el centro comercial. Prefiero que se imagine que tengo la vida social de una influencer y que no paro de quedar con gente todo el día. Ya sé que suena un poco patético, pero cuando intentas gustarle a alguien no quieres parecer aburrida o que no tienes amigos. A mí me da palo quedar con algunos de esos que, en *Pof* o *Badoo,* lo primero que te sueltan es que están aburridos porque no tienen amigos, me suenan a raritos; así que al final no quedo con ellos.

Suena el móvil, lo miro, y me ha contestado. ¡Que subidón! Parecía que estaba esperando mi respuesta. Me encantan los hombres y las personas en general, que responden rápido a los WhatsApps, bueno, menos cuando estás en la ducha, depilándote o haciendo tus necesidades, ahí tienes excusa, pero por lo demás; casi siempre hay que responder rápido. Bueno, y cuando te quieres hacer la interesante, que esperas una hora o así para responder, pero no más tiempo, porque esperar demasiado puede significar que la otra persona pierda el interés o se busque un plan alternativo. Dejar a la otra persona sin el doble check una media hora creo que es lo ideal.

{¡Perfect! Nos vemos en el Marylin a las ocho. Esta cerca del insti, creo que lo conoces porque te he visto desayunar allí}

«¡Dios mío! OMG!»

El camarero llega con la pizza y la lasaña, pero no le hago ni caso cuando me pide que retire los cubiertos para dejar el plato y tenga cuidado porque está que pela. Yo sigo a lo mío, analizando el mensaje que me acaba de enviar Edu, y todo el lenguaje subliminal que conlleva; para eso soy filóloga.

«Te he visto desayunar allí… Eso quiere decir: o que me espía, o que está pendiente de por dónde ando. Interesante…»

Es curioso todo lo que podemos llegar a decir de manera inconsciente en nuestro discurso si alguien analiza con detenimiento lo que decimos. Ardo en deseos por contestarle algo insinuante: "¿y tú cuándo me has estado vigilando, malote?" Pero en vez de eso le envío un:

{OK}

A secas.

Quiero escribir a Zita y contárselo, pero mi madre ya está carraspeando y lo siguiente será lanzarse contra mi yugular como no deje el teléfono. Quiero dejar el teléfono encima de la mesa y prestar atención a mi buena madre, pero como no cabe porque me acaban de poner un gigantesco plato de pizza, se me cae al suelo. Entonces, apoyo el antebrazo en el "aldente" plato de loza recién sacado del horno para agacharme y cogerlo. Le doy un manotazo a la botella del agua que acaba estrellándose contra el suelo, mientras grito como una descosida por la

quemadura de tercer grado que acabo de hacerme. El ambiente romántico y sereno de la vieja Italia del bucólico restaurante acaba de desvanecerse, y todo el mundo está mirando hacia nuestra mesa con cara de asombro. Los que están más cerca revelan una sonrisilla maliciosa al verme soplarme el antebrazo.

—Y así siempre… —le dice mi madre al camarero cuando viene a fregar y barrer el estropicio. Empiezo a comer y no levanto la cabeza del plato hasta que acabo por la vergüenza.

«¡Dios! ¡Qué patosa soy!

Aunque sobra comida, mi madre insiste en pedir palomitas de colores antes de entrar al cine. Sin embargo, no puede porque es diabética, así que al final la convenzo para comprar un paquete pequeño de las normales. Es como una niña pequeña, hay que estar negociando todo el tiempo con ella. Se adelanta furiosa y enojada por no haberse salido por la suya, saltándose el control de entradas del cine.

—Señora, señora, ¿su entrada?

—Ya se la doy yo, disculpe.

—Pero espere, señora, no siga andando que le indico cuál es su sala.

—Ya la encontraré yo sola. De todas formas, no hay tantas salas, si aquí no hay nunca ni un alma… lo raro es que sigáis abiertos con las entradas tan carísimas. Vosotros seguid así que mira lo que le pasó al Zara…

—Disculpe, hoy no es su día. El muchacho me recorta las entradas y ni siquiera se molesta en indicarme dónde está la sala número cuatro. Solo emite un leve bufido de desprecio.

Durante los tráilers la dejo hablar. Parlotea sobre la sinrazón de haber visto todas las películas que están anunciando para el mes que viene. No sé cómo lo hace, pero tiene la capacidad de viajar en el tiempo y regresar al día actual. Antes, trataba de convencerla de que tal vez era una historia parecida que ella había visto en la tele y que en el cine no hay nada nuevo inventado, o que a veces hacen remakes de películas antiguas, pero que las han actualizado. Ya he desistido de hacerlo. Según ella, esa misma película la vio la semana pasada, ni más ni menos que en Canal Sur.

Ponen el tráiler de la nueva película de Batman, y mi madre suelta en voz alta:

—¡Anda Batma! Esos son los de los animalitos a los que vota Manuela, la vecina de arriba.

Las pocas personas que nos acompañan en la sala se ríen.

—¿De qué se ríe esta gente, Leo?

—Mamá, este es Batman, un superhéroe de cómic. Lo que vota la vecina manuela es PACMA.

—¡Ah! Ya decía yo que no pegaba que metieran anuncios de política sin estar en campaña electoral. Perdona hija —dice bajando la voz— es que me he confundido al escuchar bacma, además como salían muchos murciélagos y una gata dando brincos por los tejados, creía que eran los de los animalitos esos que vota Manuela.

Cuando empieza la película consigo que se quede callada cinco minutos. No obstante, pasados los minutos iniciales…

—¡Chis! Esta es otro *reveis* de esos que tu dices.

—¿Qué hablas, mamá?

—Que esta también la vi yo hace muchos años, le han hecho una versión de esas de *reveis* que tu dices. Vaya si son vagos los del cine. Ya podían hacer una película nueva de vez en cuando.

—Mamá, o te callas, o nos vamos de la sala. No quiero que nos echen como la última vez que

te reíste tan fuerte que llamaron al vigilante del cine. Lo peor fue que te reías a destiempo, cuando ya había pasado todo lo gracioso y claro, parecía pitorreo.

—¿Qué quieres, hija? Cuando me enteraba… ya sabes que a mi edad yo tardo un poco más en coger las cosas.

—La pobre… ¡qué voy a hacer con ella!

Toda la vida, mi madre me ha repetido una y otra vez un refrán un poco odioso:

"Una mujer bien compuesta, quita al hombre de otra puerta."

Hasta ahora no me he preocupado demasiado por mi físico, ni he hecho deporte o dieta excesiva. Soy delgada por genética, no hay más que ver a la termita de mi madre que tengo al lado, devorando palomitas, sin embargo, está en los huesos. No obstante, de un tiempo a esta parte, he cambiado el concepto de cuidarme. Aunque no solo lo entiendo como algo que hago por la opinión de los demás, sino para mí misma. Entiendo que verme bien es bueno, no obstante, aún no estoy entrando en esa especie de consumismo por el físico que hoy día nos aborda por todas partes; desde el cine o la publicidad, hasta la música. No hay más que encender la tele para ver esos cuerpos endiosados en todos los programas, anuncios y series que después nos exigen a los demás españolitos normales de a pie. Así que, a pesar de estar en desacuerdo con esa esclavitud al cuerpo, entiendo que hay que cuidarse dentro de unos límites razonables.

Ahora, suelo salir un par de veces a la semana a correr una media hora. Hago Yoga, y, a veces, también nado. Últimamente, he dado clases de pádel, me gusta muchísimo, pero no es algo que me obsesione. Es parte de mi hiperactividad. He descubierto que el deporte me tranquiliza y me ayuda a canalizar toda esa energía que me acababa guardando dentro y hacía que siempre estuviese de los nervios.

Cuando terminamos de ver la película, entramos en más de diez tiendas de ropa. Mi madre se prueba todas las prendas que encuentra por su camino, y les hace mil preguntas a las dependientas hasta hartarlas. La miro y no entiendo cómo puede seguir estando tan flexible a su edad. Tras cambiar, recomprar y volver a devolver una falda, nos dirigimos a su tienda favorita de productos de belleza, donde tarda una eternidad en decantarse por un producto capilar por el que le clavan la friolera de sesenta euros. Ella es así, unas veces regatea el precio de los puerros hasta el último céntimo de euro, y otras, se vuelve derrochona. Son las siete y cuarto, he quedado con Edu a las ocho, y me gustaría dejar a mi madre en su casa, pasar por la mía para darme un retoque o cambiarme de ropa y ducharme si hace falta. Llevo con esta ropa desde por la mañana. Ahora que lo pienso, la misma ropa con la que Edu me vio en el instituto esta mañana. Es innegociable, tengo que pasar por casa a cambiarme sí o sí. No obstante, tenemos que entrar en el hipermercado, o cualquiera la aguanta en el camino de vuelta.

—Mamá, mucho me temo que solo tenemos veinte minutos para que cojas lo que te urja más. Tengo una reunión a las ocho.

—¿Veinte minutos? ¡Madre mía! ¿Cómo voy a comprar todo lo que me hace falta en tampoco tiempo? —lloriquea mientras saca una lista interminable de su bolso. No sé cómo le caben tantas cosas ahí dentro. Es un misterio digno de resolver por Iker Jiménez de *Cuarto Milenio.*

—Prioriza.

—¡Qué sola estoy! ¡Dios mío! —dice perdiéndose entre los pasillos de las bebidas.

—Tú siempre igual. Te crees que, con lloriquear, tienes un cheque en blanco para hacer todo lo que a ti te apetezca. ¡Mamá, tengo cosas que hacer! Yo tengo una vida, ¿sabes?

Asoma la cabeza detrás de las bebidas isotónicas cual abuela de la fabada.

—Tienes novio, ¿verdad? —pregunta con una sonrisa resplandeciente.

—Anda ya, mamá. Déjate de bobadas y coge lo que te haga falta.

Escuchamos unos truenos a lo lejos, pero se confunden con la música ambiental del hipermercado. No me puedo creer que esté lloviendo… escucho el móvil y miro a ver quién es.

{Leo, está lloviendo a mares}

{Estoy viendo el bar desde el coche y está atestado, no hay una mesa libre. ¿Qué te parece si nos vemos en mi casa? Compro unas cervezas y nos vemos allí, a la misma hora}

{Esta es mi ubicación}

Busco a mi madre con la mirada, pero se ha perdido. Me asomo por el pasillo de las cajas y la veo saltando la línea de cajas para salir del hipermercado.

—¡Mamá! —grito y me mira, pero sigue andando deprisa por fuera del hipermercado. —¿Qué haces? ¡Tengo que irme!

La veo caminar deprisa hacia el final del pasillo y al guarda de seguridad detrás de ella, porque ha sonado la alarma de la caja por donde se ha escapado. Sin darse cuenta, llevaba puesta una especie de camiseta de listas que no ha pagado.

Dejo el carro allí en medio y salgo corriendo hasta la zona de: “salida sin compra”. Cuando llego a los aseos, me encuentro al guarda de seguridad esperando fuera del servicio de señoras.

—Disculpe, es mi madre, no sé qué le pasa.

—Pues no lo sé, pero la señora se ha ido con algo que tiene alarma y no lo ha pagado. Además, ha empujado a las personas que estaban en la caja esperando para pagar.

Entro en el servicio y la busco dentro. Todas las puertas están cerradas menos una.

—¿Mamá?

—Aquí —la escucho con un hilo de voz. Acto seguido escucho una ristra de ventosidades. —Niña, que se me ha descompuesto la barriga con tanta comida y creía que me cagaba en medio del Carrefour.

—¿Por qué no me has dicho nada? Por favor, ¡qué vergüenza, mami!

—Estaba probándome esta camiseta tan mona, cuando me ha dado un retortijón y he tenido que salir corriendo. Tú sabes que el medico me ha dicho que no puedo aguantar ni el pipí, así que lo otro, aún menos.

—Vale, mamá. Cuando termines, dame la camiseta para que se la devuelva al de seguridad.

—Hay un problema…

—¿El qué?

—Que se ha manchado un poco.

—Bueno, pues la pago —suspiro mirando al techo y tapándome la nariz.

Cuando conseguimos aclarar todo con el hombre de seguridad, esperamos cinco minutos para que nos traigan otra camiseta igual con código para pagar la que mi madre ha escondido en su bolso y se niega a enseñar porque está algo manchada, son las ocho menos cinco.

Corro con el coche como Lewis Hamilton por las calles de la ciudad hasta dejar a mi madre. Le hago prometerme que no va a tomar nada esta noche, salvo una manzana y un yogur blanco. Le prometo que al día siguiente la llevaré a comprar en el hipermercado de nuevo, pero que había quedado a las ocho, y es tardísimo.

Me mira con la cara del gatito de *Shrek*, pone esos ojillos, casi cuajados de lágrimas, para hacerme sentir fatal por dejarla “tan temprano” en su casa. Entiendo que como vive sola, se aburre, pero yo también tengo una vida. Las personas mayores a veces se vuelven algo egoístas. Cuanto más les das, más quieren. Le doy un beso en la frente. Lejos de darme las gracias por

haber pasado casi el día con ella, me mira con cara de… “para eso te tuve casi diez meses de embarazo, 28 horas de parto, más de diez puntos en el mismísimo, 18 meses dándote la teta, y 12 años de sueño perdido hasta que llegaste al instituto” y que ahora me dejes aquí tirada.

Voy bajando en el ascensor y casi puedo escuchar su ya famoso:

“¡Qué sola estoy!” como diría su idolatrada *Estela Reynolds* de la serie *Aquí no hay quien viva*.

4. Una casa azul por la tarde, bueno, muy tarde por la tarde.

Subo a mi piso medio chorreando. Me cambio sin tiempo para ducharme, ni casi para secarme el pelo. No me puedo creer que es la primera vez que voy a ir a su casa, esto puede contar como una “media cita” y yo no tengo tiempo ni de peinarme en condiciones. Me miro al espejo, respiro profundamente y recuerdo las respiraciones de yoga. Me tranquilizo un poco mientras me retoco el maquillaje de pie. Miro el reloj de reojo y veo que han pasado las ocho y media. Tengo dos mensajes suyos. Pero no quiero ni abrirlos para no entretenerme aún más. Le grabo un audio. Le miento, le escribo contándole que ya estoy aparcando, pero que he encontrado mucho tráfico por culpa de la lluvia.

Una vez en el coche, gracias al Apple carplay, mi móvil se conecta al sistema de info entretenimiento de mi Renault Captur. Introduzco la ubicación y compruebo que vive a unos seis minutos de mi casa. En otras condiciones, con mejor tiempo y más tiempo, podría haber ido caminando. Al meterme en WhatsApp para ver su ubicación, leo sus dos mensajes anteriores.

{Si estás muy liada, podemos dejarlo para otro día} 8:20

{Estaré en casa de todas formas, con este tiempo no voy a ir al gym…} 8:30

Después de mi último mensaje, hay otro mensaje nuevo de audio.

{No te preocupes. Yo estoy aquí estoy revisándolo todo. Es la casa azul, la primera de la esquina a la izquierda}

Pienso que las ciudades no están preparadas para la lluvia, mejor dicho, algunas personas no están preparadas para conducir cuando llueve. Se atontan a nivel máximo. Ocurre lo mismo por las mañanas frente al instituto. Los padres tienen que dejar a los niños en la misma puerta cuando llueve; como si los adolescentes fuesen a encoger si les cae un poco de agua durante unos minutos.

«¡Qué rabia de gente torpe, los “torponchos” al volante, como yo les digo! Hoy debe ser el día internacional de los inútiles al volante.»

Aunque el GPS me indica que aún no he llegado a su calle, descubro un aparcamiento, y no me lo pienso. Decido aparcar allí mismo. De todas formas, su casa está ya cerca. Cuando salgo a la calle, un vendaval me sorprende mojándome por todos lados. La lluvia cae en horizontal en vez de en vertical. Estoy segura que en pocos metros me voy a poner chorreando, puesto que el paraguas no sirve para nada. Cuando llego a su urbanización, no encuentro la entrada. Empiezo a rodear el muro hasta que le pregunto a una mujer de un quiosco. Me comenta que tengo que dar la vuelta a toda la manzana, que la entrada está por el otro lado.

«¿No te cansas? ¿no te casas de equivocarte? Debe ser agotador…» —Pienso medio en broma.

Consigo llegar a la entrada de la urbanización de Edu y toco en su portero electrónico. Casa número 5. Me abre. Entro dentro de un recinto precioso de estilo andaluz. Parece un palacete sevillano, lleno de naranjos, cuajados de flores, aunque muchas están por el suelo por culpa de la lluvia torrencial que nos regala el cielo malagueño cada vez que llueve.

Las casas adosadas están dispuestas en semicírculo. Los jardines y la piscina comunitaria en el centro. Cada casita está pintada de un color diferente: las hay verdes, amarillas, blancas, celestes y otras, color marrón ocre. Localizo la suya de color celeste. Es la primera, empezando por la izquierda. Cuando me acerco, veo un número cinco en la puerta. Llamo al timbre y me abre desde dentro. En la entrada hay un jardincito que Edu ha tapizado con césped artificial, un

conjunto de sillas y una mesa marrón. Sencillo, pero efectivo. Parece que hay unos soportes para una hamaca. Obviamente no está montada hoy. También tiene muchas lucecitas led alrededor de toda la muralla que bordea el perímetro del jardín delantero.

—¡Pasa, pasa, que te vas a poner chorreando! —Me instiga desde la entrada de la casa. Tiene una entradita donde dejo el abrigo, el paraguas y mi bolso.

—Siento haberme retrasado un poco, pero se ha vuelto una tarde de perros. —Le comento mientras me miro el pelo de reojo en el espejo de la entrada. Decir que me había peinado antes de salir de casa y me había pasado las planchas, sería insultar a cualquier peluquero principiante. Tengo el pelo chorreando y encrespado. Tanto, que parece que llevo un gato escaldado encima de la cabeza. Al verme de esa guisa, abro tanto los ojos que casi dejo escapar un grito de horror. Edu me mira y me ofrece una toalla para secarme el pelo.

—Toma, sécate un poco, mujer.

—No hace falta, de verdad —le miento. Pero empiezo a andar y mis zapatos, tan monos, pero primaverales, comienzan a hacer un ruido terrible. Chirrían contra el suelo de madera a cada nuevo paso que doy. Un espectáculo. Además, conforme camino, unas burbujitas de aire salen por la punta del calzado. Vaya entrada triunfal, me dan ganas de salir corriendo.

—Creo que deberías quitarte los zapatos y dejarlos junto al radiador, parecen un pompero echando pompitas de jabón.

—Vale —sonrío tímida mientras me descalzo.

Quitarme el calzado implica quedarme descalza. Espero no tener ningún tomate en las medias calcetín o que los zapatos no huelan a pies después de haberme puesto chorreando. Me señalando el final del salón donde está el radiador.

Con sumo cuidado, me quito los calcetines y los zapatos en la entrada del salón. No quiero mirar nada fijamente porque la primera vez que vas a casa de alguien tiene que parecer que has estado allí toda la vida. No debes parecer un reportero de *Sálvame* buscando una exclusiva en el contenedor de la basura de la casa de la *Pantoja.*

—Puedes andar descalza sin miedo. Es suelo radiante. Imita la madera, pero es mucho más calentito. En días como este lo agradezco. Aunque, aquí en Málaga no le vi mucha utilidad al principio… fue cosa de los antiguos dueños, así que ahora no voy a quitarlo.

—Sí, es verdad, parece madera. ¡Uy qué calentito! —Digo al tocarlo.

«Uy, ¿qué calentito?» Seré pava. O cambio de actitud o Edu sale corriendo.

—¿Quieres tomar algo caliente? —se peina el flequillo mientras espera mi respuesta.

«Caliente. Caliente te decía yo lo que hacía contigo en ese sofá, con la lluvia repiqueteando en los cristales de los ventanales del fondo».

—Pues mira… no me vendría mal.

—¿Menta poleo?

—¿Cómo lo sabes?

—Leonor, soy muy observador. Desde el patio del instituto se ven muchas cosas… entre otras, la cafetería. Y sé que lo segundo que te tomas a media mañana, después del café de rigor, es un poleo menta. Sobre todo, si llueve o hace frío.

Se adentra en la cocina que, al tener una especie de barra americana, puedo seguir viéndole cuando está de espaldas. Lleva una camiseta blanca, de esas gastadas que llevas para estar en casa, y que, con la potente luz de la cocina, se le transparenta un poco; marcándole los músculos. En la parte de abajo lleva unos pantalones de algodón cortos color gris, de esos que llevan los chicos para entrenar por encima de la rodilla, y que le marcan ese culo respingón del que medio

claustro de profesoras estamos enamoradas. De esos culos duros en los que podrías aparcar una bicicleta y que te dan ganas de agarrar fuerte y darles un buen mordisco. Está descalzo y no he podido evitar mirarle los pies. Tiene los pies más perfectos que he visto en mi vida. Sus dedos son largos pero recortados por la punta, con las uñas cortas y limpias, «Gracias a Dios», y sin pelos. Además, tiene el empeine morenito, como cuando vas a la playa en verano.

El salón huele a canela y madera. Un olor limpio, pero acogedor que denota que el lugar está habitado y apetece quedarse, mucho... Los muebles son modernos y funcionales en color roble claro. Me llama la atención una máquina de coser SINGER con más de medio siglo sobre una mesita en una esquina. Debe ser de su abuela, por lo menos. Observo que tiene algunos cactus repartidos por las estanterías y me percato de la ausencia de libros en la librería junto al televisor. Supongo que es un hombre de acción. Al fin y al cabo, es profesor de Educación física. Así que es obvio que ama el deporte y hacer actividades al aire libre. Al contrario que yo, que ya no tengo un rincón libre en las tres librerías de mi salón para colocar libros. La falta de espacio me obliga a hacer trasbordos periódicos a casa de mi madre. Por fortuna, existe el libro electrónico. Gracias a él, he conseguido reducir el número de libros en papel en los últimos meses. Gracias a aplicaciones como *Kindleunlimited, Wattpad* o *Lektu,* no paro de leer en mi libro electrónico. De todas formas, siempre me gusta comprar libros en papel por su olor, el tacto, y lo bonitos que quedan en las estanterías…

Observo la estancia distraída, tratando de sacar la máxima información posible de Edu. De repente, reparo en una tabla de surf colgada en la pared, debajo de las escaleras que suben a la planta de arriba.

—¿Practicas Surf? —le pregunto mientras me pellizco en la nalga por detrás, por la pregunta tan tonta que acabo de hacer. Tener una enorme de tabla de surf colgada en el salón, puede hacer pensar que sí. Desde luego, hoy no me llevo el Goya al mejor guión original.

—Ah, ¿eso? Sí. La verdad es que ahora un poco menos. Estoy más centrado en el crossfit y el running, pero en verano suelo coger la tabla e irme a Tarifa o a cualquier playa con buenas olas. Y a ti, ¿también te gusta?

«Me gustas más tú».

—No, qué va. A mí me dan miedo las olas. Me gusta nadar, pero en piscina cubierta. No me gusta adentrarme mucho en el mar. La oscuridad bajo mis pies no es algo que me agrade demasiado. Nunca nado lejos de la orilla, mucho menos si hay olas. Tuve una mala experiencia con un buen revolcón por las olas cuando era pequeña y, desde entonces, evito bañarme si el mar está muy picado. Hago natación un par de veces a la semana. Vaya, por mi cuenta. Nado por una calle libre y paso allí casi una hora nadando. Aunque, ahora, me ha dado más por el pádel.

—Pero, ¿eso no es para viejos? —sonríe y me acerca una taza con una bolsita de poleo menta. Me pasa la sacarina y sobres de stevia.

«¡Cómo me conoce, el puñetero!»

—¡Qué equivocado estás! Para nada. Es un deporte emergente y cada vez lo practica más gente de todas las edades. El único problema era encontrar otras tres personas para jugar. Aunque ahora con los grupos de WhatsApp, es más fácil encontrar compañeros. Cuando quieras te echo un partido y vemos cuantas calorías quemas en una hora de pádel, comparado con una hora del crossfit ese de “Chulimonguis” que tú practicas, te sorprenderías.

—¿Chuli qué?

—¡Chulimonguis! Es una expresión mía para los chulitos de gimnasio que van pavoneándose como centollos inflados. Me hacen mucha gracia porque solo pueden entrenar el cuerpo, lastima

que la cara y la mente no se entrene…

Edu se ríe de mis ocurrencias y hablamos cinco minutos más sobre trivialidades deportivas, hasta que me acabo la infusión. Después, cotejamos las listas de los alumnos que vendrán de viaje y descubrimos que hay dos que no nos cuadran. Deberemos comprobarlo con los alumnos en el instituto al día siguiente. Miro la hora y son casi las diez. Se ha hecho tarde y, aunque no me quiero ir por nada del mundo, pues estoy súper a gusto, ya es hora de marcharse.

—Debería irme, se ha hecho muy tarde. Muchas gracias por la infusión, ha sido un rato muy agradable. Además, con esto, el viaje está casi finiquitado.

—¡Qué va, mujer! Ya te quedas a cenar. Preparo un picoteo en un momento y te vas cenada.

—No, no, en serio, mañana entro a primera hora y me conozco. Si me acuesto tarde, después no me levanto —digo con la boca pequeña.

—¡De eso nada! Preparo una ensalada César en un momento y unos mejillones al vapor con un poco de apio, ¿te gustan?

«A mí me gusta todo lo que tú prepares, y si me lo dices así, con carita de: "por favor, no te vayas todavía", me quedo a dormir si hace falta».

—Sí, tengo buena boca, me gusta todo. Pero, en serio, no te molestes que me voy. Lo dejamos para otro día si quieres. Un viernes o sábado que no tengamos que madrugar.

«… tengo buena boca… me gusta todo…Leonor, contrólate».

Edu sale de la cocina cuando me ve coger mi bolso y que me agacho para buscar mis zapatos, ya secos. Me agarra por detrás y me quita el bolso.

—Te he dicho que no te vas a ir tan tarde sin cenar. ¿Por qué no me quitas esos bártulos de encima de la mesa y me ayudas a ponerla? En quince minutos estamos cenando. Te lo prometo —me suplica, juntando las manos y poniendo cara de pena.

—De acuerdo. Pero antes necesito ir al baño a lavarme las manos.

—De acuerdo, sube al baño de arriba porque el lavabo de abajo está atorado. Mañana viene el fontanero a ver qué le pasa. ¡Espero no tener que llamar a una empresa de desatoros!

—Vale, ¿subo entonces?

—Sí, es la primera puerta que te encuentras a la derecha.

Subo emocionada ante la posibilidad de poder seguir viendo otras partes de su casa. Edu podría haber hecho de guía en una especie de visita guiada por su casa, pero como todo había surgido de manera tan informal, quizás no la tuviese demasiado arreglada. Además, Edu es un chico, y los hombres no suelen enseñar su casa. Recuerdo que una vez me enrollé con un tío de *Badoo,* unas cuantas veces, pero jamás me enseñó otra habitación que no fuese su dormitorio.

Cuando llego a la planta de arriba, encuentro cuatro puertas. El baño y otras tres, que supongo serán de los dormitorios. En el pasillo hay una especie de máscara africana y un espejo dorado grande. La primera puerta está cerrada, pero la puerta contigua está entornada. Cuando enciendo la luz del pasillo reparo en que la habitación de enfrente al baño es una especie de gimnasio que tiene una cinta de correr, un banco de pesas y varias mancuernas. Busco la luz del baño para entrar, pero me equivoco y enciendo la luz de la habitación contigua. Me llama la atención que el cuarto se ilumina de color rojo con una luz tenue. Empujo la puerta, y descubro que es su dormitorio. Dentro, una enorme cama festoneada en tonos rojizos preside la habitación. También hay un armario empotrado y una cómoda. Abro un poco más la puerta y cuando miro al techo. Dejo escapar un suspiro de asombro. Me adentro un poco más, pues la curiosidad me puede. Me veo arriba, reflejada en un enorme espejo que ocupa toda la superficie de la cama.

—¿Lo has encontrado? —pregunta desde la planta de abajo.

Me apresuro a salir del dormitorio sin hacer ruido antes de que me pille cotilleando su dormitorio.

—Sí, sí, lo he encontrado. Gracias —le digo metiéndome rápidamente en el baño. Me lavo las manos con rapidez y empiezo a fantasear con lo que acabo de ver. Me pregunto cuántas cosas no sé aún de mi compañero de trabajo. Muchas veces, cuando vemos a las personas en nuestro trabajo, creemos conocerlos, aunque, a decir verdad, la gente puede llevar una vida privada totalmente diferente a la imagen que da en sus puestos de trabajo. He llegado a la conclusión de que nunca llegas a conocer a las personas del todo, incluso aunque sean tus amigos íntimos o compañeros de piso. Todo el mundo tiene secretos e intimidades que rara vez comparten con otras personas. Supongo que todos tenemos una pequeña parcela íntima que no revelamos a nadie más que a nosotros mismos.

Empiezo a bajar las escaleras, tratando de quitarme de la cabeza la imagen de Edu desnudo en esa cama.

«¡Cálmate! o tendrás que cargar el satisfyer pro 2 cuando llegues a casa».

La cena transcurre con normalidad. Sin embargo, yo no hago más que imaginarme mirándome en ese espejo y Edu debajo mía mientras cabalgo. A veces, me ruborizo, pero le echo la culpa al vino tinto lambrusco que Edu ha abierto. Cocina realmente bien, eso me sorprende y me gusta. Porque a mí no me gusta mucho cocinar, así que seríamos un buen tándem en la cocina: él cocina y yo le miro, le pellizco el culo de vez en cuando mientras abro una botella de vino.

Le ayudo a recoger los platos, pero me pide que no me moleste, que él los recoge después. Se ofrece a acompañarme al coche. Cuando estamos saliendo de su casa, la conversación gira hacia derroteros más interesantes y me pregunta directamente si estoy saliendo con alguien.

«¡Maldita sea! ¿Ahora? ¿En serio? Cuando me voy a mi casa. ¿Me pregunta eso ahora y no cuando estábamos riendo con una copa de vino?».

—Bueno, salir, salir, no estoy saliendo con nadie. Ya hace bastante tiempo que no tengo una relación “estable”, por así decirlo. Ya sabes cómo está el patio últimamente… los tíos, y las tías también, vamos a lo que vamos y punto. No sé si se está deshumanizando todo un poco por culpa de las redes sociales. Ahora parece que las relaciones personales se pudiesen comparar con pedir un *Glovo* que te lo traigan a casa y echar un polvo. Tengo la sensación que la gente va un poco a cubrir sus necesidades físicas con respecto al sexo, y no se preocupan de los sentimientos o de conocer a las personas. La inmediatez que vivimos hará que nos extingamos…

—No seas exagerada. Hay de todo…

—¿Sí? ¿En serio? Pues últimamente no son los que me tocan a mí —, no sé si darle demasiados detalles de mis relaciones, porque tampoco quiero cruzar esa línea que nos haga convertirnos en colegas. Así que omito las citas locas que he tenido en los últimos meses por las aplicaciones para ligar.

—Aunque creo que estoy de acuerdo contigo en eso. Me da la sensación de que ligar hoy en día es como Netflix, por culpa de las apps todo va muy, muy rápido. Te interesa alguien, le escribes, llegas a su casa, follas y te vuelves a la tuya. Así una y otra vez, hasta que la gente pierde el norte y no se acuerda ni de con quién lo ha hecho. Igual que con Netflix, que hay tantas series, que ni recuerdas qué has visto y qué no; o por dónde ibas de la serie que viste hace dos días. Me gustaba más cuando ligar era como una peli de antena tres. Con su publicidad, sus seis minutos para ir a poner el lavavajillas; no tan inmediato como con Netflix. Antes había que esperar una semana para ver qué iba a pasar en la serie que te gustaba. Pasaba igual con las citas.

Tenías que currártelo, ir al cine primero, besabas a la chica al final de cita; todo iba poco a poco. Las cosas del amor llevaban su tiempo, un poco de protocolo. A diferencia de hoy en día, que si no follas en la primera cita parece que algo no funciona, que estáis perdiendo el tiempo… pero, no me desvíes del tema, me has dicho que ahora no sales con nadie, al menos, en serio.

—Mi última relación seria fue hace algo más de un año. Estuvimos juntos unos seis meses. Era muy atractivo, bueno, es, es muy guapo, de hecho, es su trabajo, Carlos es modelo y ahora mismo está viviendo fuera de España. Las relaciones a distancia son lo peor. Era como tener un Coulan de chocolate cada noche de postre, pero solo poder comértelo cuando nos veíamos. Sus continuos viajes hacían que yo pasase mucho tiempo sola. Eso me hizo plantearme si esa relación me llevaba a algún sitio. A pesar de llevarnos bien, ya sabes, la distancia sí es el olvido. Así que lo dejamos. Antes de él, tuve mi primer novio formal, Fran, bombero. Estuvimos juntos cuatro años, pero él huía del compromiso, y cada vez que le pedía irnos a vivir juntos para formalizar la relación, o incluso para ahorrar gastos de alquiler, agua y luz, me daba largas y me decía que eso ya llegaría, que no me agobiase porque él me quería mucho y así estábamos genial. Aunque él no tenía que aguantar a mi madre recordándome que cuándo me iba a casar e iba a darle nietos. Así que cuando hicimos cuatro años me planté. Esa fue la fecha límite que nos, bueno, que le puse. Un buen día me harté. Ya estaba que me subía por las paredes porque él seguía pasando del tema. Él me repetía una y otra vez que yo podía irme a vivir con él cuando quisiese, que ya pasábamos muchos más días juntos a la semana que muchos matrimonios. La realidad es que era un mareo. Te juro que yo a veces no sabía bien en qué cama me levantaba, si en la de él o en la de mi piso. Así que ese día, que se suponía estaba de guardia, decidí llevar a su casa mi cepillo de dientes, un pijama, y algunas otras cosas para darle a entender cuando regresase que, o nos íbamos a vivir juntos, o terminábamos; que nuestra relación necesitaba avanzar, evolucionar, como todo en la vida; sino nadie tendría hijos.

—¿Y que hizo?

—Pues nada. Verás, llegué a su casa y resulta que no estaba trabajando. Cuando entré en el dormitorio a dejar el cepillo de dientes y mis cosas en el baño, me lo encontré follando con una rubia.

—¡No jodas! ¿Qué hiciste?

—Salir de allí con toda la dignidad que me fue posible. Tirarle el cepillo de dientes a la cara y mandarlo a la mierda. No pude ver a la tía porque estaba de espaldas, pero le hubiese arrancado las extensiones. De todas formas, yo no me rebajo a esos niveles, pero te aseguro que los hubiese arrastrado allí mismo. Cuando iba a coger mi coche para marcharme, vi el suyo aparcado en el portal, de manera que no me pude resistir y le pinché dos ruedas.

—Sin rencor, ¿no?

—Sí, claro… limando asperezas… jamás había pinchado una rueda, así que cuando el segundo neumático explotó por la presión, todo el mundo que caminaba por la calle me vio como una loca pincha ruedas. Lo único que pude hacer fue salir corriendo de allí gritando: es el coche del hijo de puta de mi ex… ¡me acaba de poner los cuernos! Pues te parecerá raro, pero creo que vi a alguna mujer aplaudirme por el rabillo del ojo mientras me subía en mi coche y salía de allí a toda pastilla. ¡Vaya subidón de adrenalina! En el camino de vuelta a casa, lloraba por el cabronazo, pero a la vez reía por la situación.

—No puedo contigo. Eres tremenda, Leo —sonríe divertido.

—Estuvo llamándome durante semanas para pedirme perdón. Se presentó varias veces en mi casa, pero jamás le abrí la puerta, ni le respondí. Por suerte, cogió destino en Sevilla, así que no

lo he vuelto a ver.

Mientras hablamos, llegamos a mi coche. Ya no llueve, la noche se ha quedado despejada y agradable.

—¿Te imaginas una noche así de despejada, con la luz de la luna, en alta mar, en el crucero? Tiene que ser bonito, ¿verdad?

Miro a la luna y asiento con la cabeza. Solo de imaginármelo, me quedo muda.

Lástima que cuando me toca a mí preguntarle por sus relaciones, ya hemos llegado al coche.

—¿Y tú? ¿Has tenido muchas parejas? —me aventuro, a pesar de estar ya en el coche. Necesito saber más de él.

—Bueno, también he tenido lo mío, pero creo que lo vamos a dejar para otro momento, ¿no te parece? Son las once y media; mañana madrugamos.

—Te has librado porque es tarde —protesto mirando el reloj—, pero que sepas que me debes una cervecita para contarme tus batallitas amorosas. Yo ya te he contado las mías. Estamos en desventaja.

—De acuerdo, ten cuidado— se despide agarrándome del hombro y acercándose para darme dos besos.

«Te juro que creí que me besaba. No sé reaccionar cuando me da dos castos besos en la cara. Así que me quedo congelada, sin saber cómo reaccionar cuando se aproxima a mí. Creo que el resultado son los dos besos más ortopédicos que he dado en toda mi vida».

Al entrar al insti la mañana siguiente, nada más verme, Zita me dice:

—Oyeeee, miraaaa, ¿qué hacías tú saliendo de casa de Edu cerca de la media noche, cacho perra?

—Y tú, ¿Cómo sabes eso?

—Me lo ha chivateado Marta, de matemáticas. Mi “Martita”. Os vio salir de su recinto y que Edu te acompañaba a tu coche.

—Y ella, ¿Dónde estaba? Oye, un poco cotilla tu amiga, ¿no?

—No, bueno, un poco, la verdad. Marta pasaba con el coche porque venía del gimnasio. Vive cerca de Edu, dos urbanizaciones más arriba de la suya. Pero, cuéntame, y no te hagas la interesante… ¿Qué pasó? ¿Cómo acabaste en su casa?

—No paso nada. Te lo aclaro antes de que te pongas como las locas. Resulta que estaba con mi madre en el cine, cuando salimos, me escribió para quedar en un bar y ultimar las cosas del viaje. Como empezó a diluviar, me dijo que mejor nos veíamos en su casa.

—UUUY, vaya estrategia más antigua.

—Que no. Todo fue muy profesional, reunión de trabajo entre compañeros. Aunque me resultó un poco raro al principio, después me di cuenta de que solo éramos dos compañeros reunidos. Se hizo tarde y me ofreció quedarme a cenar hasta que parase de llover.

Zita mira que no la vea ningún alumno, y me hace un gesto obsceno en forma de V con sus dedos y saca la lengua en medio.

—Precisamente de eso nada. Fue algo mejor, íntimo y bonito. Diría que hasta romántico. Estuve muy a gusto. Fue la no cita más buena de toda mi vida. Parecía que lo conociese de siempre, y creo él también estuvo cómodo, de lo contrario, me habría echado de su casa mucho antes, con cualquier pretexto. Hablamos un poco del trabajo, pero después nos centramos en nuestras aficiones y en conocernos un poco mejor. Me preparó una ensalada y puso una tabla de quesos e ibéricos. He probado un vino que me ha vuelto loca se llama *Sangre de Judas*…

—Loca te has puesto tú en casa de Edu… Uy, que me parece que te veo chispas en los ojos y

corazones voladores por encima de la cabeza; como el filtro ese de Instagram, o ¿era de Snapchat? Bueno, da igual. Creo que mi Leo se ha enamorado de verdad.

—Déjate de rollos, calla que vamos a llegar tarde. Ya hace rato que ha tocado el timbre de clase.

5. Una madre histérica, una compañera celosa y un ascensor

Cuando publicamos las listas de los alumnos que definitivamente van al viaje, y cuales no por tener partes de disciplina, expulsiones, etc. Solo se queda en tierra un alumno de mi tutoría: Manuel Hurtado, repetidor, mayor de dieciocho años. Aunque no es un niño problemático, nunca ha querido estar en el instituto. Se ha escapado de clase saltando la verja trasera del gimnasio siempre que ha podido. Su madre se empeñaba en que estudiase y la lucha no parecía tener fin. Esto le ha acarreado partes y expulsiones del centro en varias ocasiones. Pero misterios del amor, ahora sale con una chica de cuarto A, Claudia, una chica aplicada, estudiosa y responsable. Así que, lo que no pudo una madre guerrillera, un claustro de profesores y dos orientadoras, lo ha podido una chiquilla de dieciséis años. Para que luego digan… ¡girl power!

En el último mes se ha aplicado bastante. Asiste a clase, hace lo que puede, y se nota que ha cambiado su actitud. Dicen que nunca es tarde… por eso, yo he hecho todo lo posible por convencer a la directiva, consejo escolar e incluso a mis compañeras de viaje que lo dejemos venir de viaje.

No obstante, las normas están puestas para algo, y hay que cumplirlas. Todos argumentaron que no se podía permitir que un alumno con semejante historial disruptivo fuese al crucero.

La madre es de armas tomar, Trini, la pescadera. Así que me espero una reacción a lo "mujeres al borde de un ataque de nervios" más pronto que tarde.

Esa mañana todo el mundo está frenético porque se rumorea que viene el inspector a meterse en las clases. Supongo que ese señor viene a comprobar si en vez de dar clase, estamos torturando a los niños o les dejamos jugar a la videoconsola en vez de estar dando el temario de la programación. Que digo yo, que con los padres y los mismos alumnos ya tenemos carceleros que nos vigilan a diario si hacemos nuestro trabajo o no, pues no, encima la Consejería de Educación tiene que enviar a esos señores secos y malhumorados para constatar que hacemos nuestro trabajo, e inventar alguna que otra corrección en nuestro trabajo para justificar el suyo.

A tercera hora, el despacho de dirección y jefatura de estudios está cerrado a cal y canto. Con el inspector a punto de llegar, la directiva trabaja y revisa todos los papeles a destajo. Los conserjes están avisados de no ser molestados por nadie que entre por la puerta del centro educativo, salvo, por el inspector de educación.

En esto que la Trini, "la" porque ella misma dice siempre que es "la Trini y a mucha honra", entra por las puertas como un cohete, aprovechando que un profesor sale a fumarse un cigarro fuera del centro. A los conserjes no les da tiempo de detenerla, y se dirige hasta los despachos. La mujer, aporrea la puerta, pero nadie le hace caso, no le abren. En ese preciso momento, yo salgo de la sala de profesores y nuestras miradas se cruzan. Obviamente, enfila hacia mí, como un caballo desbocado.

—¡Tú! Sí, tú. La rubita… ¿tú eres la tutora de mi Manuel, ¿no? Que yo me acuerdo de la reunión de padres de principio de curso.

—¿Perdone? Se refiere a Manuel Hurtado, sí, yo soy su tutora. Y mi nombre es Leonor.

Me mira de arriba abajo fijamente. Inhala una bocana de aire perdonándome la vida y continúa.

—Pues eso. ¿Qué coño pasa que no habéis dejado a mi Manuel ir al viaje? Con la ilusión que tenía "er shiquillo" de ir, que hasta está haciendo los deberes… ¿así motiváis vosotros a los chiquillos? Vaya panda de inútiles y flojos —grita la pescadera en mitad del pasillo junto a los

baños del profesorado.

Obviamente, todo el mundo está mirando. Parece una lucha de gallos. Todos observan, pero nadie se atreve a meterse en medio.

—Mire usted. La normativa del reglamento del centro, aprobada en consejo escolar, impide que un alumno con partes y expulsiones vaya al viaje de fin de curso. No es una norma que me he inventado yo, puede consultarla en la web del centro si no me cree.

—Yo no tengo que mirar na' eso sois vosotros que le tenéis manía a mi niño; y eso sí que no, porque es que os denuncio a delegación. Pienso decirlo en tos laos, la injusticia con mi Manuel; que van tos, tos de viaje, menos él.

Yo no sé cómo apaciguar a esa mujer, sobre todo, estando el inspector de educación a punto de aparecer. Vaya estampa se va a encontrar con esa madre gritando y formando un espectáculo. Diciendo que somos unos flojos y sinvergüenzas. Es la bienvenida soñada por cualquier equipo directivo para recibir a un inspector de educación. Quiero acompañarla a un aula cercana, para hablar más tranquilas.

—¿Por qué no vamos a un aula, tratamos de tranquilizarnos y hablamos allí civilizadamente?

—¿Qué insinúas? ¿Que yo no estoy civilizá? Mira, pija, que porque yo no haiga estudiado en la universidá, no significa que no sepa las cosas. ¡De aquí no me muevo hasta que no sarga el director! —grita, aporreando otra vez la puerta de dirección. Hasta los maceteros de plantas que están franqueando el despacho del susodicho tiemblan por los golpes.

Entonces, Jorge, el director, abre la puerta de golpe.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta justo a las espaldas de la mujer, que se disponía a arremeter otra vez contra mí. Con tal mala fortuna que la Trini, se echa para atrás al escucharlo vociferar detrás suya y resbala con el agua que se ha derramado de los platos que hay debajo de los maceteros; el conserje ha regado hace un rato para que los potos estén lustrosos a la llegada del inspector.

¡Zas!

El golpe retumba en todo el pasillo.

Lo siguiente que vemos es a la mujer en el suelo, bocarriba, gritando de dolor, como una sorprendida cucaracha en el baño a las tres de la mañana.

—¡Ay, ay, ay! ¡Mean quebrao!

El director y un profe de matemáticas se agachan para ayudarla, pero al intentar levantarla, la mujer se queja más de dolor.

—Llamad a la ambulancia. Hay que llevarla al hospital para que le hagan una radiografía.

El conserje muy apurado y con la voz temblorosa, llama al centro de salud. Le comunican que en quince minutos estarán allí. Sabe que el director le ha advertido mil veces que no riegue las plantas por las mañanas cuando hay mucho tránsito por los pasillos, alguien podría resbalar. Él, que es ya mayor, se olvida secar el agua sobrante de los maceteros tras regarlos.

—No se preocupe. Hemos llamado ya a la ambulancia, y viene en breve. —Le digo para tranquilizarla.

—¡Me habéis buscado una ruina, desgraciados! esto no se va a quedar así —advierte con un hilo de voz y con la frente perlada de sudor frío.

Muchos compañeros que salen de la sala de profesores para dirigirse a sus aulas se han ido agolpando alrededor del lugar, también muchos alumnos, que, aunque se supone que no deberían estar allí, se las han ingeniado para asomar sus cabecitas por encima de los cuerpos de los profesores y ver qué está sucediendo.

A los cinco minutos, aparece Manuel preguntando a voces qué le ha pasado a su madre. El muchacho está muy nervioso pues le han dicho que el director ha empujado a su madre, lo aparto a un lado hasta que se tranquilice.

—Manuel, tu madre ha venido a hablar con el director y se ha resbalado.

—¡Joder! Es que lo sabía, ¿mama, estás bien? —Le pregunta detrás de todo el barullo.

—No te preocupes, seguro que no es nada. Ahora en el hospital le hacen unas placas y salimos de dudas. ¿Quieres ir con ella? —Le pregunto.

—Claro.

—Pues ahora vas con el director que irá en su coche detrás de la ambulancia. Verás como no es nada.

—Lo sabía. Cuando le dije anoche que no iba al viaje, sabía que venía a liarla en el instituto. Es que ella es así. Bueno, cuando se entere mi padre… ese le prende fuego al instituto.

—Tranquilízate. Ya sabes que yo he intentado por todos los medios que vengas, pero los partes y las expulsiones…

—Profe, si a mí me da igual ir o no. Es Claudia, que quiere que vaya con ella. Lo único que me preocupa es que es muy guapa, no quiero que se busque a otro en el viaje. Ahora, como alguno intente algo, lo reviento.

—Bueno, eso ahora no es lo importante. Cuando comprobemos que tu madre está bien, dile que tendremos una reunión con el director para hablar tranquilamente. A ver si podemos convencerlo. Todavía queda una semana para que nos vayamos de viaje. En principio, tu camarote ya está reservado. Como es de cuatro personas, el hueco lo tienes y en el autobús también. A ver qué se puede hacer. Desde luego, venir de esta manera no sirve de nada, ya lo sabes Manuel. Lo que siempre os digo en clase: hablando con tranquilidad, educación y explicando nuestro punto de vista, todo el mundo va a escucharos siempre.

—Lo sé, profe, lo sé. Pero es que mi madre es así. Voy a ver cómo está.

Manuel se abre camino entre el coro de cabezas pensantes que están dando su opinión sobre la caída. Comentan cuánto tarda la ambulancia y cuchichean a los que se incorporan nuevos relatándoles lo que ha pasado. Entonces, detrás del corrillo de profesores y alumnos que se ha formado, escuchamos una voz seria y grave a nuestras espaldas:

—¿Puede alguien explicarme qué está sucediendo aquí? y ¿Por qué la mitad de los alumnos están por los pasillos en vez de estar en clase? —pregunta un señor de traje gris y maletín negro que mira su reloj insistentemente.

Cuando el director regresa del hospital, nos reúne a Edu, al jefe de estudios y a mí en su despacho.

—Veréis, la madre de Manuel no tiene nada grave, tan solo una pequeña fisura en la cadera, que podría incluso ser anterior a la caída en nuestro centro. Como ya sabéis, cuando todo esto ha ocurrido, el inspector acababa de llegar y se ha interesado personalmente por el caso, trasladándose en su propio coche hasta el hospital. La verdad es que el hombre ha sido muy correcto y, una vez explicado lo sucedido, ha dicho que no nos preocupásemos, que el seguro del centro correría con todos los gastos y el equipo de defensa de la Junta actuaría contra cualquier tipo de denuncia hacia nuestro centro.

—Entonces, la madre de Manuel está bien, ¿no? —pregunta Edu, apoyado contra una ventana.

—Sí, le han dado el alta. La mujer iba andando por su propio pie. Solo que necesita unos días de reposo absoluto. Nuestro inspector entró a ver a la mujer cuando ya le habían hecho todas las

pruebas y se interesó por su versión de los hechos Le preguntó en qué podía ayudarla. Ya sabéis que ellos son muy políticos y en esta ocasión ha mediado para que no nos caiga una buena denuncia. Veréis, la madre de Manuel le dijo que se olvidaría de todo con una condición: que su Manuel no se quedase sin viaje. De manera que finalmente sois ochenta en el crucero: Manuel Hurtado va al viaje de fin de curso. Tenéis que hablar con él porque no podrá beber alcohol pues la tarifa y pulsera que llevará será como la del resto de sus compañeros, aunque él sea mayor de edad.

—Pero eso no es justo… tiene muchos partes —protesta el jefe de estudios.

—Donde manda patrón, no manda marinero. Así que demos gracias a que la cosa quede aquí y no haya ido a mayores. Leo, yo se lo comunicaré a la familia mañana, y tú coméntale las condiciones a Manuel.

—De acuerdo, Jorge. No creo que dé problemas. Manuel ha cambiado mucho y ha madurado. Pienso que no nos arrepentiremos. Todo el mundo se merece una segunda oportunidad.

—De eso te vas a encargar tú personalmente. Es tu tutorando, así que contrólalo bien; dentro y fuera del barco. ¿Estamos?

—Estamos —respondo obediente.

—Procuremos no arrepentirnos de esta segunda oportunidad.

Edu y yo salimos del despacho del director como dos niños buenos a los que han llamado para ponerles un castigo. Desde luego, no es así, pero es como nos sentimos.

—No te preocupes. No tienes por qué hacerte cargo tú sola de ese alumno. Yo estaré también. Es mayor de edad, además, un hombre tal vez le imponga más.

Arqueo las cejas por el comentario paternalista, prefiero obviarlo antes de machacarlo dialécticamente.

—Creo que no tiene mal fondo. Conmigo no ha tenido nunca ningún problema. Yo puedo manejarlo sola, gracias.

—Me refiero a que entre los dos nos ocuparemos de él. Solo quiero ayudarte… por supuesto, que puedes hacerte cargo de él, tú sola. De verdad, que a veces, el ayudaros se vuelve una cruzada por culpa del feminismo. Solo te ofrecía mi ayuda, como a cualquier otro compañero, no tiene nada que ver con que seas mujer.

—Vale, lo entiendo, no te preocupes. Es solo que al principio me ha sonado un poco de sobrado. Podemos preguntar a las compañeras qué opinan sobre el tema. Creo que Manuel tuvo problemas con Maribel hace un par de cursos y no lo soporta mucho. Cuando se entere de que viene, verás cómo protesta.

—Digan lo que digan, tendrán que aguantarse. La decisión viene de arriba; del inspector, ni más ni menos.

Me siento satisfecha y sonrío para mí. Me parecía injusto que el chaval no viniese.

—¿Hacia qué aula vas?

—Tengo clase en la última planta, segundo de bachillerato. ¡Mira qué hora es, deben llevar diez minutos esperando!

—Vale, pues vamos a coger el ascensor. Llegaremos antes. Yo tengo que subir el material deportivo al almacén que está en la última planta.

Edu es de los pocos profesores que tienen su propia llave para coger el ascensor. Hay días que tiene que subir las cuatro plantas del edificio varias veces. Hace muchos años, cuando se construyó el instituto, se le ocurrió a alguien la brillante idea de poner el almacén de material deportivo en todo lo alto del edificio, en vez de estar junto al gimnasio. Así que cada vez que

cambian de disciplina deportiva, Edu se pasa un buen rato subiendo y bajando el material deportivo.

—¡Perfecto! Voy algo retrasada con ellos por las fiestas y porque han cogido la costumbre de faltar varios días antes para estudiar otras asignaturas, sobre todo historia de España; ¡joder! Parece que no hay más asignaturas.

Entramos en el ascensor, que está bastante más oscuro y es más estrecho de lo que me imaginaba. En realidad, parece más un montacargas que un ascensor. A pesar de ser moderno, las bombillas del techo alumbran como si fuesen dos velitas. Tardo unos segundos en acostumbrar mis ojos a tan poca luz. Edu parece que sabe de memoria donde están los botones porque lo presiona sin mirar. Se cierran las puertas y comenzamos a subir.

Jamás, bueno, casi nunca cojo el ascensor para subir menos de cuatro plantas. Casi nadie lo sabe, pero me dan pánico los ascensores. Una vez me quedé encerrada unas tres horas cuando tenía doce años. Cuando consiguieron sacarme por el hueco que quedó entre las dos plantas, me había hecho hasta pis encima…

El espacio tan reducido hace que estemos muy juntos. La mano que sujeta mi maletín toca su pierna derecha y tengo que ponerme el bolso de mano por delante para poder pegarme más a la pared del ascensor y no estar literalmente encima de Edu. Huelo su colonia… juraría que es *Y* de *Yves Saint Laurent*, además, Edu huele a hombre. Al estar todo el día en el patio, haciendo deporte con sus alumnos, suda un poco; pero no es un olor a sudor apestoso. Es un olor a feromonas masculinas, un olor a macho, que, si pudiese meterse en un frasco para despertar la lívido femenina, los grandes perfumistas ya lo habrían comercializado.

Embriagada por su olor y su sonrisa, vamos subiendo. Se ha quedado callado mientras el ascensor empieza a subir. No sé si es porque le intimida estar tan cerca de mí, o porque yo me he callado también. La verdad es que con todo lo que hablo, es de los pocos lugares en los que cierro el pico: el ascensor.

De repente, cuando hemos subido lo que creo son un par de plantas, porque el ascensor no indica por qué planta vas conforme asciende, el montacargas se detiene. La luz se apaga y se encienden unas lucecitas rojas de emergencia, dejando el habitáculo más a oscuras todavía. Emito un grito mezcla de sorpresa y terror y salto en los brazos de Edu.

—¡Ay Dios mío! Por Dios, no me digas que esto se ha parado. ¿Estamos atrapados?

—Eso parece. No te preocupes, voy a darle al timbre de emergencia para que Antonio, el conserje, nos escuche y venga a ayudarnos. Algunas veces pasa.

Edu intenta estirar el brazo, pero no llega al botón. tiene delante una pantalla humana que le corta el paso.

—Si me sueltas, podré llamar para que nos saquen —sonríe divertido al verme perder los papeles por completa, agarrada a él como si fuese una lapa.

Apoyo la cabeza en su pecho, para ver si llega. Así que, conmigo a modo de Koala, pulsa el botón de alarma, pero nadie responde. Es normal que, en el cambio de clase, todos están para arriba y para abajo, así que el sonido de una campanita del ascensor pasa inadvertido.

—Hasta que todos no lleguen a sus aulas, los alumnos se sienten y se tranquilice un poco todo, es inútil que llamemos, vamos a esperar.

Empiezo a hiperventilar.

—Respira despacio, no tienes nada que temer —me susurra. En vez de separarse me rodea con sus brazos. Tengo tanto miedo, que no tomo consciencia de que permanecemos abrazados unos instantes mientras trato de relajarme.

Al cabo de cinco eternos minutos, escuchamos una voz desde fuera:

—¿Quién está ahí? —pregunta extrañado Antonio, el conserje.

—Soy yo, Eduardo de Educación Física, estoy con Leonor, la profesora de lengua.

—Antonio, ¡por favor! Sácanos de aquí —le suplico gritando.

—Mujer, estate tranquila. Le estoy dando al botón, pero no funciona. Creo que el de mantenimiento de los ascensores lo programó para que se detuviese a las doce. ¿No habéis visto el cartel en la planta baja?

—No, no hemos visto nada.

—Debe haberlo quitado algún alumno, ¡son unos granujillas! No os preocupéis que voy a llamar al técnico a su móvil para que venga a sacaros. ¡Leonor, no se preocupe, que esto no se cae! —dice en tono bromista, alejándose de la puerta del ascensor.

—Es un consuelo saberlo —grito.

Por primera vez tomo consciencia de que debajo de mis pies solo hay una chapa de metal y el vacío; tal vez dos o tres plantas. Gracias a su comentario, me pongo más nerviosa todavía

—Tiene razón, no hay por qué preocuparse. ¿Tienes agua? Bebe un poco para tranquilizarte.

—Sí, pero no podemos movernos, vaya a ser que esto se descuelgue.

—No seas dramas, Leo ¿Dónde tienes el agua?

—En el maletín.

Edu se separa un poco de mí y busca el botellín de agua entre mis libros y carpetas. Intenta que me desprenda del maletín para cogerlo mejor, pero yo lo agarro como si tuviese unas pinzas de langosta en vez de manos.

—Leo, puedes dejarlo en el suelo apoyado. esto no se va a caer.

—NO. —Respondo como si al apoyarlo en el suelo, este se desplomase bajo nuestros pies. Como si el poder destructivo de mi maleta fuese el de la mismísima bomba de Hiroshima.

—Sabes que el ascensor aguanta el mismo peso lo tengas en la mano o lo dejes en el suelo, ¿verdad?

Recapacito. Tiene razón el jodido. Abro la mano y lo apoyo en el suelo lentamente como si estuviese cargado de explosivos.

—¡No te muevas!

—Solo iba a darte el agua…

—¡Ah! Vale. Pero poco a poco, Edu. Te lo pido por favor.

Me da el botellín, y apoya sus manos en mis caderas, sujetándome mientras bebo.

—Bebe tragos pequeños… lo digo para que no bebas mucha agua que lo que faltaba es que te entrasen ganas de orinar con los nervios. Me imagino que todavía falta un buen rato para que nos saquen de aquí.

—¡Anda ya! No me digas eso—, me noto algo más tranquila y empiezo a tomar consciencia de que estamos abrazados en mitad de la oscuridad. Al percatarme, empiezo a separarme. Me siento un poco ridícula por mi comportamiento—. Disculpa, me he asustado mucho. Tengo un poco de claustrofobia, sobre todo en los ascensores.

—No te preocupes, ha sido gracioso verte perder los papeles; tú que siempre eres tan organizada.

Entonces, el ascensor tiembla, y la luz se enciende, pero al instante vuelve a irse. Como queriendo arrancar, pero no puede. Finalmente, no arranca. Del susto, vuelvo a pegarme a él y grito de nuevo. El ascensor no se ha movido ni un centímetro, pero me asusto de verdad. Empiezo a tener un ataque de pánico.

—Leo, mírame. No pasa nada. Aquí, solo estamos tú y yo. En unos minutos habremos salido y nos reiremos de esto.

—Nos vamos a matar. ¡Ay, Dios mío! —empiezo a sollozar. El miedo es muy mal consejero y cada uno reaccionamos de una manera diferente ante él.

Entonces, siento que sus brazos se tensan al sujetarme, me atrae más hacia él. El reflejo de su rostro, coloreado de rojo por la luz de emergencia, se acerca más y más hasta mis labios. Después, cierro los ojos y noto cómo sus labios cálidos y firmes me besan. Es un beso largo y sensual. Noto que voy relajándome, solo que ahora son las piernas las que empiezan a temblarme, pero no por el miedo. Sus manos se desplazan de arriba abajo por mi espalda, como acariciándola para que me relaje todavía más. Su olor corporal, al que me estoy acostumbrando, penetra en mi mente y hace que la descarga de adrenalina por el miedo vaya disminuyendo.

Se separa de mí y el beso acaba. Abro los ojos y lo veo como arrepentido.

—Lo siento, no debí… Ha sido la situación, no sabía cómo hacer para que te tranquilizases. A la vez, he sentido que tenía que protegerte, que supieses que todo iba a ir bien. Perdóname, no volverá a suceder. Es obvio que me atraes mucho y… no he podido… evitarlo.

—No tienes por qué disculparte… me… me ha gustado… el beso, o sea, que me beses.

—¿No estás molesta? ¿De verdad? No quisiera que pienses que me he propasado contigo o algo así. No soy de esos.

—Para nada —susurro sin poder apartar los ojos de su boca.

Edu me mira fijamente y volvemos a besarnos de nuevo. Esta vez, de manera más pasional, de manera más consciente. Un beso profundo y lleno de deseo que hace que los vellos de la nuca se me ericen. Las lenguas se arremolinan buscando la complicidad interna de nuestras bocas. Siento que me agarra el culo con las dos manos y me atrae hacia él. Noto que algo por ahí abajo se mueve y aprieta contra mi pierna. Me atrevo a recorrer sus brazos y su pecho musculoso con mis manos. Me separo para poder respirar. Lo miro y está realmente entregado, tan excitado que me pide otro beso con la mirada. Le beso y le muerdo en el cuello. El miedo que antes tenía, ha dado paso a un deseo carnal e incontrolable que jamás había vivido con otro hombre. Ahora es él quien me besa en el cuello y me toca los pechos con sus manos, haciendo que un escalofrío recorra todo mi cuerpo. El calor sube desde abajo y empiezo a notar que me falta un poco el aire. No quiero ni imaginar en qué va a acabar esto, pero estamos en el trabajo. Sería distinto si estuviéramos en otro lugar. Por ejemplo, en la cama.

Volvemos a besarnos, esta vez un poco más despacio, más lento, saboreándolo. Entonces, las puertas del ascensor se abren. La luz se enciende, cegándonos momentáneamente. Cuando podemos ver de nuevo, las puertas del ascensor ya se han abierto. Frente a nosotros vemos las cabezas del ascensorista, del conserje, del director, algunos compañeros y varios alumnos que pasaban por allí y se han quedado a ver qué se cocía allí dentro.

Conseguimos separarnos cuando se abre el ascensor del todo. Sin embargo, nuestros labios y rostros acalorados delatan que allí ha ocurrido algo más.

Soy la primera que sale despotricando sobre el ascensor y comento el miedo que he pasado, al borde de un colapso. Necesito tomarme una tila doble en la cafetería. Todos tratan de preguntar e interesarse acerca de cómo estoy, pero yo solo quiero salir corriendo de allí, por la vergüenza. Por nada del mundo quiero que me noten el morreo que nos hemos dado en el ascensor. Como puedo, me abro camino entre todos los curiosos. Salgo tan a prisa que piso algo y resbalo. Casi me caigo al suelo, pero me puedo agarrar del brazo de un compañero. El pobre Eugenio, casi con sesenta y cinco años, me sirve de muleta para no caer al suelo, y por poco lo

tiro a él también. Miro abajo y tengo un papel pegado al zapato. Me agacho, lo cojo para quitármelo y no matarme de camino a la cafetería. Tiene algo escrito:

ASCENSOR NO DISPONIBLE, REVISIÓN TÉCNICA.

Cuando levanto la mirada veo a varios alumnos sonriendo ante el espectáculo. Por suerte, no les dejamos usar los móviles en el centro educativo, sino estaría en todos los memes del día. Voy recomponiéndome y atusándome el pelo encrespado mientras voy a la cafetería. Necesito echarme agua en la cara. Me arde. La barba de tres días de Edu rozándose contra mi rostro mientras nos besábamos en ese lugar tan minúsculo me ha puesto la cara como el culito irritado de un bebé. Aligero el paso. Cuando llego a la cafetería y me siento para pedir la infusión, me siento exhausta.

—Chiquilla, ¿qué te ha pasado? —me pregunta María, la chica de la cafetería que está hablando muy muy cerca con Ana, la Pocachumba. Me ven y se separan demasiado rápido.

«Aquí hay tema» —pienso.

—Nada, que nos hemos quedado encerrados en el ascensor un buen rato, y casi no puedo ni hablar del mal rato. ¡Con el pánico que me dan!

—Pues se nota, vaya pintas tienes, parece que te ha pasado por encima una apisonadora… ¡anda, métete la blusa por dentro de los pantalones, que por un lado se te ha salido. Estás para recibir a algún padre ahora mismo.

«Ella tan diplomática como siempre. Esta mujer no sabe lo que son los filtros, dialogar de manera políticamente correcta no existe para ella. He de reconocer, que Ana no me cae muy bien. Es demasiado directa para mi gusto».

—¿Tuyos eran los gritos que se escuchaban pidiendo auxilio?

—Sí, esa era yo. Reconozco que he perdido los papeles y la poca dignidad que me quedaba… es que tengo un poco de claustrofobia dentro de los ascensores. Por suerte, Edu estaba allí conmigo y me ha tranquilizado.

—Un poco, dice. Será…te has quedado un pelín corta. Si los gritos que se escuchaban desde fuera parecían los de un cochino camino del matadero… ¡vaya escándalo has montado, bonita! Han salido todos los profesores de sus clases para ver qué estaba pasando. Parecía que iban a matar a alguien. Hasta los profes del otro pabellón han venido a ver qué estaba ocurriendo. Ellos, pero también muchos de sus alumnos. ¡Qué escandalosa eres, bonita!

—¿En serio?

—¡Qué exagerada eres, Ana! —interviene María— no ha sido para tanto. No le hagas caso que es muy exagerada.

—¡Joder! Dice que no…

María la mira con serenidad. Ana se calla y se hace chiquitita mientras remueve su café.

«Entre estas dos hay algo. La Pocachumba no se achanta de esta manera ante nadie».

Al minuto de estar allí, llega Zita. Ya ha sonado la sirena, es le cambio de clase. Cuando llega, estoy saboreando algo más que la infusión. Ya me he recompuesto y me he retocado un poco. Sobre todo, porque mi cara reflejaba lo que podría venir siendo el rostro de una guiri después de la tomatina de Buñol. Un poema, y no de Neruda precisamente. Mi cara era algo así más tétrico como un relato corto de Poe. Aún tengo en los labios el recuerdo de ese momento de calentón pasional con Eduardo en el ascensor. No deseo que venga nadie a quitármelo de la cabeza con preguntas absurdas como: “¿Pasaste miedo?” No, qué va. Gritaba así por diversión, para desahogar el estrés. Afortunadamente, a esta hora, los alumnos tienen prohibida la entrada a la cafetería porque María está preparando la comida para los alumnos que se quedan a comer en

el comedor después de las clases. Reparo en que, por eso, huele de maravilla en la cafetería. Vemos que se acerca Marta, la empotradora. Viene con cara de pocos amigos. Parece bastante enfadada.

—¡Vaya con la mosquita muerta, te ha faltado tiempo para aprovecharte de la situación! —Me acusa, en lo que parece un ataque de celos. Yo, la verdad, no tenía ni idea que le interesase Edu.

—No sé de qué me hablas.

—¿Qué no sabes de lo que te hablo? Serás cínica…

—Marta, tranquilita… —le advierte Zita— ¿De qué hablas?

—Pues de qué va a ser, de lo que todo el mundo está hablando ahora mismo en el instituto. Que el de educación física y la de lengua se han quedado atrancados en el ascensor y que cuando los han sacado, parecía que se habían estado morreando. Estaban casi abrazándose, muy juntos, con la cara como dos tomates y bastante cortados cuando se ha abierto el ascensor.

Siento ganas de mandarla a la mierda. Es una tía a la que no aguanto. Es prepotente, va de empoderada, pero luego siempre que sale de marcha tontea con los tíos para que le inviten a copas y dice que busca a un empotrador, porque lo que quiere es que le den caña. Es decir, representa todo lo contrario a mí, tal vez por eso, Edu no le ha hecho ni puto caso. Me entran ganas de decirle que se joda, que me ha besado a mí, pero no es mi estilo, ni tampoco es el lugar. Además, yo no tenía ni pajolera idea de que ella iba detrás de él. En realidad, Marta va detrás de todo aquello que se mueva y le cuelgue algo por delante.

—Marta. Si estábamos colorados es porque hemos estado un buen rato ahí metidos. No sé si has subido alguna vez a ese montacargas que hace las veces de ascensor del instituto de más de mil doscientos alumnos, pero es bastante pequeño y antiguo, por lo que la ventilación es bastante inadecuada. He pasado miedo porque tengo claustrofobia y miedo a los ascensores. Y sí, Edu me ha abrazado porque he tenido un ataque de pánico. No sé si me has escuchado gritar como una demente.

Ana resopla por detrás y sonríe.

—Sí, algo se ha escuchado…

—Pues entonces, en vez de preocuparte por una compañera que acaba de pasarlo muy mal, no vengas aquí como si fueses otra alumna cotilla más, a comprobar si los cotilleos que se están esparciendo por los pasillos son ciertos o no. Y si te gusta Edu, pues díselo.

—Me da igual lo que me digas. No me lo creo. ¡Para nada! Me voy porque tengo que ponerles un examen a los de cuarto, sino me ibas a dar unas cuantas explicaciones.

—¡Oye! ¡frena el carro! —Le advierte Zita.

Marta se va hecha un basilisco y pega un portazo al salir de la cafetería. Los alumnos al verla salir, dan un paso atrás espantados. Se escucha:

—¿Qué le pasa a la de matemáticas?

—Yo que sé, esa está loca.

Zita se sienta a mi lado y me hace señas de que la ignore.

—Seguro que tiene un mal día.

—No. Lo que le pasa es que está celosa perdida —interviene María desde detrás de la barra —. Lleva desde principio de curso tonteando con él en los desayunos y durante la hora que comparten de guardia. Al principio, él aceptaba un café o alguna invitación, pero cuando ya vio que se le insinuaba, no hace más que evitarla. En cuanto entra por la puerta, él sale pitando. Es súper gracioso. Parecen el correcaminos y el coyote, todas las mañanas jugando al ratón y al

gato.

—Pues yo no tenía ni idea y eso que soy de sus mejores amigas.

—Para que veas, Zita. Uno no acaba de conocer a las personas…

—Ya sé que a ti no te cae muy bien, pero a mí, en el fondo, me da lástima. Es una pobre chica, no tiene mal fondo, créeme.

—No sé, si tu lo dices… a mí me parece que está un poco loca, ya te lo he dicho muchas veces.

—Pero, cuéntame, ¿ha habido tema o no?

Bajo la mirada, doy un sorbo de mi infusión, despacio, saboreando cómo la intriga crece en su mirada. Está esperando que haga cualquier movimiento en falso para adivinar mi respuesta. Zita me conoce demasiado bien cómo para ocultarle algo así. Después de beber un largo trago, saco la punta de la lengua y me relamo, sin querer, me muerdo levemente el labio inferior, a modo de afirmación.

—¡Qué mamona eres! Porque tengo la última hora de clase, sino no te librabas. Me lo tienes que contar todo.

—Yo no he dicho nada.

—Eso es lo que te delata. A las cinco en mi casa. Quiero que me lo cuentes todo, TODO —me ordena mientras se marcha a su clase.

Me quedo allí tan feliz, saboreando el momento. Mirando por la ventana cómo el sol colorea los naranjos del patio trasero y los pajaritos saltan de rama en rama buscando alimento. Entonces, caigo en la cuenta de que no tengo ni puñetera idea de qué voy a decirle a Edu cuando volvamos a vernos.

«¡Qué situación tan incómoda y ridícula! ¿Cómo se aborda una conversación con alguien que te acaba de explorar con la lengua si aún tienes amígdalas? ¡Dioooos qué vergüenza! Lo saludo con un: hola, ¡qué tal! Si llegan a tardar cinco minutos más en rescatarnos, hubiésemos intercambiado otros fluidos… puedo hacerme la sueca y espero a que sea él quien me salude y aborde primero el tema.

5. A falta de Victoria’s Secret

El finde pasa como una exhalación, en parte, y por otra parte parece una peli a cámara lenta. Tengo muchísimo que corregir porque quiero dejármelo todo listo para cuando nos vayamos de viaje. Por suerte, las evaluaciones se han pospuesto para la vuelta de semana santa. Es evidente que el resto de compañeros estarán corrigiendo con tranquilidad durante esos nueve días de vacaciones; cosa que yo no podré hacer porque regresamos el viernes santo. En un fin de semana no podría corregir los exámenes y trabajos de mis ciento cuarenta y tres alumnos. Por otra parte, me he quedado bizca de mirar de reojo al móvil por si suena, vibra o Edu se manifiesta de alguna forma. Ante cualquier notificación de WhatsApp o Instagram, dejo lo que tenga entre manos y me lanzo como una posesa para ver si es él. Sé que no debo obsesionarme. Sin embargo, cada vez que recuerdo lo del ascensor, siento unas ganas inmensas de llamarlo. Incluso, cuando me meto en la ducha, y empiezo a enjabonarme, recuerdo que no he cogido el móvil. Cierro el grifo, y me parece que está sonando. Salgo corriendo, desnuda por la casa, soltando espuma y agua a cada paso que doy. Cuando consigo localizar el móvil debajo de los cojines del sofá del salón, compruebo que no hay ninguna llamada. Vuelvo a la ducha a terminar de enjabonarme, y como he puesto todo el suelo chorreando en mi locura por encontrar el móvil, resbalo cuando estoy llegando al cuarto de baño y me caigo de culo. El móvil se estrella contra la mampara, por suerte no se rompe, pero escucho un ruido seco y hueco al caer contra el suelo. Me duele a mí mas que al Iphone. Lo levanto con sumo cuidado, con el miedo del que se baja del coche tras haberle dado un golpecito contra una farola, esperando que no sea nada, aunque toda tu vida pase por delante de sus ojos al pensar en tener que dar parte al seguro del coche, tener que llevarlo a taller y quedarte como mínimo dos semanas sin coche. Entonces, lo miro, y veo que toda la pantalla está hecha añicos. Por suerte, solo es el cristal templado. Ha estado cerca.

Pero no ocurrió nada en todo el fin de semana. Parecía que a Edu se lo había tragado la tierra. Deseaba salir a tomarme una cerveza con Zita y que me diese el aire, pero sabía que, si salía, no me daría tiempo a terminar todo el trabajo de un trimestre en los dos días del fin de semana. Así que permanecí enclaustrada, volviéndome loca pensando en qué iba a pasar entre nosotros; si es que al final, pasaba algo.

Podría haberlo llamado, pero una especie de orgullo idiota, de ese que no nos sirve para nada en el amor, pero que al principio de una relación con alguien atesoras como si al perderlo, fueses a morder el polvo durante el resto de la relación. Cosa que no es cierta, puesto que la experiencia me ha enseñado que, en toda relación, los amantes están jugando a una especie de tiovivo de poderes en el que cuando uno está más arriba, el otro tiende a bajar, y viceversa. Lo ideal es el equilibrio y estar a la misma altura, a veces, sucede, pero dura poco tiempo. Así que, esa absurda promesa personal de no llamarlo por si piensa que estoy colada por él, resulta ser una estupidez que estuve a punto de romper el domingo por la noche. A esas horas en las que te quedas contigo misma y piensas que nadie te va a criticar por rebajarte y apostar de una vez por todas por el amor, que te mereces ser feliz. Sin embargo, al final, borras ese mensaje de WhatsApp cinco veces después de copiarlo y pegarlo como una autómata hasta que apagas el móvil y lo vuelves a encender una hora después, cuando aún no has podido dormirte, para ver si te escribió.

Las relaciones de amor son tan inexplicables e infinitas como el universo. Así que como no puedo dormir y aparentemente Edu pasa de mí, o de lo que ha pasado entre nosotros, abro Tinder para entretenerme un rato mientras me duermo. Lo que veo no me gusta. Me dan ganas de reír y

de llorar a la vez cuando contemplo el panorama con el que tendré que conformarme en el futuro. Tal vez cuando estás enamorándote de alguien no es buena idea meterte en las redes sociales para ligar, pues todos te parecerán feos, aburridos y que no están a la altura.

«¿No hay un tío normal en la tierra? Alguien que te diga lo que siente y que te bese por que le guste algo más que echar un polvo o apuntarse otro tanto más. Alguien con quien poder ser feliz el resto de la vida. No pido tanto, ¿no?».

Lo pienso y me sonrojo yo sola. Leonor, la independiente, la que no necesita a ningún hombre a su lado, se ríe de mí. La escucho partirse el culo a carcajadas desde mi subconsciente. Leo, la romántica, la niña que aún cree en castillos y príncipes azules, me consuela y me anima para que no pierda la esperanza en encontrar a alguien que, aunque no me rescate de la torre del castillo, por lo menos sea capaz de compartirlo conmigo.

A veces pienso que si alguien inventase un libro de instrucciones con tips y consejos que funcionen de verdad en el amor, se forraría… Porque no hay nada más imprevisible y desconcertante que el amor. No hay nada que nos descoloque y nos haga sufrir tanto, pero que a la vez necesitemos tanto… el corazón es el único músculo que, a pesar de romperse decenas de veces, es capaz de recomponerse solo.

Ahora, que he conocido a Edu, me doy cuenta de que ya tengo ganas de un amor bonito, un amor de verdad… creo que ya me toca, ¿no? Un amor de esos que te dan y no solo esperan recibir. Porque el amor no es solo querer mucho, darlo todo por la otra persona; de eso ya he tenido en el pasado. Hombres que quieren que les des y les des, pero vas lista si crees que vas a recibir.

De hecho, si no recibes nada cuando das, amiga, eso no es amor; es conformarte con unas migajas. Es valorarte muy poco. Porque el amor es reciprocidad, es *quid pro quo.* Porque quien se conforma con poco o nada, les está dando la razón en que vale poco o nada. Está claro que todes. Sí, he *dicho*: todes, tenemos la necesidad de que nos abracen, que nos quieran, nos besen. Nadie puede vivir sin cariño, ni besos, pero si por esa necesidad aceptamos cualquier tipo de relación tóxica, jamás seremos felices. todo lo contrario. Entraremos en un círculo vicioso de menosprecio personal, que te hará entrar por todas con tal de sentirte amada en algunos momentos puntuales; cuando la otra persona quiera.

Sé que tengo que bajar la guardia, relajarme y aceptar el amor. De lo contrario, jamás lo encontraré. Pero amar no consiste en darlo todo sin medida, como ya hice en el pasado… entonces me entregaba al cien por cien, hasta que incluso llegaba a olvidarme de mí misma. Llegaba a desdibujarme cuando me miraba en el espejo, me ocurrió algo parecido a lo que le ocurre a la protagonista en ese libro que leí: *Me olvidé hasta de mí*, en el que la protagonista sufre de maltrato silencioso, *gaslight*, creo que es el término que aparece reflejado en la novela. Por eso, como hasta ahora siempre he dado y dado, y me he quedado esperando a que el otro diese también, pero esas personas se quieren solo a sí mismas, y de eso no va el amor… pues ahora no estoy dispuesta a darles mi tiempo, mi cariño, y parte de mi existencia, sin un mínimo de correspondencia. El amor no va de recibir y recibir. El amor es recíproco. Y si no te dan lo que tú necesitas, vete a otro lugar a buscarlo. Valórate.

Ese es el miedo que sentí al besar y dejarme besar por Edu en el ascensor. Es el miedo que siento ahora mismo. No quiero cagarla de nuevo, aunque no sea mi culpa. Me da pereza ilusionarme de nuevo y que pisoteen mi corazoncito de nuevo. Porque cada vez hay menos personas por las que puedo llegar a sentir atracción. Cada vez es más difícil que determinados hombres con determinadas actitudes encajen en mi esquema de vida. Así que, me voy dando

cuenta de que ya no hay tantos chicos que puedan ser el amor de mi vida…

El lunes me levanto temprano para arreglarme a conciencia. Me pongo ese mono vintage color azul turquesa que me sienta tan bien. Ese que borra mi inseguridad y me hace caminar un poco más erguida que de costumbre, un poco más segura de mí misma, y moviéndome con más gracia y soltura. Hoy necesito esa seguridad extra que nos proporciona la ropa que nos queda bien, un buen maquillaje y tu bolso favorito.

Cuando me encuentre con él por los pasillos, no sé qué va a pasar. Si se detendrá y me dirá algo bonito o sexy al oído, o me dejará una nota en mi casillero de la sala de profesores para que nos reunamos a escondidas en su departamento. No sé si me preguntará qué he hecho el fin de semana o, tal vez, me confesará que ha estado marcando y borrando mi número en su teléfono cientos de veces durante todo el fin de semana.

Se me ocurren muchísimas cosas que pueden pasar mientras me arreglo. Es lo que tiene ser profesora de literatura y haber leído muchas, muchísimas novelas románticas. Sin embargo, el resultado de nuestro primer encuentro después del episodio del ascensor, poco o nada tiene que ver con lo que había imaginado en mi cabecita loca.

Estoy entrando triunfal por el hall principal del instituto con ganas de comerme el mundo, o, al menos, el pasillo conducente a la sala de profesores, cuando, Antonio, el conserje, me llama para darme unas fotocopias de unos exámenes que le había encargado el viernes pasado. Al tener que detenerme a hablar con él, empiezan a entrar más y más compañeros de trabajo. Por el rabillo del ojo veo que Edu entra por la puerta principal, pero su ángulo de visión no le permite verme. Trato de hacer aspavientos con los folios y saco cadera ciñéndome más aún el mono junto a la fotocopiadora. Estiro la pierna hasta estar a punto de dislocármela; a riesgo de parecer imbécil delante del conserje, que mira extrañado como me voy doblando más y más hacia el pasillo de entrada, hasta que tengo que agarrarme del quicio de la puerta de la reprografía para no caerme de lado. Edu no me ve y sigue su camino hacia el patio. Delante de mis narices se esfuma la posibilidad de que me vea justo a la entrada del trabajo. No me he arreglado para él, lo he hecho para mí, pero bueno, si me ve bien guapa, pues mejor que mejor…

Cuando toca el timbre, todos los profesores nos vamos hacia nuestras aulas como obedientes pastorcillos listos para encontrarnos con nuestro rebaño. Subo al pabellón B hablando con Susan, la lectora inglesa, que no sabe bien dónde está el aula B18, cuando veo que por el otro extremo del pasillo aparece Edu, acompañado de dos alumnos cargados con pelotas de baloncesto. Está a la altura de la B22, así que inevitablemente vamos a encontrarnos, a menos que, alguno de los dos nos demos la vuelta, adrede. Los alumnos están ya todos dentro de las aulas, por lo que es inevitable encontrarnos cara a cara. Conforme me aproximo, trato de sonreír exageradamente ante lo que la guiri me dice. La verdad, no la entiendo muy bien porque habla muy poco español, pero yo sonrío como si fuese la mismísima *Martita de Graná* la que me está contando una divertida anécdota. En el pasillo hace algo de corriente. El viento, que juega a mi favor, mece mi pelo a cámara lenta. Además, el tejido vaporoso del mono se mueve al compás de mis andares. Me siento como Beyoncé entrando en la Superbowl. Todo me es favorable para nuestro encuentro. Entonces, le indico a Susan cuál es su aula y me dispongo a caminar hasta la mía. Edu está a menos de tres metros de mí. Me mira, sonríe levemente con la comisura derecha de su boca y, nervioso, llega a arquear una de las cejas a modo de saludo. Ni siquiera me dice buenos días, ese gesto es todo lo que obtengo del tío que me repasó el viernes todos los empastes de la boca con su lengua en un ascensor.

No doy crédito. Me quedo tan en shock, que creo que ni soy capaz de levantar la mano para

saludarlo. Cuando pasan unos razonables diez segundos de seguridad, me doy la vuelta para ver si se ha girado a mirarme. Nada. Lo veo continuar con sus alumnos hacia las escaleras conducentes a la planta baja que llevan al patio. En cambio, veo una sonrisilla maliciosa en la B16, detrás de mí. Es Marta, que entra en su clase sonriendo, satisfecha de que ni siquiera se haya parado para dedicarme un correcto "¡buenos días!" de pura cortesía entre compañeros de trabajo. La muy mamarracha arquea las cejas y pone cara de hacer pucheros. Cierra la puerta de su clase y casi la puedo escuchar descojonarse detrás. El enfado me recorre desde los pies a la nuca. Si hubiese podido, le hubiese dicho cuatro cosas a esa estúpida, allí mismo, delante de los alumnos. Sin embargo, hago un ejercicio de constricción y me callo.

Devastada como persona y destruida como mujer arrastro mis pies hasta mi aula. Ya no me siento *Beyoncé*. Soy más bien una mezcla entre *Bridget Jones* y *Betty la fea*. Entro en clase y me encuentro a las niñas revoloteando por toda la clase, chillando "puerco" "asqueroso" y a los niños riéndose y gritando.

—Seño, Miguelito se estaba haciendo una paja, y Lucía lo ha visto.

Suspiro para mis adentros, no puedo lidiar con esto ahora. Observo a Miguel y están en su pupitre colorado perdido, casi llorando y casi escondido detrás de su mochila.

Empezamos bien la mañana del lunes…

—Miguel, acompáñame fuera, por favor —le pido con cara de pocos amigos. Estoy muy cabreada y no quiero pagarlo con el chiquillo.

El alumno se levanta y sale corriendo hacia el baño. Trato de perseguirlo por todo el pasillo, pero llevo puestos unos taconazos negros, de esos que solo te pones en noche vieja, y mis zancadas no dan para más. Soy una mezcla entre chiquito de la calzada y una geisha coja… El niño me cierra la puerta en todas mis narices. Respiro hondo, y me espero fuera del baño.

—Miguel, por favor, sal y me explicas qué ha sucedido.

—¡Que no! Seño, que me da vergüenza.

—Miguel, no pasa nada. Créeme, pero necesito escuchar qué ha pasado. Quiero conocer tu versión de lo ocurrido.

El chiquillo aguarda silencio detrás de la puerta.

—Si no sales ahora, tendrás que venir conmigo al despacho del director —le ordeno, levantando la voz, perdiendo la poca paciencia que me queda.

Miro al pasillo y veo unas diez cabecitas asomadas por la puerta de clase.

—¡A ver, meteos en clase ahora mismo! Daniela, por favor, baja al despacho del director y dile que venga. Coméntale que Miguel no quiere salir del baño y yo no puedo entrar en el baño de chicos.

Escucho el agua del grifo correr a todo trapo y cómo Miguel coge mucho papel para limpiarse. Al cabo de unos minutos, Jorge, el director, llega al baño. Entra dentro y llama a la puerta del servicio.

—Miguel, haz el favor de salir. ¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué te comportas así?

Al cabo de unos segundos, en los que el ambiente se puede cortar con un cuchillo, Miguelito abre por fin la puerta. Aparece con las manos tapándose la entrepierna. Tiene todos los pantalones chorreando pues parece haber estado intentando limpiarse con agua.

Jorge lo mira de arriba abajo y le pide que lo acompañe a su despacho. Me sugiere que baje con ellos, así que dejo a mis alumnos leyendo el libro de lectura que tenemos para este trimestre. Les advierto que en un minuto estaré de vuelta, que no quiero escuchar ni una mosca. Dejo a la implacable Daniela apuntando en la pizarra a todo aquel que levante la cabeza del libro.

—A ver, cuéntame qué ha sucedido. —Le pregunto, viendo la montaña de papeles y expedientes acumulados que el director tiene en su mesa. Es muy temprano, Jorge es de esas personas que mejor le pides algo después del recreo, cuando ya se haya tomado el tercer café de la mañana.

—Verás, maestra, es que hoy teníamos que traernos un pegamento superglue, de ese que pega mucho, para tecnología; para hacer una maqueta en la clase. Yo lo estaba mirando porque no sabía si era el nuevo que me compró mi madre ayer por la tarde en el chino, o el que estaba seco en mi casa. No lo podía abrir, así que apreté mucho porque parecía que estaba gastado y se me ha roto por el otro lado; con tan mala suerte, que se me ha derramado un pegote en toda la pierna y la bragueta. Iba a tapármelo, pero la Lucía me ha visto, y yo me he tapado rápido, porque me daba vergüenza que me vieran con ese manchurrón ahí mismo. Parecía que me había meado. Al poner la mano encima para taparme mientras me miraban, se me han pegado dos dedos al pantalón y ya no los podía separar. Después, han empezado a decir que yo estaba haciendo una guarrería… ¡Y eso es mentira! Cuando has llegado, he corrido al servicio a limpiarme, pero la he liado parda. De tanto frotar la mancha con agua, el pegamento se ha puesto muy duro. Al final, he podido separar los dedos, pero al tirar me he hecho un boquete en el pantalón. Mira seño, aquí tengo un trozo del pantalón pegado en todo el dedo. Pero yo no estaba haciendo eso que decía la Lucía, lo juro… ahora todos se van a creer que soy un guarro —dice, empezando a lloriquear.

Miro a Jorge. El director, sonríe. Le ha hecho gracia la sinceridad del chaval.

—Pobrecito. ¡Qué duro es entrar en la adolescencia! —exclama—, yo creo que, si tuviésemos que volver a pasar por ella, no llegaríamos a adultos. ¿No estás de acuerdo, Leonor?

—Pues sí.

—Miguel, así no te puedes quedar.

Miramos al niño. Está hecho un cromo. Tiene los pantalones rotos por la bragueta mostrando unos calzoncillos celestes que también están chorreando y vete a saber si no están también llenos de pegamento.

—Vamos a llamar a tu casa para que te traigan otros pantalones y puedas cambiarte como es debido. Mientras, puedes quedarte aquí en el despacho, para que nadie te vea. Yo explicaré a tus compañeros lo sucedido, verás como nadie te acusará de cosas que no has hecho. Es comprensible, que, al verte, todos pensasen otra cosa. Ya sabes cómo están los de tu clase con el pavo últimamente. —Le tranquilizo.

Camino de vuelta a la clase, sonrío para mis adentros, vaya edad más difícil. Los alumnos de los primerillos de ESO, son los más inocentes cuando llegan, pero conforme cogen confianza a lo largo del curso escolar se vuelven más trabajosos; hasta transformarse en los *Gremlims* de segundo curso de secundaria. A mí me despiertan mucha ternura, pero otras veces resultan insoportables porque se ríen por todo, a todo le sacan connotaciones sexuales o relacionadas con palabrotas. Por ejemplo, jamás analizaría sintácticamente la frase: “Se lo come todos los días”; con ellos hay que tener mucho cuidado con las palabras que eliges en cada momento.

Cuando llego al aula, Rosa, una compañera de guardia está dentro.

—¡Ah, hola! ¿Ya estás aquí? —pregunta.

—Sí, todo solucionado… pero, había dejado a Daniela responsable de la clase.

—Ya, eso me han dicho, pero Eduardo, que estaba en el patio, los ha visto levantarse y algunos estaban asomándose por las ventanas. Así que ha venido hasta la sala de profesores para ver qué pasaba.

—¡Vaya!

—Sí, seño, no me hacían caso, todos se han levantado.

—¡Yo no! —protesta Rubén, el más empollón.

—Vale, vale, de acuerdo. Ahora haremos unos ejercicios extra por vuestro buen comportamiento —todos protestan, pero yo no les hago caso—. Muchas gracias, Rosa.

Les explico lo sucedido con el compañero y, aunque quieren seguir sacando punta al tema para perder la hora entera, les mando los ejercicios y empiezo a escribir unas frases en la pizarra. Cuando termino, me asomo por la ventana junto a la mesa del profesor y veo a Edu mirando hacia mi aula. Me hace una señal con los pulgares hacia arriba, como preguntando si todo estaba bien. Le indico que sí con la cabeza, y me guiña. Después me sonríe de esa manera que hace que se me caiga todo al suelo. Me quedo sonriendo como una boba y lo veo darse la vuelta para continuar con su clase de baloncesto.

—¡A la seño le gusta el de educación física! —dice Lucía en voz alta.

La fulmino con la mirada y nadie se atreve a repetirlo. A pesar de que todos me ven sonreír como una flipada cuando vuelvo a mirar por la ventana.

Quedan pocos días para el viaje. Los profes del viaje tenemos una reunión el jueves, antes de salir hacia Valencia. Edu y yo no hemos hablado. Ya he asumido que de pasar algo, o de aclarar las cosas, ocurrirá durante el crucero. Al fin y al cabo, nuestras habitaciones tan solo están separadas por una puerta corredera, ya que es una habitación familiar transformada en dos camarotes distintos. La típica habitación en la que los padres se quedan en un lado y los hijos en el otro, pero que pueden dejar la puerta de corredera abierta para tener más espacio y controlar a los chiquillos. El martes por la noche, Ana, la Pocachumba, me envía un mensaje preguntándome cuántos bikinis me voy a llevar al viaje. Eso me pone en alerta, porque aún no he hecho la maleta y ni siquiera he mirado cuáles podré llevarme de los bikinis que tengo en el trastero. De repente, rememoro el surtido de bikinis desparejos y dados de sí que guardé al final del verano con la esperanza de que se recompusieran solos, o, al menos, se multiplicasen solos en su caja durante el invierno, a pesar de que allí lo único que pueden hacer es acumular polvo y oler a humedad tras llevar meses guardados.

Llego a la conclusión de que es urgente comprar bikinis nuevos y lencería sexy por lo que pueda pasar… siempre que voy a ir de viaje recuerdo las palabras de mi madre: “llévate braguitas nuevas, hija; ¿y si te tienen que llevar al hospital? ¡Qué vergüenza!”

Así que desde siempre estreno ropa interior en los viajes, aunque solo sea por no escuchar a mi madre.

Cuando salgo del instituto, Zita está en la puerta esperándome con su coche color beige y sus gafas de sol pantalla total. Todos los alumnos que pasan junto al Mini, la saludan. Me recuerda a una actriz de Hollywood de los años treinta. La veo feliz, pletórica, encantada de conocerse. Zita es así. Sin complejos, sin vergüenza.

Nos dirigimos al Corte inglés de Málaga, pero antes de empezar las compras, paramos a comer algo en un bar de tapeo de una esquina con la calle Armengual de la Mota. Después de comer, nos introducimos en el paraíso de las compras y nos vamos directas a la segunda planta, en busca de los bañadores.

—Necesito por lo menos un par de bikinis nuevos.

—¿Solo dos? No, eso son pocos; por lo menos cuatro.

—Tres, como mucho.

—Venga, vale. Uno de rayas azules y blancas, marinero, que viste mucho en alta mar, y un pareo bonito, o mejor una bata de esas de seda semitransparentes para cuando pasees por la

borda…

—A ver, Zita. ¿Tú te crees que yo voy en plan *vacaciones en el mar*? Te recuerdo que tengo que estar pendiente de más de ochenta adolescentes… no voy a tener ni casi tiempo de mirarme en el espejo. Quiero algo cómodo y práctico, que después pueda usar durante el verano más veces.

—¡Mira este con las cadenas doradas! ¡Es fabuloso! Te lo tienes que probar——Zita está cogiendo todos los bañadores que pilla, y ya ni me escucha—. El animal print ha muerto, pero puedes llevarte un trikini de leopardo para los cócteles al atardecer… ¡este es fabuloso! y no cuesta tanto…

Zita está poseída. Suspiro para mí y trato de evocar uno de mis momentos zhen, para relajarme. La dejo mirando bikinis-diva y me centro en los más juveniles y cómodos. La veo coger uno lleno de pedrería, y me imagino soltando piedrecitas brillantes por la piscina del barco. Tenemos gustos muy diferentes… pero es cierto que ella entiende mucho de moda y tendencias. Nunca he comprendido cómo no se abre una cuenta en Instagram, sería una de las influencers más seguidas del país.

Al cabo de un rato, me veo en un probador rodeada por unos treinta bikinis, muchos de ellos repetidos para ver qué copa o parte de abajo me va mejor. Menos mal que son las cuatro y media y aún no hay muchas clientas. Las dependientas están medio dormidas y van a lo suyo. Hablan de los días libres que la empresa les debe. Están mucho más preocupadas por cuándo cogerán las vacaciones que por dos locas que están revolviendo todos los expositores de la sección baño.

Voy probándomelos y me doy cuenta de que casi todos los me están más anchos de arriba que de abajo. Encima, los que me gustan no pueden combinar la parte de arriba con la de abajo. Es un rollo. Al final, cansadas de probar, a Zita se le ocurre la fantástica idea de darles el cambiazo. Los vamos a pagar, no los estamos robando, pero yo me siento muy mal haciendo algo que no es legal. Zita dice que en realidad no los estamos desparejando porque seguro que hay una chica con más delantera que yo, y con menos caderas que me lo agradecerá. La culpa es de los fabricantes que no prevén la diversidad de cuerpos femeninos. No sé cómo, pero decido hacerle caso.

Entonces, en plena operación cambiazo, tratando de separar el plástico que los une, veo que no puedo separarlos, así que le doy un tirón. Por la fuerza que empleo, el plástico se parte. Por la inercia del movimiento, empujo con fuerza la puerta del privador que se abre de par en par y me caigo de boca con cada una de las partes cambiadas del bikini en las manos. Lo peor no es que todo el mundo, incluidas las dependientas, me miren asombrados al verme salir despedida del probador. Lo peor es que no llevo la parte de arriba puesta. La dependienta se acerca preocupada para ayudarme, pero al ayudarme a levantarme y tratar de taparme con su cuerpo para no seguir enseñando mis pechos al personal, descubre que he roto los plásticos de separación, que he querido darles el cambiazo. Me mira severa y me recrimina que eso no se puede hacer. Le doy excusas y me invento que me he mareado, que iba a apoyarme en la puerta que se ha abierto al no funcionar el pestillo. Entonces, no he podido guardar el equilibrio y la prenda se ha separado.

No creo haber pasado más vergüenza en mi vida, así que recojo los pedazos de mi dignidad a la vez que mi tarjeta de crédito para pagar los dos bikinis, el de la 90 y el de la 95.

Zita me observa desde una esquina, se hace la entretenida mirando unas toallas de playa.

—*La que has liado pollito*… está claro que no sirves para hacer trampas.

—No vuelvo a hacerte caso. No he pasado más vergüenza en mi vida…

—¿Qué no? Puedo recordarte cierto momento-ascensor de hace poco…

—He tenido que pagar los dos bikinis y, encima, no he podido mirar ningún otro.

—¿Te han dado el ticket?

—Obviamente no. Sino los devolvería.

—Bueno, no te preocupes, ¿tú no querías ser legal? Pues ya está, ahí lo tienes, legal. De todas formas, siempre puedes regalarle el que no quieres a alguien por su cumpleaños. Pero a mí no me mires, que te veo las intenciones. En el próximo cumpleaños se lo endiñas a otra.

—¡Qué cutre eres algunas veces, Zita! Vas de divina y, a veces, eres una poligonera.

Me mira y se sacude el hombro haciendo como que no me ha escuchado. Continúa caminando muy digna, como si el improperio no fuese con ella.

—No hay problema, podemos ir a *Women' Secret*, que me han dicho que hay unos bikinis chulísimos y más baratos que aquí. ¡Anda ya! ¿Qué se habrán creído? Hacerle pasar vergüenza a mi Leo. Pero antes tenemos que pasarnos por la primera planta, ¡LENCERÍA! —dice en voz alta como un niño a las puertas de Euro Disney.

—¡No! Me niego, vámonos de aquí, te lo suplico. Me da la sensación de que todo el mundo me mira. Parece como si todos en el Corte Inglés me hubiesen visto las tetas.

—¡No sea dramática! Que no te ha visto nadie. Vamos a comprar unas braguitas sexys y algún conjunto de sujetador provocativo. Te tienes que tirar al pimpollo de educación física, amiga mía. No quiero recordarte cuánto hace que no follas, pero ya mismo te empiezan a salir telarañas.

—¿Peeeerdona? —Resoplo, resignada cuando cogemos las escaleras para la primera planta.

Una vez allí, nos adentramos en el mundo de la exquisita lencería fina. Cuanto más bonita, más cara. Después de rebuscar mucho, pero sin probarme nada, me decido por un conjunto color gris perla y ribeteado con satén beige. Después de pagarlo, nos llama la atención un perchero de camisones cortos muy sexys, de esos que te pones para una noche picante. Zita alarga la mano cuando encuentra mi talla, pero una chica rubia está tratando de cogerlo también desde el otro lado.

—¡Disculpa! Lo hemos cogido las dos a la vez.

Zita ve de reojo la talla y lo suelta.

—Es una treinta y seis. No nos sirve, mi amiga tiene una treinta y ocho por lo menos, puedes quedártelo sin problema —sonríe, pero la cara le cambia, y empieza a darme manotazos, mientras yo le doy la vuelta al perchero distraída buscando uno de mi talla; están muy bien de precio y pueden quedar realmente chulos.

—Mira, cariño, ¿qué te parece este? —le dice la joven a su acompañante.

El hombre afirma con la cabeza y se acerca hacia el perchero distraído. Entonces, choca conmigo, empujándome un poco hacia delante, haciendo que casi me trague el perchero con todos los camisones.

—¡Perdón! Disculpe. No la había visto ahí agachada.

Levanto la cabeza sorprendida al escuchar una voz muy familiar. Noto un cosquilleo en la barriga que rápidamente me sube a las mejillas. De repente, no doy crédito al ver a Eduardo con una chica despampanante, rubia y con los ojos más azules que he visto en mi vida, más bonitos incluso que los de Pilar Rubio.

Me quedo muda. No puedo hablar. Edu tampoco, parece que ha visto a un fantasma.

—¡Hombre, Eduardo! ¡Qué casualidad! —dice Zita sobreactuando claramente.

—¿Os conocéis? —pregunta la joven mirando a Eduardo fijamente.

—Eh... sí… eh… claro. Son dos compañeras del instituto.

—¡Ah! Hola, encantada, yo soy Carmen —dice acercándose a Zita para darle dos besos.

—¡Hola! Yo, Zita —dice abriendo los ojos de par en par al reconocerla.

Edu sonríe incómodo todo el rato que duran las presentaciones. La chica se dirige hacia mí y consigo decirle mi nombre casi balbuceando. Huelo su perfume y huele a gloria. Esa mujer es odiosamente perfecta. Cuando me retiro un poco, la reviso de arriba abajo para ver si tiene algún defecto…

«¡mierda! no lo tiene».

Pertenece a ese ínfimo uno por ciento de la población que es perfecta de manera natural. De esas chicas en las que *Mattel* parece haberse basado para hacer su famosa muñeca. La miro de nuevo y pienso que es imposible tener esa cinturita sin tener catorce años, o ese escote, sin ser un ángel de *Victoria's Secret.*

—¡Qué bien conocer a alguien del trabajo de Eduardo! Es tan reservado para sus cosas.

—¡Y tanto! nadie sabía que tenía novia, ¿verdad, Leo? Ni nos lo imaginábamos…

—Bueno, no soy su novia —dice sonriendo.

Arqueo las cejas y me imagino la típica escena de película de sobremesa "Navidad para tres" en la que la protagonista cree que la guapa mujer que acompaña al chico del que está enamorada es en realidad su hermana.

Espero escuchar: «En realidad, soy su hermana».

—En realidad, soy su prometida— dice sonriendo ampliamente, le coge la mano, nos enseña su anillo de compromiso que tiene el tamaño de un iceberg, y apoya su cabeza de manera cariñosa sobre su hombro.

—¡Ostias! —Dejo escapar en voz baja.

—Anda, oye, mira… qué calladito te lo tenías, bribón. —Le dice Zita, pellizcándole en el brazo. Edu sonríe tanto que ya parece un payaso de esos de película de terror. Lleva tratando de mantener una sonrisa pétrea tanto tiempo en su cara que resulta demasiado artificial.

Empiezo a sentir algo de miedo. Zita no tiene filtro. Como el encuentro dure mucho, es capaz de zamparle lo que ocurrió en el ascensor conmigo.

—Pues sí, en realidad, el viaje de fin de estudios con sus alumnos es una especie de despedida de soltero para Edu. Nos casamos justo cuando regrese del crucero.

Siento que el suelo bajo mis pies se hunde y atravieso las dos plantas hasta el garaje del Corte Inglés, incluidas las tres plantas del sótano hasta que toque fondo, el metro, el mar o las mismísimas entrañas de la tierra.

—¡Vaya notición! Eso es… ya mismo… ¿no?

—Sí, en efecto. Bueno, supongo que ya os dará una invitación. Edu es muy reservado y apenas habla de sus compañeros de trabajo, pero a algunos los deberá invitar. No a todos, ¡por Dios! —Ríe a carcajadas ante su propia ocurrencia. Muestra la sonrisa más perfecta y blanca que un ser humano jamás podrá tener, mientras sacude su melena rubia que se mece con el vaivén. Varios hombres que pasan cerca, se giran para recrearse y mirarla mejor. Lo cierto es que hacen una pareja perfecta. Parecen los muñequitos de la tarta de bodas.

—Uy, somos casi ciento veinte profesores en el instituto. Y, entre tú y yo, algunos son algo raritos. Además, Edu tiene mucha confianza con Leo… Han estado organizando el crucero muy estrechamente durante las últimas semanas…

Le pego una patada a Zita por debajo del perchero para que se calle.

—¡No me digas! ¿Vosotras sois las compañeras que vais a ir con él al viaje de fin de curso? No sé por qué, pero os imaginaba más mayores.

—Bueno, una de ellas, la profe de religión, sí es más mayor, pero Leo y Ana son de nuestra edad —Dice sonriendo e incluyendo a Leonor dentro del grupo de Ana y Zita, que ya están más cerca de la cuarentena que de los treinta.

—¡Ah! ¿Tú vas? —pregunta acercándose a mí—. ¡Pues cuídamelo! Que es muy guapo y vaya que alguna en el crucero se encapriche de él.

—Pero mujer, si os vais a casar… ¿qué puedes temer? Si nuestro Edu es un cacho de pan, ¿verdad, Eduardo? —le pregunta directamente. Edu no sabe dónde se va a meter, está más tenso que un cable de alta tensión; solo asiente con la cabeza. Mira su reloj fugazmente, y como si ese gesto fuese una clave secreta, su prometida, Carmen, se apresura a despedirse.

—¡Uy! Mirad qué hora es, aún no hemos llegado siquiera al edificio hogar… tenemos que ver tantas cosas para la casa… pero siempre me distraigo con la lencería… ¡no puedo evitarlo! He intentado que me diga qué quiere que me compre para la noche de bodas. Aunque, el vestido de novia no puede verlo, con algo de esto puede ir abriendo boca… —se ríe de nuevo, despreocupada y perfecta. Como esas estrellas de cine del Hollywood de los años veinte, que cuando ríen parece que el tiempo se detiene—. Bueno, un placer.

—Mañana nos vemos en el insti —Edu levanta la mano y se aleja con el pibón, agarrada de su brazo.

Siento un nudo en la boca del estómago. Las lágrimas se agolpan en mis ojos, sin saber bien por qué, se me caen dos lagrimones.

—Eh, no seas tonta. Es un cabronazo. Comerte la boca en el ascensor a pocas semanas de casarse. Mira que no lo tenía yo por ser un hijo de puta. Pensaba que era un corderito, y mira… ¡fíate tú de las aguas mansas! ¡Será cerdo! Tú pasa de él. Ahora te vas a comprar la ropa más sexy que encontremos. A ese gilipollas le vas a poner tú los dientes largos en el crucero. Que vea lo que se pierde.

—¿Tú has visto a esa chica? No se puede competir con ella.

—No te hace falta. Pasa de él… tú vales mucho más.

—¡Dios! Pensaba que habíamos conectado, que había algo especial entre nosotros.

—Tal vez… oye, si te gusta de verdad, lucha por él. Tienes algo más de siete días para enamorarle.

—¿Cómo ha dicho que se llama… su prometida? —pregunto sonriendo y con ganas de llorar.

—Mira, no seas tonta. Se llama Carmen. ¿No te suena? ¿De verdad que no la conoces?

—No. No la he visto en mi vida.

—Chica, deja un poco de leer libros y ve algo la tele. Veras, esa chica es Carmen Límchenko, hija de Ígor Límchenko, el famoso promotor inmobiliario de Marbella. Ese ruso es dueño de media Marbella. El multimillonario solo tiene una hija, Carmen, de su segundo matrimonio con la modelo Carmen Lorenzo. Aunque creo que tiene más hijos de su primer matrimonio en Rusia. ¿En serio no te has fijado en que cuando llegas al aeropuerto de Málaga hay carteles de un cincuentón atractivo con el pelo blanco y una chica rubia guapísima anunciando mansiones de lujo por todas partes?

—Ahora que lo dices…

—Pues ese es su padre, la que sale a su lado es Carmen, pero tú no te preocupes que ahora nos vamos a tomar un buen helado y vamos a seguir de compras. ¡Hoy tienes que fundir la tarjeta! Además, te tienes que comprar un vestido de gala bonito para la cena del capitán. Que ahí va todo el mundo muy arreglado. Se exige vestido de noche para las mujeres e ir de etiqueta a los hombres.

—La verdad es que se me ha cortado el punto. Entre lo de los bikinis y el cabrón este que tiene prometida…

—Nada, nada. ¡Que no nos amarguen la tarde! Además, hay muchos peces en el mar, en un crucero todavía más. Seguro que encuentras a alguien que merezca la pena. Desembarcáis en varios puertos italianos… i-ta-lia-nos ¿tu sabes eso lo que significa...? ¡Oh bella! Habrá un montón de italianos cachondos tratando de ligar contigo… nena, eso es la dolce vita y lo demás es tontería. Así que borra ese careto de vinagreta y vámonos que todavía tienes muchas cosas que comprar.

Agacho la mirada, respiro profundamente dejando que el oxígeno baje hasta inflar mi estómago y expulso el aire con lentitud. Me calmo y afirmo con la cabeza. Estoy bien. Me encuentro bien. Soy buenísima persona. Me miro de reojo en el espejo de una columna y llego a la conclusión de que no estoy tan mal.

Después, pienso en que esa mujer es la puñetera Barbie personificada y en lo perfecta que es… pero ya no me da tiempo de pensar en nada más porque Zita me pega un tirón del brazo y me empuja por las escaleras mecánicas.

Cuando llego a casa cargada de bolsas, igual que si fuese una protagonista de la serie *Sexo en Nueva York*, arrojo las bolsas por detrás del sofá para no verlas. Me siento culpable, muy culpable. Me he gastado demasiado dinero por puro despecho. Una compradora compulsiva despechada es lo peor que le puede pasar a tu cuenta corriente y lo mejor que le puede suceder al El Corte Inglés. Antes de que la tristeza me embargue y empiece a llorar, primero, por todo el dinero que me he gastado y, segundo, por mi corazón roto, pienso en que tengo un mes para devolver todas esas cosas que he comprado presa de la rabia… Durante toda la tarde, Zita no ha hecho más que decirme: “porque te lo mereces”, “tú lo vales”, “para eso trabajas…” y, claro, eso se traduce en cerca de los mil euros menos que tengo en mi cuenta y que están en todas esas bolsas.

Lloro, sí, lloro un buen rato. —¿Vosotras no lloráis? — Y cuando ya me duele el dedo de reproducir por décima vez la canción *sola otra vez* de Celine Dion en *Spotify*, empiezo a cambiar de actitud y recuerdo todo lo que he luchado en mi vida por no ser una desvalida damisela que necesita un príncipe para ser feliz. Me recuerdo lo que he luchado por mis estudios universitarios, el master, mis oposiciones… y no me queda otra que sobreponerme, aunque esté echa polvo por dentro. A veces, incluso para ti misma tienes que ser fuerte, porque temes que, si no lo eres, todo el castillo de naipes que es tu vida se desmorone y no tienes ni puta idea de cómo volver a levantarlo.

«Si va a casarse, que le den. Me tengo a mí misma y no necesito a ningún hombre para disfrutar de la vida. El amor tiene muchas formas y no solo tiene que ser el amor romántico. Tengo a mi familia, mis amigas, mis amigos, mis compañeros… no necesito a ningún hombre para completar mi felicidad. ¡Joder, estamos en el siglo XXI!»

Error.

En el fondo de mi ser sé que sí lo necesito.

Soy una Jennifer López a la española…

Soy como mi prima Yoli, que es una “berberecho”, novio me quito, novio me hecho; como dice mi tía. No sé vivir sin estar en pareja o, al menos, estar enamorada y pensando en alguien. Lo admito, soy débil. Soy así de gilipollas. Ojalá pudiera cerrar los ojos y abrirlos de nuevo siendo otra persona que no se emocione cuando ve a una pareja besarse en una esquina o ir cogidos de la mano por la calle.

Esto que quede entre tú y yo… soy una romántica. Aunque jamás lograrás que lo admita en público.

Pongo la música del altavoz *bluetooth* a tope y empiezo a bailar algunas de las canciones que más me gustan de la playlist de *Spotify* "marcha". Noto cómo la música consigue animarme y, eufórica, sonrío para mis adentros con cara maliciosa. Me animo y cambio de opinión.

Sé que lo que pasó en el ascensor fue verdadero, que siente algo por mí. No voy a dejar que se me note que estoy pillada. Edu me gusta mucho, ha sido un cabrón ocultando que estaba comprometido, pero…

…prometido, no significa casado y para toda la vida… todavía hay tiempo para darle un vuelco a nuestras vidas. Tengo siete días para enamorarlo.

6. La Pocachumba, Sor Hortera y la del ascensor madrugan mucho.

Por fin llega la mañana del viaje de estudios. Estoy más nerviosa que los propios alumnos. En parte, porque quiero que todo esto se acabe. Al fin y al cabo, solo tengo siete días para pasarlos con el que puede ser el hombre de mi vida, antes de que cometa la mayor locura de su vida: casarse con otra, por supuesto, y yo no pueda evitarlo. Bueno, reconducirlo hasta otro final un poco más afín a mis propios intereses. Esa chica puede ser rica, perfecta, estar buenísima… pero no es Leonor Amor. Yo soy mucha yo. Quiero decir que como yo no hay otra. Y con este pensamiento positivo y recurrente, que repito en mi cabeza una y otra vez como si fuese un mantra de sanación, consigo cerrar el maletón que me voy a llevar al viaje. Aún resuena en mi cabeza: "profe, no veas, menos mal que dijiste que llevásemos una maleta pequeña, que tú te ibas a traer tu *maletita*. ¿A eso le llama usted *maletita*?" Siento ganas de decirle que se calle o se va a tragar la *maletita*, sin embargo, aún no estamos en aguas internacionales. Estamos rodeados de pegajosos padres que se emocionan despidiendo a sus hijos, pero que tras descansar una semana de ellos, llorarán al verlos de vuelta.

Soy la tutora de 4ºD, los más divertidos, aunque los peor académicamente. Por lo tanto, tengo a mi cargo a la veintena más cafre de todo el crucero. Nos adoramos mutuamente y, durante el curso, siempre me han buscado en el instituto para cualquier cosa: cuando se les ha olvidado el dinero para el bocadillo, cuando les ha venido la regla y olvidaban un tampón, para cualquier cosa inimaginable, aunque no tuviese clase con ellos en esos momentos o tuviese prisa para irme a casa. Siempre he estado ahí, aunque tuviese que deshacerme de mi última compresa o tuviese que salir fuera del centro durante el recreo a comprar un paquete de pañuelos para algún constipado de mi tutoría.

Así que estoy segura que durante el crucero, la cosa no va a cambiar. A pesar de haber acordado que todos los profesores nos vamos a ocupar de todo el grupo de alumnos durante las excursiones fuera del barco, los traslados, etc. Durante la travesía en altamar, así como el tiempo que estemos dentro del barco, cada profesor se ocupará de las necesidades y, por qué no decirlo, percances, que nuestro grupo pueda ocasionar. Edu se ocupa del 4 ESO A, el de ciencias, ya que en ese curso están casi todos los chicos del viaje. Es más apropiado que él se encargue de ellos, puesto que podría entrar en sus camarotes en caso de ser necesario. Comentarle cualquier problema de chicos adolescentes es más fácil de contárselo a él, que a Sor hortera, a la Pocachumba o a mí.

Creo que ya es hora de que explique los nombres de mis compañeras de crucero.

Es de todos sabido que todos los profesores tenemos motes, nadie se va a extrañar a estas alturas, pero tampoco es que nos agrade tenerlos. Sobre todo, porque la mayoría de las veces se basan en un rasgo característico de nuestro físico o de nuestra personalidad. Los archiconocidos: cuatro-ojos, dumbo, la rambo, el conejo, etc., u otros más rebuscados como la TBT porque está siempre hablando de sus tiempos de joven, o los más evidentes y simplones como el mío: "la amorosa", en alusión a mi apellido. Aunque el otro día escuché a uno en una esquina del patio que le decía a un compañero: —¡Mira! Ahí viene Leonor, la del ascensor…—, espero que fuese una ocurrencia momentánea porque a ver cómo le explico yo a las generaciones venideras que me llaman así porque me pegué un morreo con un profesor en el ascensor hace unas cuantas décadas.

Resulta curioso como los motes propios no suelen divertirnos, pero los de los demás suelen ser la mar de graciosos. Porque resultan ser cosas tan evidentes que no sabes cómo no las has pensado tú misma antes. Por lo general, es el alumno más distraído, a veces, el que siempre se aburre en tus clases o el que aparece menos por el aula… quien un buen día, dice algo sobre ti en voz alta, todos lo miran y se ríen a carcajadas. Ha verbalizado en voz alta algo que resume toda tu esencia, pero con una cruel exactitud que les resulta irresistiblemente graciosa. A partir de ese día, te has ganado el mote de turno. A veces, son tan potentes que perduran, aunque te cambies a otro centro educativo o incluso de ciudad. Siempre hay algún amigo o un primo de tus antiguos alumnos en ese otro centro educativo. Así que, antes de que te presentes el día quince de septiembre como su nueva profesora de lengua, ya saben todos en el aula que eres "*la amorosa*", o en el peor de los casos… "*la del ascensor*".

Por ejemplo, el mote de Ana, la compañera de tecnología, "la pocachumba" se debe a que la profe suele tener muy mal genio y, además, tiene poco pelo; es decir, poca cantidad de pelo. De ahí lo de "poca" y "chumba" porque siempre está regañando y por su mal genio. Se le pone la cara roja y arrugada como un "chumbo". Ana trata de no ser tan seca con los demás profesores, pero con el alumnado es muy recta.

A menudo, yo misma, tengo que contenerme para no llamárselo cuando me dirijo a ella, puesto que los niños se refieren a Ana de esa manera constantemente, a diario. Lo cual hace que se te pegue el nombre de tal manera, que puedes meter la pata en cualquier momento. A mí me ocurre que cuando te repiten un nombre una y otra vez, lo interiorizas, y a pesar de las barreras que pongas en tu cerebro, puede escapárseme en cualquier momento. Me ocurre lo mismo cuando veo la misma falta de ortografía en los exámenes una y otra vez, que al final tengo que consultarla en el diccionario porque me ponen en duda. Y es que resulta que, por muy evidente que esté mal escrita, al verla en una veintena de exámenes mientras los corrijo, podría llegar a ser aceptada por el diccionario de la Real Academia de Leonor, como no es plan, pues acabo consultando las mismas palabras una y otra vez cada cierto tiempo.

El apodo de "Sor Hortera" proviene del hecho de que la profesora de geografía e historia había estudiado teología. Además, se rumorea que incluso había llegado a ser monja, pero que la sorprendieron con un amante, un sacerdote, y tuvo que dejar la iglesia. Después, estudió la carrera de historia y es por eso que se dedica a la enseñanza. Aunque parece ser que su verdadera ilusión hubiese sido dar clases de religión católica. Sin embargo, la iglesia la expulsó de sus filas. Desde entonces, jamás la han dejado dar religión en ningún instituto. Con ella ocurre algo muy curioso, veréis. A pesar de gastarse grandes cantidades de dinero en ropa, hecho del que doy fe, porque yo misma he visto las etiquetas y algún que otro ticket. Parece que siempre llevaba la misma ropa: jeans y una blusa con el estampado más hortera que puedas imaginar, formando un conjunto imposible, sin seguir criterio cromático alguno, o gusto por las ropas más actuales. A veces, tengo que pestañear dos veces para no pensar que me he metido sin querer en un capítulo de "cuéntame".

Pero este defecto al combinar la ropa se maximiza cuando tiene que ir elegante a algún evento, bodas, graduaciones de alumnos, entierros … en esas ocasiones señaladas va muy anticuada, arreglada en exceso o trata de ser tan moderna que parece haber entrado en un Zara de saldos y haber arrasado con las tres primeras prendas que le han pillado más cerca camino del lineal de cajas.

La pobre es un verdadero desastre combinando ropa, lo peor de todo es que no lo sabe porque a todos nos da tanta fatiga desilusionarla o llevarle la contraria, que esto no hace más que

alimentar su ego destroza córneas cuando aparece con esa sonrisilla característica para ver si te has dado cuenta de que lleva uno de sus modelazos; como si no se te hubiesen saltado las lentillas con solo verla de refilón al aparecer por el pasillo. Ella siempre dice que el modelito en cuestión lo ha sacado del *Vogue* o de alguna famosa lo lleva puesto en la portada del *HOLA*. Demos gracias a Dios porque no conoce las influencers de Instagram o por que tenga afición por las nuevas tecnologías, sino cualquiera sabe de lo que sería capaz una *fashion victim* de su nivel.

A mí me causa cierta ternura cuando se te acerca para preguntarte si te gusta lo que lleva. Cortésmente, yo respondo siempre que sí. Cuando lo haces, lo siguiente a lo que te hace referencia es al precio de la vestimenta. Siempre te dice: —este es caro, lo notas al tacto. ¡Este es del güeno! —, si la pillas de buenas, incluso te dice el precio de la prenda. Así, como restregándotelo, pero con dulzura, para afianzar más la calidad y el buen gusto que tiene por la ropa. Aunque tú sientas ganas de llorar ante semejante clavada por ese esperpento textil. Yo estoy segura de que los alumnos tendrán sus cámaras preparadas durante el viaje, solo para ver los modelitos de Sor Hortera.

Por estos dos motivos: uno, había sido monja y dos, es muy hortera vistiendo; le habían puesto el mote de "Sor hortera". Con todo, es muy querida entre todo el alumnado. Ella siempre se desvive por ayudar a los jóvenes más necesitados de nuestro instituto y de los barrios de alrededor. Su característico saludo: "¡Buenos días, niños queridos! o niños queridos, ¿cómo estáis hoy?" Resulta un poco sobreactuado y empalagoso al resto de adultos o compañeros del centro cuando lo escuchas a diario una treintena de veces, pero a los alumnos les encanta. Es cierto, que cuando llevas varias semanas escuchando eso de "niños queridos" por cualquier rincón del centro, ya no se te hace tan cursi, Dejas de prestarle atención. Sin embargo, los profes nuevos la miran como si estuviese siendo irónica, sobreactuase por algún motivo o hubiese una cámara oculta. Ellos piensan que, en realidad, en vez de "niños queridos" quisiera decir todo lo contrario: "niños odiados". La realidad es que Maribel adora a todos y cada uno de sus alumnos. Solo que, a veces, los quiere tanto y es tan efusiva en sus comentarios hacia ellos, que parece que estuviese hasta las narices de los adolescentes.

Las maletas están preparadas desde el miércoles. Después del "*All by myself*" y haber evitado a Edu por todo el instituto, me ha quedado mucho tiempo para organizar mi equipaje a lo Marie Kondo. Aunque creo que el evitarnos ha sido mutuo porque no nos hemos visto y eso es casi imposible en nuestro instituto. Además, lo que hemos hablado, lo hemos hecho por el grupo de WhatsApp que hicimos los profes para el viaje: "nos vamos de crucero" —sin comentarios sobre el nombre—, yo no soy la administradora del grupo.

Cuando digo las maletas, me refiero a los dos maletones, de al menos treinta kilos cada una, que tendré que subir, como pueda, a mi *Renault Captur*. Una en el maletero y la otra en los asientos de atrás. Sí, al final han sido dos maletas. Sin comentarios, por favor. El hecho de que no hay miedo a que te cobren el exceso de equipaje como en el avión, sumado a los innumerables "y si…" y "por si…" que te surgen cuando preparas la maleta para viajar en barco, asistir a cenas de gala, visitar varias ciudades en diferentes países, tener que llevar ropa de baño, de turista, de deporte… y cientos de posibilidades más, ha estado a punto de provocar que los autobuses casi puedan salir de Málaga porque en los portaequipajes no cabe ni un alfiler. Incluso en uno de los autobuses ha saltado el piloto que indica que la puerta del maletero no está bien cerrada. Esto está provocado por toda la presión que nuestro equipaje ejerce contra la puerta. Sinceramente, durante todo el trayecto de ida he ido pensando que, en cualquier curva del camino, nuestro equipaje saldría disparado, desparramándose por cualquier autovía andaluza.

Ahora no quiero ni pensar dónde meteremos todos los suvenires y regalos que vamos a ir comprando durante las visitas del crucero. Miedo me da…

Tras las lacrimógenas despedidas de los padres y la sobreexcitación de los adolescentes, procedemos a recontar alumnos, revisar pasaportes, que Edu custodiará durante todo el viaje. Todos y cada uno de los padres nos repiten hasta la saciedad que tengamos cuidado con sus vástagos; empujándome a arrepentirme de haber venido tras cada nueva sonrisita nerviosa y el sobredicho "tened cuidadito con ellos". Yo, que normalmente no soy muy de hablar pasada la medianoche, en un descampado y con extraños, no puedo articular muchas palabras; tan solo monosílabos y movimientos con la cabeza. Tras casi veinticuatro horas sin dormir, porque la noche del jueves al viernes, me desvelé a eso de las tres y, tras dormir dos horitas y media, no pegué ojo por los nervios mientras revisaba mi maleta mentalmente, no os quiero ni contar la carita de pocos amigos que tengo.

Intento disimular y sonrío demasiado, dándole un toque más siniestro cada vez que les repito a los padres —no se preocupen que volverán sanos y salvos.

Me veo reflejada en el cristal de un coche aparcado junto a la entrada del autobús y me obligo a abandonar esa pose de loca desquiciada del escuadrón suicida, que solo necesita dormir una noche en condiciones antes de salir de viaje. No pasarla en un autobús con cuarenta jóvenes y sus hormonas dislocadas, a punto de perder a la única autoridad que respetan durante nada más y nada menos que diez mil ochenta minutos, sí, siete días completos con sus apasionantes noches.

Miro a mis compañeros de viaje y se les ve frescos como una rosa. No lo entiendo.

«¿Cómo puñetas pueden estar tan frescos después de un día de trabajo y a las doce y pico de la noche? Sabiendo, además, que no vamos a dormir en todo el viaje. Los muy cachondos me dicen que ya dormiremos en el autobús, que en cuanto salgamos de Málaga los niños se duermen y nosotros también. Jajá, me río…».

Por fin, con todos ya recontados y en sus sitios, veo que Edu me mira de reojo, como para que le acompañe en el autobús con sus alumnos. No sé si querrá hablar conmigo durante el trayecto nocturno hasta Valencia. Sería una buena oportunidad para aclararlo todo, dejando los asientos de atrás y de al lado vacíos, porque estos adolescentes escuchan hasta las voces del más allá cuando se trata de obtener información o cotilleos sobre sus profes. En realidad, hay poco que aclarar, aunque pienso que me debe una explicación por besarme a sabiendas de que estaba comprometido. Sin embargo, la mayoría de mis alumnos están en el segundo autobús. Además, Maribel se sube rauda y veloz en el segundo autobús, para no ir con Edu a solas. Más tarde me confesaría que por el qué dirán las madres… qué se diría de ella si pasaba toda la noche sentada al lado de un hombre tan atractivo… ella tenía una reputación que mantener de cara a las beatas de misa de domingo. Así que Maribel me hace señas desde el autobús para que suba con ella. Por un momento, me quedo en shock y no sé que hacer. Visualizo mi cara de alelada mientras tomo la decisión. Es como cuando estás en la cena de navidad de la empresa y ves que en una esquina están tus mejores amigos y en la otra los compañeros que te caen mal, pero tienes que rodear toda la mesa y pedirles a cuatro o cinco que se levanten para llegar hasta el otro extremo de la mesa. Pues igual me pasa ahora. Tengo que tomar una decisión rápida y me aturrullo.

Recapacito y lo pienso mejor. Decido que no me apetece estar en ese autobús sentada junto a Edu, rozando nuestros codos, cuando ni siquiera me ha dirigido la palabra desde que nos encontramos en el Corte Inglés junto a su prometida. Se le tiene que caer la cara de vergüenza. Cierto es, que, en mi plan de conquistarle durante el crucero, hubiera sido un buen comienzo sentarme a su lado. Sin embargo, quiero que se lo curre. No se lo puedo dar en bandeja. Me

tengo que hacer la dura. Si he aprendido algo de *Jane Austen* o, más recientemente de *Julia Quinn* en *los Bridgerton*, es que a un hombre no le gusta conseguir a una mujer con demasiada facilidad. Pierden el interés si no tienen que luchar por algo o sino les conduces hasta el borde del precipicio y creen que estar contigo es lo único importante en sus vidas. Mejor ir con tranquilidad para que no se crea que todo el monte es orégano y que puede hacer conmigo lo que quiera. Le voy a pagar con mi indiferencia, aunque por dentro estén corroyéndome las ganas de estar sentada a su lado y darle la oportunidad de explicarse.

Así que me dispongo a subirme en el autobús con mi grupo y escucho que me pregunta: —¿vas a ir en el otro autobús?

—¿Perdona? Eh… sí. La mayor parte de mi clase está aquí. Es lo lógico, ¿no? —Le respondo amable, pero distante. Después, continúo subiendo al autobús. No le doy la oportunidad de pensar que su escueto comentario, después de estar días sin hablarme, va a hacer que me cambie de autobús.

—No sé, pensaba que podíamos hablar —susurra entre dientes.

Sigo andando y me coloco en mi sitio detrás del conductor. Hago como que no le he podido escuchar, le indico por señas que me lo repita más alto.

Edu me hace señales con las manos de que lo que ha dicho no tiene importancia. Levanta el pulgar indicando que todo está bien. Yo le sonrío fugazmente y me hago la distraída contando los alumnos dentro del autobús.

—¡Parece que, al final, vamos juntas! —exclama muy alegre Maribel.

«¡Qué remedio, guapita! Has dado un salto mortal dentro de este autobús que ni un gato persa… cualquiera te quitaba el sitio».

—Sí, ¡qué bien!

—Incluso podemos quedarnos con dos asientos para nosotras solas, en este autobús sobran cuatro. Así que vamos a dormir superbién todo el viaje.

—Uuummm, ¡lo dudo! Porque como no sea en una cama y con todo cerradito, yo no pego ojo; ya lo verás.

—A mí me pasa igual… —dice Sor hortera que siempre sintomatiza el mal ajeno en décimas de segundo y con peores síntomas o consecuencias para ella.

—Bueno, por lo menos iremos charlando las ocho horitas de viaje… porque como no ha habido manera de salir a eso de las cuatro de la madrugada y haber dormido unas horitas en casa antes de haber subido al autobús... que digo yo que no nos daba tiempo de llegar a Valencia en doce horas… —le digo con ironía para mostrar mi descontento—, si es que el barco sale a las cinco de la tarde, es mejor llegar a Valencia a eso de las ocho de la mañana y esperar por allí a que lo abran, muy lógico todo.

—Ya, eso sí, pero se puede entrar en el barco desde las once. De esta forma, llegando tempranito, estaremos de los primeros y podremos recorrerlo antes que nadie. A los niños les hacía mucha ilusión que estuviésemos en el barco casi nosotros solos.

«La madre que los parió. Me van a matar a no dormir, solo ¿por ser los primeros? Sé que no voy a dormir nada en el camarote del barco tampoco, con suerte, si no extraño la cama, mi compañero/a de habitación no ronca y si el barco no se mueve, podré descansar algo. Mañana a estas horas ya llevaré cuarenta y cinco horas sin dormir; así que no respondo, no respondo de lo que pueda suceder».

Noto un calor y un sofoco que aumenta cuando escucho a los niños con los altavoces inalámbricos poniendo reguetón a todo volumen. Me vuelvo a ellos y les fulmino con la mirada.

—Eso no. ¡Reguetón NO! ¡Todavía no! O vamos a tener un problema antes de que salga el autobús.

—Anda mujer, déjalos, si ya mismo se duermen…—interviene Maribel para desdecirme delante de mis tutorandos. Primer robo de autoridad en cinco minutos. Ella va air de poli buena todo el viaje, lo veía venir. No sé cómo va a acabar esto—. Niños queridos, poned la música esa que os gusta tanto, pero bajita que a Leo le molesta.

Cuando empezamos a bajar la cuesta del instituto para incorporarnos a la autovía, ya se entremezclan nueve o diez canciones de reguetón distintas desde la parte trasera del autobús. Parece que lo que llevamos detrás es una pelea de gallos con las letras de las canciones del momento de Daddy Yankee, Lola Índigo, J Balvin, Karol G, Becky G y todas las G que parió madre.

Miro al primer autobús cuando da la curva y veo a Edu de pie con el micrófono en modo showman. Lanza una mirada a nuestro autobús cuando ambos se ponen en paralelo en la rotonda de salida a la autovía. Se encoge de hombros y noto que dice algo gracioso porque todos los alumnos se vuelven hacia nuestro autobús, incluso Ana sonríe y levanta el puño en señal de que ellos van a ser los ganadores de alguna competición imaginaria de carreras de autobuses por las autovías españolas a altas horas de la madrugada.

Cuando no llevamos ni media hora de trayecto y después de haber repetido hasta la saciedad que el bus no puede parar para coger del maletero un cargador, auriculares, batería externa o cincuenta mil cosas más que a mis adorables alumnos se les ha ocurrido, el volumen de la música empieza a disminuir y poco a poco todos se van durmiendo cuando estamos aún a pocos kilómetros de Málaga. Entonces, miro a mi lado y mi dicharachera compañera de viaje, esa que se las prometía despierta durante todo el trayecto porque aseguraba que ella tampoco era capaz de quedarse dormida en el asiento incómodo del autobús, está roncando como una leona. Incluso empiezo a escuchar los primeros ronquidos profundos.

«No me lo puedo creer».

Tal vez porque estamos atravesando carreteras desiertas a las dos de la madrugada o porque la actividad y el movimiento de los alumnos ha disminuido del todo, empiezo a notar bastante frío. Miro al chorro de aire acondicionado que me cae directamente sobre mi cabeza; el único problema es que los mandos están el lado de Maribel y para tocarlos tendré que levantarme y despertarla. Me coloco la chaqueta vaquera, al cabo de un rato, me levanto, cierro el aire y me echo por encima de las piernas una sudadera que he cogido por si alguna mañana cuando vaya a desayunar en el crucero hace fresco.

El sillón se revela como un enemigo contra el sueño. Siento sus pliegues, la dureza del reposabrazos y cada curva o bache que supera el autobús me desvela. Intento leer algo en el móvil, pero no hay manera. Intento adoptar posturas imposibles en las que dormir, trato de reclinar mi asiento, como ha hecho mi compañera, pero es inútil porque, por suerte, el mío está roto. El conductor me dice que lo tiene que arreglar su empresa, pero que precisamente ese es el único que no puede reclinarse. Resoplo y empiezo a escuchar música por los auriculares del móvil. Ya hace rato que hemos perdido al primer autobús de vista. Cierro los ojos, los párpados me pesan mucho. La última vez que veo el reloj son las cuatro menos cuarto de la madrugada.

Me quiero morir, porque paramos al poco rato, a las cuatro y media de la mañana, en una gasolinera de mala muerte, perdida en no se qué puñetera carretera de Murcia. me despierto de golpe. Me despierta el estruendo de la puerta del autobús al abrirse. Por unos segundos no sé donde estoy. Me agarro a Maribel desconcertada cuando miro por la ventanilla y pienso o que

me han secuestrado los asaltantes de *la casa de papel* o que los zombis han dominado el mundo al ver a los alumnos del otro autobús envueltos en sus sudaderas e incluso toallas, deambulando como geriátricas momias por la zona de aparcamiento de la estación de servicio. Habré dormido algo más de media hora. Muchos estudiantes no pueden moverse debido al entumecimiento tras haber dormido en el suelo del pasillo del autobús o en los asientos traseros unos encima de otros… sí, he dicho "dormido", porque ellos duermen, son adolescentes y son capaces de quedarse dormidos en cualquier sitio, en medio de una clase de matemáticas o encima de la barra de una discoteca con la música a todo trapo. Cuando trato de girar el cuello, lanzo un pequeño grito de dolor.

Todos dicen que fuera hace frío. No me apetece salir a comer nada, bueno sí, tal vez me beba un café caliente. Pero lo más imperioso es hacer pipí. Cuando bajo como un zombi más, ya hay una cola kilométrica en el lavabo de las chicas y otra cola interminable en la barra. El resto del alumnado espera adormilado junto a la caja para pagar. Los primeros alumnos salen del área de servicio con sus botines: patatas Lays, Oreos… lo típico que te tomas a las cuatro de la madrugada, vamos, algo ligerito. Les advierto de que tengan cuidado porque podría sentarles mal y pasar el primer día del barco en el retrete no es la mejor forma de empezar un viaje de fin de curso. Sonríen e ignoran directamente mi recomendación. Siento unas terribles ganas de ir a orinar detrás de los matorrales de la gasolinera, pero eso, delante de ochenta alumnos, no quedaría muy políticamente correcto que digamos.

Entonces, Ana y Edu se acercan con algo en la mano. Seguro que viene a restregarme que han sido los primeros en llegar a la gasolinera y que ya tienen sus víveres.

—¡Toma! Este es para ti, Edu dice que te gusta con sacarina… —me acerca Ana un café con su espumita y un humito que desprende que es capaz de revivir a todos los zombis que hemos salido de los autobuses.

—¡Muchas gracias! Cuando he salido ya había cola en todas partes…

—Normal, hace diez minutos que hemos llegado nosotros —sonríe Edu, guiñándome un ojo. De repente, siento unas ganas enormes de lanzarle el café hirviendo por encima, y al mismo tiempo, quiero darle las gracias por el detalle del café.

—No sé, acababa de quedarme dormida… y tampoco estoy pendiente de por donde va el autobús de delante. ¿A quién le tengo que dar el dinero del café?

Ana señala a Edu y él sacude la cabeza para que no intente darle nada.

—Gracias, entonces. Cuando lleguemos a Valencia, te invito yo a ti…

—¿No decías que no ibas a dormir en todo el trayecto? A ver si va a resultar que has estado todo el camino sopa.

Voy a responderle que no me toque la peineta, cuando aparece en escena nuestra cuarta compañera, Maribel, con un café humeante y una bolsa de magdalenas rellenas de chocolate.

—Pues sí, Leo y yo hemos echado una cabezadita, ¿verdad, Leo? La pobre se ha despertado de golpe cuando el conductor ha abierto las puertas del autobús. —Sonríe en voz alta— yo la iba a dejar dormir más tiempo, pero me daba cosa que no pudiese bajar a estirar las piernas.

—Siento contradecirte, compañera —la interrumpo porque ya me ha tocado la moral— la que no ha dejado de roncar durante todo el camino has sido tú. Hasta he tenido que apartarte la cabeza de mi hombro en varias curvas porque estabas dando más vaivenes que el muñequito de Elvis del salpicadero del autobús.

—¡Qué exagerada eres! Habré echado una cabezadita, pero estábamos muy entretenidas hablando hasta hace bien poco.

—La última vez que me respondiste de manera coherente fue llegando a Casabermeja, a unos treinta kilómetros de Málaga, Maribel, y estamos en Murcia…

—Parece que te hemos descubierto, Leonor. —Sonríe Ana—. Yo he echado una cabezadita, un par de horas y Edu también, ¿verdad? Ahora echamos otras dos horas y llegamos como nuevos a Valencia.

Sonrío por no tirarles el café por encima. Me miro a mi misma con disimulo en la cámara del móvil, como si fuese a hacerme un selfie, y parezco la niña de *Poltergeist*, con todos los pelos levantados por detrás, ojos de panda, ojeras hasta las mejillas y una cara de loca que echa para atrás. ¡Vaya conquistadora sexy que estoy hecha!

—Sí, aunque yo no creo que necesite dormir más. Creo que voy a revisar el mapa del crucero. Quiero aprenderme bien dónde están los camarotes. Están repartidos en dos plantas diferentes y los que más me preocupan, son los de los chicos que se han quedado solos en la planta doce; es decir, sin ningún camarote de profesores cerca.

—¿Cómo es posible que les hayan dado camarotes alejados de los nuestros?

—Créeme, la naviera y la agencia se han comportado… Por el precio que hemos pagado por cada uno de ellos, podrían habernos puesto cerca de la sala de máquinas, los motores o debajo del nivel de flotación del barco.

—Pero… ¿no habías puesto a los niños más responsables en esos camarotes?

—Sí, el hijo de mi compañera, la *Rambo*, y sus amigos van en esos camarotes. Ya sabéis que son del grupo de ajedrez, que no beben y apenas salen de marcha.

—Bueno, bueno, no te fíes, Edu, esos son los peores muchas veces —añade Ana.

—Que noooo, esos chavales son de sobresaliente y matrícula. Seguro que se ponen a jugar al Catán o el Splendor nada mas terminen de cenar y no aparecen ni por la discoteca.

—¡Madre mía! ¡Qué frío! Parece que estamos en enero. ¿Estáis seguros de que hemos escogido buenas fechas para viajar en barco?

—Sí, no te preocupes. En Marsella, Roma, Mallorca… pone que hará buen tiempo. Alrededor de veinticinco grados de día y diecinueve de noche. Una temperatura perfecta. Ni calor, ni frío. Ten en cuenta que estamos en mitad de la nada, de madrugada… y aquí el aire pega bien. Pero pronto nos vamos. —Edu mira su reloj y arquea una ceja— de hecho, nos vamos en ocho minutos si queremos hacer algo en Valencia.

—¡Ostras! ¡Me meo! Tengo que ir al servicio, pero ¡ya! —le doy mi café a Ana y salgo corriendo hacia los baños que parecen estar menos congestionados.

El trayecto final lo paso mirando las redes sociales. Actualizando Facebook, Instagram y leyendo algunos emails aburridos del instituto. Cuando empieza a dolerme la cabeza, paro de tontear con el dedo índice sobre la pantallita, harta de observar las vidas perfectas de mis compañeras de carrera en sus casas, con sus maridos y bebés o celebrando cumpleaños perfectos en entornos de ensueño. Sé que todo lo que ponen en Instagram es mentira y que ni sus vidas no pueden ser tan perfectas y buenas ni la mía tan desastrosa, pero jode. Solo ponen la mejor versión de ellas, lo que quieren que la galería vea. Lo sé, pero me jode que en apariencia sean tan asquerosamente perfectas.

Aún no ha amanecido, cuando leo el cartel de Valencia a diez kilómetros. Ya no hay tiempo ni ganas de dormir. Además, los alumnos empiezan a estirarse y a incorporarse en sus asientos. Poco a poco la electricidad emocionante del viaje, adormecida con la anestesia de la oscuridad dentro del autobús, empieza a recorrer los asientos de los chicos que se van activando conforme nos vamos acercando a la ciudad del Turia. Contagiándose con rapidez los unos de los otros con

murmullos de: “¿cuánto falta? ¡Tengo hambre, tía! ¿Otra vez quieres comer? Sí, tía, ¿qué le hago?”.

«Son hormonas-termitas con patas, ¿qué le vamos a hacer?»

El autobús se adentra en Valencia, pero el conductor nos advierte que no puede acercarse más a la Ciudad de la Artes y las Ciencias, que deben dejar el autobús en un estacionamiento especial para autobuses, a unos setecientos metros del complejo. Allí, nos esperarán mientras desayunamos y damos una vuelta por la Ciudad de las Artes y las Ciencias para que la conozcan los niños. Edu ha tenido la fantástica idea de llegar allí antes de que amanezca, para ver cómo la luz del amanecer incide sobre el futurista complejo. No tenemos tiempo para entrar a visitar los edificios por dentro, pero a ellos les da igual, los alumnos quieren echarse algún selfie junto a los modernos edificios. Además, la emoción por ver el amanecer desde allí se ha contagiado desde que Edu lo dijo en la gasolinera.

No estamos lejos del puerto. Son las siete y cuarenta y cinco de la mañana… así que el conductor nos indica que podemos regresar a los autobuses a las nueve y media. De este modo, ellos podrán echarse una cabezadita y los taquígrafos de los autobuses descansarán también. Cuando vamos caminando hacia la Ciudad de las Artes y las Ciencias o, lo que yo bautizo en esos momentos como, la ciudad fantasma de *Blade Runner*, me entero de que en el puerto no nos van a dejar entrar hasta las diez. Así que me dan ganas de volverme y quedarme durmiendo dentro del autobús calentita.

Edu va delante con el primer grupo. Mira hacia la parte de atrás, en la que voy yo, cada vez que cruzamos un semáforo. Me siento como un pastor empujando a las ovejas colina abajo. Porque, al igual que me ocurre a mí, son muchos los que no tienen cuerpo para caminar tan temprano. Corre una brisa fresca y húmeda, ideal para que se me pongan los pelos de *la bruja Lola*. Echo de menos mis *Ghd* que deben estar perdidas en un amasijo de maletas en las entrañas del segundo autobús. Habría dado cualquier cosa por una pasadita rápida y adormecer el encrespamiento de mis pelos. Decido hacerme una cola, porque sino voy a llegar al crucero como un perro *Chow chow*, uno de esos simpáticos perritos con pelos cardados a lo *Tina Turner*.

Por fin llegamos. La panorámica de la ciudad desierta, ha merecido la pena; por mucho que yo haya protestado desde que salimos de Málaga. Saco mi móvil y empiezo a inmortalizar todos y cada uno de los edificios con sus siluetas imposibles, dignas de la imaginación de un niño y no de la maestría de un arquitecto. Los edificios están rodeados de agua, lo cuál les confiere un aspecto mágico cuando el sol comienza a iluminarlos. Se reflejan en el agua, dándole un toque más futurista aún a ese lugar silencioso tranquilo que hemos profanado un grupo de alumnos malagueños y sus profesores gritando por doquier: “¡hazme el selfie aquí! o repíteme la foto que está borrosa, tía.”

—¿Qué te parece…? Es bonito, ¿verdad? Merecía la pena madrugar, ¿o no? —Sonrío al ver los fotones que he hecho con mi móvil y asiento de mala gana.

—No me tientes. Porque si estas fotos merecen la pena, te habrás librado de que te empuje y te tire al agua, así podrías acompañarle —digo señalando al operario que está limpiando la piscina entre los edificios con una especie de aspiradora acuática para eliminar la suciedad—, pero una cosa te digo, esta noche a las ocho estaré durmiendo en mi camarote con dos *Biodraminas* en el cuerpo. Así que, esta noche os encargaréis vosotros de los alumnos. Yo ya os lo advertí. Es culpa vuestra por darme este castigo de no dormir en toda la noche.

Edu me mira y sonríe.

—¡Deja ya de protestar y restregármelo! Está bien, te debo una, ¿vale? —deja la pregunta en

el aire, como esperando que se lo confirme. Siento ganas de decirle que me debe más de una… sobre todo de una buena explicación. Supongo que me debe una por la putada de haberme tenido toda la noche de viaje… aunque, también cabría la posibilidad de que fuese por el putadón de haberme ignorado todos estos días tras el morreo en el ascensor.

—Si yo protestase… —le advierto.

Los alumnos de mi tutoría parece que se han activado ya y vienen en busca de mí para que me haga una foto con ellos. La primera de las doscientas cincuenta mil de todo el viaje. Suspiro, miro mis pintas y doy por perdida mi reputación en Instagram y demás redes sociales. En cuestión de segundos, mi mala cara estará en los móviles del resto de los mil y pico alumnos del centro. Trago aire y saco mi pose infalible justo cuando nos hacen la foto: sacar pecho, meter barriga, doblar la cara hacia la derecha, que es mi lado bueno y levantar la barbilla para evitar sombras que pudiesen hacer sospechar que tengo papada o incluso barba.

En media hora nos hemos hecho todas las fotos habidas y por haber. Incluso hemos tenido tiempo para que, la buena de Milagritos, esa muchacha que iba a venir acompañada por su madre… resbale al borde de la piscina del hall principal de la Ciudad de las Ciencias y meta todos los pies dentro del agua; mojándose hasta las rodillas. Delante de mí, el sonido a "cruac cruac" de las zapatillas de loneta mojadas de Milagros nos muestra el camino a los más rezagados. Podemos ver sus huellas mojadas en el asfalto, como si fuesen miguitas de pan dejadas por algún personaje de cuento, facilitándonos el regreso a casa; en concreto, el camino hasta el centro comercial más cercano. Único lugar cercano y disponible para desayunar. La pobre no ha podido ir hasta el autobús a por otras zapatillas porque está demasiado lejos y en dirección contraria. De ir, no tendría tiempo para desayunar. Algunos de los chicos de mi tutoría se han ofrecido a dejarle sus deportivas. Incluso Manuel Hurtado le quiso dejar sus chanclas Adidas, y él caminaría en calcetines; que ya tiene delito ir por Valencia como si fuese un guiri más, pero cada cuál tiene su gusto. A él, con ese toque de chulillo, le pega. Estos ofrecimiento espontáneos y amables, me alegran por dentro. Me digo a mí misma que la esperanza en el ser humano, o mejor, en el ser humano adolescente, no está del todo perdida. A pesar de las lógicas sonrisillas iniciales por la vergüenza ajena ante la situación, nadie vuelve a reírse de la pobre Milagros. Al revés, todos han empatizado con la pobre muchacha y tratan de secarle las piernas y los pies con pañuelos. Incluso algunos llegan tarde, cuando muchos ya estamos desayunando, porque han ido con Milagros al servicio a secarle las zapatillas y los calcetines con los secadores de manos de los lavabos del centro comercial. Los miro y me dan ganas de comérmelos, pero para eso ya está Sor Hortera diciéndoles que son sus "niños queridos", los más buenos en el reino del señor y él, que todo lo ve, les va a recompensar por su buen corazón. Así que les sonrío y les guiño en señal de mi aprobación por su acto noble y desinteresado.

Esta vez soy yo la que me adelanto y le pido el café a Edu, que reserva una mesa para los profesores.

—¿Qué quieres comer? —le pregunto haciéndole señas delante de la camarera en la barra.

Él señala hacia mí, pero no pide nada en concreto. No sé hacia qué está señalando. Yo me doy la vuelta y miro en la vitrina. Solo veo napolitanas de chocolate, palmeras y bollería industrial. Todo lo contrario, a lo que le veo desayunar normalmente: pan integral con aguacate y claras de huevo; incluso, alguna vez, pan con tomate y aceite.

—¿Esto? —le pregunto extrañada, y le señalo a la vitrina con dulces.

Él niega con la cabeza y vuelve a señalarme hacia mí, pero no sé qué me quiere decir.

—Cielo, creo que te está señalando a ti. Chica, que dice que para desayunar te quiere a ti —

dice la camarera a regañadientes— voy preparando lo tuyo y, ahora, si quiere algo más a parte de dejar de hacer el tonto, me lo pides.

Noto que empiezo a ponerme colorada. No creo que tenga razón. Lo miro y veo que está partiéndose de risa. Qué pronto olvido lo que le gustan las bromas y dejarme en ridículo delante de los demás. Yo le hago la peseta, pero antes, me cercioro de que ningún alumno me esté mirando. Le señalo a una enorme palmera de chocolate Kinder.

—Ahora te vas a comer esto, por gracioso —la advierto gesticulando mucho con los labios, pero sin emitir ningún sonido. Se le corta la sonrisa y empieza a mover la cara para que no me atreva a hacerlo.

—¡Póngame otro pitufo a la catalana! —le pido en voz baja para que Edu no me escuche.

—¿Un qué?

—Perdón, que ya no estoy en Málaga. Póngame otra tostada con jamón, aceite y tomate.

—No te preocupes, encanto, lo de catalana sé lo que es, ahora, lo del enanito ese y lo de las nubes para pedir café, ve olvidándolo porque aquí no te va a entender nadie.

«¡Joder! En España parece que cuando cambiamos de provincia y pedimos un café, es como si cambiásemos de país.»

Cuando me acerco hasta la mesa con la bandeja, Edu no hace más que mirar a ver si vengo con la palmera. Entonces, observa aliviado que solo hay tostadas de pan integral y sonríe.

—Te la has cobrado pronto, ¿eh? Te gustan las bromillas…

—No, a ti, más. Eres un perro, tío. La “simpática” de la camarera, casi no me atiende con tus tonterías.

—¡Qué serias sois las mujeres! ¡Un poquito de humor, hombre! Que estamos de viaje.

Cuando terminamos de desayunar y llegamos al autobús, todo el mundo quiere coger algo de sus maletas, pero el conductor se lo prohíbe nada hasta estar en el puerto. El conductor, ni yo misma, las tenemos todas con nosotros de que el maletero del segundo autobús, no empiece a escupir maletas cuando se abra. Entonces, ya no habría manera humana de volver a guardar las maletas. Ocurriría como cuando compras algo en el chino, por ejemplo, un colchón inflable y, después de usarlo y desinflarlo, pretendes volver a meterlo en el la cajita de cartón en la que venía cuando lo compraste. Es imposible. Pues esto iba a resultar igual. La policía portuaria suele ser estricta. Lo que nos faltaba es que entrasen a pedirnos la documentación y viesen el pasillo del autobús cuajado de maletones impidiendo el paso hacia las salidas de emergencia; porque a algunos alumnos se les hubiese ocurrido coger cualquier tontería que según ellos era de vital importancia, como una batería externa, un cargador, las gafas de sol, tiritas etc. Sin poder volver a colocar las maletas en el maletero del autobús.

La llegada a la terminal del crucero en el puerto de Valencia es una odisea. Hay otros muchos autobuses dejando y recogiendo pasajeros. Un tránsito hormigueante de maletas y personas por todas partes, un verdadero caos. Los nervios de los que llegan se mezclan con las prisas de los que se quieren ir de allí. El estrés que inunda el puerto se puede respirar como el olor a sal del mar cuando las puertas del autobús se abren. Al final, decidimos que lo mejor es bajarnos algo más retirados de la terminal y poder descargar más tranquilamente. De todas formas, son las nueve y media. Tenemos que esperar sentados encima de nuestras maletas tras las cristaleras de la terminal de embarque, mientras vemos a los felices pasajeros que cruzan el umbral para acceder a sus barcos, gente normal cuyos cruceros salen en breve; no en varias horas como el nuestro.

Los alumnos no hacen más que preguntar que no se ve el barco. A cada pequeño barquito que

se acerca a atracar al muelle, preguntan si es el nuestro. Da igual que sea un pequeño barco pesquero, una lancha de recreo, o una patrullera del puerto.

—No, nuestro barco es mucho más grande. Imaginaos un edificio de veinte plantas flotando por encima del nivel del mar. Pues así es nuestro crucero, el MSC Divina, uno de los cruceros más grandes del mundo. Tiene trescientos treinta y tres metros de eslora y puede transportar tres mil novecientos cincuenta pasajeros. Es una pequeña ciudad flotante. Por supuesto, no puede atracar tan cerca de la ciudad. Necesita otro atraque mucho más lejos.

—¿Y cómo vamos a llegar allí? —pregunta una alumna de Edu.

—Pues con unos autobuses que se llaman jardineras o lanzaderas, que nos llevaran hasta el barco. Pero las maletas las dejamos aquí ya, en cuando embarquemos. En el autobús vamos sin el equipaje.

—Pero maestro, nuestras maletas, ¿dónde se quedan?

—Las tienen que escanear con una máquina de rayos x por si hubiese algo que no deba meterse en el barco. Os acordáis de las planchas de la ropa, las del pelo, pues tampoco se pueden meter armas, explosivos, o incluso bebidas alcohólicas; en realidad, cualquier cosa que pueda poner en peligro la seguridad de los miles de personas que vamos a bordo del crucero.

—¡Ostras! —se le escapa a un alumno.

—¿Por qué? ¿Hay algo que deberías sacar en el servicio antes de que facturemos las maletas?

—Eh… no, no, qué va, profe, pero ahora que me acuerdo, tengo ganas de ir al baño —dice socarrón.

Edu sonríe, y todos pensamos en qué habrá metido en la maleta para salir así corriendo.

Tras esperar largo y tendido, podemos facturar. Colapsamos todos los mostradores de facturación, excepto el mostrador del Yatch Club. Sus pasajeros nos miran por encima del hombro, como si los jóvenes les diesen algún tipo de alergia. Menos mal que esa gente tiene reservada toda la planta dieciocho del crucero, con su propia piscina, restaurante, solárium y jacuzzi; así que no tendremos que verles las caras en el barco muy a menudo. Odio la gente snob y superficial.

«¿Acaso no hemos sido todos adolescentes? ¿Ninguno se acuerda de cuando eran niños dándoles la lata a sus padres todo el día? ¿Creen a caso que no van a llegar a ser ancianos y que sus operaciones de cirugía y sus fiestas elitistas entre amigos ricos, les van a librar de todo lo que es verdaderamente la vida?»

Siempre me ha parecido un poco de gilipollas gastarte más dinero por algo, más aún, cuando todos vamos a ver lo mismo: el casino, los musicales en el teatro, podemos ir al mismo gimnasio… además, tiene que ser estresante estar todo el día hablando de dinero, preocupado por tus inversiones, intentando aparentar más que el vecino de hamaca de al lado… cuando todos nos vamos a ir con lo puesto, con lo mismo que llegamos a esta vida: NADA.

Cuando facturamos, los profesores recibimos una copa de champán a modo de bienvenida. Brindamos y, de dos en dos, nos hacen una fotografía conforme vamos pasando a una especie de photocall con imágenes del crucero MSC Divina detrás. Maribel se apresura a hacerse la foto con Ana, cualquier cosa, por no salir junto a un hombre en la fotografía oficial del barco. Justo cuando nos toca hacernos la foto a Edu y a mí, el capitán y el segundo de abordo, pasan por delante para acceder al barco. Todos los pasajeros del Yatch Club les sonríen e, incluso, las distinguidas señoras se parapetan junto a ellos, obligándoles a salir en las fotos promocionales juntos. Entonces, el segundo capitán, un italiano de ojos verdes esmeralda que tiran para atrás y bronceado hasta parecer mulato, se acerca a mí y en italiano me pregunta:

—Poso fare una foto con te?

Le entiendo, porque en la carrera de filología estudié italiano como segundo idioma. Asiento con la cabeza y, ni corto ni perezoso, se introduce entre Edu y yo, separándonos. Me coge por la cintura y se acerca bastante. Cuando el fotógrafo dispara un par de fotos, me susurra al oído:

—Sei favolosa. Spero di vederti a bordo, al ballo del capitano. Ciao bellissima!

Todavía roja por lo que acaba de decirme ese apuesto hombre vestido en uniforme, con lo que a mí me pone un uniforme, Edu vuelve a ponerse a mi lado y avisa al fotógrafo para que nos hagan la foto. Todos los alumnos que ya han pasado por el photocall y los que aguardan su turno, me miran entre sonrisillas cómplices.

—Bueno, hazte una foto ahora conmigo. Baja de las nubes que estás todavía flotando. ¡Qué tontas os ponéis delante de un hombre en uniforme! —Sonríe.

—Y vosotros ante un buen escote… —respondo pensando en que si solo fuese por el uniforme… Madre mía, cómo está de cañón el tío.

Mientras nos hacemos la foto, el fotógrafo tiene que decirle a Edu que se pegue un poco más a mí. Le veo la cara de reojo y noto que está picado. Sonrío por dentro porque, aunque el capitán italiano está para chuparse los dedos, tenerlo tan cerca, oler a su perfume, es lo que verdaderamente me pone loca. Obviamente, lo disimulo muy bien y me separo en cuanto el fotógrafo termina.

—¡La seño a ligao! Maestro, no tiene na que hacé con ese pavo. ¡La ropa que lleva está to facherita! Ese tío tiene tela para rato, seño. ¡Lígatelo, y nos trae tos los años al crucero!

Edu le da un empujoncito al alumno para que continúe y los demás pasajeros puedan hacerse la foto de rigor, bajo multa de treinta euros, para quien quiera comprarla en el pasillo de acceso del casino del crucero por la noche.

Cuando el autobús se acerca por el muelle donde el crucero está atracado, voy tomando consciencia de la inmensidad del barco al que vamos. Jamás he estado dentro de un medio de transporte tan descomunal. Nadie que no haya estado dentro de un crucero puede hacerse a la idea de la inmensidad del lugar. Parece más una urbanización flotante, antes que un barco. Al bajarnos del autobús y mirar hacia arriba compruebo lo minúscula que soy al lado del crucero. Me pregunto cómo es posible que eso flote, llevando a miles de personas y toneladas extra, a parte del peso propio del barco.

—Edu, ¿estás seguro de que esto flota? —pregunta la Pocachumba con la cara pálida, como si se estuviese mareando.

—Pues claro, mujer. Además, verás que ni notarás que estás en un barco. No se mueve nada. Es como una ciudad flotante. Pero tómate una biodramina antes de subir, que no te veo buena cara.

—¡Chicos! ¡Ronda de biodramina! Todo aquel que se haya traído, ahora es el momento de tomársela. Así no os marearéis antes de que el barco empiece a moverse esta tarde cuando zarpemos. —Les grita a todos los alumnos que esperan ansiosos en la fila con sus pasaportes en las manos.

Compruebo si llevo mis chicles de biodramina en el bolso, solo por si acaso; porque en principio no quiero tomármelas, a menos que el barco parezca el *Dragón Khan* de *Portaventura*. Aún recuerdo la última vez que me tomé una en el ferry de Ibiza a Formentera, estuve el resto del día tirada debajo de la sombrilla con un colocón impresionante, mientras mis amigas se lo pasaban en grande en la playa de Ses Illetes.

Cuando entramos, nos llevan a unos salones inmensos, nos colocan un chaleco salvavidas y

nos explican las medidas de seguridad antes de participar en un simulacro. Llevamos unos minutos todos con las mandíbulas desencajadas ante el lujo y el buen gusto con que todo ha sido diseñado dentro del barco. Hasta los ascensores tienen cristales Swarovskis en las paredes. El lujo rezuma por las paredes del barco.

Nos agrupan en un amplio salón, pero a la hora de hacer el simulacro nos separan en tres grupos. Edu sale con el primer grupo junto con Maribel. Ana sale con el segundo. Yo salgo después de un buen rato esperando escuchar las mismas indicaciones en inglés, español, italiano, francés y finalmente en alemán, salgo hacia la zona del casino con los estudiantes. Como los alumnos son menores y saben que no van a poder pisarlo en todo el viaje, nada más pasamos por la mesa de la ruleta y las máquinas tragaperras, se sienten atraídos por ellas como las abejas a la miel y se dispersan. El empleado encargado de nuestro grupo nos espera a la salida del casino, el cuál hay que atravesar para llegar al salón donde nos reunirán a todos de nuevo. Conforme me aproximo, solo cuento cinco alumnos delante mía, detrás, nadie. El hombre se encoje de hombros y me pregunta dónde están los chicos. Me doy la vuelta. Me dispongo a buscarlos, pero en seguida aparece un guarda de seguridad con diez de ellos cabizbajos.

—¿Es usted la responsable?

—Sí, soy yo. Estamos haciendo el simulacro y deben haberse perdido.

—Pues procura que no perder más —me advierte con un fuerte acento de países del este de Europa. El hombre tiene un cuello que parece media espalda mía. Es como el muñeco Michelin, pero con pelo rubio muy corto y bronceado hasta el extremo de parecer africano, en vez de polaco o checo.

—Gracias —respondo simpática, pero con ganas de fusilar a los alumnos.

—¡Seño, es que el casino está to guapo! Solo íbamos a ver la mesa de Póker, ¿sabe?

—Es que estos idiotas están enviciaos con el póker.

—Ya habéis visto lo que ocurre si intentáis estar en un lugar que no os corresponde por vuestra edad. No volváis a separaros del grupo. Además, estamos haciendo el simulacro. Si no lo completamos hoy, habrá que hacerlo mañana de nuevo. Todos los pasajeros tienen que hacerlo, de lo contrario, no nos darán las tarjetas de nuestras habitaciones.

Tras esta regañina, los estudiantes se quedan pegados a mí y atienden a las indicaciones en español del personal del barco. Una vez terminada la explicación, nos indican que podemos volver derechos hasta el salón donde nos habían reunido para devolver los chalecos salvavidas y verificar que hemos completado el simulacro. La mayoría de los alumnos habían estado más atentos a hacerse selfies en cada nueva estancia por la que pasábamos antes que a las medidas de seguridad. Aunque, al final, todos nos hicimos fotos con el chaleco salvavidas naranja. Esa foto no podía faltar en el Instagram de muchos de ellos, incluido el mío.

Volvemos a toda prisa para tratar de coger a los otros dos grupos porque somos los últimos y estamos deseando ver nuestras habitaciones, las piscinas y todas las instalaciones del crucero. Corremos por unos de los pasillos laterales para llegar cuanto antes. Sin embargo, los estudiantes no tienen otra cosa que hacer que empezar a chocarse unos con los otros y contra la pared, con los salvavidas rellenos de corcho; perdiendo bastante tiempo. Parecen Muñecotes naranjas de una versión de *Wipeout* en alta mar. Al llegar, nos cruzamos con Edu y los demás alumnos que ya se dirigen a recoger las tarjetas de sus habitaciones.

—Voy a recoger las tarjetas. Después tenéis que ir al hall principal para hacer el check-in. La llave de nuestra habitación, la recojo yo, no te preocupes. Tú solo reparte la de tus alumnos —dice Edu caminando deprisa. Puedo ver que empieza a sudar por la frente. Debe haberse dado

una buena carrera para acabar el simulacro cuanto antes. Este debe ser su tercer crucero, así que ya se sabe las medidas de seguridad de memoria.

Muevo la cabeza asintiendo y me paro a pensar que el misterio de las habitaciones ya ha sido resuelto. De un plumazo y de forma unilateral. Pensaba que tal vez, con eso del morreo en el ascensor, habría cambiado de opinión y no querría dormir bajo el mismo techo. Suponía que habría decido dormir con Ana, aunque fuese una chica, ella no suponía una amenaza para su rica prometida; se quedarían más tranquilos. Sin embargo, se ve que le va la marcha, le gusta el riesgo…

Edu lo ha decidido por cuenta propia. Yo no he sido quien se ha metido en su habitación, ha sido al contrario. Así que yo estoy libre de toda culpa. Aún así, si piensa por un casual que seré su diversión en el crucero, una especie de desfogue de despedida de soltero, va de puto culo. Mi lema es “todo o nada”, aunque te caigas con todo el equipo… no me van las medias tintas; al menos en teoría.

Empiezo a recordar que la habitación elegida por la agencia para nosotros es una especie de camarote familiar, que se puede dividir en dos habitaciones pequeñas por medio de una puerta corredera. Espero sinceramente que sea así, porque no me veo durmiendo con Edu en la misma cama, codo con codo, desde la primera noche. No, después de todo. Ahora mismo estoy en modo “despechada expectante”. Todos tenemos claro que si quiero conquistarlo no debo meterme en su cama la primera noche. Eso sería meter la pata en el primer mandamiento de “buscona de turno”. Los dos tenemos que aclarar muchas cosas y, así, rodeada de tantos ojos curiosos, no sé cuando voy a tener el momento en que nos quedemos a solas.

7. Camarote para dos.

Hemos pasado bastante tiempo esperando cola en el hall principal, hacer el check-in, escuchar al amable empleado que hablaba español, por cierto, una gran ayuda para nuestros alumnos, explicarnos cómo funciona la tarjeta de la habitación y ya están de los nervios. El empleado nos ha explicado que la tarjeta que abre nuestras habitaciones funciona como una tarjeta de crédito dentro del crucero, con lo cuál, deben tener mucho cuidado con lo que compran, dónde se montan, o lo que cargan a su habitación. El día que regresemos, cuando hagamos el check-out, comprobarán que no haya deudas en esas tarjetas y deberán pagar todo lo que compren, donde se monten, las deudas del salón de recreativos, películas, o cualquier cosa que se les haya ocurrido comer o beber que no esté dentro de la tarifa que llevamos contratada. En realidad, aunque tenemos pensión completa, refrescos y bebidas ilimitadas, hay cosas que no están incluidas. Los profesores hemos conseguido unas pulseras Premium que incluyen barra libre de todas las bebidas, incluidos los cócteles, copas y combinados. Me hacen los ojos chiribitas cuando el recepcionista me la pone, no porque yo sea de beber mucho, es más por la tranquilidad de poder pedirte una caipiriña, o un margarita y no tener que estar pensando en si estará o no incluida.

—Maestra, ¡Qué cara! —exclama Laurita, la hija de Remedios.

—No te preocupes, Laura, yo apenas si bebo.

—¡Nos sacarás algo! ¿No? —pregunta Adrián, el hijo de la presidenta del Ampa. El niño es insoportable, vamos, imbécil de manual, aunque su madre sigue creyendo que es muy listo y ocurrente. La realidad es que el chico es bastante impertinente, que habla normalmente fuera de lugar y sin filtros. De esas personas que presumen de ser sinceros o decir las cosas a la cara, pero que son estúpidos. Pienso que la sinceridad sin empatía es crueldad.

—Adrián, bonito —digo con sarcasmo. Tu madre me ha dicho que vele por tu salud y que bajo ningún concepto te deje beber. Además, ella me aseguró que tú no bebes. Porque… ¿vosotros no bebéis, ¿verdad?

—Nooooo —dicen todos al unísono, mirándose con sonrisillas irónicas.

—Chicos, os lo digo en serio. Venimos a pasarlo bien. Si bebéis, hacedlo cuando estéis en casa, con vuestros padres, bajo su supervisión. Si os ocurre algo, ellos os podrán llevar a un hospital. Pero no hagáis el burro aquí en alta mar, en otro país, porque nos pondríais a todos en una situación difícil. Por otra parte, venimos a pasarlo bien y, con resaca o después de haber echado la pota, no vais a disfrutar de las ciudades tan increíbles que vamos a visitar. Pensad que no vais a venir a Francia, Italia cada dos por tres, pero beber, podéis hacerlo cualquier fin de semana.

—Yo no lo hubiese dicho mejor. Haced caso a la profesora. La seguridad del barco está muy pendiente de que los pasajeros descansen y disfruten de su estancia aquí. Así que no vayáis a hacer eso del “botellón” en las habitaciones. Si los demás pasajeros llaman a seguridad, pueden incluso dejaros en el siguiente puerto por la mañana. —Les advierte el recepcionista.

—Ellos ya lo saben. Que, si ocurre eso, sus padres tendrán que venir y pagar el billete de avión de cuatro personas: el suyo, el del profesor que se quede con él y el de sus padres y no creo que les haga mucha gracia.

—¡Mi padre me mata, seño! Me da una hostia que me vuelve un hombre adulto de golpe —dice sonriendo Lucas. Los demás ríen, porque saben que el padre de Lucas es muy estricto y,

aunque respeta la homosexualidad de su hijo y lo apoya, está en contra de los espectáculos que monta Lucas de vez en cuando; cuando se pone en plan folclórica loca.

Después de dejar a los alumnos con las mandíbulas desencajadas viendo sus camarotes, casi todos con ventana o incluso balcón; el de la agencia de viajes se ha comportado, debemos agradecérselo cuando regresemos, me voy a mi camarote el 13058. Introduzco la tarjeta y vuelvo a mirar el número por si me he equivocado, por unos instantes, creo que acabo de invadir el camarote de algunos recién casados. Me quedo boquiabierta por la amplitud del lugar. Al entrar, puedo distinguir la calidad del mobiliario. Toda la habitación está decorada en tres colores: el malva del sofá y los cojines, el dorado mostaza del cabecero, la moqueta del suelo y el marco de las puertas y el beige de las paredes. Todo el mobiliario: armarios, mesas, escritorio están hechos en madera color carey que le da un toque de distinción extra. La televisión está colocada en una esquina, justo encima del minibar y de unas botellas de agua de bienvenida. En la pantalla del televisor puede leerse:

Bienvenida Sra. Leonor Amor

Me tumbo en la cama y dejo escapar un grito de gusto al hundirme en ese mullido colchón. Creo que es probablemente el lugar más cómodo en que he estado en postura horizontal de toda mi vida. Me levanto corriendo para ver el baño. Cuando abro la puerta descubro que es más amplio de lo que había imaginado. Según mis cábalas pensaba que sería algo así como el váter de los aviones, minúsculo, estrecho y que cada vez que tirases de la cadena, un ruido ensordecedor inundaría el lugar al tragárselo todo. Tiene un plato de ducha, tal vez, más grande que el de mi propio baño, lavabo y tocador. Es una maravilla. Estoy cotilleando las amenities del tocador cuando me entran unas ganas irrefrenables de sentarme en el váter. Un retortijón me hace que me retuerza mientras desabotono mi pantalón. Llevo un montón de horas en autobús, de arriba para abajo y no he tenido la tranquilidad de sentarme en el trono, como diría mi amiga Zita. Así que me siento relajada en la privacidad de mi váter. Doy rienda suelta a algunas ventosidades. He acumulado una cantidad de gases en el trayecto de autobús, tanto, que parezco una traca de las fallas de Valencia. Otro retortijón hace que me vacíe por completo. Justo cuando termino, escucho un ruido dentro de mi habitación. La puerta del baño está entreabierta y me permite escuchar algo de nuevo. De repente, empiezo a imaginar que me he dejado la puerta del camarote mal cerrada y cualquiera ha podido colarse, incluso algún alumno que haya venido a preguntar algo. Les hemos dejado marcados nuestros camarotes en el mapa del barco a todos los alumnos por si surgiese algún inconveniente, así como el teléfono directo a nuestros camarotes. Me recompongo deprisa, me subo los pantalones como puedo, cojo el secador del pelo y salgo a prisa del baño.

—¡AAAAAAh! —grito como una descosida, saltando sobre quien quiera que esté en mi camarote, secador en mano y dispuesta a golpear como si no hubiese un mañana.

—¡Ey, ey, tranquila! Soy yo, Edu. No soy uno de esos hombrecillos que vienen a arreglar la habitación. El mío estaba dejando la maleta encima de la cama cuando he llegado y ya ha llamado dos veces desde entonces, por si necesito algo. Tienes que tener cuidado, a la menor oportunidad, te están cargando una propina en tu tarjeta.

—Pero, ¿cómo…? ¿Cómo has entrado aquí? Me asomo a ver si me he dejado la puerta del camarote abierta, pero no, está cerrada. Básicamente porque se cierra detrás de ti cuando entras o sales.

—Ya te lo dije, nuestras habitaciones se comunican a través de esa puerta corredera.

Miro al camarote y donde antes había un espejo y pared, ahora puedo ver su cama y mil cosas

encima.

—Pero… ¿puedes entrar aquí cuando tú quieras? —pregunto entornando la puerta del baño con el talón. Ahora mismo ahí dentro no se puede respirar, es un campo de coles. Lo veo arrugar un poco la nariz. El olor del baño debe haber empezado a colarse en la estancia. La habitación es grande, pero no tanto…

—Bueno, si tu bloqueas la puerta de este lado, o yo desde el otro, no podemos pasar. ¡Mira, ven, desde mi cama, se ve la tuya! —anuncia emocionado.

—¡Qué bien…! —digo pensando en que no voy a pegar ojo como no cierre esa puerta de noche. Soy un poco maniática si entra algún mínimo rayito de luz por la ventana o las cortinas, los ruidos de la calle, imagínate escuchar a Edu trasteando en su camarote… o mirándome en la oscuridad como en la película *Durmiendo con su enemigo*; a no ser que durmamos en la misma cama…

—De todas formas, tendremos que tenerlas abierta gran parte del tiempo…

—¿Por qué?

—Porque el baño es compartido… al ser un camarote familiar, los dos comparten el baño. Y, por cierto, necesito entrar un segundito, ahora mismo…

Se me cae el mundo encima. Recuerdo en fugaces flases lo que acabo de liar en el baño. Parece que me lee la mente y dice:

—No te preocupes que no soy muy pestoso…—sonríe— además, solo voy a hacer pis.

—¡Quieto! —le grito—¡Espérate ahí un segundo. ¡No te muevas, por Dios! O no vuelvo a hablarte en mi vida, te lo juro —le sostengo la mirada para que no se mueva mientras recorro la cama hasta el otro lado donde se encuentran las maletas.

Me dirijo hasta uno de los maletones que están encima del sofá cama y, tras rebuscar un poco, lo encuentro.

—¡Aquí tengo el remedio! —Le enseño mi ambientador de piña que he comprado en Primor —Edu me mira perplejo sin entender muy bien.

Corro hacia el baño y empiezo a rociarlo por todas partes, hasta que se me pone el dedo rojo y me cuesta respirar. El aroma a piña penetra hasta en el camarote y por poco si llega hasta la planta superior. Edu empieza a toser, después se ríe sin parar.

—Eres única, Leo, no puedo contigo, casi prefiero entrar en el baño público del pasillo, que morir intoxicado con el ambientador. Creo que mejor me voy a mi cuarto de baño.

—Entonces, ¿Hay un aseo en tu camarote?

—Eh… sí, un aseo y un plato de ducha minúsculo, así que no tendré que darte mucho el coñazo.

—¡Qué capullo eres… me has asustado! Bueno, pues ya puedes entrar, aunque si estás bien de la próstata… te agradecería que aguantes unos segunditos, porfa, así el ambientador hará más efecto; o vete al tuyo…

—¿Más efecto aún…? Pero si le habrás borrado el color a las paredes. Desde luego que estás en todo. No te preocupes, esperaré e iré al mío. Sino, ahí dentro, entre que los baños no son muy grandes y el poco oxígeno que hay, seguro que pareceré Bob Esponja entrando en la piña debajo del mar. —Sonríe de una manera que me hace flotar, como si yo fuese una más de los miles de micro gotitas de ambientador que flotan por el perfumado cuarto de baño.

Empiezo a deshacer la maleta mientras Edu entra al servicio de su camarote. Menos mal que eché un portatrajes con los vestidos más largos. Abro la cremallera y compruebo que el más especial, el que me pondré para la noche de la cena del capitán, está intacto. Siento ganas de

empezar a contar todas las piedrecitas que conforman esa obra de arte de tejidos delicados y pedrería, pero entonces, Edu regresa del baño.

—Pero bueno, ¿qué haces? ¿No irás a colocar ahora la ropa de la maleta? Hay que ponerse los bañadores, ¡ya! Los chicos nos esperan en… —mira su reloj— quince minutos en los jacuzzis junto a la piscina climatizada. Voy a ponérmelo y vengo a buscarte.

—Perdona, pero necesito poner un poco de orden aquí. Abro la cremallera de la maleta y esta se abre de golpe, rociando camisetas, braguitas y bikinis sobre la cama como si fuese la noche de la mascletà de las fallas de Valencia. ¿Ves? Esto no puedo dejarlo así.

—Hazlo después, antes de la cena. Tendremos una horita o así para arreglarnos. Aprovechas entonces.

«¡Qué poco me conoces!» —pienso para mí. «Necesito yo, al menos, hora y media en condiciones normales. Más aún aquí, en un ambiente extraño donde tengo todas las cosas cambiadas de lugar».

—No te preocupes, de verdad. Coloco esto rápido, así por encima y voy para la piscina cubierta. Te lo prometo.

—No empieces a escaquearte. Tenemos que disfrutar del barco al cien por cien, vivir todas las experiencias… ¡no puedes perderte nada!

—¡Que sí, pesado! Ya sé que han comenzado *los juegos del hambre*. Tengo asumido que no me vais a dejar descansar, pero la maleta, al menos, tengo que colocarla.

—De acuerdo —dice cerrando la puerta corredera y desapareciendo tras ella. La puerta no encaja del todo y queda una minúscula rendija abierta. Entonces, lo veo quitarse la camiseta y quedarse con el torso desnudo. Me quedo hipnotizada con sus pectorales, su tableta bien definida y sus músculos en tensión mientras hace fuerzas para sacársela… la camiseta. Empieza a desabotonarse los pantalones cortos y veo que levanta la mirada hacia la puerta. Entonces, presa de la vergüenza, cierro de golpe la pequeña rendija que ha quedado y echo el pestillo.

«¡Mierda! ¡Qué descarada soy! Me ha pillado seguro.»

—¡Voy a cambiarme! —Le grito desde el otro lado, como si no hubiese visto nada a través de la rendija.

—¡De acuerdo! ¡Yo ya estoy listo, te veo allí en un ratillo… mirona!

Escucho que la puerta de su camarote se cierra y oigo sus pasos alejarse por el pasillo; sin que me dé tiempo a protestarle.

«Leonor, ¡eres idiota! Te ha pillado» —pienso, sintiéndome ridícula.

Tardo unos veinte minutos en colocarlo todo. Me coloco el trikini negro con un aro dorado en la parte superior porque es el más discreto, el que más me estiliza la figura. No sé por qué, pero este momento es uno de los que más me han rondado por al cabeza. Ponerme en bikini, casi como si estuviese en ropa interior, delante de un montón de alumnos de clase, adolescentes con las hormonas efervescentes, chicos y chicas a los que he dado clase y a los que seguiré dando clase hasta final de curso. Me pregunto si después me respetarán o me imaginarán en bikini mientras les enseño la Oración Simple. Sé que tal vez me como la cabeza como si ellos no estuviesen acostumbrados a ver mucha más carne en sus redes sociales y en la tele, pero siento algo de pudor, tal vez porque es la primera vez que enseño chicha delante de los alumnos o mis compañeros. Supongo que a lo largo del crucero tendrán que verme en bañador más veces y que todo será mucho más natural de lo que me imagino ahora mismo en mi cabeza. Ya veis, una casi treintañera a la que le da vergüenza mostrarse así delante de los demás. Yo soy así, qué le vamos a hacer.

Me alegro de haber colocado las cosas, no como a mí me hubiese gustado, pero lo suficientemente bien como para que la ropa no se arrugue aún más. Este rato en el camarote les habrá dado tiempo a todos para que estén a lo suyo cuando llegue y no estén pendiente del cuerpo de la profe en bañador.

Salgo decidida de la habitación con mi pareo y mis gafas de sol, dispuesta a comerme el mundo del crucero. Entonces, una sombra fugaz sale rápida como exhalación hacia mí y me corta el paso.

—¿Todo bien? ¿Necesita limpiar camalote? —Me pregunta un hombrecillo menudo y delgado, que al principio confundo con *Gollum* de *El señor de los anillos* dispuesto a atacarme o robarme el anillo.

Evidentemente, grito y el grito se pierde en el infinito pasillo de camarotes con paredes en vinilo color beige y moqueta burdeos.

—Lo siento. No lo esperaba aquí… tan cerca, al volver la esquina, pero, ¿qué estaba usted haciendo aquí agazapado? ¿Estaba esperando a que yo saliera del camarote? Me ha dado un susto de muerte. No lo he visto venir.

—No preocupal, ser mi tlabajo. Yo limpio, lecojo y tú das plopina.

Recuerdo lo que me advirtió Edu.

—No, no, gracias. Todo limpio. No necesito nada, gracias. Adiós.

El hombre se queda algo decepcionado, aún así, continúa su camino hacia mi habitación. Lo miro de reojo y cuando cree que me he ido, pasa su tarjeta y se cuela en el camarote. Corro hacia mi camarote, porque recuerdo que, aunque está todo guardado, no he tenido la precaución de guardar mi bolso con las tarjetas y el dinero en la caja fuerte del camarote. No sé qué intenciones tiene ese hombrecillo que, a pesar de haberle dicho que no entrase, ha hecho lo que ha dado la gana.

—¡Pero bueno! —chillo abriendo la puerta de un empujón.

El hombre se sorprende y tira por los aires el trapo de limpiar.

—Yo limpial, soy limpiad…

—Le he dicho que no, ¡no! No necesito limpiar. ¡Salga de mi camarote, ahora mismo, por favor!

—Yo siento. No complendel bien —dice y sale corriendo por el pasillo.

—Muy listillo me parece a mí que eres tú —le digo mientras la puerta se cierra sola.

Guardo las cosas de valor en la caja fuerte para curarme en salud. Si el servicio de limpieza de los camarotes tiene la llave de todos los camarotes y pueden acceder a ellos a cualquier hora y no solo en la rutinaria limpieza diaria del camarote, hay que tenerlo todo guardado por si acaso.

Cuando llego a la zona de la piscina climatizada, todos están colocados en los dos inmensos jacuzzis. En cada uno de ellos habrá unas diez o doce personas. Los demás están en la piscina contigua. Ana está nadando con mucho estilo en la piscina climatizada. Se nota que ha jugado a waterpolo de manera más o menos profesional; tiene más espalda que Edu. Maribel, en cambio, está sentada en el bordillo, metiendo las piernas en el agua, pero seca de las pantorrillas para arriba. Lleva un bañador de flores, que creo puede ser de principios del siglo XIX, por lo menos, y anudado en la cintura un pareo malva liso semitransparente.

Edu está metido en el jacuzzi de cintura para abajo, mostrando sus pectorales y bíceps ya que está recostado hacia atrás, en plan, como dirían mis alumnos, “chulimonguis”. Aprovecho que todos están a lo suyo para dejar el pareo y la bolsa con la toalla a un lado, cerca de una de las tumbonas que han cogido nuestros alumnos. Me dirijo con sigilo hacia el jacuzzi, como si fuese

Tokio en la casa de papel, dispuesta a no abrir la boca hasta que esté dentro del jacuzzi, con el agua hasta el cuello y que no se me vea nada. Entonces, veo que uno de los alumnos se ha levantado para irse a la piscina climatizada, dejando un hueco justo por el que meterme yo. De esa manera, ni siquiera tendría que saludar hasta que todos se vuelvan y digan: ¡la maestra se ha bañado! Maestra, ¿a que está buena el agua? Así que, corro decidida, cual gacela africana, eso sí, sin correr mucho para no resbalar en el suelo mojado de azulejos de piscina azules y acabar dando la nota. Justo cuando estoy en el borde del jacuzzi, una de las alumnas más escandalosas de otro cuarto, Clara Hurtado, me descubre acercándome al jacuzzi.

—¡Mirad, es la Leo! ¡La maestra se va a bañar! ¡Oeeee oeeee oee oe!

Entonces, en ese momento, más de cuarenta cabezas que estaban distraídas a lo suyo, riendo, escupiéndose agua, buceando… se giran hacia mí como si fuesen una bandada de buitres carroñeros que acaban de divisar a su víctima. Yo, que quería evitar esa llamada de atención, me precipito más deprisa sobre el jacuzzi, desesperada por alcanzar el agua, sin ni siquiera mirarlos a las caras. Cuando casi estoy entrando en el jacuzzi, piso el borde de plástico que rodea a este tipo de piscinas de burbujas, una especie de sumidero o rejilla circular de plástico blanco y por la que el agua de los jacuzzis normalmente se va renovando. Como voy corriendo, piso con fuerza justo encima de la rejilla de plástico que, como es lógico, cede por la fuerza del pisotón para coger impulso, haciendo que mi pierna derecha se hunda. Siento algo de dolor en el tobillo, aún así, continúo. No pienso hacer el ridículo delante de toda la piscina, aunque lo hago, porque sigo en mi empeño de llegar al interior del jacuzzi y que el menor número de estudiantes me vea. El pie se me queda atrapado. Sin embargo, mi cuerpo sigue hacia delante por la inercia de la gravedad y el impulso tomado. Me caigo de boca, dando un planchazo con los brazos abiertos en mitad de todos los que estaban en el jacuzzi tranquilamente relajados y charlando. Una considerable cantidad de agua sale disparada como una ola de espuma y agua burbujeante sobre propios y extraños. Trago algo de agua y, sin ver nada, apoyo mis manos donde puedo para poder salir a la superficie. Por suerte, o no, el tobillo se ha liberado. Por el calor del agua y de la vergüenza, no noto el dolor, todavía. Cuando salgo del agua para respirar, escucho…

—¡La maestra ha hocicado!

—¡Sa’ comio el jacuzzi!

—A mí me acaba de reventar un huevo, ¡me ha dado una patada en todas mis partes! ¡Dios, qué dolor!

—Seño, me has arañado toda la espalda, ¡qué bestia eres, tía! —dice otra alumna, a la que ni siquiera miro, por vergüenza.

Tengo ganas de ahogarme de nuevo, desaparecer, o que el desagüe me escupa fuera del barco y me deje en el fondo marino hasta que a todos se les olvide el ridículo que he hecho. Sin embargo, me recompongo como puedo y trato de comportarme con naturalidad y dignidad, mientras las carcajadas se van ahogando a medida que todos esperan escuchar lo que voy a decir. Y, aunque casi se me sale una teta del bañador y tengo los pelos tiesos y apartados de la cara como si me acabasen de pegar un tartazo, me comporto como si nada, como si llevase ahí un par de horas buceando y en remojo junto a ellos.

—Ummm, ¡qué calentita está el agua! ¿Verdad? ¿Lleváis aquí mucho rato?

Entonces, alguien ve que la espuma del jacuzzi empieza a ponerse un poco rosa. Levanto el pie y veo unos arañazos profundos a la altura del tobillo, la rejilla de plástico me ha lacerado el pie y empieza a sangrar bastante.

Edu, que está tan perplejo como el resto ante mi aparición estelar, pero corta la sonrisa de

golpe al ver la sangre, se ofrece a ayudarme a salir del jacuzzi.

—Tenemos que ir al médico, tienes que curarte esa herida. Miro fijamente la sangre que sale de mi pie. Cada gota se sincroniza con el latido de mi corazón. Conforme me levanto, siento que todo me da vueltas… me animo a mi misma y me digo:

«¡Vamos, chica, ahora no te desmayes!»

No es una estrategia para conquistar a Edu, os lo juro, pero todo empieza a darme vueltas.

Antes de que me desmaye, siento que varios brazos me cogen y me levantan. Voy en volandas atravesando la piscina climatizada.

No sé cuánto ha pasado, pero me despierto en la enfermería del barco, tumbada en una camilla y con un médico de pelo blanco sobre mi cabeza, apartando de mi nariz lo que parece que ser algo mentolado para reanimarme.

—Te has desmayado delante de todos… —anuncia Maribel.

—¿Sí? —pregunto medio adormilada— ¡lo siento! No veas, ¿no? Un espectáculo…

—El médico dice que la herida es más escandalosa de lo que en realidad es. Te ha puesto la inyección del tétanos y dice que no debes mojártelo en un par de días, hasta que empiece a cicatrizar bien. Por suerte, no ha tenido que echarte puntos. Te ha puesto una especie de tiras adhesivas que hacen las veces de puntos de sutura. Tampoco podía echarte puntos en esa zona porque en esa parte de la pierna tenemos poca grasa, así que cualquier herida puede levantarte la piel y llegar casi al hueso. Ha dicho que sangra mucho, pero no hay de qué preocuparse. A parte del apósito que deberás cambiar un par de veces al día, dice que puedes andar casi con normalidad, aunque estar en reposo la mayor parte del tiempo sería lo ideal. El vendaje es sobre todo para que no te roce con la ropa y vuelva a sangrar.

—Thank you, doctor —le digo incorporándome de golpe. Sigo empapada, los pelos chorreando y alguien debió dejarme una toalla que tengo alrededor de la cintura. El doctor sonríe y me dice: Don’t worry! Have fun, but not so much fun!”

Llego al camarote custodiada por Maribel y Eduardo. Una legión de estudiantes que quieren saber qué me ha pasado nos siguen también. Quieren saber si me he partido la pierna, si me la han cortado, o si me dejarán en el próximo puerto, Marsella, para que regrese sola a España. Me tumbo en la cama y Edu me pide algo caliente. Empiezo a notar que voy flotando como en una nube.

—Leo, querida, ¡vaya mala pata!

—Maribel… tú tan elocuente como siempre… —le regaña Edu.

—Oh, disculpa, querida, no pretendía… solo quiero decir que ha sido una mala suerte; pero mira, el doctor ha dicho que no es nada grave, así que mañana estarás como nueva. No te preocupes por los chicos que nosotros nos encargamos de los tuyos…

—Solo tienes que mandarme un WhatsApp y pediré que te suban la cena si ves que no puedes caminar bien cuando te levantes. Recuerda poner el móvil en modo avión. En los puertos tenemos el roaming activado y tu operadora de teléfonos no te cobrará ni por datos, ni por las llamadas, pero en alta mar, el teléfono se conectará solo a la línea del barco que va por satélite.

—¿Eso quiere decir que estamos incomunicados del mundo mientras navegamos de noche?

—Pues… en parte, visto así, sí. Además, estaremos en aguas internacionales, con lo que todos los tratados, contratos, matrimonios, etc… no tendrán vigencia…

—¿No? —pregunta Maribel. Es por eso que la gente desfasa tanto en estos cruceros…

—Quieres decir que una infidelidad… no contaría si se tiene de noche, mientras estamos en alta mar, ¿no? —pregunto medio grogui— ¿ni siquiera un compromiso matrimonial?

Edu sonríe por primera vez desde que me he caído. Arquea la ceja y arruga la comisura de la boca de una forma tan sexy que siento ganas de empujar a Maribel fuera del camarote y comerle la boca.

—¡Correcto! ¿Por qué lo preguntas? ¿Piensas ser una chica mala? —Pregunta mirándome directamente a los ojos. Me callo y me muerdo el labio.

—Para nada, era solo por preguntar… curiosidad de la que mató al gato. —Me tapo y bostezo.

—¡Ay, mi niña! ¿Te acuerdas del comandante ese italiano tan apuesto…? Tú eres joven, soltera y tienes que disfrutar. ¡No seas tonta! ¡Aprovéchate de las aguas internacionales! ¡Lo que pasa en el crucero… se queda en el crucero! —susurra Maribel que deja escapar una sonrisilla estridente de chica mala.

«El único problema es que el corazón ya me lo han robado y, a no ser que este mendrugo que tenemos delante quiera algo conmigo, no voy a poder fijarme en nadie más que no sea él, por mucho capitán, comandante o marinero italiano que se me ponga delante. Es lo que tienen las cosas del corazón de Leonor Amor, que por muchos guapos que se pongan por delante, como yo esté pillada por alguien, no hay nada que hacer; yo soy fiel por enamoramiento, o atontamiento que también valdría».

—Bueno, vamos a dejarte descansar, así te recuperarás mejor para mañana —advierte Edu, mirándome con cara de preocupación y ojitos lastimeros. Al ver que estoy medio dormida, drogada, dolorida y puedo empezar a soltar cualquier cosa por mi boca—. Espero que mañana puedas caminar. Marsella es una ciudad preciosa.

—No te preocupes por eso. Pienso recorrer las calles de Marsella y subir hasta la basílica de *Notre-Dame-de-la-Garde* con una bolsa llena de jabones de todos los olores y colores, aunque sea lo último que haga —le advierto, recostándome en la cama que parece engullirme y mecerme para que me duerma.

—Bueno, hasta ahí arriba subiremos en autobús, de lo contrario, los alumnos nos matarían, pero el paseo por el puerto será andando. De todas formas, si no te encuentras con fuerzas o te molesta, puedes quedarte en el autobús que hemos contratado para llevarnos por la ciudad.

Los ojos se me cierran y lo último que recuerdo es a Maribel despidiéndose con la mano, a Edu diciéndome algo más y guiñándome el ojo. Después, el silencio se apodera de la habitación. Antes de quedarme frita, me pregunto si Edu me habrá dicho algo interesante antes de desaparecer.

Me despierto porque empiezo a sentir que todo tiembla, parece como si todo el mundo se moviese a mi alrededor, sin embargo, todo está quieto. Nada se está cayendo. Pienso que, de ser un terremoto, es muy extraño.

«¿Qué coño me habrá dado ese médico? Menuda resaca...».

Entonces, siento que todo mi cuerpo empieza a vibrar de nuevo y, al incorporarme de la cama y apoyar los pies en el suelo, noto un levísimo vaivén. Comprendo lo que está ocurriendo: el barco está en movimiento. Zarpamos de Valencia rumbo a Francia.

Me levanto. No siento ningún dolor. Pero cuando mi pie roza con la cama, siento ganas de chillar al sentir una punzada. Por suerte, al caminar o al apoyar no me duele. Solo veo las estrellas cuando presiono la zona del vendaje o algo me toca esa zona. Pienso que será mejor ponerse las sandalias, nada amarrado al tobillo. No son lo más aconsejable para callejear por una ciudad, pero por suerte, hará buen tiempo y podré ir con ellas. Miro al televisor y veo un post-it pegado a la pantalla. Desde esa distancia reconozco la letra de Edu. En vez de ir al servicio

porque me estoy orinando mucho, aprieto la entrepierna y cambio de dirección. voy todo lo rápido que puedo a leer su nota.

“Leo, estamos cenando en el salón restaurante... no en el buffet. Tenemos reservada la cena en el primer turno, a las nueve. Si te sientes con fuerzas, vente, porque sino vienes, te echaré/emos de menos. Un beso, Edu”.

Veo que la “é” de echaré, ha sido tapada con otra *e*, sin acento, más grande y completada con el morfema* “-emos” de primera persona plural. ¿Le ha traicionado el subconsciente? ¿Me echará de menos sino bajo…? O lo ha escrito sin darse cuenta...

Menos mal que esta primera noche en el barco es de las pocas noches que te dejan a tu aire… esas que el chico de la agencia de viajes nos explicaba que eran “noches libres” en la que los pasajeros del crucero no tienen que engalanarse, como sucede en otras noches como: la noche de blanco, noche etiqueta negra, o la cena del capitán. Esta noche es de las diversas; en las que puedes ver de todo. Desde los guiris con sus sandalias Adidas y sus calcetas blancas hasta los gemelos, combinadas con una sudadera y un bañador ajustado o a las mujeres con un pareo de rejilla negro y el bikini fluorescente debajo, tostadas como conguitos y sin haber tenido apenas tiempo para cambiarse por haber querido aprovechar las piscinas y el sol hasta última hora. Hay tanto que ver en un barco de estos, que el primer día te vuelves un poco loca intentando verlo todo, llegar a todas las esquinas del mapa que está plasmado al lado de cada ascensor, para que cuando alguien te pregunte si has visto el teatro o la hamburguesería estilo años cincuenta, tú le respondas que sí. Porque seamos realistas, a algunas personas, un poquito tóxicas y envidiosillas, no les produce mayor satisfacción que a la vuelta, cuando ya te has bajado del crucero y no puedes volver a él, preguntarte por si te has perdido alguna parte del barco. Si les respondes que no lo has visto y le preguntas que dónde estaba eso, podrás comprobar la cara de satisfacción que ponen al decirte que era muy fácil encontrarlo y que “eso” ha sido lo más impresionante de todo el viaje. Da igual que hayas visto maravillas como Roma, Marsella, etc… lo mejor del viaje era “eso” y, lamentablemente, tú te lo has perdido. Arpías…

Me pongo cómoda, cojo un short y una camiseta negra ajustada. Me recojo el pelo en un moño alto porque miro el reloj y veo que son las nueve y diez. Ya no me da tiempo de lavarme la cabeza y arreglarme el pelo. Me miro en el espejo y me digo: «ni tan mal».

Llegar hasta el restaurante resulta ser un poquito más complicado de lo que creía en un principio. Me pierdo entre las cubiertas once y trece porque solo los ascensores centrales tienen el botón para llegar a la cubierta doce, donde está el restaurante a la carta.

Cuando por fin doy con el lugar, son las nueve y media. Espero para entrar y el metre me dice en inglés que no queda sitio libre en el restaurante, que la siguiente hora para cenar son las diez y media. Entonces, escucho a los alumnos gritar desde el fondo del restaurante:

—¡Esa Leo, esa Leo, ehhh, ehhh, esa Leo, esa Leo, ehhh, ehhh!

—Estoy con ellos —le aclaro. El hombre me deja pasar, poniendo cara de circunstancias, como pensando: —no veas la que te ha caído encima con tantos adolescentes y yo pensaba que mi trabajo de camarero en un crucero era duro…—.

Todos quieren que me siente con ellos en sus mesas. Se interesan por mi pie y esta vez, lo hacen sin reírse.

—Seño, yo creía que te habías partido la pierna… Ha tenido que dolerte mucho, ¿verdad?

—Bueno, la verdad es que ha dolido bastante, pero mañana estaré mejor.

Me enseñan sus platos y todos aseguran que lo que han elegido está buenísimo: un menú compuesto de hamburguesa, pizza, patatas fritas y perrito caliente, todo a la vez y revuelto en

unos platos a punto de desparramarse por los lados.

«Mesura, chicos, por favor, que no parezca que no habéis comido nunca» —pienso, mientras mi mente se bloquea ante esa orgía de calorías.

—Leo, tu sitio está aquí. —Me dice Edu acercándose hasta mí y sujetándome del codo para acompañarme hasta la mesa.

Me siento algo ridícula por su comportamiento un tanto protector, como si fuese una damisela a la que hay que rescatar del peligro, pero lo acepto con agrado.

—Puedo sola, Edu, gracias.

Me mira y me ignora, porque no se retira. Respiro profundamente con ganas de apartarle el brazo; aunque a la vez, lo miro de reojo y compruebo que está tan guapo y el sol le ha sentado tan bien, que me contengo.

Me siento en la mesa y saludo al resto de profesoras. El camarero se acerca para echarme algo de vino tinto en la copa, pero Maribel le interrumpe.

—¡Disculpe! ¡No puede! La señorita está tomando… eh… me-di-ci-nes, no wi-ne, plis.

«Resoplo para mis adentros, recordando lo mucho que me gusta el vino y cómo podría adormecer más el dolor del pie».

Le pido una Coca cola Zero y contemplo con gran tristeza cómo la botella de vino tinto italiano se aleja hacia otra mesa.

—¿Cómo te encuentras? —Pregunta Ana.

—Pues mira, estoy un poco mareada, pero del pie estoy bien. Estaba durmiendo y me ha despertado el barco cuando se alejaba del puerto. Todo ha empezado a temblar y, encima, con los calmantes todo me daba vueltas… la verdad es que he venido dando tumbos hasta aquí, voy un poco colocada—sonrío, pero mi sonrisa se petrifica al ver sus platos.

Todos tienen unos carabineros enormes rebosando los bordes de los platos llanos. El marisco nada en una especie de salsa. Bueno, todos, menos el de Maribel que es alérgica al pescado y tiene unos medallones de ternera. De repente, entro en pánico. No puedo comerme eso frente a mis compañeros. Miro a Edu y lo veo despellejar al carabinero con suma maestría, utilizando el tenedor y el cuchillo. Yo no sé hacer eso, ¡por dios!, Me encanta el marisco, pero soy incapaz de comérmelo sin usar con los dedos.

—¿Ese es el primer plato? —pregunto con cara de poco apetito.

—Sí, pero yo he pedido carne. Ya sabes que soy alérgica al pescado… de segundo creo que puedes pedir algo de carne, no tendrás mucha hambre, ¿verdad?

En realidad, estoy famélica, soy capaz de comerme un mamut aquí mismo, delante de todos y a bocados, pero no quiero zamparme el marisco con los dedos. Lo he intentado muchas veces, pero eso de pelar las gambas… no va conmigo. En serio, admiro a las personas que son capaces de hacerlo. Yo, simplemente no tengo paciencia ni arte para hacerlo. Así que cuando ceno fuera de casa no los pido nunca. Solo los como en casa, donde puedo pelarlos con los dedos y chuperretear las cabezas a mis anchas.

—Pruébalos —me ofrece Edu, acercándome uno con su tenedor.

—No, gracias.

—No seas tonta, yo he repetido tres veces… mira, están buenas hasta las cabezas.

Veo por el rabillo del ojo cómo la Pocachumba chupetea las cabezas y pela los carabineros con las manos. No ha abierto la boca desde que he llegado pues está dando buena cuenta del marisco. Siento un gran alivio y accedo a probarlos, al comprobar que no soy la única desalmada en la mesa que se come el marisco con las manos.

Media hora, un atracón de carabineros, un buen trozo de pastel de carne y varios postres ultra hipercalóricos después, la cena ha terminado. Les damos las instrucciones a los estudiantes: nada de fiesta en las habitaciones, nada de cambio de habitaciones, los que quieran irse a dormir tendrán que hacer eso: dormir. El resto son emplazados dentro de media hora en la discoteca de la última cubierta. Al ser menores necesitan que un mayor de edad esté con ellos. Ana y Edu se ofrecen a acompañarlos. Maribel empieza a dar bostezos en la esquina de la mesa, como si fuese un oso pardo. Dejando claro que ella se va a dormir. Incluso se ofrece a acompañarme a mi camarote porque "la pobrecita no está hoy para muchos bailes". Sin embargo, me opongo porque, aunque no esté para perrear en una esquina contra la pared, puedo sentarme, tomarme algo y escuchar la música. Para nada había imaginado la primera noche en el crucero acostándome a eso de las diez y media.

—El baile os lo dejo a los jóvenes —anuncia finalmente. Todos sabíamos que se iría pronto a dormir—. Mañana prometo que os acompaño a mover el esqueleto un buen rato, jajajá —se ríe de su propia gracia—, pero hoy no tengo fuerzas humanas de moverme. Como no me acueste ya, mañana me quedo durmiendo en el barco toda la mañana, me perdería Marsella. Chicos, ¡hay que comprar jabones!

Como esta noche la etiqueta de vestimenta es libre, quedamos en que nadie va a ir arreglarse a los camarotes, si acaso, a lavarse los dientes y hacer un pis.

—A las once en la cubierta superior, en el puente dieciocho.

—¿Eso dónde es, maestro?

—Clara, arriba del todo…

—Vale, chiquillo, pues dilo. Es que has dicho algo de un puente y me he liao, que yo no he visto ninguno dentro del barco, pero capaz es de tenerlo porque aquí hay una pechá de cosas, maestro. No veas, yo estoy to loca pa'rriba y pa'bajo viendo cosas. Las estoy tachando del librito ese que nos dio el de la agencia. Y pienso tacharlas todas, todas.

La discoteca es impresionante. Edu, Ana y yo nos vamos directamente. Aún no ha llegado nadie, excepto nosotros y muchos de nuestros alumnos que llegarán en breve. El lugar es precioso. Las cristaleras rodean la pista de baile como si fuese una especie de burbuja de cristal en medio del océano. Huele a ambientador y detergente. Esa mezcla de olores tan intensamente perfumados que trata de ocultar el olor a alcohol de la noche anterior. Las luces, aún tenues, dejan ver las piscinas exteriores iluminadas y la iluminación que bordea toda la cubierta superior del barco. Me asomo a uno de los cristales y pego la nariz hasta que noto el frío cristal en la punta. Fuera debe hacer fresco. Los pocos turistas que se atreven a pasear por el exterior llevan una chaqueta y pantalones largos.

La música es algo ecléctica, una mezcla entre house e hilo musical, de esa que te ayuda a mover los pies, pero sin moverte del sitio. Empiezo a notar una electrizante emoción como cuando era una chiquilla y salía a la discoteca por primera vez. Esa época en la que aún tenía toque de queda y mentíamos para decirles a nuestros padres que nos quedábamos a dormir en casa de nuestras mejores amigas y así poder regresar de madrugada. Todas teníamos la típica amiga cuyos padres estaban divorciados y la dejaban quedarse hasta tarde y, por supuesto, nunca había problema en que pasásemos la noche allí.

—¿Te gusta?

Miro atrás y veo a Edu que se acerca hasta mí sonriendo. Está tan guapo en la penumbra, su rostro solo está iluminado por los haces de luz multicolor de la vacía pista de baile. Sus ojos verdes, como los ojos de un felino en la oscuridad, brillan más que de costumbre por el reflejo de

las luces de la discoteca. Siento unas ganas irrefrenables de saltar a sus brazos, besarle en esos labios tan carnosos y firmes que me vuelven loca. Me envalentono y me acerco hasta él y le digo:

—Me gustan más otras cosas del crucero…

Él sonríe y se acerca hasta donde yo estaba hace un instante, pero ya me he cambiado de sitio y me dirijo hasta el centro de la pista de baile. Cierro los ojos y me dejo mecer por la vibración poderosa de los altavoces. Doy una vuelta y cuando llega hasta mí, le señalo a la barra.

—¿Qué quieres tomar? ¿Te traigo la carta? Nuestra tarjeta incluye bebidas alcohólicas y tenemos ¡barra libre!

—No te preocupes, vamos hasta allí y así cotilleo qué es lo que hay. ¿Aquella que está pidiendo es Ana? ¡Mírala! ¡No pierde el tiempo! Jajajá.

—Sí, ya veo —sonríe, ofreciéndome su hombro para que me apoye al caminar. Yo no me hago de rogar y rodeo con determinación su musculado hombro. Incluso debajo de la ropa, puedo notar sus músculos definidos.

Ahora que Maribel se ha ido, podemos "desfasar" un poquito, aunque mañana haya que madrugar. Miro la carta y elijo un mojito de mango. Ana ya ha pedido su segunda caipiriña y Edu pide un Amaretto con limonada.

—No os preocupéis, pago yo —sonríe y muestra su tarjeta al camarero, que la pasa alegremente, ante la envidiosa y atenta mirada de los alumnos que solo pueden sacar refrescos, cerveza sin alcohol, San franciscos o batidas de coco sin alcohol.

El mojito de mango está delicioso y, aunque Edu le ha indicado al camarero que no lo cargue mucho, noto cómo el alcohol de la bebida me inyecta una energía que ya estaba adormecida dentro de mí.

Los primeros alumnos ya están bailando nada más cambiar el estilo de música La última canción de Rauw Alejandro empieza a sonar. Estoy segura que le han pasado al dj su lista reguetonera del Spotify. Me animo y, medio a la pata coja, empiezo a bailar con ellos. Al principio, tímidamente en una esquina. Aunque, cuando escucho a Maluma y he dado buena cuenta de mi segundo mojito, me pongo en medio del corro que han formado los alumnos de mi tutoría y me pongo a bailar como si no hubiese un mañana. En realidad, noto que estoy bailando algo desacompasada. Mis pies no siguen a la parte superior de mi cuerpo, que parece tener vida propia e ir unos acordes más rápido que la parte inferior. Tampoco me atrevo a apoyar demasiado el tobillo, así que parezco una reguetonera treintañera zombi en medio de una veintena de adolescentes. Empiezo a sentirme tan libre… que me olvido de todo. Me río tanto con ellos, sobre todo con Gloria, de mi tutoría, que me sorprende bailando con gran estilo, además, súper graciosa y atenta conmigo. Ella ha sido quién me integrado en el grupo de estudiantes para bailar. En realidad, Gloria es una chica bastante tímida en la escuela, no le gusta destacar debido a su sobrepeso. Sabe sacarse mucho partido y está descubriendo que los complejos no le llevan a ninguna parte. Se siente cada vez más libre y a gusto con su cuerpo; así que esta noche lleva un vestido negro, el pelo recogido y todo le sienta realmente bien.

«Ahora que lo pienso, me detengo mientras todo y todos dan vueltas a mi alrededor… estos niños están muy arreglados para haber ido a la habitación solo a lavarse los dientes… Me miro y yo a su lado parezco una mendiga. ¡Serán… capullos!»

Bailamos todas las canciones que nos ponen, me río muchísimo con Clara Hernández de mi tutoría y con Lucas, tanto, que empieza a dolerme la mandíbula.

—Parece que ya estás mejor del pie, ¿no? —Pregunta Ana, con otro combinado diferente.

Este lleva una sombrilla y una palmerita de hilos plateados clavadas en un trozo de coco que sobresale por un lateral.

—¿Qué es eso? —pregunto acercándome su bebida a los labios.

—Cóctel de la pasión… o algo así le he entendido al camarero. Edu se ha pedido otro. Eduardo llega sonriendo con otro copazo en la mano.

—¿Estáis seguro que estas bebidas están incluidas en nuestra tarifa? Mira que llevamos unas cuantas y yo no me he traído mi tarjeta. Edu, ¿las estás pagando tú todas?

—Que ¡siiiií! Seguro, son gratis. No te preocupes. ¿Te traigo otra?

—No, no, de verdad. Creo que voy a parar un poco. Necesito ir al servicio.

Cuando salgo de la discoteca, siguiendo las indicaciones de un camarero, debo haberme perdido, porque llego a lo que parece un pequeño salón recreativo con videojuegos y juguetes para niños. Todo está solitario y una joven empleada del crucero me pregunta algo tan rápido, que solo sé preguntarle: "¿toilets?".

Me indica que es en el otro extremo de la discoteca. Cuando salgo, leo un cartel en inglés que dice: "guardería disco". No puedo creerme que eso sea un lugar para dejar a tus hijos mientras te tomas una copa y echas unos bailes con tu pareja. Estos del crucero están pendiente de todo para que nunca olvides tus vacaciones a bordo.

Tras encontrar los servicios, y orinar un buen rato. Me dispongo a regresar a la discoteca. Entonces, descubro otra puerta contigua: "biblioteca".

«¿En serio? ¿Una biblioteca justo al lado de la disco?».

Pensándolo mejor, tiene su lógica. Nadie va a venir a la biblioteca durante la noche en vez de estar en la fiesta de al lado. Y de día, la disco no funciona, así que puedes leer o coger un libro sin miedo a ser molestado. Recuerdo que Henry de la agencia de viajes, comentó algo de que no nos llevásemos libros al crucero, porque el barco disponía de biblioteca en varios idiomas por si nos entraban ganas de leer un rato mientras tomábamos el sol en las hamacas de la piscina. Empujo la puerta y estoy de suerte porque se abre. Dentro, descubro que la biblioteca está iluminada, aunque no hay nadie. Dejo la puerta abierta porque el sonido del "chunta chunta" de la pista de baile me recuerda dónde estoy; en un barco de miles de toneladas de peso en mitad del mar, en vez de en la biblioteca municipal del barrio. Me acerco con cuidado y observo las vitrinas de cristal donde están alojados los libros. Hay cinco estanterías y, al principio, solo logro identificar títulos en inglés, italiano, francés y algunos en alemán. No obstante, cuando pierdo la esperanza de encontrar algunos libros en español, notando que mi enfado a tal ofensa hacia la literatura en castellano va en aumento, encuentro varios títulos en español apiñados en el estante más bajo de la última estantería. Presiono el cristal, que se abre al igual que los nuevos muebles de Ikea: ese mundo laberíntico a donde vas con determinación de tardar poco y coger una sola cosa que te hace mucha falta y en el que finalmente pasas tres horas de la mañana del sábado y sales con una factura con una veintena de artículos con nombres irrepetibles y, cuya pronunciación casi satánica, te hace sentir que estás tratando de invocar al innombrable en vez de estar repasando el ticket. Intentando averiguar si Vortisgen o Julgisten es alguno de los artículos reflejados en el ticket de 360 euros que te han soplado… y tú solo ibas a comprar el bol de cristal de 1€ que has visto anunciado en Instagram. Encima, desgraciadamente, la dependienta te dice que ese bol ya se ha agotado. Así que tendrás que volver el finde siguiente y sucumbir en ese paraíso de la decoración y el interiorismo. Alargo la mano y saco un volumen en español de "Cumbres Borrascosas" uno de mis libros favoritos. Uno esencial cuando doy Literatura Universal en segundo de bachillerato. Siempre me ha apasionado el hecho de que Emily Brontë

publicase su única obra bajo el seudónimo de Ellis Bell, y tan solo un año antes de morir. Toda en ella rezuma una especie de tragedia bucólica que me ha atraído como a un imán desde siempre.

Cierro la puerta de cristal de la estantería, que supongo tiene su lógica ya que, al fin y al cabo, vamos en un barco y si estuviesen al aire libre, todos acabarían desparramados por el suelo. Descubro una fila de sillones detrás e inconscientemente me siento con el libro en mi regazo y empiezo a buscar y a releer uno de mis pasajes favoritos del libro:

"Mi amor por Linton es como el follaje de un bosque, y estoy completamente segura de que cambiará con el tiempo, de la misma manera que el invierno transforma los árboles. Pero mi amor por Heathcliff se parece al cimiento eterno y subterráneo de las rocas; una fuente de alegría bien poco apreciable, pero no se puede pasar sin ella."

Ando absorta en la lectura, cuando una voz me sorprende por detrás justo en el oído:

—¡No puedo creer que estés leyendo en medio de todo esto!

—¡Dios! ¡Qué susto, Edu!

—Estaba preocupado, pensaba que te había pasado algo en el baño. Al ver que no regresabas, he decidido ir a buscarte… he tenido que entrar en el aseo de las mujeres. ¡Menos mal que no había nadie!

«¿Ha ido a buscarme? ¿Ha estado pendiente de mí? Eso tiene que significar algo, ¿no?».

—Pensaba que tal vez te habías caído o algo, y resulta que estás aquí escondida, leyendo… ¡vamos, Leo! volvamos a la fiesta. ¡Déjate de lecturas! Vuelve al mundo real.

—Perdona, tienes razón. Es que he visto este ejemplar de Cumbres Borrascosas y se me ha ido el santo al cielo —le explico.

—¿De qué trata el libro? —Me pregunta, sentándose a mi lado. Lleva la camisa más desabotonada de lo normal. Está algo sudoroso, huele a alcohol, se echa el flequillo hacia atrás de esa manera tan sexy, mientras se recuesta en el asiento de al lado.

—Pues verás. Esta historia trata de…

—¿Sabes qué…? —interrumpe mi explicación— he pensado mucho en ti últimamente…

—No tienes por qué —trato de interrumpirle, pero no me deja. Pienso en lo bien que ha disimulado estos días el haber estado pensando en mí. Ha pasado de mí como de la mierda.

—He empezado yo —sentencia—. Déjame continuar, por favor… He estado pensado en lo que pasó. Lo siento, pero no me lo puedo quitar de la cabeza. Leo… me gustas mucho, de verdad, pero has llegado en un momento de mi vida en el que ya estaba todo organizado. No puedo ponerlo todo patas arriba, así, de repente. Bueno, podría, pero yo no soy así. No así de loco… Te debo una explicación.

—No te preocupes. No hay nada que decir. Te entiendo —sentencio, bostezando—. Creo que me voy a ir a la cama. Estoy bastante cansada y me apetece releer un poco más este libro.

Me levanto antes de que pueda reaccionar. Recuerdo que entre la biblioteca y la discoteca hay un ascensor de cristal que no sé a dónde me llevará, pero que estoy dispuesta a coger para huir de ahí. No necesito que nadie me diga que soy un error, "que no entro en sus planes".

Camino, decidida, hacia el ascensor. Entro. Pulso el botón para bajar. Edu se interpone entre la puerta, e impide que el ascensor comience a cerrar las puertas para marcharme de allí.

—Leo, escúchame ahora, porque el alcohol me hace más valiente. Mañana no creo que tenga fuerzas para hacer esto, o que recuerde siquiera si lo hice o no.

—Me ha quedado muy claro.

—No seas injusta, te he dicho que me gustas muchísimo —dice acercando su cara a mi boca. Me echo hacia atrás, hasta que mi espalda pega contra los cristales del ascensor.

La puerta se cierra y recuerdo otro momento “ascensor” anterior. Parece que lo nuestro es besarnos en los ascensores…

—Mientras sigas prometido, no hay nada que hacer, Edu —le advierto, apartándome de golpe y haciéndole que lleve a tocar el cristal de la pared con los ojos cerrados—. No quiero pillarme más por ti, para que después de estos días, me des la patada. No me lo merezco como mujer, como persona, ni como nada. Nadie debería ser segundo plato de nadie.

—No eres segundo plato ni nada, Leo…

Las puertas vuelven a abrirse porque no pulsamos ningún botón. Le empujo fuera del habitáculo y pulso a un botón cualquiera para que Edu no pueda seguirme. Las puertas del ascensor se cierran. Así que Edu se queda con un palmo de narices viéndome como desaparezco tras las puertas de cristal. Me dice algo mientras bajo, pero ya no lo escucho.

—… creo que me gustas de verdad, pronto dejaré de estar prometido… solo quiero hacer las cosas bien…—las palabras de Edu se quedan retenidas entre las paredes de cristal del ascensor, mientras pierde de vista a la mujer que le ha hecho volver a sonreír en mucho tiempo.

8. Marsella.

—Buenas, un café con leche sin lactosa, sacarina y espuma… ¡vamos, prácticamente agua! —dice Ana— ¿dónde están Edu y Maribel?

—Pues a Maribel la he visto como si fuese Julie Andrews en *Sonrisas y lágrimas,* canturreando y rodeada de niños en la otra parte del restaurante. A Edu no lo he visto.

—¡Ajá!

Guardo silencio obviando el tonito y su mirada fija en mí.

—¿Qué pasa?

—¡Dímelo tú! Anoche desaparecisteis los dos solos…

—Ah bueno, eso… no, qué va. Encontré la biblioteca del barco por casualidad. Cogí un libro y me fui mi habitación. Después ya no lo volví a ver.

—Pero… ¿no lo escuchaste llegar a tu habitación?

—Pues no, la verdad. Entre los calmantes que me tomé y los tapones de los oídos. Ni me enteré.

—Y yo que creía que había pasado algo interesante…

—Ana, no te flipes, Edu está prometido. Además, ¿A qué viene ese interés repentino por mi vida amorosa?

—No sé, para darle algo de vidilla al crucero. Los niños dicen que si dos profes no se lían en el viaje de fin de curso, no es un buen viaje; como comprenderás, yo no voy a tirarle la caña a Maribel —dice sonriendo.

—No, a ti te van más las dueñas de las cafeterías escolares…

—Pero, ¡bueno! ¡Serás arpía! ¿Desde cuándo lo sabes?

—Una que es observadora y tiene intuición para los demás, aunque poca para una misma.

Media hora después de la hora acordada para bajar del barco, estamos todos en el autobús que nos va a llevar a Marsella. El recorrido desde el puerto a la ciudad es corto, pero hay mucho tráfico aún siendo tan temprano. Marsella es la ciudad más antigua de Francia, la segunda en tamaño después de Paris. El puerto viejo es bellísimo, los edificios son preciosos. A cada lugar que miro me parece estar viendo una postal. Por su situación en el mar mediterráneo, ha sido siempre un puerto de comercio importante; hoy es el primero de Francia. Marsella es preciosa más allá de su producción cultural, el savon de Marsella o el tarot. Marsella ha sido una puerta hacia oriente en la que el mar ha estado muy presente, por eso, cuando vemos a los pescadores vendiendo directamente la pesca en sus barquitos del puerto, sonrío porque me alegra saber que hay tradiciones que nunca se perderán.

Edu organiza la excursión de manera que el autobús nos suba hasta la parte más alta de Marsella, los 149 metros de la cima donde se encuentra la basílica de *Bonne Mère*. De esta manera, podremos recorrer las calles y lugares más emblemáticos bajando por las callejuelas más típicas, en vez de subirlas. Todos se lo agradecemos. A pesar de que lo primero que sientes como visitante es unas ganas inmensas de perderte en las tiendas y calles anejas al Puerto Viejo del centro de la ciudad. Habría sido contraproducente subir las empedradas calles hasta el punto más alto de la ciudad al final del recorrido. Habríamos subido cansados, cargados con bolsas de suvenires y jabones. Hubiéramos parecido ochenta y tantos zombis sudorosos de*Walking Dead*.

El autobús nos deja justo al lado de la basílica *Notre-Dame de la Garde*, una impresionante iglesia románica-bizantina, desde la que se puede contemplar unas fascinantes vistas de toda la ciudad. Aún nos queda por recorrer a pie los trece metros de la antigua fortaleza que había en esta cima, sobre los que se construyó la basílica. Cuando subimos, los alumnos se vuelven literalmente locos haciéndose fotos y selfies fuera de las inmediaciones del lugar. Retratando el increíble paisaje de la ciudad y el mar festoneado con algunos islotes y farallones a sus espaldas. Decido entrar dentro de la basílica para disfrutar de las cúpulas doradas de su interior. No sin antes quedarme asombrada por la monumental estatua de la virgen con el niño hecha en cobre dorado, que, aunque parece pequeña desde la entrada de la basílica, sin duda, con sus once metros y medio debe ser impresionante vista de cerca. Una vez en su interior, no entiendo porqué esta iglesia es considerada una basílica en vez de una catedral. Su majestuoso y rico interior, podría eclipsar a muchas de las grandes catedrales europeas.

Al salir, me quedo maravillada con la estampa de la ciudad y el mar azul turquesa. Me detengo junto a una especie de telescopio dorado y plateado enorme, de esos que los antiguos marineros utilizaban para guiarse por el mar en mitad de la noche, y algunos alumnos de mi tutoría me preguntan si quiero hacerme una foto con ellos. Estoy deseando sentarme, porque, aunque voy en sandalias, el pie empieza a resentirse un poco; aún así, nos hacemos fotos de todas las poses posibles. A cada nueva toma se unen más y más estudiantes como abejas a la miel. Al final no cabemos todos en el selfie y algunos se alejan mosqueados.

—¡Mírala! No sé qué les da. Están todos locos con ella.

—Es la *influencer* del claustro de profesores, ¿qué esperabas? —Responde Edu.

—¡Venga vamos a unirnos y que alguien nos saque una foto de grupo! Se la mandamos al director y a las familias para que vean que todo está controlado —sugiere Maribel, algo celosilla de no ser el centro de todas las miradas de los alumnos…

Cuando terminamos de repetir la misma foto unas diez veces; siempre hay alguien que se queja de que otro compañero por detrás le ha puesto los cuernos o que los han movido, continuamos bajando hasta el Palacio Longchamp. Entramos a sus jardines y nos hacemos otra foto grupal delante del pabellón-torre de agua central que servía históricamente como fuente de abastecimiento de agua potable de la ciudad de Marsella. Miro al palacio y no puedo dejar de imaginarme cuántas historias se habrán vivido en su interior, cuántas personas del pasado habrán disfrutado de apasionantes vidas y experiencias en sus espacios verdes y albercas con cascadas, rodeadas por estatuas alegóricas del agua, la fertilidad y la abundancia.

Algo cansados de bajar calles empinadas y varias escalinatas, llegamos al Puerto Viejo de Marsella, que, para mí, es la verdadera joya de la ciudad. El puerto deportivo está muy animado, está repleto de restaurantes que sirven salmonetes y langosta a los turistas en estos momentos. Descubrimos hoteles muy distinguidos a ambos lados del puerto, a su lado, un antiquísimo fuerte, el fuerte de Saint-Jean, cerca de la iglesia de Saint-Laurent de estilo románico. Al otro lado está la Ópera de Marsella, rodeada por bares nocturnos, ahora cerrados, cientos de tiendecitas de suvenires y quioscos vendiendo de todo: desde helados a los típicos jabones de Marsella. Les damos una hora de tiempo libre a los chicos para que hagan sus compras y decidimos tomarnos algo en una terracita al sol; junto a los lujosos barquitos atracados en el puerto.

—Yo me tomo algo, pero tengo que comprar unos jabones. Si se me ocurriese volver a España sin jabones de Marsella, creo que mi señora madre me desheredaría —les advierto a todos, cuando nos sentamos en la terraza *Rive Neuve.*

—Igual que la mía —añade Maribel. Tengo que comprarle unos jabones y algún rosario en una de esas tiendas cerca del Vaticano, cuando lleguemos a Roma.

Miro a Edu, me devuelve la mirada cómplice, sonríe y parece que nos leemos la mente.

—Yo creo que no entraré en el Vaticano, ya lo he visitado antes.

—¿En serio? ¿Ya has estado? Bueno… es muy grande, siempre se descubre algo nuevo, ¿no? —pregunta Maribel con sarcasmo.

—¡Dos veces! He estado dos veces. —Sentencio.

—Yo también he entrado —apunta Edu, aguantándose la risita.

—No, si al final voy a tener que entrar yo sola con todos los niños.

—No te preocupes, yo entro contigo… —dice la Pocachumba apaciguando—. De todas formas, no creo que todos los alumnos quieran entrar en el Vaticano.

Maribel la mira como si acabase de blasfemar o el demonio hubiese hablado por su boca.

—Quiero decir que… los alumnos de valores éticos, al menos, no querrán entrar…

—Pues no veo por qué no. La catedral de San Pedro no es solo la cuna de la iglesia católica, también es un tesoro artístico y, como tal, deberían visitarla todos.

—Pues ya está, nosotros nos quedaremos con los de valores.

—Edu, son solo seis niños… pero bueno, si Leo ya lo ha visto dos veces… —dice terminando la frase con cierto desdén y en voz baja.

Paso de responderle, ya me he salido con la mía. Prefiero pasear e ir de tiendas por Roma, antes que ver el Vaticano por tercera vez. Sobre todo, porque la segunda vez que lo visité fue un tostón. Fui con dos amigas de otro instituto y una es profesora de historia del arte en la universidad de Granada… por poco estamos todavía allí analizando cada cuadro o escultura de la ciudad del Vaticano. Me gusta el arte, pero también me gusta vivir, respirar el aire y el ambiente de una ciudad. Aún más, cuando tienes unas pocas horas para visitarla.

Me termino la Coca cola light rápido y me voy a buscar unos jabones para mi madre, otros para Zita y alguno de olor a lavanda para dejarlo entre la ropa interior de mi armario. Una manía de mamá que me ha contagiado. Me encanta abrir los cajones de la ropa interior o de los pijamas y que huela a diferentes esencias, a suavizante y a limpio.

—¡Maestra! ¿Dónde vas? —Miro para atrás y veo a Clara Hernández y a su inseparable Gloria persiguiéndome.

—Voy a comprar unos jabones… por cierto, ¿qué lleváis en la bolsa, chicas?

—Mira, maestra. Yo me he comprado este peluche y este imán de un barquito para mi abuela, es que ella los colecciona, tiene la nevera llenita. Mi madre dice que se le va a romper la puerta, que no le traigamos más imanes, pero mi abuela me ha dicho que como no le lleve imanes de todos los sitios que visitemos, no me da más dinerillo los fines de semana.

—Tienes que comprar los jabones en una tienda que hemos encontrado. Está un poco más lejos, pero tienen pechá y además to baratos —asegura Gloria, agarrándome de la mano.

—No estará muy lejos, ¿no? —miro el reloj para ver el tiempo que nos queda. Unos treinta minutos.

—Que va, está unas calles más arriba, pero como no está justo aquí en el puerto, salen todos los jabones más baratos. Que en una tienda de aquí cerca querían cobrarme diez euros por tres jabones. En la otra tienda están a euro.

Dejamos atrás el puerto viejo y nos adentramos en las callejas de piedra y edificios antiguos tanto o más bonito que los impresionantes edificios monumentales del puerto, en busca de los suvenires en oferta. Trato de recordar por dónde vamos cuando doblamos la tercera esquina. Al

doblarla, nos encontramos a Manuel y a su novia. Les hacemos partícipes de nuestros planes y deciden acompañarnos. Por fin llegamos a la tienda, unas calles más adelante, cuando ya empezaba a preocuparme por la distancia. Cuando entro, me parece estar en el paraíso del jabón. Todo está colocado son sumo cuidado y un gusto exquisito. Las estanterías rebosan cajas de mimbre con carteles escritos a mano donde puede leerse la esencia o el aroma de los jabones que contienen. Un abanico de olores me rodea a cada paso. Hay cajitas y arreglos de jabones, bombas efervescentes o geles de baño encima de dos mesas grandes en el centro de la tienda. Las guirnaldas florales caen desde el techo, adornadas con pequeños jabones en los que puede leerse *Savon de Marseille* por un lado, y *Artisanat de Provence* por el otro. Introduzco la mano en una fuente repleta de jabones de color verde, debajo puede leerse *extra doux*, extra suave… Deslizo los dedos entre los jabones y siento el placer de tocar algo tan suave como la seda. Cierro los ojos e inspiro profundamente mientras arrimo la cara hasta la fuente.

—¡Este es el jabón que quiero! —Digo en voz alta. La dependienta se acerca y me muestra el nombre del jabón: *Pin des Landes*.

—Olor a Pino, me aclara en español.

—Póngame unos cuantos… —recuento mentalmente a quién puedo llevarle uno de recuerdo — bueno, quiero siete.

—*Pur végétal, sans graisses animales, sans paraben, made in france.*

—Sí, sí, de acuerdo, me encanta este olor. Me recuerda al cajón de los pijamas limpios de cuando era niña.

La mujer me mira sonriendo. Comprendo, entonces, que su español se limita a los nombres de los jabones de su tienda y poco más.

—Leonor, yo le voy a llevar otro igual a mi madre.

Recuerdo a la pescadera, la madre de Manuel, y su escenita con el inspector. Miro el reloj y descubro que vamos justos de tiempo. En cinco minutos tenemos que estar en el puerto viejo o perderemos el autobús que nos lleva al barco y lo que aún sería peor, en una hora sale el barco y si lo perdiésemos… sería una catástrofe. Tendríamos que ir por tierra hasta el siguiente puerto que está ni más ni menos que en Italia, Génova.

—De acuerdo, cómpraselo y nos vamos, que estamos algo retirados del puerto y el bus sale en… cuatro minutos. ¡Madre mía! Vamos a pagar y nos vamos pitando.

Los chicos tratan de darse prisa, pero Manuel le paga a la señora con un billete de veinte euros. Al parecer, la mujer no tiene cambio. Me toco los bolsillos y descubro que no tengo ni un euro para dejarle, yo he pagado con la tarjeta. La mujer nos pide disculpas por ausentarse para pedir cambio en alguna tienda cercana. Miro el reloj, es la una en punto. El autobús ya debe estar recontando a los alumnos. Escucho el sonido del WhatsApp. Lo miro y es Edu.

¿Dónde estás? Ya estamos casi todos.

Estoy comprando aquí cerca. Estoy con 4 alumnos.

Vale, justo los que nos faltaban. Os esperamos cinco minutos. ¡CORRE!

—¡Chicos! ¡Vamos! Ya están todos en el bus. ¡Nos están esperando!

Salimos corriendo hacia la calle. Clara va la primera y gira a la derecha. Todos la seguimos como polluelos detrás de la mamá pata. Sigue corriendo segura de hacia dónde se dirige y cuatro o cinco calles más abajo puedo ver un cartel que indica hacia el puerto Viejo. Sin embargo, freno en seco y me quedo paralizada cuando descubro que indica en dirección contraria. Nos hemos

equivocado. Vamos al revés.

—¡Clara, Manuel! Por ahí no es, mirad la señal, indica para el otro lado.

Damos la vuelta y seguimos corriendo, esta vez en la dirección correcta, desandando nuestros pasos. La pobre gloria no puede correr más. La miro y va cojeando.

—¿Qué te pasa?

—Maestra, se me ha roto una chancla. Le miro los pies y viene descalza de un pie, en la mano lleva una especie de sandalia plataforma de esas que llevan las muchachas jóvenes, que quedan muy monas para dar un paseo corto por el barrio, pero no son muy fiables para salir a visitar una ciudad europea, y menos, correr por esos adoquines.

—¡Madre mía! —Trato de calmarla sin hiperventilar yo misma. Suena el móvil.

EDU, LLAMADA ENTRANTE

—¿Sí? Dime.

—Leo, ¿dónde estáis? Este hombre dice que se va, que no podemos esperar un minuto más, que puede haber caravana para llegar al puerto donde están atracados los cruceros.

—Edu… —murmuro, apartándome de los alumnos. Manuel se ha agachado y trata de hacerle un nudo o reparar la chancla de Gloria de alguna manera—. Estoy con los chicos. Íbamos corriendo, pero nos hemos equivocado de dirección. Estaremos a unos diez minutos del puerto… pero, a Gloria se le ha roto el zapato y, además, ella no puede correr mucho… la pobre está casi llorando.

—¡Madre mía, Leo! ¡Que os podéis quedar en tierra! Además, los pasaportes los tengo yo.

—No me agobies más, Edu. ¡Por dios!

—Vamos a hacer algo. El tipo este está hablando por el móvil con el crucero, está bastante cabreado. Vamos a salir para el barco. Vosotros coged un taxi en cuanto lleguéis al puerto viejo. Yo trataré de hablar con alguien al mando para que retrase todo lo que pueda la salida y no zarpen sin vosotros. ¿Vale?

Se escucha la voz del conductor en francés y a Edu pidiéndole que espere un momento.

—De acuerdo, Edu. Haremos eso. Cogeremos un taxi en el Puerto Viejo… ¡por favor, esperadnos!

—Sí, no te preocupes. El barco no se va de Marsella sin vosotros, ¡te lo aseguro!

Cuelgo y veo la cara triunfal de Manuel, al parecer, le ha arreglado la sandalia provisionalmente. Sin embargo, no podemos correr demasiado o se romperá de nuevo.

Cuando llegamos al puerto son cerca de la una y media. Preguntamos por una parada de taxis y nos indican que están en la parte contraria del puerto. Hace calor, vamos sudando y caminando tan deprisa entre los cientos de apacibles turistas que contemplan las lujosas embarcaciones con toda la parsimonia del turismo relajado, que tenemos que abrirnos paso entre ellos a golpe de empujones y malas caras por su parte. Una vez allí, diez minutos más tarde, más cansados y sudados aún, comprobamos que no hay ni un solo taxi en la parada. Además, hay varios turistas ya esperando en fila junto a la parada. Siento cómo la ansiedad trepa por mi garganta y me da una punzada detrás de la nuca.

—Leonor, son las dos menos cuarto… —advierte Manuel apesadumbrado.

Trato de abrir la aplicación de Uber para llamar, es lo único que se me ocurre. No obstante, cuando carga, me indica que en Francia debo descargar la aplicación francesa y varios requisitos más para registrarme. Cierro el teléfono desesperada y maldiciendo la tecnología porque nunca está disponible cuando realmente la necesitas. Me acerco al borde del muelle con ganas de saltar al mar e ir nadando hasta el crucero, el cual podemos ver desde ahí, pero a bastante distancia. Me

siento en el bordillo y tomo aire aguantando las ganas de romper a llorar.

—Clara y Claudia poneos en fila para esperar a que venga algún taxi. Montaros en el primero que llegue, les diremos que es una emergencia; ya me encargaré yo de disculparme con las demás personas que esperan en la cola.

—De acuerdo, maestra.

Esconden sus rostros preocupados detrás de la cola. Manuel y Gloria van con ellas.

—No te preocupes, Leonor. En cuando llegue el primero, yo me meto dentro —asegura Manuel —guiñándome.

No tengo ánimo ni para contestarles. Miro al agua oscura del mar y siento ganas de tirarme. Menudo desastre, la primera excursión y me pierdo del grupo, llego tarde y veremos a ver si no perdemos el barco también. En tierra, en un país extranjero y con cuatro alumnos indocumentados.

Empiezo a escribirle un Whatsapp a Edu:

Ya estamos en el puerto viejo, pero no hay taxis en la parada.
Estamos esperando uno. No sé si llegaremos a tiempo…

De repente, una sombra se para delante de mí. Estoy tan absorta escribiendo el mensaje, que no he escuchado el sonido de los motores al aproximarse.

—*Mi scusi signorina, cosa ci fa lì? Scusi, perderai la barca!* Perdone, ¿español? Perderán el barco…

Levanto la vista y veo a un hombre vestido con uniforme que me habla desde una lancha enorme de color negro…

Cinco minutos más tarde, los chicos y yo hacemos una entrada triunfal junto al crucero. Todos los pasajeros ya están dentro y tan solo faltamos nosotros y nuestros salvadores.

—Signorina Leonor, tenga cuidado con *le scale.*

—Muchísimas gracias, Massimo. Nos ha salvado la vida.

—Un piacere. A cambio, le pido un favore, me tiene que reservar un baile mañana en la cena *dal capitano. Scusa il mio spagnolo.*

—Le entiendo perfectamente, Massimo. Será un "piacere" bailar con usted. Muchas gracias, señor capitán, por su espera.

El orondo capitán me saluda acariciando su gorra azul y sonríe levemente mientras da instrucciones al personal para que zarpemos en seguida. Eduardo corre hasta nosotros con la cara blanca, pero contento de vernos.

—¿Qué ha pasado? ¡Casi me da un infarto! ¿Cómo habéis llegado?

—Profe, el italiano ese que se ha enrollado… nos ha traído en la lancha del capitán. Vamos, ¡los putos amos! —dice Clara levantando las manos en señal de victoria— como el italiano está "in love" con la profe Leo…

—Anda, calla, calla y tira, que no veas la que me habéis liado con el carrito de los helados… la próxima vez ponte unas zapatillas de deporte, porfa —le pido a Gloria, que sonríe colorada mientras se adentra en el barco.

—¿Quién es ese? ¿Le conoces? —pregunta Edu señalando a Massimo, el segundo de a bordo, que no deja de sonreír mientras nos mira.

—¡Ah, Massimo! No, no lo conocía. Ha sido muy amable y se ha ofrecido a traernos cuando nos vio allí tirados en la cola del taxi. Menos mal que nos reconoció por las pegatinas de MSC en

las camisetas.

—Ya lo recuerdo —apunta Maribel que ha bajado a cotillear, recontar y revisar los alumnos por si acaso les falta algún pedacito—, ese que quiso hacerse una foto contigo en Valencia… es guapísimo, parece un galán de las películas antiguas; pero Leo, yo que tú no me fiaría… ese es de los que solo buscan un revolcón y después, si te vi no me acuerdo.

—¿Y quién te dice a ti que no es eso lo que necesito yo en estos momentos de mi vida…?

Después de atiborrarnos en los restaurantes buffet, debo confesar que no he vuelto a ver jamás tantos trozos de pizza juntos, ni tantas hamburguesas en una misma bandeja, decidimos ir a probar el jacuzzi. Al principio, íbamos a ir todos, pero después vamos solas Ana y yo. Subimos a la cubierta superior, a uno de los jacuzzis más escondidos, en un lateral del barco; los demás están abarrotados y no me apetece meterme en agua caliente con gente desconocida. Además, siempre me resulta algo embarazoso cuando rozas o te rozan un pie debajo del agua… no sabes si es a propósito o no.

Ana encuentra uno que está completamente solo. Subimos unas escaleritas, acciona el jacuzzi que empieza a burbujear y a calentar el agua.

—Está un poco fría, ¿no? —Pregunto sin decidirme a meterme. Siempre he sido muy friolera para el agua. Siendo malagueña, encuentro el agua de nuestras playas algo fresca. La única que tolero es la de las playas de Ibiza o Mallorca, a pesar de que en Málaga, el agua también y está templada.

—Anda ya, no seas quejica. En seguida se calienta.

—Tú dale al máximo.

—El botón de los grados se ha borrado, pero giraré la ruedecita a tope.

Al cabo de un par de minutos, se está de lujo. El agua caliente me adormece y relaja toda la tensión acumulada en el Puerto Viejo de Marsella. Desde el jacuzzi, vemos como el barco zarpa del puerto y empieza a alejarse de la costa azul. Contemplamos embobadas los islotes y farallones que salpican la costa que bordea Marsella.

—Necesitaba esto. ¡No pienso moverme de aquí hasta la hora de la cena!

—Por cierto, ¿te has fijado en cómo te ha mirado Edu cuando estabas hablando con el comandante ese…? Casi se le sale la yugular de los celos.

—¿Qué dices? Estaba de los nervios porque creía que nos quedábamos en tierra. Edu no suele alterarse por esas cosas; menos, por celos hacia mí… además, no olvides que está prometido, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, sí que lo sé. Pero veo cómo os miráis y, vamos, que eso se nota.

—Ana, no nos conocemos mucho, pero en la intimidad de alta mar y la libertad que me da el estar en un país extranjero, te diré que a mí sí me gusta, y mucho. Sin embargo, se ha portado como un cabrón al no decirme que tenía novia e iba a casarse. Lo siento, pero por ahí no paso. Yo me valoro un poquito más. No soy el segundo plato de nadie. Cierto es que su novia está buenísima, pero es que no entiendo cómo un tío que tiene a una mujer así de guapa, necesita otra más para divertirse…

—No, buenísima no, es un cañón de tía.

—Gracias, mon amour; yo también te quiero. Agradezco tu apoyo.

—Mejorando lo presente, cari; tú también estás muy bien… en mi ambiente estarías cotizadísima, pero lo de esa mujer es estar en otra liga… es como querer comparar lo bueno que

está Cristiano Ronaldo con Messi.

—Lo estás empeorando, ¿sabes? Por cierto, ¿no hace ya mucho calor?

—No, qué va, se está de puta madre. Deberíamos haber pedido unos cócteles antes de meternos en el agua.

—Si quieres voy yo a por algo…

—No, déjalo, ya voy yo… ¡un co…! Vaya cambio de temperatura, ahora parece que fuera hace un frío de cojones. Paso de moverme de aquí. Ya nos lo tomamos luego.

—Y a ti, ¿qué tal te va con María, la de la cafetería…?

—Pues verás… a mí me da igual que se sepa, pero ella aún no ha salido del armario. Así que por eso lo mantenemos en silencio. Para mí es difícil, porque no estoy acostumbrada a tener que esconder las cosas. En su casa son muy tradicionales y prefiere que vayamos poco a poco. De momento, es top secret. Por lo demás, estamos muy bien. Ya le he pedido que se venga a vivir conmigo, pero ella me rechaza; pone muchas excusas: que sus padres están muy mayores, que llevamos poco tiempo juntas, que solo son cinco meses…

—Pues sí que lo lleváis bien calladito…

—De hecho, creo que eres la única de todo el insti que lo sabe. En cierto modo para mí ha sido una liberación. No soy buena para tener secretos de este tipo. Siempre estoy acojonada por si se me escapa cuando alguien me pregunta lo típico de qué has hecho el finde pasado o si voy a ir de viaje a algún sitio en el puente. Fíjate, en el último puente teníamos reservada una casa rural en Grazalema y casi se nos apunta Estefanía de Educación física con su chico. En un principio le dije que iba con otra amiga, sin decir que era María de la cafetería. Hubiese sido muy extraño que se la hubiesen encontrado allí, conociéndola, sin haberle comentado que ella también venía. Así que estuvimos a punto de cancelar la reserva. Por suerte, Estefanía cogió un gripazo y no pudieron venir.

De repente, suena una sirena por el altavoz que tenemos al lado. La señal acústica se repite varias veces antes de que una voz por megafonía nos indique que es un simulacro y debemos abandonar las instalaciones de la cubierta en la que nos encontramos.

—¡Vaya por dios! ¡Con lo bien que estábamos ahora!

Salgo del agua. La impresión del aire fresco hace que comience a tiritar, alargo la mano para coger la toalla y empiezo a notarme floja, las piernas me tiemblan y empiezo a sentirme mareada.

—An… Ana, creo que me encuentro mal, me estoy mareando.

—¿Qué? Anda ya, tonta. Sécate y nos vamos a tomar algo… —me mira y debe verme pálida, a punto de caerme en redondo al borde del jacuzzi, porque le cambia la cara. Se enrolla la toalla y corre a sujetarme— ¿Estás bien? Ven, vamos a bajar las escaleras, creo que te ha bajado la tensión por el choque de temperatura…

—¿Cuánto tiempo hemos estado en el jacuzzi? —balbuceo. Ana mira su reloj y levanta las cejas.

—Unos cuarenta minutos…

—¡Madre mía! ¡Recuerdo que Edu les dijo a los chicos que no debían estar más de quince minutos dentro del jacuzzi o podría bajarles la tensión!

—Eso es lo que te ha ocurrido, una lipotimia en toda regla. Necesitamos que te hidrates y bebas algo dulce.

Bajamos por las escaleras a trancas y barrancas, casi no me sostengo en pie. Un sudor frío recorre mi espalda, las gotitas de sudor se agolpan en mi frente. Divisamos una barra junto a unas mesas altas con unos taburetes fijos. Ana me apoya allí, mientras pide algo para mí.

—Excuse me, necesito two san franciscos, o zumos, pinneaple juice, please. Mi amiga is mareada, very very mareada. Plis, para ya mismo. Thankiu.

—Sorry, it's closed, ¡simulacro! —dice en español, sin mayor explicación, mientras baja los toldos para tapar la barra. Se da la vuelta y se marcha.

—¡Oiga, perdone! No, no, no; excuse me… ¡Mi amiga se esta muriendo! ¡Por favor! ¡Oigaaaa! No te preocupes que yo salto la barra y te consigo algo —asegura mientras trepa por la barra y logra adentrarse por el hueco que ha quedado entre los toldos.

Medio moribunda y tratando de guardar el equilibrio para no desmayarme y partirme la crisma contra el suelo, intento aguantarme las ganas de vomitar que empiezo a sentir trepar desde mi estómago. Parece como si alguien estuviese zarandeando el barco más de lo normal, porque miro al horizonte y lo veo desplazarse de izquierda a derecha como si no hubiese un mañana.

La persiana se eleva y veo a Ana que me enseña, triunfal, una jarra con un líquido rosa, parece caipiriña u otra bebida. Abra la portezuela lateral y llega con una copa repleta de ese mejunje rojizo. Cuando empiezo a beberlo, noto que está frío y lo trago a grandes bocanadas. Mi cuerpo está sediento. El dulzor de la bebida empieza a hacerme efecto de inmediato. Noto, a cada nuevo sorbo, que me voy recuperando. Las fuerzas vuelven poco a poco y el mareo va desapareciendo.

—¡Ay qué malísima me he puesto…! —Me lamento, tratando de sonreír.

—¿Quieres otro? Creo que es San francisco… sabe a piña, melocotón y granadina. Parece que no lleva alcohol —dice saboreando el cóctel.

Ana se dirige a la barra a ver si encuentra algo para comer y acompañar las bebidas. Entonces, una voz al final de la cubierta nos llama la atención. Ana sale y le grita que estaba mareada y hemos tenido que asaltar la barra.

—Illegal! You mustn't be here! —nos grita el guardia de seguridad, acercándose a nosotras muy encabronado.

—Ana…, vámonos. Ese tipo no tiene cara de buenos amigos. Creo que es el que regañó a las niñas la primera noche porque se estaban riendo en el pasillo y las amenazó con dejarlas en puerto. ¿Qué crees que hará si descubre que hemos asaltado la barra y hemos estado aquí durante el simulacro, en vez de colaborar y dejar esta cubierta vacía?

—Pero era una emergencia…

—¡Déjate de historias y vámonos! —Miro a la derecha y veo que hay unas escaleras que bajan a la cubierta número trece— ¡corre! Por aquí, ¡Ya!

Salto del taburete. Al principio, por la inestabilidad de mi propio cuerpo y lo que resbalan las chanclas en el suelo de madera húmedo casi me caigo de bruces, pero me estabilizo y consigo correr hasta las escaleras. Abro la puerta y espero a Ana, en esos instantes el guardia de seguridad ha empezado a correr y ha alcanzado la barra donde nos encontrábamos.

Bajamos los escalones de dos en dos y noto cómo la adrenalina me empuja a seguir. Escuchamos la voz del hombre desde arriba, nos pide que nos detengamos. Es una chiquillada, pero al salir corriendo lo hemos empeorado. Ahora no hay vuelta atrás. Llegamos a la zona de la piscina cubierta. Continúo corriendo como si todos los zombis de la película *Guerra Mundial Z* nos persiguiesen por el barco. Sin embargo, hay gente caminando junto a las tumbonas y no podemos ir tan deprisa.

—¡Sígueme! Hay que camuflarse entre la gente o ese Bulldog nos pillará.

Saltamos de cabeza a la piscina cubierta y nos confundimos entre los extranjeros que nadan y charlan apaciblemente en el agua. Vemos al tipo que mira a un lado y otro, pero no nos ve y

continúa corriendo hacia las piscinas descubiertas. Le hemos dado esquinazo.

—¡Qué loca estas, Leo! —grita Ana en el agua mientras ríe al ver mis chanclas flotando a nuestro lado.

—¿Yooo? Pero si eres tú la que la has liado todo…—digo poniendo cara de no haber roto un plato— ¡yo soy un amor, soy Leonor Amor!

Las dos reímos mientras nos metemos debajo de agua rápido al ver una sombra que se acerca, creemos que es el empleado de seguridad que ha vuelto a buscarnos, pero cuando emergemos, resulta que es tan solo un camarero que se dirige al spa.

—¿Un spa?

—Calla, calla, déjate de más aventuras. Vamos a los camarotes y nos arreglamos, que pronto será la hora de cenar con los alumnos.

9. Bingo, Karaoke y lo que encarte…

Me estoy terminando de arreglar cuando oigo ruido al otro lado de la puerta que separa nuestro camarote.

—Oye, Leo, ¿estás ahí?

—Sí, aquí estoy.

Por primera vez me he arreglado sin que tengan que esperarme.

—Quedan diez minutos para bajar al restaurante.

—Si quieres puedo ir adelantándome para recibir a los chicos —sugiero.

—No te preocupes, Maribel me escribió hace quince minutos. Ella ya estaba allí esperando a los alumnos, así que podemos arreglarnos con tranquilidad.

Suspiro y miro para arriba arañándome la cara de manera figurada y dramática. «¡Cómo no!».

—Oye, una pregunta… hoy era la noche en blanco, ¿verdad?

Me miro y contemplo mi vestido negro, mis zapatos negros y la chaqueta negra apoyada sobre la silla.

—Eh… sí, claro, la noche en blanco…

—Estoy deseando ver qué te has puesto. ¿Puedo abrir la puerta?

—Mira, pues no.

—¿No? —Pregunta, extrañado al otro lado. Empiezo a desnudarme y a cambiarme de ropa. Me he vuelto a confundir. Hoy era la noche en blanco porque la noche en negro es el día de Palermo, Sicilia. Supongo que es porque pega más con la mafia.

—Es que necesito entrar al baño, dame un segundo. —Me estoy quitando uno de los zapatos y, al apoyarme sobre un solo pie, el tobillo, aún no recuperado del todo, me falla y tropiezo, cayéndome sobre la mesita auxiliar. Como está anclada al suelo, tiro todo lo que hay encima de la mesita al suelo y espachurro una botella de plástico que ha caído al suelo también.

—¿Estás bien? ¿Te has matado?

—¡Sí! ¡Que sí! Estoy bien, una botella que se me ha caído. Te he dicho que voy al baño.

—De acuerdo… ¡Qué borde es, por Dios! —Le escucho murmurar mientras se aleja de la puerta y se dirige a la salida de su camarote.

Me cambio de ropa a toda prisa. Me pongo un pantalón recto de tiro alto con pinzas y bajo con vuelta de *Mango* y un top halter blanco con cremallera trasera de *Shein.* Remato el conjunto con unas sandalias pulsera plateadas atadas al tobillo con punta cuadrada y tacón de aguja de diez centímetros. También cojo una pashmina blanca de satén por si las moscas.

Tras la cena, para hacer tiempo antes de que abra la discoteca, Edu decide acompañarme al bingo. Ana se desmarca porque dice que tiene que ir al baño y necesita su tiempo. Maribel no quiere ni oír hablar del bingo porque tiene un primo que se volvió ludópata perdido y no quiere relacionarse con cosas que las cargue el diablo… así que Edu y yo acabamos en el enorme casino del crucero, sentados en una especie de pequeño teatro, escuchando a un maestro de ceremonias que es quien cantará los números del bingo. Cuando parece que por fin el bingo va a comenzar, el hombre empieza a elogiar al crucero durante unos minutos. Después repasa las actividades del día siguiente en Génova y nos recuerda que el cartón son diez euros. No tenemos que pagarlo ahora, nos lo cargarán a nuestra habitación, aunque, si queremos, podemos pasar por recepción y abonarlo en cuanto acabe el juego.

—¡Qué emoción! No juego a esto desde que era una adolescente y jugaba con mi madre, mi abuela y sus amigas en el bingo del hogar del jubilado en el pueblo. Recuerdo que casi siempre

ganaba unas cuantas líneas y algún bingo, unos cuarenta euros de entonces. Después, me iba tan contenta de fiesta con mis amigas. Las mujeres mayores protestaban y me miraban con mala cara cada vez que cantaba algún premio. Decían: "ya está la niñita otra vez con el bingo, desde luego, que se debería prohibir la entrada, esto es solo para los jubilados". —Sonrío a carcajadas recordando aquellos momentos tan divertidos, sin querer, pongo mi mano sobre le hombro de Edu, él ni se inmuta. Al revés, parece gustarle, porque se acomoda para que no la mueva. Empieza a arderme y empiezo a dudar si debería quitarla.

—Yo, en cambio, no he jugado casi nunca, bueno, lo típico que te vas de casa rural o estás con tus amigos y te echas unas risas.

El presentador comienza a decir los números de uno en uno. Se toma su tiempo porque cada vez que saca uno nuevo, los dice en cinco idiomas distintos. Primero en inglés, después francés, el tercero en español, alemán y por último en italiano. Así que cuando llevamos diez números, ya ha dicho cincuenta números en total, pero en diferentes idiomas. Eso es un caos. A Edu y a mí empieza a darnos la risa tonta cada vez que ese hombre de traje azul chillón con lentejuelas repite el mismo número una y otra vez en diferentes idiomas; hasta el punto que, los extranjeros de delante, franceses creo que son, se vuelven para llamarnos la atención. Lo que empeora la situación y la convierte en insostenible. El no poder reírte y ver a todo el mundo tan concentrado esperando a que saque una nueva bola, hace que empecemos a temblar intentando aguantar la risa.

Seguro que os ha pasado una de estas situaciones en las que no puedes reírte y aunque la cosa de la que te ríes no es graciosa, te partes de risa porque está prohibido o fuera de lugar. Pues eso mismo nos pasa a los dos. Después de casi una interminable hora, alguien grita: ¡bingo! En un solo idioma, por suerte.

—¡Por fin! Creía que nadie iba a hacer bingo.

—A mí me faltaban solo dos.

—¡Y a mí también! —miro su cartón y empiezo a reírme de nuevo— ¡es el mismo!

Seguimos partiéndonos de la risa, mientras los demás pasajeros comienzan a abandonar la sala. Me seco las lágrimas con un pañuelo—. Creo que debería ir al baño porque debo tener la cara como un cuadro de Picasso.

—Sí, tienes los ojos que pareces un panda…

—¡Qué simpático eres…!

—Me lo dicen mucho —sonríe de una manera que hace que me de un pequeño calambre en la boca del estómago. Tengo que controlarme. Debo evitar pasar más tiempo con él a solas o esto se va a complicar. Voy a acabar coladita por él. Estar con más gente es sinónimo de tener la certeza de que no vamos a besarnos.

—Deberíamos ir a la disco ya. ¡Mira qué hora es! Quedamos con los demás a las once, y son casi y media…

El caso es que en el crucero te sientes como en los noventa. Nadie puede usar su móvil salvo para hacer fotos. Puedes hacerlo, pero con el riesgo de que se enganche al satélite y que te salga el WhatsApp a precio de bogavante un día de nochebuena. Así que todos tenemos que andar quedando a una hora y en algún lugar concreto para reunirnos, de lo contrario, es difícil encontrarse entre tantísimos pasajeros. La verdad, es que el primer día tenía algo de ansiedad. Ahora me estoy acostumbrando a esta especie de libertad; sin la constante dependencia del móvil y de contestar a los WhatsApps, emails, y las dichosas notificaciones de todas las demás redes sociales. En el barco hay muchas cosas con las que divertirte. Al final, el móvil se te olvida.

Cuando llegamos a la discoteca, descubrimos que hay un gran karaoke montado. Ninguno de nuestros alumnos está cantando. Tan solo lo hacen unas tímidas chicas orientales que están destripando una canción de Whitney Houston. Mis alumnos me ven y corren como locos a pedirme que cante con ellos. Miro a Edu y le suplico que me traiga algo de beber. No seré capaz de subirme a menos que tenga un puntillo. Diez minutos más tarde, estamos arriba del escenario: Ana, Edu, Lucas, de mi tutoría, y yo cantando WANNABE de las Spice girls… estamos dando tal espectáculo que cada vez entra más gente a la discoteca para ver quién se está berreando en el escenario. Lucas anda como loco interpretando a la spice pija, la actual diseñadora Victoria Beckham; para los más modernos. Se sabe la coreo del video de memoria, haciendo que Ana, Edu y yo parezcamos unas coristas de medio pelo de un hotelucho de carretera. Sin embargo, durante el tercer estribillo la canción, Ana se revela y toma protagonismo. Ha asumido el papel de la spice deportista, así que da una patada increíble en el aire, con tan mala suerte que descarga su adrenalina sobre una de nuestros alumnos que estaba inmortalizando el momento karaoke para poder pasarlo después por todas las redes sociales. El chiquillo, que no espera semejante patada tipo Bruce Lee, cae para atrás, lanzando el móvil por los aires y cayendo de espaldas sobre otros compañeros. De reojo veo que es Miguelito, Miguel Díaz, el hijo de mi jefa de departamento de lengua. El niño más soso del mundo entero, pero con el mejor expediente académico de la provincia. No entiendo qué diablos está haciendo ese muchacho grabando en primera fila, en la discoteca, si, además, él y su grupito de empollones se quedan siempre en la habitación jugando al Catán, Splendor y demás juegos de mesa. Más tarde me entero que él y su grupo querían cantar una canción japonesa de una serie de dibujos manga; claro, que con el patadón inferido por la compi, se le quitan las ganas. Ana, que no se ha dado cuenta del bombazo que le ha dado al pobre alumno, sigue haciendo movimientos arrítmicos, espasmódicos y gimnásticos por todo el escenario. Los alumnos están alucinando con ella… casi sin tiempo para reaccionar. Ya que toda la sala está tan animada y, por aquello de que el show debe continuar, seguimos cantando hasta que acaba la canción.

Maribel, Santa Maribel, es la única que se ha acercado al alumno y ha pedido hielo para que le baje la hinchazón del labio partido. Ella misma, milagrosamente, porque tiene un arte magistral para escaquearse, decide acompañarlo a la enfermería con sus dos mejores amigos que, casualmente, están también algo mareados al ver la sangre. Un labio partido es muy escandaloso, pero nada grave. Aunque para unos adolescentes solo acostumbrados a matar en videojuegos, aquello debe parecer una herida de guerra.

Acabamos la canción y Edu nos invita a otra copa. Tengo sed y pido un refresco, pero Ana, que está dándolo todo, se pide un coctel. Cuando le cuentan lo que ha sucedido, a pesar de que no ha sido nada, se viene un poco abajo y se le corta el punto. Al cabo de unos minutos, cuando aún estamos animando a Ana, Maribel regresa pálida y muy afligida. Nos cuenta que Miguelito y sus amigos se han ido a la habitación. Se han llevado un susto muy grande, una gran impresión. De manera que ya no tenían ganas de volver a la fiesta. En realidad, no es nada, pero Maribel hace su drama a pesar de que el médico solo le ha puesto una especie de puntos adhesivos y mañana estará bien. La boca cicatriza muy rápido.

—Pero, ¿qué hacía ese niño en primera fila si normalmente a estas horas está ya encerrado en su camarote? —Pregunta Edu para quitarle hierro al asunto.

—Mañana deberías preguntarle qué tal está, preocuparte por cómo tiene el labio, Ana —subraya Maribel bostezando.

—Claro, sí, por supuesto.

—Encima es el hijo de la compañera… yo creía que me iba a dar algo cuando lo he visto caerse… es hijo de la DÍAZ; ¡madre mía! a ver cómo se lo toma la madre, ya sabéis lo tiquismiquis que es —Ana la mira con cara de preocupación, dispuesta a hablar, pero ella la corta —. No te preocupes, es muy amiga mía. Yo me llevo muy bien con ella. Mañana la llamamos y le explicamos que ha sido sin querer, un accidente tonto y ya está.

—Ese niño tiene que espabilar. ¿A quién se le ocurre ponerse tan cerca de Ana Lee en el escenario?

—¡¡EDU!! —gritamos Maribel y yo a la vez. Ana es una persona a la que se le cambian muy pronto los cables, no suele aguantar las bromas y como empecemos demasiado pronto con las bromitas… se transformará de Ana Lee a Pocachumba de nuevo.

—Venga, esto se soluciona con unos chupitos. ¿Quién quiere chupitos? —Nos pregunta Edu…

—¡Yo! responden varios alumnos al unísono.

—Vosotros no estáis invitados que sois menores.

—Había que intentarlo, profe…

Maribel se despide alegando que los chupitos le sientan fatal y que está emocionada porque al día siguiente llegamos a Italia. Génova es nuestra tercera visita y ella está interesadísima en ver la ciudad natal de Cristóbal colón.

Nos tomamos los chupitos y Ana, finalmente, irrecuperable porque se está comiendo la cabeza con lo que ha pasado con el alumno, también nos abandona. Nos quedamos Edu y yo, “vigilando” al alumnado en la discoteca. Solos de nuevo.

—Menos mal que decidiste venir al final… tú y yo somos los únicos que tenemos marcha en este barco.

—Bueno, Ana también tiene… la pobre ha tanido mala suerte, sino estaría todavía dando volteretas en mitad de la pista.

El Karaoke ha acabado y empiezan a poner temas más bailables en la pista. Escucho la canción *Shivers* de Ed Sheeran y se me van los pies solos hacia el centro de la pista. Allí Gloria, Clara, Lucas y otros más me hacen un corro para que baile en el centro. Lejos de cortarme, me envalentono. Reímos, improvisamos y, en definitiva, nos sentimos libres. Ahora no somos profes y alumnos, ahora somos una especie de grupo de personas que son amigos, familia, compañeros… aquí, lejos de todo, supongo que las relaciones se intensifican, las barreras y las cortapisas sociales se difuminan. Sobre todo, en una discoteca bailando a las dos de la mañana rodeada de mis alumnos.

Edu nos mira embobado desde una mesa alta en la esquina. Sonríe picarón y le invito a unirse a nosotros tirando de él como si lo arrastrase con una cuerda imaginaria. Ya en el centro, empieza a moverse y…

«¡Madre mía, no lo hace nada mal! Es vox populi que los hombres que tienen ritmo y saben mover las caderas… se mueven bien en posición horizontal».

Baila mejor que cualquiera de los chavales que están en la pista.

—¡Anda, mira el profe cómo baila!

—Chaval, tú que te crees… que yo ya bailaba reguetón cuando tú estabas tomando biberón —dice marcándose unos pasos y cogiéndome por la cintura. Me pega a él y pierdo el control de mis pies cuando él es quien me guía por la pista al son de una bachata.

Acabamos acalorados, sudando y riendo sin parar después de bailar cuatro o cinco canciones seguidas.

—¿Te apetece otra copa? ¡Yo invito!

—No, no. ¡Mira qué hora es! Son las tres y media… Tú sabes que mañana hay que estar a las ocho desayunados y arreglados para montarnos en el autobús, ¿verdad?

—¡Ostias, no imaginaba que fuese tan tarde…! El tiempo pasa volando aquí…

Edu silva con sus dedos y todos los alumnos le miran.

—¡Chicos, hora de recogerse! ¡No vamos a dormir ni cuatro horas! —Se escuchan vítores de protesta, los más fiesteros quieren continuar, pero poco a poco, los que quedan, unos veinte, empiezan a recoger sus cosas y a marcharse. Nos despedimos en los ascensores. Edu y yo continuamos solos hacia nuestro camarote.

—Lo hemos pasado genial, ¿verdad?

—Sí. En serio, me duele la cara de reírme tanto… es que desde el karaoke no hemos parado de reír.

—La verdad es que no tengo sueño…

—Yo tampoco. Debe ser la adrenalina de la noche porque yo normalmente a estas horas ya estoy dormida.

—Yo no puedo apagar mi cerebro así tan deprisa. ¿Te importa que… hablemos un poco más, a ver si nos entra el sueño?

—Pero… ¿dónde? Ya es muy tarde.

—Pues en mi camarote. Yo me echo en la cama y tú en el sofá… si no te fías de mí.

—No me fio de ti —sonrío— pero aparte, no pasaría nada. Edu, estás prometido.

—No volvamos a eso… por favor. ¿Te quedas un ratito? —me pregunta con ojos lastimeros y simula estar rogando de rodillas.

—Venga, vale, pero entro por mi camarote para quitarme los zapatos. Desbloquea la puerta de acceso intermedia y nos vemos en unos minutos en tu camarote.

Cuando vuelvo, está tirado sobre su cama. Tiene el pelo revuelto y la camisa desabotonada hasta el tercer botón, dejando ver sus pectorales. Yo he aprovechado para hacer un pis y quitarme el conjunto blanco. Me he puesto la sudadera más amplia y el pantalón de chándal menos provocativo que tengo. Ni de broma me hubiese puesto el conjunto sexy que me obligó a comprar Zita.

—Bueno, y… ¿de qué hablamos? —Pregunto cuando lo veo quedándose dormido.

—De lo que sea… de la vida… ¿Leo, tú a qué aspiras en la vida?

—Te has pasado, ¿no? Un poco profundo y dramático para estas horas…

Levanta la cabeza y me mira mejor.

—¿Te has cambiado?

—Sí, estaba harta de ir tan arreglada, así estoy más cómoda…

«Y menos sexy…»

—Pues si tú te cambias, yo también —dice quitándose la camisa, sin darme tiempo a reaccionar o a volver la cara.

—No me mires mientras me cambio —dice travieso—, que sé que te gusta mi culo…

—¿Cómo? ¡Serás creído!

Se desabotona los pantalones y caen al suelo. Rebusca una camiseta por el batiburrillo de ropa que tiene sobre el sofá. Si su camarote está así, no quiero ni pensar en cómo estará el de los alumnos… está casi desnudo, excepto por los bóxer negros. Tiene un culazo. No puedo evitar mirárselo y sentir ganas de pellizcárselo. Se coloca la camiseta y, de un salto, se planta de esa guisa a mi lado en la cama. Yo me tumbo bocarriba mirando al techo. A riesgo de parecer una

mojigata no le pido que se ponga un pantalón corto. No quiero mirarlo. Es demasiada tentación tenerlo aquí al lado en calzoncillos.

—Venga, ¡hablemos…! Voy a hacerte un juego, pero tienes que ser totalmente sincera…

—El juego ese… es sin tocar, ¿verdad?

—¡Eres la leche, Leo! —exclama partiéndose de risa—. ¡Claro! Verás, es muy sencillo. Solamente son preguntas o palabras y tú me tienes que decir lo primero que te venga a la cabeza; eso sí, debes ser totalmente sincera. Por ejemplo, yo te digo: objetivo y tú me respondes: viajar, o lo que se te ocurra.

—De acuerdo, pero si vamos a sincerarnos, apaga la luz. No quiero que empieces con las preguntas picantes y me veas ponerme colorada. También te advierto que puedo negarme a contestar alguna si te pasas.

—Vale, si vamos a desnudar…

—¿Cóoomo? —le grito.

—¡Calla escandalosa! Si vamos a desnudar nuestras almas, me parece bien apagar la luz.

—Pues mira no, mejor vas a apagar esta luz tan fuerte que hay encima de nuestras cabezas, pero abres la puerta del balcón del camarote para que podamos ver las estrellas sobre el mar. También puedes encender la luz pequeña junto a la mesita de noche para crear más ambiente.

—A sus órdenes… ¡Jesús! ¡Qué protocolo! ¿Para todo eres tan organizada? ¡Olvídalo, seguro que eres de las que programa hasta los días que tienes que echar un polvo en la agenda del Iphone.

—Mira que todavía no juego y me voy a mi cama…

—Vaaale. ¡Chantajista! —Se levanta y hace todo lo que le he pedido. Mientras, sin querer, le miro el culo otra vez y el paquete y el culo y el paquete; no puedo parar. ¡Dios! ¿Qué estoy haciendo?

—Bueno, relájate que empezamos… primera palabra: SUEÑO.

—Familia. ¿Ya está, no? Solo una palabra.

—Que sí, pesada. Calla que sino no puedo sicoanalizarte. OBJETIVO:

—Felicidad.

—SENTIMIENTOS:

—verdaderos.

—Esa es buena… ¿MAR O CAMPO?

—Mar, mar y más mar; soy de Málaga, ¿sabes?

—¿FOLLAMIGOS O AMOR VERDADERO?

—Amor verdadero.

—¿POLIAMOR O MONOGAMIA?

—Monogamia.

—Aburrida…

—¡Eso es lo que hay!

—¿CANTIDAD O CALIDAD?

—Depende de qué…

—Pues qué va a ser… de polvos, folleteo, Leo, pareces nueva.

—¡Podían ser muchas cosas, pero si te refieres al sexo… las dos cosas!

—No vale. Tienes que elegir una de las dos…

—Depende de la persona. Con algunas solo quieres un buen polvo para recordarlo el resto de tu vida. Con otras, en cambio, lo que quieres es repetir y follar mucho… eh… ¿podemos apagar

ya la luz? Esta conversación está empezando a incomodarme.

—¡Puritana! —ríe divertido y me roza el brazo con su mano.

Yo simplemente no miro, lo dejo. Siento como si la piel me ardiese, como si tuviese toda la piel de gallina y empiezo a sentir un cosquilleo intenso debajo de la cinturilla del pantalón.

Siento que va lanzándose y decido cambiar el rumbo de la conversación.

—Bueno, me toca.

—¿Cuándo he dicho yo que esto era un juego de turnos?

—¿Qué esperas del FUTURO?

—Vaya preguntita… las mías eran mejores —protesta, mientras se gira hacia mí, acerca su cara más a la mía y me acaricia el hombro—. Espero que venga lo que tenga que venir. Es decir, no espero mucho más de lo que pase mañana. Hasta ahora creí tenerlo todo planeado y bien atado, bueno, dentro de mi disloque natural…

—¿Qué te ha hecho cambiar de parecer?

—Tú —me mira intensamente, su mano sube hasta mi cuello, acerca su boca a la mía y yo, que me derrito por dentro, giro el cabeza justo cuando sus labios solicitan un beso.

—Creo que debemos acostarnos. ¿Qué hora es ya? ¡Las cuatro y diez! Madre mía, estamos locos. Mañana no va a haber quien nos levante. Lo peor de todo es que no es ni siquiera mañana, nos levantamos dentro de nada. Nos queda una siesta larga para reponer fuerzas.

—Vaya cobra que me has hecho… una en toda regla.

—Edu, ¿qué esperabas? Sabes que me gustas, mucho, pero pensaba que estabas libre, que empezábamos a escribir algo. Sin embargo, tú ya habías escrito todos los capítulos con alguien antes…

—Eso no tiene por qué ser así y ya está… puedo… escribir un borrador y empezar una novela nueva…

—¿Qué vas a hacer? ¿Cancelar esa boda por todo lo alto? ¿Abandonar una vida de ensueño y comodidades por mí? ¿Y si no funcionase? Acabarías echándome en cara que dejaste esa vida de lujo y oportunidades al lado de una chica bellísima. ¡Joder! Si es que está buenísima y es simpatiquísima. Podía tener algún defecto para que pudiese odiarla más fácilmente… ¿Serías capaz de dejar todo eso por mí?

Edu se queda en silencio, agacha la cabeza y alarga su mano, pero con más ganas que convicción.

—Leo, no te vayas… quédate esta noche.

—No, Edu. Esto no tiene sentido. ¿Qué soy para ti? ¿Una especie de despedida de soltero? ¿La última conquista del cazador cazado?

—No seas cruel, Leo. Yo creo que me estoy enamorando de ti…

—Eso son cosas del crucero, Edu. Ahora lo pasamos bien, no tenemos preocupaciones. Estamos de viaje y todo es muy guay, pero cuando volvamos a la vida real, no creo que sigas sintiendo lo mismo.

Cierro la puerta antes de que pueda contestarme si quiera. Se me han saltado las lágrimas porque estoy rechazando al hombre al que quiero. Podía ser más fresca, podía ser más mala y acabar acostándome con él. Hacer que le surjan mil dudas antes de volver con su prometida. He estado a punto de conseguir mi objetivo: conquistarlo en estos siete días, pero entonces, no sería yo. No sería Leonor Amor.

10. Las tres Gs: Génova, Gimnasio y un guaperas.

Cuando has dicho todas las cosas que querías a esa persona que te importa y no hay más nada que decir. Entonces, todo te parece gris, triste y monótono. Al menos, así me parece a mí la lluviosa Génova.

Nada más llegar a la ciudad comienza a caer una lluvia fina, pero incesante. Tenemos que comprar paraguas y buscar refugio en alguna que otra iglesia con la excusa de visitarla. Esperamos a que deje de llover. Al hacer todo el recorrido en sandalias para terminar de recupérame de mi pie, comienzo a estornudar en el autobús de vuelta. Génova resulta ser una decepción: insulsa, típica, descartable. Tal vez es porque yo no estoy en mi mejor momento, o porque venimos de la maravillosa Marsella. Incluso la casa natal de Cristóbal Colón me resulta demasiado pequeña, demasiado normal y descuidada. Recuerdo la casa natal de Picasso en Málaga, tan cuidada y destacada en la Plaza de la Merced, que esta me parece casi una falta de respeto a tan ilustre figura.

Esta mañana debería haberme quedarme en el barco tumbada en una hamaca, con mis gafas de sol puestas, bebiendo rosé sin mirar a nadie, sin pensar en nada y con la vista puesta en el horizonte mientras contemplase a los barcos partir y arribar en el puerto.

Cuando estoy mal, no soy buena compañía. Hoy es un día de esos en los que te planteas tu vida adulta. A dónde quieres ir, de dónde vienes, y todas esas preguntas trascendentales, que, si pensaras a menudo, acabarías volviéndote loca. Empiezas por plantearte porqué acumulas cosas innecesarias como por ejemplo papeles y recibos, porque parece que cuantos más papeles tengas mejor te irá en la vida. Luego sigues haciendo cosas que no te apetecen una mierda, cosas innecesarias e irrelevantes para ti que acaban ocupando todo tu tiempo. Postergando aquello que de verdad o, “en verdad”, como dicen mis alumnos, te interesa y te entregas a la procrastinación y terminas abandonando tus sueños por dejadez, pasividad o por hacer gilipolleces de trabajo varias. Después, te conviertes en un animal sin voluntad propia que solo aguanta a gente que no le importa, pero que se cree muy importante. Finalmente, tiendes de manera involuntaria a esconder tus sentimientos en todo momento; por aquello de que no está bien visto sentarte en medio de la calle y ponerte a llorar como una posesa durante una hora hasta que te vacíes y te quedes como nueva. Eso es lo que me apetece hacer cuando vamos de vuelta en el autobús, hecha una sopa, con los pies congelados y contemplando desde atrás a Edu que también está bastante taciturno hoy.

Tras ducharme y comer, trato de relajarme en mi “habitación”; como yo llamo a mi camarote… es una cosa que siempre hago cuando viajo. Mis amigas se ríen mucho cuando digo eso de: *“luego, cuando volvamos a la casa”* refiriéndome al hotel o *“eso lo dejamos en nuestro cuarto y nos vamos a la calle de pingoneo que hay que seguir recorriendo la ciudad”* para referirme a la habitación del hotel. Pues lo mismo me pasa en el camarote del barco. Ya llevamos tres días en él y me siento cómoda en esta estancia. Dejo la puerta del balcón abierta para que cuando comencemos a navegar, la brisa de alta mar se cuele por la puerta, revuelva las cortinas y de paso me cambie los ánimos a mí también.

No hago más que tumbarme, cuando empieza a sonar el teléfono de “mi cuarto”.

—¿Sí? —respondo, aunque siento ganas de decir Leo speaking, ya que supongo de quiénes puede ser la llamada, pero les dejo hablar primero.

—¿Seño? ¿Leo?

—Sí, soy yo, dime, ¿quién eres?

—Soy Esther Villalba, de cuarto b.

—¡Ah! Hola —respondo con sorpresa, porque esa chica es del grupo de Edu, así que no entiendo por qué me llama a mí. Recuerdo que es la hija de un orientador de otro instituto.

—Verás es que se me ha perdido el aro del sujetador. No lo encuentro por ninguna parte… ¿qué hago?

—¿Perdona?

«¿Me llamas en mitad de la siesta para decirme que se te ha perdido el aro del sujetador? ¡Yo flipo!»

No sé que responderle.

—Sí, es que me lo puse esta mañana. Hemos ido a la piscina, pero hace muy mal tiempo. Al volver me he dado cuenta de que lo he perdido. He ido a ponérmelo de nuevo y no está por ninguna parte.

Siento ganas de estrangularla por el teléfono. Me contengo y trato de mandarla a la "m" lo más amablemente posible.

—Esther, busca un poco mejor por el suelo o en tu maleta. Además, ¿no te has traído más sujetadores?

—Sí, claro.

—¿Entonces?

—Es que ese era mi favorito…

—Esther, ¿qué puedo hacer yo para ayudarte? —pregunto con sarcasmo.

—No sé, estábamos aquí y las niñas han pensado que la maestra podría llamar al servicio de limpieza de las habitaciones y preguntar si ellos lo han visto o lo han cogido. Es que esos hombres hablan muy raro y nosotras no los entendemos.

Me imagino a mí misma hablando en inglés con los chicos de la limpieza que deben ser pakistaníes interrogándoles acerca del paradero del aro del sujetador de una alumna y me da la risa. Surrealista, surrealista total.

—No te preocupes, si los veo, les digo algo… ahora me gustaría echarme un rato, corazón. Nos vemos más tarde, aprovechad y descansad un poco, que después, por las noches, nos dan las tantas. —Cuelgo antes de que me responda para así terminar esa conversación de besugos.

Parece que cuando deseas hacer algo, el karma, el universo o la madre que los parió se ponen de acuerdo para joderte un poquito. Nada más poner el hilo musical muy bajito para que me sirva de nana y así poder dormirme, correr un poco las cortinas y hundirme en ese colchón divino, sintiendo cómo me abraza y empiezo a relajarme, vuelve a sonar el teléfono. Lo miro con ira, casi como si tuviese rayos laser en los ojos. Deseo que deje de sonar o se descuelgue solo. Estoy agotada tras la excursión monótona de hoy y por las pocas horas que dormimos anoche. No me ha dado ni tiempo de coger la postura…

—¿Sí?

—Ay, Seño, ¡menos mal! Hemos llamado a Sor hortera y a los demás profes, pero ninguno está en su habitación, y como ya hemos salido del puerto, no podemos llamarlos por el móvil. Es que tenemos un problema muy grande…

—A ver… ¿qué se os pasa? —Resoplo.

—Pues verás, es que hemos estado buscando el anillo de Carla y no lo encontramos por ninguna parte de la habitación…

—Pero vamos a ver, ¿vosotras os creéis que yo soy una oficina de objetos perdidos? ¿Vais a

dejarme dormir un poquito, por favor?

—Toma Carla, la maestra está cabreá. Yo paso tía, habla tú, que pa' eso es tu anillo.

Una voz ininteligible, compungida y llorosa se pone al otro lado del teléfono.

—Seño, que no, que no lo encuentro… y mi madre me mata —para de hablar y se pone a llorar a moco tendido. Pienso que es más dramática que yo. Me pregunto dónde estarán mis compis porque esas niñas no son mías tampoco. Miro el número del camarote en la llamada, alargo el brazo para mirar mi agenda y veo que son de Maribel. Al final va a resultar que mi curso es el menos coñazo.

—Como veo que no me vais a dejar descansar, ahora me llego y os ayudo a encontrarlo, pero, Carla tranquilízate.

—Es que es muy valioso para mi madre y como se entere de que me lo he traído sin que ella se entere… es que nada me sale bien, ¡quiero morirrrrme!

—¡Anda ya, no digas sandeces, que eres la *Drama Queen* del barco! Voy enseguida, ¿camarote 13111?

—Sí, maestra, muchas gracias.

Después de cagarme en todo lo que se menea, me pongo algo más presentable y llego al camarote de las niñas. Cuando entro, hay un olor a perruno y cerrado que echa para atrás.

—Vosotras sabéis que la puerta del balcón puede abrirse, ¿verdad? Aquí huele a choto.

—Sí, seño, pero es que al lado hay una guiri vieja que nos regaña nada más asomarnos, yo creo que está loca —argumenta Laura.

Me adentro en el camarote y me quedo pasmada ante el desorden. Encima de la cama que da a la pared exterior del camarote, junto a la puerta del balcón, hay literalmente una montaña de tangas usados, bikinis húmedos, shorts y camisetas limpias y sucias mezcladas. Todo revuelto hasta casi llegar al techo de la habitación. Siento un espasmo por la ansiedad que me produce tal desorden. Quiero decirles: "¡Cómo sois tan puercas, chicas! ¡A recogerlo todo ahora mismo!

—No me extraña que no encontréis tu anillo. Lo extraño es que os encontréis a vosotras mismas. —Las cuatro sonríen y empiezan a recoger bolsas de patatas fritas que están encima de la cama, con sus correspondientes patatas machacadas en las sábanas de las camas. Cuento las camas y falta una—. ¿Cómo estáis haciendo para dormir, solo hay tres libres?

—Verás, hemos juntado estas tres y dormimos las cuatro juntas. La otra la dejamos para… la ropa.

—Claro, es más fácil que recoger toda esa montaña de ropa. ¿No viene nadie a limpiar la habitación?

—Desde ayer no, seño. El hombre que viene dijo algo de "imposible cleaning" y se fue corriendo.

—¡Evidentemente! Esto supera a cualquiera. Cuando lo recojamos todo, avisaremos para que mañana vengan a limpiar el camarote. Pero eso será cuando deje de parecer un vertedero. Es como si hubieseis vaciado las cuatro maletas sobre la cama y fuerais cogiendo lo primero que habéis pillado.

—Sí, seño —afirma Ana Julia, que habla por primera vez— como tenemos más o menos la misma talla, compartimos toda la ropa.

«¿Hasta la ropa interior…? —pienso, pero prefiero no preguntar».

—Pues venga, si queremos encontrar ese anillo hay que separar las camas para mirar debajo. Vosotras dos encargaos de recoger el baño. Prefiero que esté algo ordenado antes de entrar yo y sufrir un infarto…

Movemos las camas, pero el anillo no está debajo. Nos falta mirar por debajo de la cama que parece un *Primark* en rebajas.

—Maestra, ¿con qué se quita lo pegajoso del lavabo?

—¡Échale jabón de manos!

Después de estar separando ropa casi media hora, por fin nos topamos con la colcha de la cama. Entonces, Carla parece recordar algo y mete la mano debajo de la almohada. Saca el anillo triunfal con una sonrisa de oreja a oreja. Las cuatro comienzan a saltar y gritar emocionadas. Entonces, se escuchan unos golpes detrás de la pared.

—Esa es la vieja loca, Seño. ¡Qué susto de mujer! No nos deja hacer nada, al menor ruido ya está protestando.

—Yo el otro día me estaba secando el pelo y empezó a chillar desde el balcón.

—Intentad comportaros y no llaméis la atención. Sabéis lo estrictos que son aquí con el descanso de todos los pasajeros. Yo no puedo controlar lo que hacéis en las habitaciones cuando estoy durmiendo, pero confiamos en vosotros y en que no estaréis dando problemas.

—Maestra, te juro que nosotras nos portamos bien, pero si hasta hemos dejado de poner el altavoz con el reguetón porque esa mujer nos da miedo. Nos vamos a la cubierta de la piscina y lo escuchamos allí. En realidad, aquí estamos muy poco. Estamos todo el rato pa' arriba y pa' abajo.

—Parece que la mujer está esperando que entremos en la habitación para regañarnos.

Escucho descorrer las puertas de cristal de la corredera del camarote de al lado y salgo para ver si veo a la buena señora y mediar en el conflicto. Realmente ahora no estamos haciendo ruido, tan solo hemos movido las camas buscando el puñetero anillo.

—¿Algún problema? estábamos buscado algo importante.

—A lot of noise. Party…always party… I'm going to complain to the staff.

—Ok, Ok. No problem. Stop noise, calm down. Le digo que vamos a dejar de hacer ruido y cierro la puerta corredera.

—No se puede hablar con esa mujer, dejadla y no montéis mucho alboroto. Bueno, lo importante es que ha aparecido el anillo.

—Sí, seño. Gracias. Ahora recuerdo que nada más llegar, lo escondí debajo de la almohada de mi cama para no perderlo en la piscina, pero estas empezaron a echar tropa encima y ya me olvidé de que estaba ahí, pero no te preocupes que ya lo guardo en mi maleta y no lo vuelvo a sacar. ¡Muchas gracias! —Se acerca a mí y me da un fuerte abrazo. En el fondo tienen mucho cuerpo, pero son unos niños todavía.

—Bueno, ahora intentaré descansar en mi habitación —miro el reloj y compruebo que ya no es hora de echarme un rato—, tal vez vaya a la biblioteca…

—¿Sí? ¿Y eso dónde está?

Como veo que no me van a dejar tranquila ni un momento, les digo dónde se encuentra la biblioteca, pero de camino a mi camarote recuerdo el spa y el gimnasio de la cubierta trece. Espero encontrar algo de paz allí y pasar desapercibida. Así que me cambio y me pongo mis mallas y mis zapatillas de deporte nuevas. Desde que regresamos, no sé nada de mis compañeros, los profes. De todas formas, hemos quedado para cenar a las nueve. Esta noche es libre, así que cada uno puede ir vestido como quiera.

Cuando entro en la habitación hay una nota manuscrita encima de mi cama.

Queridísima Leo,

Sería un piacere para mí cenar esta notte con usted. Si acepta mi invitación, la aspetto en el restaurante vip en la cubierta dieciséis a las nueve. Envíe su contestación al personal de securittá en la entrada.

Su admiradore,

Massimo Messina.

Me quedo cortadísima, pero entonces recuerdo lo bueno que está Massimo y lo faltita que estoy yo de… un buen empotramiento. Massimo se parece a ese modelo moreno hercúleo que sale en el anuncio de *Dolce and Gabanna* con un escueto bañador turbo blanco; Sí, sí, ese… no os hagáis las locas, que vosotras también habéis mojado las sábanas soñando con ese hombre.

Mi primera intención es no aceptar su invitación, pero después recuerdo que Edu está a punto de casarse y empiezo a convencerme de que tal vez debería tirar la toalla con él, que mi enamoramiento de él es un callejón sin salida. No me apetece sufrir el desgaste emocional de ser la otra. Me auto convenzo de que tengo que valorarme. Quiero algo mejor para mí. Quiero alguien al cien por cien. No quiero un hombre a medio gas que solo pueda darme las migajas del tiempo que le sobra cuando no está con su mujer.

Miro la tarjeta con su nombre y viene a mi memoria ese culo, sí, ese señor culo duro y contorneado por las horas en el gimnasio, crossfit, running o lo que quiera que haga el marinero italiano. Un culo que, aún debajo de ese pantalón de uniforme azul de comandante de la marina, te dan ganas de morder y apretar con las manos y atraerlo hacia tus caderas… Cojo un boli de MSC que encuentro por allí y empiezo a garabatear, eso sí, con mi mejor caligrafía de profesora de lengua, una respuesta afirmativa a su propuesta. Abro la puerta del camarote y toso en un par de ocasiones. Al instante, aparece uno de esos simpáticos hombrecillos en uniforme blanco. Le entrego la nota y le pido por favor si puede llevarla hasta la última cubierta del barco para el comandante Massimo Messina. El hombre se cuadra al escuchar el nombre, rechaza mi propina y corre raudo por el pasillo hasta los ascensores más cercanos a mi camarote.

Cierro la puerta y empiezo a tomar consciencia de lo que he hecho. Me asaltan dudas, pero ya no hay marcha atrás. Miro el reloj. Compruebo que aún quedan unas horas para la cena. Sigo con mi plan inicial de despistar alumnos y estar un rato SOLA. Para eso, el gimnasio es la mejor opción. También necesito aplacar los nervios que me están entrando en estos momentos ante la improvisada cena-cita o lo que quiera que sea esta propuesta. Debo admitir que las novelas epistolares son unas de mis favoritas y el hecho de que me haya mandado una invitación por escrito como antaño, pues ha sido un plus.

«¿Quién puede negarse ante tal símbolo de caballerosidad y romanticismo?».

Me cambio, me miro en el espejo. Con la cola alta, sin la formalidad del atuendo de profesora, parezco unos cuantos años más joven. Me estoy atando las zapatillas cuando recuerdo que aún no he decidido qué ponerme. Busco en el armario y los ojos se me van hacia el vestido de tirantes burdeos. Lo había reservado para la última noche cuando hubiese encandilado a Edu y lo tuviese entre mis brazos, pero… «¡qué coño! Solo se vive una vez y la noche es joven. ¡Ese vestido me lo pongo esta noche!».

Salgo del camarote, al girarme, tropiezo con alguien que estaba pasando en esos momentos por el pasillo. La sonrisa tonta de los preparativos para la cita de esta noche se me corta de golpe: es Edu.

—¿Dónde vas?

—Pues, eh… «¿me está fiscalizando el tiempo, o quiere controlarme?» —Me reboto un poco y decido engañarlo—. Voy a… al spa y a la peluquería. Necesito relajarme un poco. Hay

alumnos por todas partes. He tenido que engañarles y decirles que iba a la biblioteca para que me dejen respirar.

—Es verdad, no nos dejan, ni a sol ni a sombra, a mí también me han llamado porque habían perdido una de las tarjetas de la habitación… pero, por tu ropa pensaba que ibas a hacer deporte… —comenta, señalando a mi ropa con la vista —.

—¡Pues no! —Respondo algo seca, dándome la vuelta para irme hacia los ascensores—. Necesito estar a solas Edu, nos vemos luego.

Lo dejo allí con un palmo de narices y la boca abierta.

Cuando estoy subiendo en uno de los ascensores de cristal, los únicos que te muestran la zona central del barco, recuerdo que tengo que pedirle a Ana que me cubra durante la cena. Tengo que contarle la verdad: que voy a cenar con Massimo. Ella puede poner cualquier excusa con los demás. Así que doy la vuelta y voy hasta su camarote con la esperanza de encontrarla. Llamo a su puerta y… ahí está; gracias a dios, enganchada al teléfono. Con razón nadie la encuentra…

—¡Dime, Leo! Estoy… —señala el teléfono. Casi seguro que hablando con su amorcito. Dibujo un corazón con las manos en señal de que sé con quién habla.

—No te entretengo. Solo una cosa: ¿Puedes cubrirme durante la cena de esta noche? Me han invitado a cenar en la cubierta vip…

—¿Quién? ¡Ah, ya sé! —susurra—, el segundo de abordo, el comandante ese que os rescató de quedaros en tierra, ¿verdad?

—¡El mismo! Me siento en deuda con él por el favor que nos hizo —miento, he quedado con él porque está buenísimo— así que le he dicho que sí.

—¡Claro! No te preocupes, hay que ser agradecidos… —dice con sorna—, en definitiva, tú solo te estas sacrificando por tus alumnos, para agradecerle el gesto… vamos que a ti ese chico ni fu ni fa.

—Por supuesto que no. Es solo por ser educados… —respondo sonriendo.

—Ya. No tiene nada que ver que tiene una espalda más ancha que el aeropuerto de Gibraltar, unos brazacos que para mí quisiera y un cuerpazo que hace replantearme mi sexualidad lésbica cada vez que me lo cruzo por el barco.

—¡Oye! —se escucha al otro lado del teléfono.

—Estaba exagerando, cari. Es que ese tío está muy, pero que muy, BUENO.

—Vale, pues quedamos en eso. Después de la cena os busco en la discoteca, como las otras noches.

—Vale, Mata Hari… te veo pidiéndote traslado a Italia— sonríe, cerrando la puerta de su camarote.

Llego al gym tras dar varias vueltas innecesarias y perderme otras pocas veces más. En la entrada me recibe un monitor rubio con los ojos más azules que he visto en toda mi vida y la camiseta con las letras MSC más estiradas en la zona del pecho, marcando sus pectorales. ¡Jesús! esto parece el casting de *la isla de las tentaciones*, en vez de un crucerito por el mediterráneo con mis alumnos, ¡esto se avisa!

Me entrega una toalla, creo que, para recoger mis babas y me explica en inglés que debo apuntarme en una lista de usuarios. Se prepara para hacerme un tour por las instalaciones del, ¡oh dios mío!, gimnasio más espectacular que he visto en toda mi vida. Me explica cómo trabajar en las máquinas de una manera distendida y cercana… que, si pon el brazo aquí, que, si esta palanca se ajusta de esta manera, mírame como yo lo hago y te marco bien los bíceps y casi te pongo el paquete en la cara para explicarte las máquinas de piernas y de camino me repasas el culo con tu

lasciva mirada para que te entren ganas de darme un bocado… Cuando ya me deja, bastante cachonda, por cierto, porque una no es de piedra, empiezo a entrenar acelerada perdida. Decido subirme a una de esas ultra modernas cintas de correr con televisión, internet y que te cuentan hasta el número de folículos capilares que pierdes durante tu carrera. Además, la maquinita dispone de un ventilador que te va refrescando y parece como si fueses Beyoncé corriendo a catorce pisos por encima del mar. Las cintas de correr están colocadas estratégicamente de manera que la proa del barco quede debajo del gimnasio y parece que flotases sobre el mar; una pasada. Al cabo de cinco minutos, pienso que no sé cómo no he venido aquí antes. Este lugar es una gozada.

Corro unos quince minutos y decido cambiarme a los otros aparatos y máquinas. Tengo ganas de probarlas todas. Al girarme, veo a Manuel, nuestro alumno, tirando pecho en un banco. Le saludo tímidamente y me acerco para saludarle. Me comenta que es el único que ha podido entrar al ser mayor de dieciocho. Respiro, aliviada y lo dejo tranquilo, él sigue a lo suyo. El chaval está muy cachas, parece que se toma en serio sus entrenamientos.

Me subo a una máquina para hacer un poco de espalda asistida y entonces los veo. Sus caritas pegadas a los cristales, cual pececillos lastimeros mirando a través del cristal de una pecera cuando alguien pasa por delante y no les echa de comer. Abro bien los ojos y reconozco a tres de mis alumnos: Milagros, Sergio y Ana Julia. Me bajo de la máquina cuando veo que no dejan de hacerme señales como locos para que me acerque hasta ellos.

—¿Qué se supone que hacéis aquí?

—Verás profe, es que ese hombre de ahí nos ha dicho que los menores de dieciocho años no pueden entrar en el gimnasio, pero nos morimos de ganas por probar esas máquinas tan chulas.

—Leonor, el gimnasio del barrio solo tiene cuatro máquinas y están viejas y oxidadas. ¡Anda, porfa, dile que nos deje entrar! Si total, los tres tenemos diecisiete ya —argumenta Sergio que, aunque es un adolescente espigado y sin mucha gracia, despierta en mí cierta ternura. Lo pienso un instante y accedo; en el fondo, aunque estaba disfrutando de un ratito a solas, no puedo negarles nada. Al fin y al cabo, es su viaje de fin de curso.

—De acuerdo, veré qué se puede hacer.

Hablo con el monitor y me explica que pueden entrar siempre que esté con ellos un adulto responsable. Así que relleno el papeleo de la autorización por triplicado y firmo. Tardo unos diez minutos en rellenar los formularios. Durante ese tiempo, me he enfriado. Los dejo a su aire para que se familiaricen con las instalaciones deportivas como a tres niños pequeños que los llevan por primera vez a *Disneyland*.

—Haced el favor de comportaros. Y cuando yo me marche, os venís conmigo, ¿vale?

—Sí, maestra, no te preocupes, si yo no voy a aguantar mucho. Yo solo haré algo de bicicleta elíptica y listo —dice Ana Julia.

—¿Sabéis cómo funcionan las máquinas u os lo explico?

—No, no, para nada, Profe, nosotros sabemos —me indica Milagros, caminando dubitativamente hacia la zona de cardio.

—Está bien. Me fiaré de vosotros.

Termino de entrenar con algunas máquinas, miro el reloj y ha pasado media hora. Pienso que un poco de abdominales y estiramientos me vendrán bien. Me tumbo en la zona de colchonetas y veo por el rabillo del ojo que los tres alumnos han descubierto las súper cintas del futuro para correr. Me centro en lo mío. Cuando estoy sentada estirando el cuello y la espalda hacia el lado donde están las máquinas de cardio, por los espejos, veo cómo Milagros empieza a darle a la

pantalla táctil. La máquina empieza a acelerar en cuestión de tres segundos. La cinta corre y corre. Empieza a escucharse la velocidad de las zancadas de sus delgadas piernecillas por toda la sala. Me quedo mirándola boquiabierta, pero no me da tiempo de decirle nada. Estoy segura de que le ha dado al tope de velocidad con el dedo. Ese control es muy sensible y, a poco que le des, la cinta empieza a correr como si no hubiese un mañana. Entonces, lo inevitable ocurre: Milagros, metro sesenta, cincuenta kilitos de nada, sale despedida hacia atrás como si se tratase de un proyectil. La veo desaparecer detrás de la pared y me levanto de golpe. Entonces, Mercedes, vuelve a aparecer y de un salto se sube en la cinta, aún en marcha. Claro, la velocidad centrifugadora de la cinta de correr hace que no aguante el equilibrio ni un segundo. Esta vez cae de boca y vuelve a ser despedida hacia atrás, esta vez de rodillas y con el culo en pompa.

Voy corriendo a ver qué le ha pasado y la veo estampada contra la pared del fondo, con las rodillas peladas y ensangrentadas, el pelo revuelto y la boca con sangre.

—¡Por el amor de Dios! ¿Chiquilla, que te ha pasado?

—¿Estás bien? —pregunta Manuel, que se ha acercado rápidamente—. Leo yo la he visto caerse y la muy loca ha vuelto a subirse de un salto con la cinta en marcha…

—Estoy bien, maestra, bien, bien…—empieza a reír para disimular su vergüenza, porque todo el gimnasio está alrededor de ella. Estoy segura que tiene ganas de llorar de puro dolor, pero aguanta.

El monitor se acerca con el botiquín. Entre Manuel y él la llevan a una camilla que hay en una habitación aneja.

—¡Ay maestra, qué vergüenza!

—Pero chiquilla, ¿qué intentabas hacer?

—Es que yo le he dado a algo de la pantalla y eso ha empezado a correr un montón. Cómo no paraba, yo he intentado alargar el brazo para pararlo y, por lo visto, le he aumentado la velocidad al tope. Ha empezado a correr a toda velocidad, hasta que las piernas no me daban para correr tanto...

—Pero, mujer, ¿por qué has vuelto a subirte en marcha? No lo entiendo…

—Porque me he caído. He querido subir rápido para que nadie se diese cuenta de mi caída y de que la cinta seguía corriendo sola. He querido hacer como si nada, como que seguía corriendo… para que nadie se riese de mí y ahí ha sido ya cuando me he matado viva… pero que estoy bien. ¡Qué fatiga!

—Para eso está esa cuerdecita que tienes ahí, la enganchas con la pinza a tu ropa y si te mareas o te caes, la cinta se detiene en seco. —Le recuerda Manuel.

Después de un rato, viene el médico. La observa, le da unos calmantes para el dolor y, tras explorarla, piensa que no tiene nada roto. Si se marea o algo, habrá que hacerle una placa y, tal vez, llevarla a un hospital en tierra, aunque no cree que sea necesario. Los compañeros deciden acompañarla hasta su cuarto. Escribo un WhatsApp por el grupo de profes del crucero, contándoles lo sucedido. Edu bromea sobre las maneras tan raras que tengo de relajarme. Miro el reloj y veo que ya son las ocho y media.

«¡Qué tarde es, ni de coña me va a dar tiempo de lavarme la cabeza y arreglarme en condiciones!».

Corro hacia mi camarote y me despido de mis alumnos deportistas en el ascensor. La pobre Milagritos va hecha un cuadro.

A las nueve y media estoy subiendo por el ascensor hasta la penúltima planta. De ahí, tengo que coger otro ascensor, el privado, el que lleva a los camarotes y zona vip del crucero. Cuando

llego, hay un señor del personal muy amable que me pregunta hacia dónde me dirijo. Le explico, entonces, un apuesto camarero me acompaña al lujoso restaurante acristalado. Cuando entras, da la sensación de estar en una burbuja de cristal que flotase por encima del ancho mar. Massimo me está esperando en un reservado detrás de unos biombos. Sin duda, esa es la mejor mesa de todos los restaurantes del barco; las vistas son inigualables. Él está guapísimo. Viste muy elegante con su traje de oficial impoluto, su pelo engominado hacia atrás, sus ojos verdes aguamarina y tan moreno que parece recién sacado de un anuncio. Es tan perfecto, que impresiona. Me hace sentirme una pequeña criatura simple y deforme que va a cenar con un hercúleo dios griego. Me pregunto cómo será verlo sin ese traje… Si su perfección seguirá, o será más humano, más terrenal; si abandonará en algún momento el olimpo de los dioses al que pertenece para mezclarse con los simples humanos. Aquí, plantada frente a este monumento, me pregunto cómo he pasado yo de estar dando clases de lengua en el insti y cenar algún tupper recalentado en mi piso, a tener esta cita en mitad del mar Mediterráneo, en un restaurante tan elitista y con un hombre como el que tengo delante. Cierto es que los sentimientos son unos capullos y, que a veces, te hacen desaprovechar oportunidades como la que tengo delante porque aunque sabes que algo así solo te va a pasar una vez en la vida, aún así, sigues pensando en la otra persona de la que estás enamorada; que quizás es un capullo, que no te merece y que lo único que hace es darte mala vida y dolores de cabeza, pero qué le vamos a hacer, el amor es así. Cuando echa raíces profundas en el corazón, por mucho que intentes podarlo, sabes, que al igual que una mala hierba, sobrevivirá y volverá a crecer, a veces, incluso con más fuerza.

—Sei favolosa! Il sogno di una vera donna…

Sonrío, porque se levanta, me besa la mano, retira mi silla y espera a que me siente para volver a su sitio.

«Dios, como hable muy rápido, no me voy a enterar ni papa».

Me siento algo abrumada, nunca han tenido tanta caballerosidad conmigo en toda mi vida…

—Buona será, grazie. Tú sei molto gentile —sonrío tanto para cubrir mi falta de vocabulario en italiano, pero para que quede claro que estoy encantada de estar ahí con él.

Debo cambiar el semblante porque si dejo esa sonrisa petrificada un poco más, parecerá o que soy una psicópata o que me ha dado un aire en la cara—.

—Este restautanti sei molto boniti —le veo cara de diversión y me contesta en un español casi perfecto.

—No te preocupes, puedes hablarme en español. Mi madre es argentina y mi padre es italiano. Yo soy de Roma, pero mi madre siempre me hablaba en español. Aunque si quieres podemos hablar en inglés, francés y también me defiendo bastante en alemán…

—¡Uf! ¡Qué alivio! Estaba empezando a pasarlo mal. El español y el italiano se parecen mucho, pero mantener una conversación en italiano e inventarte el noventa porciento de las palabras e italianizarlas con un tono musical al final, no iba a resultar muy agradable para tus oídos, al menos. ¡Podías habérmelo dicho antes!

Ahora recuerdo mi conversación con alguna alumna acerca de lo bueno que estaba cuando íbamos en la lancha que nos rescató del puerto.

«Tierra trágame».

Lo entendió todo.

—Estás guapísima. Ciertamente, desde que te vi en Valencia, me quedé hipnotizado contigo.

«¡Ala!, al grano… así a ver quién se resiste…»

—Tú también estás francamente bien —sonrío—, vaya muy bien, es decir, estás muy

bueno… eh, vale, me callo, ¿pedimos algo?

—Sí, sí —responde divertido— eres muy simpática, Leonor.

Miramos la carta. Yo me hago la interesante y él se ofrece a elegir un buen vino. Yo, que no tengo ni idea, y el mejor vino italiano que conozco es un lambrusco, le ruego que lo haga. Con la comida sucede lo mismo. La carta está en italiano e inglés, pero los platos tienen unos nombres tan sofisticados: "nube de fantasía invernal sobre cama de mar", averigua qué coño es eso. Así que Massimo se decanta por dos langostas y una fuente de ostras. Sabia decisión.

—Cuéntame más sobre ti… ¿Casado, novia? —le pregunto directa.

«No *more* novias a la fuga, *please*».

—Pues la verdad es que no —sonríe de nuevo, mientras me sirve el vino—. Este trabajo no me deja mucho tiempo para formar una familia, tener mujer o novia. Estoy todo el tiempo viajando. Incluso durante la temporada de invierno, la naviera me envía al caribe, así que, aunque tengo muchas vacaciones y días libres al año, este trabajo dificulta poder tener una relación estable.

—Ajá —respondo cuando me meto la primera ostra en la boca.

«Explosión de sabor. Madre mía… ¡qué buena está! ¡Qué bueno está Massimo! Verás tú cuando me coma otras pocas más de estas, más marisco y dos copas de buen vino…».

—Celebro que te guste. El chef de este restaurante tiene seis estrellas Michelin en sus dos restaurantes de Italia. Como te comentaba, mi trabajo es un poco incompatible con relaciones largas, eso no quiere decir que no siga buscando el amor… ¿y tú qué? Cuéntame algo sobre ti.

—Como te imaginarás por la patuleta de adolescentes que traigo conmigo, soy profesora de secundaria. Vivo en Málaga…

—¡Ah! Marbella, la conozco, es preciosa.

—Bueno, Marbella es una ciudad de la provincia de Málaga, yo trabajo en la capital.

—Málaga capital es muy bonita, me encanta el puerto… mira, podría ir a visitarte en mi barco…

La imagen de Massimo llegando al puerto de Málaga conduciendo el crucero o un yatazo de lujo, hace que el sabor de las ostras se potencie aún más y que me ponga un poco más cachonda, si cabe.

—Estaría bien —sonrío achispada y entregada. Tiene unos ojos claros que resaltan sobre su tez morena. Se parecen a los del actor español ese que es tan guapo, pero del que nadie recuerda nunca el nombre. Se quita la americana y la deja colgada detrás de su silla. Parece que el vino le ha dado calor, a mí también. La camisa blanca hace que se le dibujen todos los músculos de ese cuerpazo cincelado. Bajo la tela de seda o algodón caro, cualquiera podría ser, puedo verle los pezoncillos que se le marcan cada vez que se mueve para coger su copa de vino. No puedo creer lo bueno que está. Echarle un polvo estaría justificado hasta para la madre de familia numerosa más feliz y fiel del mundo. Follar con un tío así no debería ni considerarse infidelidad; más bien sería un… como-no-te-lo-tires-eres-gilipollas-perdida.

—¿Sabes? Mañana llegamos a Roma…

—Sí, claro. Es el destino estrella del viaje de fin de curso. Los niños están como locos. Es el lugar que más les ilusiona visitar.

—¿Has estado antes?

—Sí he ido en un par de ocasiones con amigas y…

—¿Con algún chico?

—Bueno, eh… sí. Mi ex. Vine con mi ex. Estaba buscando trabajo por aquí y le acompañé

una semana en Roma para que dejase currículums y aprovechamos para ver la ciudad.

—Pero, permíteme que te diga, nadie te enseñará Roma como un auténtico romano… —Dice pegándose a mi oído. Su acento argentino mezclado con el italiano se cuela en mi oído y hace que me beba la segunda copa del tirón. Lo imagino vestido de gladiador y sudando en la arena del coliseo. Debería estar prohibido que un hombre tan atractivo tuviese ese acento mezcla de italiano y de argentino. Lo miras y te pones muy cerda, pero es que lo escuchas y desconectas del mundo. Hasta el hombre más feo con ese acento, ligaría sin parar. Imaginaos a él, que encima que no le hace falta abrir la boca…

—¿Eres de Roma…? Vaya… —trago saliva e intento quitar de mi mente la imagen de Massimo vestido de luchador romano.

—Si quieres mañana puedo enseñarte la otra Roma, la más bonita. Esa que no les enseñan a los turistas. Eso si tienes algún momento libre sin los alumnos…

—¡Me encantaría, la verdad! Solo que aún no sé a qué hora les daremos tiempo libre para que hagan sus compras y eso. Sí sé, que los dejaremos un par de horas por plaza de España, junto a la fuente barroca de la Barcaza.

—Puedes mándame un mensaje y te recojo allí mismo. Mi casa no está lejos de la embajada de tu país.

Damos buena cuenta de todo el marisco, la langosta y las ostras están deliciosas. También nos acabamos al menos dos botellas de ese vino que entra como agua, pero que se sube como alcohol de noventa y seis grados. De postre, nos comemos un tiramisú a medias. Estoy llena y algo borracha, por qué no decirlo, esto no lo van a leer los padres de los alumnos; bueno, bastante comprometida. No para perder los papeles del todo, pero lo bastante para dejarme llevar… y tal vez acabar la noche cometiendo alguna locura.

—¿Te apetece tomarte una copa de champagne en el balcón de mi camarote? —Lo miro y sonríe pícaro. Sé lo que pasará si le digo que sí. Miro el reloj. Los alumnos y mis compañeros ya habrán terminado de cenar. En breve se reunirán para ir a la discoteca.

—Me apetece, pero la verdad es que debería irme pronto… debo recordarte que yo estoy aquí trabajando —le digo en voz baja al oído, aunque no sé si he dicho todas las palabras. La borrachera me traba la lengua.

—Yo también estoy trabajando, Leonor —sonríe—, pero debes poder relajarte en algún momento. Deja a esos chiquillos tranquilos, lo único en que estarán pensando es en beber alcohol y echar un polvo.

—Pues más les vale que no… yo no puedo volver a Málaga con más alumnos de los que me vine, ya me entiendes…

—Bueno, pues tomémonosla aquí en la terraza del restaurante… las vistas son magníficas.

—De acuerdo, pero una copa rápida, que tengo que volver con los alumnos.

El aire fresco del mar se arremolina en mi pelo, cierro los ojos e inspiro profundamente. Me apoyo en la baranda de madera y contemplo el alucinante espectáculo del barco a nuestros pies. Al fondo, en la popa, un camino de espuma blanca se va difuminando a medida que el barco toma distancia por la velocidad. Si no lo mirásemos, parecería que el barco no se mueve. Massimo se acerca con dos copas de champagne. Me da una y posa su chaqueta sobre mis hombros. Brindamos. Cuando no me lo espero, se acerca demasiado. Tan deprisa, que no me da tiempo a reaccionar. En un instante tengo sus labios sobre los míos. Es un beso largo y apasionado. Me dejo llevar y sus brazos comienzan a rodearme. Es un primer beso, de esos que te dicen si lo que viene después, merecerá la pena. Es húmedo e intenso, pero sin lengua, como a

mí me gusta que sean los primeros besos. Permanecemos unos segundos mirándonos, saboreando lo que acaba de pasar hasta que nuestras bocas se separan. Sonreímos de nuevo al mirarnos. Entonces, escucho voces desde las cubiertas inferiores.

—Sí, sí, es ella, es la Leo…

—¡Ostras es verdad! ¡Seeeeñoooo!

—La Profe se está pegando el lote con uno ahí arriba…

—¡No veas cómo se está poniendo la de lengua! ¡Mirad, allí arriba! ¡Parecía tonta…!

«Tierra trágame. ¿Qué coño hacen mis alumnos ahí abajo?»

Mas tarde recapacito y tiene toda la lógica del mundo. Como todas las noches, se dirigen hacia la discoteca que está justo debajo de la cubierta vip. Es su zona de paso.

—¿Esos son tus estudiantes? —pregunta Massimo divertido—. Me temo que nos han pillado de pleno. ¡Saluda!

Massimo sonríe divertido y bebe de su copa de champagne mientras les saluda como si fuese una estrella de cine. Yo pienso que qué carajo, esto es una pillada en toda regla, así que solo queda apechugar. Me asomo para saludarlos con la mano y junto a unos siete u ocho de mis alumnos, veo a Edu que me mira fijamente con la boca abierta. Está tan sorprendido como yo misma al verlo ahí. Se da la vuelta y se aleja, arrastrando a los alumnos hacia la discoteca.

—Eh… Lo siento, Massimo. Creo que debo irme, lo entiendes, ¿verdad? ¡Qué vergüenza! Lo estaba pasando muy bien… pero se me ha cortado el punto.

—No te preocupes, cara mía… lo entiendo. Déjame tu móvil…—se lo alargo, y me escribe su teléfono—. Mañana, cuando te liberes de los críos, me escribes y te enseño la parte de Roma que más me gusta…

—De acuerdo.

Massimo alarga la mano para coger la mía y acercarme hasta él para besarme de nuevo, pero ya no puedo, no después de ver la cara de decepción de Edu. En realidad, no le debo nada, él es quien está comprometido. Yo estoy libre, pero me jode…

«¿Por qué puñetas me siento tan mal, tan sucia, como si lo estuviese traicionado?».

Siento que no puedo más. Verla besando a ese tipo, me ha hecho darme cuenta de que los cuentos perfectos con existen. Carmen es perfecta. Hacemos una pareja perfecta y sé que tendremos la boda perfecta, la casa perfecta y la vida de cuento que todo el mundo querría, pero me he dado cuenta de que no quiero eso. Necesito estar con Leo… porque simplemente se me eriza la piel cuando se me acerca, pierdo el norte de lo que voy a hacer. Porque me río, joder, me río muchísimo con ella. Es totalmente opuesta a mí. No le gusta mucho el deporte, es patosa, le gusta leer, ¡madre mía! ¿Cuándo fue la última vez que me leí un libro, en la uni? Pero cuando sonríe se ilumina el mundo, no puedo dejar de mirarla y tengo que tragar saliva cada vez que recuerdo esos momentos en el ascensor… aquel día en mi casa le habría hecho el amor en mil sitios distintos, pero me contuve porque no soy un cabrón. Por eso tengo que llamar a Carmen y decirle que se acabó. Debo parar esa estúpida boda antes de que sea demasiado tarde.

Escucho tono, pero Carmen no lo coge. Repito varias veces, pero sigue sin contestar. En parte, lo agradezco, puesto que es un mal trago terminar con tu prometida por teléfono. Aunque realmente no vaya a terminar con ella de esta manera tan fría. Quiero prepararle el cuerpo para cuando volvamos a vernos en España. Carmen no se merece que la dejen por teléfono o con un mensaje de texto. No soy ni tan cobarde ni tan cutre. Sé lo temperamental que es. Ha heredado el dramatismo español, pero la frialdad rusa. Finalmente, decido dejarle un mensaje:

«Hola Carmen, te he llamado varias veces… verás, tengo que hablar contigo... de lo nuestro. Bueno, llámame cuando lo escuches. No sé si tendré cobertura, de todas formas, te llamo mañana desde Roma.»

Cuelga de golpe, ni siquiera le manda “un beso” o un fugaz y rutinario “te quiero” al final del mensaje. Uno de esos *te quiero* que resumen mucho, pero que ya expresan poco. De los que se dicen “por cumplir”, pero que si no los dices, hacen saltar todas las alarmas. Y eso era lo que Edu quería.

11. Roma y los tres mosqueteros.

Por fin llegó el día más esperado: Roma. Hoy no ha habido que esperar a los chicos. Cuando llegamos al buffet desayuno, ya regresaban con sus bandejas vacías y unas resplandecientes caras te sonreían cada vez que te topabas con alguno de ellos. “Maestra, hoy Roma…” “Leo, ¡qué nos vamos a Roma!” Y miraban tu bandeja como diciendo: “cómetelo rapidito que hoy no podemos perder el autobús, maestra.”

No he vuelto a ver a Edu desde anoche. Lo agradezco, la verdad. Porque encontrarme con él después de que me viese besar a Massimo… no me apetecía. Aunque no le debo ninguna explicación, me siento regular. Busco una mesa al fondo del restaurante donde solemos ponernos los profesores. Le veo precisamente allí, solo, en la última mesa. Parece pensativo. Sostiene una taza humeante entre las manos. Tiene la mirada perdida en el horizonte. El vaho del café sube arremolinándose por delante de su cara. El sol del amanecer en el puerto de Civitavecchia cerca de Roma, le aclara aún más sus ojos. Dios mío, tiene mala cara, pero ahora mismo, lo besaba. Cuando estoy cerca, dudo si sentarme en su mesa o no. En el último momento, cuando aún no me ve, trato de girar hacia la izquierda, a una mesa libre que hay cerca, pero una señora mayor coge velocidad y se sienta, me mira con desdén, y sonríe.

«Hoy ha ganado, señora, pero me he quedado con su cara…» —le sonrío divertida. Con qué poco es feliz alguna gente.

—¡Leo! ¡Ven, estoy aquí!

«Como si yo no te hubiese visto, bonito.»

—¡Buenos días! —respondo, escudada en la difícil operación de encajar esa enorme bandeja en la mesa y colarme por el hueco que hace las veces de asiento.

—¿Qué tal has dormido? —Edu parece tranquilo, sosegado. Parece diferente, como si se hubiese quitado un peso de encima y volviese a ser el mismo compañero simpático y bromista de siempre.

No obstante, pienso que ese: “¿Qué tal has dormido”, en realidad quiere decir: “¿Has dormido con alguien, o sola? ¡Cacho perra!” Edu jamás diría eso, pero yo, tal vez, por la educación machista recibida, o que soy algo mal pensada, lo imagino en mi mente. Sé que soy dueña de mi cuerpo, pero me siento mal, y, en parte, me odio por ello.

—Bien, he dormido bien. Anoche estuve un rato en la disco con estos… te acostaste temprano, ¿verdad?

—Sí. Estaba cansado, y ya sabes que Roma es mi especialidad. He contratado a un guía buenísimo, pero la parte del Vaticano no nos la enseña porque dice que es demasiado recorrido para una mañana. ¡Bah! Tonterías… cuando hayamos comido, caminaremos hasta el Vaticano. Ya tengo la ruta diseñada.

—Sor Hortera va a estar súper contenta, pero los alumnos te van a odiar. ¿Tú sabes lo grandísima que es Roma? Conmigo no contéis para ese suicidio…

—Ah, que… ¿tú no vienes al Vaticano?

—Pues mira, he estado varias veces en la plaza de San Marcos y he estado dentro del Vaticano varias veces también. Créeme, es algo maravilloso, lo sé. La Capilla Sixtina y todas las obras de arte que alberga son dignas de admirar, pero…

—No tenemos tiempo de entrar dentro… además, no insistas que ya te convenceremos luego.

—Bueno, yo había pensado en otro plan…

—Tal vez… has quedado con alguien…

Su afirmación es tan directa, tan a la yugular, que he bajado mis defensas, me sorprende y soy sincera.

—Sí, bueno, no sé. En… el tiempo libre había pensado ir a ver algunas de las boutiques de *Via Condotti*. Echar un vistazo a los escaparates. No todos los días tiene una al alcance de la mano, aunque no de la cartera, modelos de Versace, Prada, D&G…

—De acuerdo. Tú te lo pierdes si prefieres ver "tiendas" antes que obras de arte…

—¡No seas injusto! Voy a estar viendo arte todo el día por las calles de Roma, eso es indiscutible… pero me apetece hacer otras cosas en mi tiempo libre… oye, ¿te importa? Parece que te lo has tomado muy en serio eso de ser el "guía-jefe de Roma". Edu, relájate. Que cada uno vea lo que quiera.

—No te preocupes. Lo entiendo. Solo espero que el segundo guía, el de tu tiempo libre, sea mejor que el de la visita programada… —asevera mientras se levanta y recoge su bandeja—. Nos vemos abajo en el hall, no te retrases, por favor.

No me da tiempo a contestarle cuando lo veo salir disparado hacia la salida del restaurante. Es obvio que está picado. ¿Estará celoso? Me preocupo al principio, pero después sonrío.

«¿Acaso no es eso lo que quería, que se fijase en mí?»

Abandonamos el puerto de Civitavecchia y tardamos unos treinta minutos en llegar a Roma. El alumnado se porta bien porque están emocionados con todo lo que vamos a ver. Maribel aprovecha para contarles cosas de Roma y del Vaticano mientras yo echo un rato de WhatsApp con Zita.

Buenas, guapa. Hoy a Roma.

¡Qué bonito! Envidia de la sana. El instituto está hoy fatal, hay que cubrir a ocho profesores. ¿Tú cómo vas con Edu?

Pues regular. Anoche me besé con Massimo, el segundo comandante del crucero y creo que hoy está un poco celoso...

Pues que se fastidie, ¡eso por haberte engañado y no decirte que tenía novia.

Estoy hecha un lío porque Massimo está tremendo, pero, en realidad yo con quien quiero estar es con Edu.

Pues date un homenaje con el marinero y olvídate de él. Te recuerdo que ya está cogido.

Bueno… ya veremos. Guapísima, tengo que dejarte. Acabamos de llegar a Roma.

Pásatelo bien y tráeme algún bolsito de esos que me gustan. Besossss.

Nos bajamos en una zona de aparcamientos para autobuses en *Viale del Muro Torto*, cerca de la *Piazza del Popolo*. Atravesamos la enorme y preciosa plaza y nos hacemos una foto de grupo junto a la fuente de Neptuno. Todos seguimos a Edu por las calles de Roma hasta la *Piazza di Spagna*, donde nos reunimos con el guía oficial que hemos contratado. Yo me quedo al final del grupo con los alumnos más rezagados. Ana está un poco más adelante y Maribel va junto a Edu para no perderse nada de la explicación que les está dando el guía desde la cabecera del grupo. Edu parece muy seguro de sí mismo, algo que me pone muchísimo en un hombre. Lleva una

especie de banderita de Málaga atada a la punta de un palo telescópico para que no nos perdamos. La verdad es que se lo ha tomado en serio, parece un guía turístico profesional.

Nuestro guía se presenta, Guido Fiorentini. Nos habla de la plaza de España por qué lleva ese nombre y nos insta a que nos hagamos una foto de grupo junto a los pies de la escalinata *di Trinitá dei Monti*. El lugar, escenario de numerosos desfiles de alta costura, junto con el obelisco y la fuente de la Barcaza forman un emblemático entorno, aún más bello que en televisión. Cuando vamos a empezar la ruta, Guido nos recuerda que en *Via dei Condotti*, con la correspondiente broma de "via del condoni" por parte de algún alumno, que lo dice en voz alta protegido por la multitud que a esas horas ya abarrota la plaza y el anonimato que le brindan el resto de sus setenta y nueve compañeros, se puede comprar artículos de lujo, ropa de diseñadores carísimos si nos apetece. Yo, que llevo varios minutos mirando de reojo la tienda de *Dior* justo en la esquina, la de *Gucc*i y la de *Bvlgary* un poco más adelante, sonrío nerviosa porque, aunque quiero ir a visitar Roma, espero tener tiempo para darme una vuelta por esa fastuosa calle de compras. Además, la fuente de la Barcaza es el lugar donde he quedado con Massimo.

Continuamos por Via Gregoriana, dando voces continuamente para que los estudiantes no se bajen de la acera. Los romanos conquistarían el mundo, pero lo que se dice conducir con suavidad y paciencia, no conducen. Los balcones de los palacetes repletos de flores y las callejuelas irregulares que te llevan a lugares tan increíbles e insospechados se suceden una tras otra. No puedo cerrar la boca al admirar Roma. Un lugar que rezuma historia en cada adoquín que vamos pisando con nuestras sandalias. Las alumnas, que no llevan ni quinientos metros caminados, ya empiezan a quejarse. Les advierto que como me pregunten "cuanto queda", de nuevo, las tiro de cabeza a la *Fontana di Trevi*, sin moneda, ni nada. Al doblar a la derecha de *Via della Stamperia*, nos encontramos con la Fontana di Trevi. Tan famosa por la película de Marcello Mastroiani y cuyas esculturas te dejan sin habla. Los alumnos emocionados empiezan a dispersarse, pero la Poca Chumba, que lleva un micro con altavoz, les indica a todos que, en veinte minutos, después de hacerse fotos, les esperamos en *Via delle Muratte*. En la plaza di Trevi no cabe un alfiler. Hay turistas y carteristas, a partes iguales. Me acerco como puedo hasta la fuente y rebusco en mis bolsillos alguna moneda. No encuentro ninguna y cuando me dispongo a sacar el monedero de mi bolso, una mano toca mi hombro.

—Ni se te ocurra sacar el monedero aquí… ¡toma cincuenta céntimos!

—Gracias, Edu —respondo sorprendida por su rapidez y por haberme encontrado en medio de cientos de personas agolpadas alrededor de la fuente.

—Pide un deseo, si se cumple, tienes que volver de nuevo.

Me doy la vuelta. Lo último que veo antes de cerrar los ojos para lanzar la moneda es su sonrisa y los ojos más bonitos que jamás he visto, a juego con las aguas turquesa de la fontana.

—¡Ya esta!

—¿Qué has pedido? —Me pregunta, tomando mi sitio para lanzar la suya.

—¡No seas tan cotilla! —le saco la lengua y me alejo entre la multitud.

Los alumnos han encontrado una tienda de deporte que vende camisetas de fútbol oficiales a muy buen precio en la plaza, así que los veinte minutos se transforman en media hora larga. Al final continuamos hacia el panteón. A mí ese lugar siempre me ha parecido algo lúgubre y claustrofóbico. Cuando llegamos hay una cola que da la vuelta a toda la *Piazza della Rotonda*.

—No pienso esperar esa cola, niña, me estoy meando —susurra Ana.

—Yo también. Además, yo no quiero esperar ese pedazo de cola tampoco. ¡Mira, ahí hay un restaurante… *Ristorante M. Agrippa*! Seguro que tienen servicios.

Todos los alumnos se ponen en cola a regañadientes porque dicen estar cansados y quieren comerse un helado, como los otros miles de turistas que aguardan la cola. Eduardo se muestra inflexible. No habrá helado hasta que entren a ver el Panteón.

—Muévete con disimulo y vámonos para la derecha, hacia la calle del restaurante; con suerte, no se darán cuenta de que hemos ido al baño.

—De acuerdo.

Sin embargo, no hacemos más que girarnos y alejarnos varios pasos, cuando algunas alumnas se percatan de nuestra retirada.

—Seño, ¿dónde vais?

—¡Al baño! —le susurro, sin dejar de chequear el principio del grupo, donde se encuentra Edu.

—Nosotras también queremos… no podemos aguantar…

—A ver, Edu ha dicho que cuando veáis el Panteón iréis a hacer pis y tomar un helado… así que aguantaros.

—¿Y vosotras? Insiste otra alumna.

—Nosotras somos más mayores y no podemos aguantarnos tanto, niña —responde Ana con cara de pocos amigos. La chiquilla se encoge y vuelve a la fila.

Nos estamos alejando de la cola, ya aliviadas de estar más cerca del restaurante, cuando escuchamos una voz a nuestras espaldas…

—¿Se puede saber a dónde vais? La entrada del Panteón esta en la otra dirección —grita Edu desde el principio del grupo.

—¡Joder! Es Edu, nos ha pillado. —Digo por lo bajini.

—Espérate. Vamos a ir hasta donde está, porque no voy a ponerme a dar voces aquí como si fuese una verdulera, menos aún en mitad de Roma.

Cuando llegamos, Edu nos está esperando con los brazos en jarra.

—Edu, necesitamos ir al baño. Es urgente.

—¡Cómo todos…! Y nos aguantamos.

—Pues yo tengo treintaicinco años y no pienso aguantarme más.

—Además, Edu —intervengo para poner algo de paz— nosotras ya hemos visto el Panteón y podemos esperar fuera a que vayan saliendo los niños. ¿Tú sabes la cantidad de personas que habrá en el interior? ¿No pretenderás dejarlos salir solos y que se pierdan aquí en esta plaza que está peor que la feria del centro de Málaga en pleno mes de agosto?

Se queda pensativo un momento, después, acepta.

—Como vosotras veáis… espero que estéis fuera para cuando salgan los primeros alumnos. No se tarda tanto en ver el Panteón.

—De acuerdo, majestad —responde Ana, haciendo una genuflexión.

—¡Gracias! —Le digo moviendo los labios— ¡corre, antes de que se arrepienta!

Cuando llegamos al restaurante, hay una cola de una veintena de mujeres esperando para entrar a un minúsculo váter que está escaleras abajo, en una especie de sótano oscuro y pestoso. Para colmo, entrar cuesta dos euros…

—¡Qué a gusto me he quedado, niña!

—Yo también, no podía aguantar más.

—¡Mira! —me dice señalando a una heladería enfrente.

Cruzamos la calle y nos quedamos pegadas a los cristales de las neveras. La variedad de sabores es interminable. Todos tienen una pinta buenísima.

—¡Hay que pedirse tres sabores, al menos!

—Ana, son las doce y cuarto…

—¿Y qué? Tú te pides tres y yo otros tres distintos y los probamos todos.

Antes de que pueda advertirle de que como Edu nos vea aparecer con los helados se va a liar, Ana ya está chapurreando algo en italiano con una amable dependienta vestida con delantal y cofia a juego. Al cabo de un buen rato, salimos de la heladería *Le crème* hacia el Panteón.

—Vamos tarde, Ana.

—¡Que no! Vamos bien… a ver, déjame que pruebe este… ¡ummm! ¡Dios mío! ¡Qué bueno está! ¿Ese cuál es?

—El que te ha recomendado la muchacha más de diez veces: crema de la nonna.

—¡Joder! Está para morirse. Prueba este, el de color naranja…

—Sí, está muy bueno, ¿cuál es?

—*Passion fruit*, tiene sabor a maracuyá.

—Venga, date prisa que no llegamos. Ahora allí probamos más sabores.

Cuando conseguimos abrirnos paso entre los cientos de sudorosos turistas, sin perder ninguna de las tres bolas de helado que van goteando por el calor y que nos chorrean por las manos, Edu ya está fuera. Tiene cara de pocos amigos.

—¿Os parece bonito? Los alumnos han tenido que esperar aquí fuera, solos, porque no había nadie esperándolos. Suerte que una alumna, la sobrina de Maribel, tenía su teléfono y nos ha llamado. He tenido que dejar la visita a medias para salir aquí fuera y quedarme con ellos, porque las profesoras que se suponía que iban al baño rápido, no estaban cuando los alumnos han salido del panteón unos treinta minutos más tarde…

—Edu, perdona, pero es que no sabes la cola que había en el baño…

—Y eso… eso, ¿Qué es? —pregunta señalando a la barcaza de galleta y helados que tenemos en nuestras manos.

Siento ganas de lanzarla para atrás y decirle: ¿el qué? Yo no tengo nada… pero ante la evidencia, me callo. Ana, en cambio, salta hecha una furia.

—Mira, mira, bonito… ¿tú qué te crees que eres aquí el jefe del grupo? Te repito que aquí somos todos iguales y he tenido que pararme a tomarme un helado porque estaba mareándome, que tengo que tener el azúcar por los suelos…

Todos los alumnos nos miran. Así que, para desviar la atención, les digo que todo el que quiera puede ir al baño y comprar un helado, que en quince minutos hay que estar aquí porque nuestro guía Guido aún tiene que enseñarnos muchas maravillas de Roma y tenemos que salir puntuales. Así que el alumnado tiene que elegir entre meatorio o helado hipercalórico. Los más meones les encargan los helados a sus compañeros.

—Edu, ¿Quieres un helado? —le pregunto. Puedo ir a por uno.

—No.

Se da media vuelta y empieza a hablar con Guido explicándole que descansaremos quince minutos, que seguramente se convertirán en treinta. El hombre mueve la cabeza indicándole que estamos perdiendo mucho tiempo y que a las dos acaba el tour guiado, que tendrá que acortar para poder regresar a Plaza de España para esa hora.

Nuestro siguiente destino es la *Piazza Navona*. Una maravilla de lugar que está algo más despejado de turistas porque ya empiezan a sentarse en las terrazas de las pizzerías y trattorías.

Me hago una foto con los alumnos de mi tutoría junto a fuente del Moro y tomo una panorámica del obelisco de la Piazza y todos los edificios colindantes.

—Seño, ¿Qué le pasa a Edu hoy? Nos lleva ahogados… —dice Francisco Javier. Los demás sonríen.

—Yo lo sé, seño. Está picado por lo de anoche… —dice Lucas— Leonor, yo creo que le gustas y claro… te vio con el buenorro ese… porque ¡madre mía sí que está bueno el jodío!

—Lucas, ese lo pillabas tú y no veas… —Le dice Manuel Hurtado.

—No veas… ¡Dios mío! No venía ni a ver Roma, me quedaba en el barco todo el día, a que me hiciera la caída del imperio romano…

—A ver, chicos. Eduardo está algo nervioso porque quiere que esta visita a Roma salga perfecta. Lleva mucho tiempo preparándola y quiere que veamos las máximas cosas posibles… no todos los días viene uno a Roma.

—Eso es verdad, el profe se lo curra… —dice Esther y, Francisco Javier, enamoradito perdido de ella desde primero de Eso, asiente exageradamente, a riesgo de dislocarse una cervical.

—Bueno, pues ahora vamos a intentar no entretenernos más hasta que regresemos de la visita. ¿De acuerdo? —pregunto en voz alta.

—De acuerdo, maestra —responden al unísono.

De la Piazza Navona nos dirigimos hasta el foro romano y todos sus templos. El camino es largo, caluroso y agotador, pero los chicos se portan muy bien. El Coliseo está al lado y, aunque no tenemos tiempo para visitarlo por dentro, les explican algo acerca de para qué servía, las fieras que albergaba y las luchas de los gladiadores. A todos les suena de haberlo visto en el cine. De allí, volvemos directos hasta la Plaza de España, El semblante de Eduardo ha cambiado; parece más satisfecho.

—Bueno, chicos. Al final, os habéis comportado… así que, ahora, ¡tiempo libre! Tenéis dos horas para comer y hacer vuestras compras. A las cuatro en punto en esta fuente para ir a pie hasta el Vaticano. Veremos el *Castel Sant'Angelo* por fuera, y nos haremos una foto de grupo en la Plaza de San Pedro, delante del Vaticano.

—¡Tú te quieres hacer un "todo Roma" en ocho horas, y hasta que no lo logres no vas a parar! —Señalo.

—¡Cómo lo sabes! —me responde mientras se despide del guía.

Ana, Edu y Maribel deciden quedarse en un restaurante que han visto unas callejas más abajo. Yo les digo que tengo que echar un vistazo a las tiendas de Via dei Condotti. Zita no me perdonaría que no entrase en todas las que pudiese, a riesgo de saltarme el almuerzo. Tengo que hacerle un Facetime desde alguna de esas tiendas de lujo. Estoy segura de que me dirá: ¡Compra, compra! Como si fuese una bróker de Wall Street. Prefiero comerme un trozo de pizza a pie y disfrutar de todas esas tiendas, antes que desparramarme en una de esas terrazas y ver cómo el tiempo en Roma se me escapa de las manos malgastándolo sentada. Solo con ver los escaparates de Giorgio Armani, Gucci o Salvatore Ferragamo, vale la pena no descansar, ni comer. Cuando me alejo un poco de ellos, le escribo a Massimo. No quiero que piense que me he olvidado de él, pero tampoco quiero que Edu me vea quedando con el italiano. Sí, lo sé, soy idiota, pero sigo con mi paranoia de no serle infiel a Edu a pesar de que él está prometido. Además, un poco de celos puede estar bien si quiero conquistarlo, pero ya pasarse, podría suceder todo lo contrario, que saliese por patas y perdiese el interés por mí. Massimo no me contesta, así que me dirijo hasta la primera tienda, Gucci. Escucho unos pasitos y unas risas detrás de mí. Miro hacia atrás y

descubro a Lucas, Gloria y a Clara detrás, como si fuesen los ángeles de Charlie que pasaban por allí.

—¿Pero, se puede saber adónde vais?

—¡Ay profe! ¿Tú vas a las tiendas esas caras de marca, ¿verdad? Es que nos hace ilusión que nos lleves contigo… a nosotros solos no nos van a dejar entrar.

Los miro y, a los pobres míos con pantalones cortos, camiseta, chanclas y con una mochila a cuestas, no creo que les dejen entrar en esos atelieres tan caros…

—Venga, vale. Pero solo en las primeras. Chicos, después tengo que hacer algo sola…

—¡Gracias, maestra! Eres la mejor. Es que yo quiero estudiar moda y diseño —aclara Lucas —. Y ver esas tiendas es mi sueño. Por cierto, ¿con quién has quedado? Uy, uy…

—Sin preguntas personales u os quedáis aquí.

—¡Vale, vale!

Caminamos hasta el escaparate de Gucci, decorado con colores rojos, naranjas y verdes chillones. En una esquina el escaparate se muestra un minimalista bolso y un maniquí con un vestido de rayas blanco y negro. Cuando los alumnos ven el precio se ponen a gritar como unos desalmados. El vigilante que hay en puerta nos mira de reojo, pero hace como que nos ignora. Al otro lado de la calle, parece que está cortado. Hay muchas cámaras. Parece que hay un set de rodaje para un anuncio o algo, pero deben haber parado para comer.

Cuando nos disponemos a entrar, el vigilante no nos deja pasar.

—¿Disculpe? Quiero entrar a comprar un regalo… —le explico indignada. Los chicos me miran resignados, ya sabían que algo así sucedería.

—No pueden pasar. Hasta las cinco está cerrado… —nos responde en español con acento de Puerto Rico.

—Pero… venimos de muy lejos y quería comprar un regalo para una amiga… solo serán cinco minutos.

—Le repito que no se puede entrar hasta las cinco.

—Pero a esa hora ya nos habremos ido de Roma… venimos en un crucero.

—Lo siento, están rodando un comercial en la tienda.

—No nos quiere dejar entrar porque se cree que no tenemos dinero… ¡Sera estirao, el gorila este de puerta de discoteca! —Suelta Lucas, empeorando las cosas.

El guardia de seguridad dice algo por el pinganillo a alguien de dentro, la puerta se bloquea y se dirige hacia nosotros, apartándonos de la entrada de la boutique.

—¡Oiga, usted! Pero, ¿qué hace? deje de empujarme… es usted un… ¡habrase visto semejante atropello! ¡Que sepa usted que yo en España soy muy buena clienta…! ¡Pienso quejarme! ¡Esto es indignante! —empiezo a subir el tono mientras el hombre alto, de unos dos por dos, nos coge de un puñado y nos empuja hasta la acera de en frente.

—Si quieren, vayan a las otras tiendas de más abajo.

—¡De eso nada! Yo he venido hasta Roma para entrar en la tienda de Gucci y voy a hacerlo. Dentro no hay nadie, ¡se ve desde aquí! Le juro que cuando empiecen a rodar nos vamos.

—Haga el favor de marcharse o llamaré a los carabinieri.

Me estoy debatiendo entre formar un espectáculo, cosa que no quiero hacer delante de los alumnos, para que nos deje entrar, o darle una patada en la espinilla y salir corriendo hacia la puerta y entrar dentro de la tienda de Gucci… entonces, escucho una voz familiar detrás del vigilante, desde dentro de la tienda.

—¿Eres tú, Leo? ¿En serio eres tú, no puedo creerlo? ¿Qué carajo estás haciendo en Roma?

Y lo que es peor aún, por qué no me has avisado de que venías.

A veces sufrimos alucinaciones y creemos a ver a personas que conocemos cuando viajamos a ciudades extranjeras o a otros países. Sin embargo, reconocí esa voz enseguida porque había sido parte de mi vida durante los últimos años. Todo se reordena rápidamente en mi cabeza cuando recuerdo que Carlos aún vive en Roma.

Carlos es mi ex. Ha sido el gran amor de mi vida. Lo veo bajar las escaleras de la tienda Gucci envuelto en un albornoz blanco con su pelo rapado y esa barba de tres días que lo hace irresistible. Es guapo el cabrón, jodidamente guapo. No quiero mirar a mis alumnos, pero seguro que todos estarán con la boca abierta. Siento un hormigueo en el estómago fruto del recuerdo de todas las veces que tuve ese cuerpo entre mis piernas y como me empotraba por todo su apartamento cuando nos veíamos los fines de semana, después de que hubiese estado viajando por su trabajo en alguna campaña o sesión fotográfica alrededor del mundo.

—¡Ma… ma… maestra, ese es Carlos Colombo! ¡Sabe tu nombre…!

—Sí, es… un viejo amigo…

—Pero, profe, ese tío es famoso, tiene… espera un momento, uno coma seis millones de followers en Instagram… Seño, ¡que es un top model! —susurra Clara.

Carlos se aproxima hasta nosotros, se quita las gafas y se me cae el coño al suelo, así, literalmente.

«¿Cómo cojones pude dejar ir a este monumento? Bueno, sí lo sé. Si te ponen los cuernos, la historia cambia».

—¿Leo? ¡Eres tú, joder! ¡Qué alegría! Pero, ¡por Dios! ¿Qué haces en Roma?

—¡Hola, Carlos! —Respondo como si nos acabásemos de encontrar por el barrio en Málaga. Nos damos dos besos y me hunde en ese esponjoso albornoz que huele a macho y a gloria—. Estoy con mis alumnos de viaje de fin de curso. Apenas estaremos unas horas en Roma, porque vinimos en un crucero. Supuse que estarías por Nueva York, Londres o haciendo algún trabajo en Maldivas, así que no te llamé.

—Pues fíjate, ¡qué casualidad! Gucci me llamó la semana pasada para ser la imagen de su nuevo perfume y estamos rodando parte del anuncio en su tienda de Roma. Ya sabes, me pilla tan cerca de casa, que no he podido rechazarlo. Ya casi hemos acabado… si te pudieses pasar luego por mi piso…

—¡Ufff! Lo siento, Carlos, me encantaría conocerlo. Siempre tuviste muy buen gusto para la decoración…

—Y para todo —dice mirándome de arriba abajo— estás genial, Leo.

—Gracias… —le agradezco el cumplido, roja como un tomate—, pero a las seis y media nos marchamos de Roma. Tenemos que volver al crucero.

—¡Qué fuerte! —Exclama sorprendido al verme y vuelve a estrujarme entre sus brazos! Carlos siempre ha sido muy pulpo, pero se le perdona.

No puedo creer lo fuerte que se ha puesto. De vez en cuando me dejo llevar por la tentación y lo stalkeo un poco por las redes sociales, pero no mucho, no me hace ningún bien.

Carlos y yo estuvimos a punto de casarnos. Vivimos juntos casi cuatro años, pero su carrera como modelo empezó a despegar y por culpa de sus continuos viajes, no nos veíamos demasiado. Él tuvo que fijar su base en Roma. Yo, en cambio, había aprobado mis oposiciones de educación secundaria en Andalucía, así que no me podía marchar. Cuando él llevaba viviendo unos meses aquí en Roma, me comentó que me había sido infiel. Que se arrepentía terriblemente y que seguía queriéndome a mí. Me aseguró que era culpa de la distancia y me propuso que

pidiese una excedencia y me fuese un tiempo con él a Italia y a viajar alrededor del mundo. Yo podría escribir ese primer libro que siempre aplazaba. Obviamente, después de que me pusiese los cuernos y me culpase a mí de su infidelidad por no haberme mudado a Roma, con la consiguiente renuncia a toda mi vida y a mi carrera profesional, lo dejé.

—De hecho, estaba discutiendo con este vigilante porque no nos dejaba entrar en la tienda. Ya sabes cuánto me gusta esta marca. A mis alumnos también, alguno quiere estudiar diseño y moda, pues tendremos que quedarnos con las ganas… no nos dejan entrar… entonces iremos a Prada o a Salvatore Ferragamo, donde espero sean más amables.

—¡Qué dices! Eso está solucionado. Están conmigo, ¿vale? —dice mirando al hombre con determinación.

El vigilante se hace a un lado y nos abre la puerta de ese templo de la moda.

Durante nuestra visita privada, Carlos está muy amable con los chicos, les busca una dependienta para que les pueda enseñar toda la tienda y les ofrezca algunos refrescos del catering del spot. Yo creo que lo hace para que podamos estar a solas.

—¿Estás con alguien ahora? —pregunta directo sin dejar de mirarme a los ojos.

—Bueno, eh… realmente no.

—Yo tampoco… no hay un solo día que no me acuerde de ti. Sabes, no duermo bien por las noches porque faltas a mi lado en la cama… Leonor, todavía sigo esperándote…

—Vamos a ver Carlos… es obvio que el tiempo te ha tratado muy bien en todos los aspectos de la vida. Tienes éxito, fama, dinero, estás buenísimo… seguro que tienes una legión de seguidoras y tías buenorras que quieren estar contigo…

—Sí, lo sé —«humilde, como siempre»—, pero yo te quiero a ti. Lo que teníamos era tan bonito, tan… real. Leo eres la esencia de la vida. Eres realidad en cada poro de tu piel. En este mundo en el que me muevo todo es falso. La gente es muy superficial e hipócrita, todos aparentan otra cosa que no son. Tratan de vender sueños perfectos, como diseñados por ordenador. Esto no va a dura para siempre, sé que tengo una fecha de caducidad como modelo. Lo que yo quiero es levantarme un domingo a tu lado e irnos a pasear por las playas de Pedregalejo, bañarnos desnudos en el mar y comernos unos churros envueltos en la misma toalla junto a un espigón. Leo, tú eres eso: tú eres vida, mi vida.

—Podías habértelo pensado antes de darme un ultimátum para que dejase todo mi proyecto vital por ti. Encima, como no accedí, te vengaste poniéndome los cuernos…

—Te he pedido perdón un millón de veces… ¿qué querías que hiciese? Llevábamos casi tres meses sin vernos y…

—Si no eres capaz de guardar la polla durante tres meses por el verdadero amor, como me has dicho, no sé qué idea de pareja tienes, pero no es la misma que tengo yo.

—Eso fue un error del pasado. Te sigo queriendo… las personas nos equivocamos, ¿sabes? Esa idea Disney de “felices para siempre” en la que todo es perfecto y la gente no comete errores en un momento dado de su vida, al igual que la idea de si me has puesto los cuernos ya nunca más podré mirarte a la cara o podré confiar en ti… nos ha hecho mucho daño a las parejas en la sociedad actual. La gente madura, Leo… las personas cambiamos y evolucionamos. Lo que en una época de tu vida no te apetece, es el sueño que estás persiguiendo en otro momento… ¿me vas a castigar por aquello el resto de nuestras vidas?

—No, para nada, Carlos. Eso está ya olvidado… tú tienes tu vida aquí en Roma y yo la mía en España…

—Por cierto, es lo que quería decirte: estoy pensando en volverme a España… ya casi tengo

más trabajo en Estados Unidos y Sudamérica que en Italia o Europa. He pensado quedarme en Madrid; Málaga solo está a dos horas y media en Ave desde Atocha…

—A ver Edu, no te embales que te conozco…

—¿Edu? ¿quién es Edu?

—Perdona, es… mi compañero del viaje de estudios, tengo su nombre todo el día en la boca porque es el que lo organiza todo… —le aclaro, poniéndome colorada. Continúo como si no significase nada— Carlos, no puedes pretender revolverme la vida entera tras este encuentro casual de cinco minutos…

—Pero, ¿es que no lo ves? Es el destino, mi amor… ¿qué más puede ser? ¿Cuántas posibilidades había de que nos encontrásemos tú y yo hoy en Roma? ¿Cuántas? Ayer mismo regresé de Milán y pasado mañana salgo para Londres.

—Yo solo creo en las bonitas casualidades. Encontrarnos fue una casualidad. Te doy mi palabra de que me ha alegrado verte. Te deseo que todo te vaya genial y que sigas siendo feliz haciendo lo que te gusta. Ya te lo dije, que yo no sería el lastre que limitaría tu felicidad.

—Sin embargo, ahora me he dado cuenta de que gran parte de esa felicidad eras tú. Quiero recuperarte…

—Carlos, ¿ahora? ¿En serio? ¡No me jodas! ¿Después de tanto tiempo? No puedo creer que estemos teniendo esta conversación… aquí, ¡ahora! —miro el reloj y me doy cuneta de que ya llevamos demasiado tiempo en la tienda— tengo que irme con los chicos. Debemos seguir con la excursión guiada…

—¿En qué barco estáis?

—En el MSC Divina...

—No te preocupes, conozco al dueño de la naviera. Hice un trabajo para ellos hace un tiempo. Recuerdo las escaleras de Swarozki y los cientos de veces que tuvimos que subir y bajar hasta que el video quedó como a ellos les gustaba. Me dejarán pasar esta noche antes de que zarpéis... tenemos que vernos, Leo.

—Esta noche es la cena de gala con el capitán… todo el mundo estará muy ocupado.

—Perfecto. Allí estaré. Tenemos que hablar Leo. No pienso renunciar a ti, no tan fácilmente. Cometí un error, pero eso fue hace ya tiempo. Nos merecemos esto.

«¿Nos merecemos? A mí no me incluyas, capullo. Por muy bueno que estés, ¡que lo estás! ¡Ay madre mía, quien fuese albornoz! No pienso caer en tus redes de nuevo».

—No es cuestión de renunciar, es cuestión de que nosotros tuvimos nuestro tiempo. Todas las historias tienen su momento, lo que viene después son solo secuelas de la historia principal. Ese tiempo ya pasó, no creo que ahora estemos en el mismo momento vital.

—Quieres decir que ya no me quieres…

—Aparte, pero no es eso…

—Entonces, aún me quieres…

—¡No! Si eso es lo que quieres escuchar, ya no te quiero, Carlos. La verdad es que lo último que esperaba es estar hablando de esto contigo en Roma. ¡Me parece surrealista! Tengo ganas de preguntar si hay una cámara oculta o algo. ¡Entiéndeme!

Los alumnos se acercan con una muchacha que les ha dado una bolsa con muestras y regalitos de perfumes Gucci. Vienen alucinados. Cuando pasan junto a Carlos no pueden cerrar la boca.

—¿Nos vamos? —Les pregunto.

—Sí —responden al unísono. Sé que este día no se les va a olvidar en mucho tiempo.

—¿Podemos hacernos una foto contigo? —Pregunta Clara tímidamente a Carlos.

—Por supuesto. Claro que sí.

Posamos con Carlos y parte del staff de la tienda de Gucci. A Clara le brillan los ojos por el número de *likes* que va a conseguir y la envidia que les va a dar a sus amigas. Carlos se vuelve y recoge un paquete que le entrega una dependienta de la tienda.

—Espero que te guste… siempre tuve buen gusto y aún recuerdo los tuyos… si acierto, esta noche me invitarás a una copa en el barco y estaremos en paz.

—No puedo aceptarlo. Lo siento, Carlos.

—Es una tontería. En realidad, es un regalo de promoción de la marca para clientela vip. No te preocupes. Hazlo por los viejos tiempos —dice en voz baja para que los niños no puedan escucharlo— por todos esos fines de semana en invierno en los que no hacíamos otra cosa que follar como descosidos y comer, para volver a la cama y seguir disfrutando de nuestros cuerpos…

Consigue ponerme colorada como un tomate, de nuevo. Necesito que este acoso y derribo acabe ya, así que abro el regalo para que podamos irnos. En el interior de la bolsa encuentro envuelto en papel de seda, generosamente perfumado, el bolso minimalista negro del escaparate y los ojos se me salen de las órbitas. Me encanta, pero no puedo aceptarlo.

—Por la expresión de tu cara, veo que he acertado, así que esta noche me invitas a algo y hablamos. Ahora tengo que volver al trabajo…

—Pero…

—Ni peros ni nada. —Se despide dándome un beso en la cara que se funde demasiado cerca de mi comisura de los labios. Me abraza de nuevo, fuerte, recreándose y logrando que me pierda por unos instantes entre el maravilloso olor de su cuerpo y todos los recuerdos felices que tuvimos. Es curioso cómo el tiempo difumina los malos momentos de una relación pasada y cómo un olor es capaz de transportarte solo a los buenos.

Salimos de la tienda con mi bolso nuevo y los alumnos con sus muestras de colonias y otros productos de publicidad como si fuésemos las protagonistas de sexo en Nueva York, versión italiana. Miro el reloj y veo que solo nos queda media hora de tiempo libre. «Joder, cómo pasa el tiempo cuando estás en Roma visitando boutiques de lujo y lo lento que pasa a tercera hora esperando a que den las once y cuarto para que llegue el recreo…»

—Bueno chicos, creo que deberíais ir a comer algo. En breve hay que estar en el punto de encuentro.

—Leonor, yo ya no tengo ni ganas de comer. Cuando le cuente a mi madre lo que nos ha pasado… va a alucinar.

—Tía, pásame la foto con el buenorro ese… ¡pásamela que seguro que luego te la quedas para tu Instagram!

—¡Hombre! Yo la publico la primera… ¡No te jode!

Los dejo discutiendo allí, en plena calle. Me alejo para revisar mi móvil. Tengo tres llamadas perdidas de Massimo.

«¡Mierda! Qué duro es esto de ser una rompe corazones» —sonrío para mis adentros, quién me ha visto y quién me ve—. Sin embargo, el que quiero que me haga caso, pasa de mí.

Escucho el mensaje que Massimo me ha dejado en el buzón de voz. Por lo visto, un imprevisto en el barco le ha hecho tener que regresar antes de tiempo. Lamenta no haberme podido enseñar la parte de Roma que más le gusta. Respiro, aliviada, porque lo único que me hubiese hecho falta es que Carlos y Massimo se hubiesen encontrado…

Os juro que mi vida nunca es así de interesante… no sé qué diablos está pasando en este crucero, pero parece que estoy viviendo en primera persona el guión loco de una serie de Netflix.

Durante la caminata hasta el Vaticano, con chaparrón incluido, voy flotando y casi no atiendo a los comentarios y ocurrencias del alumnado. Esta capacidad de abstraerte de las tonterías adolescentes es algo que vas adquiriendo con el tiempo y la práctica docente. Requiere de algunos años de experiencia, porque antes, cuando empecé en la enseñanza, siempre prestaba atención a cada una de las chaladuras que comentaban mis alumnos. La historia de Carlos Colombo ha corrido como la pólvora entre el alumnado y ya nadie quiere separarse de mí, por si me ocurren más cosas increíbles. Los que se quedaron con Maribel han tenido que soportar la soporífera enésima visita de iglesias y claro, siendo adolescente, nuestro encuentro con Carlos Colombo, tiene mucha más chicha. Media hora después de nuestro encuentro casual, creo que no hubo ni una sola persona de nuestra excursión que no siguiese al modelo en las redes sociales. Y eso que aún no saben que Carlos irá esta noche a la cena del capitán… Estoy segura de que Edu se habrá enterado de nuestra aventurilla, pero aún no me ha dicho nada. Está concentrado en encontrar la ruta más corta y directa hasta el Vaticano. Si de esta no se pone celoso como para dejar a su novia o me manda a la mierda… mal vamos.

Tras la foto grupal de rigor entre paraguas e impermeables que nos han costado un euro y que hemos comprado por el camino a los ávidos vendedores que han salido como si fuesen caracoles en el camino a la primera gota de agua que ha caído, regresamos al autobús. Los estudiantes no hablan, ni dicen nada. Están demasiado cansados tras haber caminado más de trece kilómetros, según dice mi Iphone. Edu se sienta a mi lado en la primera fila, detrás se sienta Ana y Maribel se va un poco más atrás para intercambiar postales con algunos alumnos que cuando la ven aparecer diciendo “Niños queridos, ¿intercambiamos algunas postales?”, vuelven los ojos como si fuesen la niña del exorcista.

—Oye, ¿qué te ha parecido Roma? Menos el último chaparrón de agua, creo que ha estado genial, ¿no?

—Pues la verdad es que, por ahora, es lo mejor del viaje.

—Me ha dicho un pajarito o, mejor dicho, muchos pajaritos, que te has encontrado con algún ex tuyo en Roma… y por lo visto es un famoso o algo.

—Ya lo has gugleado, ¿verdad?

—Pues… sí; hay que ver cómo está la competencia…

—¿Competencia…? Carlos Colombo es mi ex novio.

—Está hecho un buen ejemplar… vaya, lo que las tías llamáis un “empotrador”.

—Si te refieres a que, si está bueno, pues sí, es su trabajo… es modelo, está muy fuerte y todo eso, pero no te dejes engañar por el envoltorio.

—El tipo está petado, aunque a mí no me guste, no quiere decir que no sepa apreciar un tío atractivo. ¿Qué os pasó?

—Uff —miro el reloj insinuando que la historia es larga.

—Hazme un resumen, aún queda media hora hasta el puerto…

Edu mira hacia atrás y todo el mundo está medio dormido.

—Verás, en resumen, pasó lo que tenía que pasar cuando una chica normalita tirando a poca cosa se echa de novio a un macizorro como Carlos.

—¿Normalita? Yo no opino eso… ni el italiano del barco tampoco…

Toma zasca. Obvio su comentario acerca de Massimo y continúo con la historia. Su interés puede ser lo que necesitamos para limar asperezas.

—Pues pasó que cuando dos personas se atraen mucho, se aman, se lo pasan bien juntas, el sexo es bueno, muy bueno… —Edu arquea la ceja derecha y sonríe, aunque con una mueca estudiada porque parece que le duele más escuchar eso que alegrarse—, pero sus momentos vitales están desacompasados, pues al final cada una tira por su lado. Yo quería casarme, tener hijos, crear una familia, pero Carlos estaba a otras cosas. Él estaba enfocado en su carrera profesional. Compatibilizar tantos viajes al cabo de la semana por todo el mundo para vernos una tarde o un día cada diez, pues no era manera de tener algo serio con nadie. No sé si a ti te habrá pasado alguna vez, pero me sentía más sola con él que cuando no tenía pareja. Era muy extraño porque tenía novio, pero nunca estaba, así que siempre iba a todas partes con una amiga o con mi madre. Tenía cita con el médico, iba sola. Si quería ir al cine, tenía que ir con alguien que no era mi pareja y me conocía todos los restaurantes de Málaga, pero de haber ido con unos u otros amigos; casi nunca con él. Además, cuando Carlos regresaba de sus trabajos, solo tenía ganas de estar en casa, era normal viajaba mucho, pero yo quería pasear con él, salir de marcha con él y disfrutar de los planes que no podía hacer en pareja cuando él no estaba; de paso, lucirlo un poco, que tenía algunas amigas envidiosas que no creían que fuese mi novio. Su plan principal cuando regresaba era estar tumbado en el sofá, pedir comida china y ver Netflix. Que sí, que está muy bien, pero cuando yo me tiraba de lunes a viernes de casa al trabajo y del trabajo a casa, corrigiendo exámenes y trabajos y viendo todas las series de Netflix sola, lo que me pedía el cuerpo el fin de semana era salseo y salir por ahí.

—Entiendo… y, ¿qué has sentido hoy cuando lo has visto?

—Pues ha sido algo muy extraño. Lo he encontrado más maduro, diferente… dice que quiere volver a España y que… «tengo que soltarlo» quiere volver conmigo.

—¡No veas qué fuerte!, ¿no? Aún no te ha olvidado… y tú, ¿qué le has dicho?

—Pues qué crees que he podido decirle si hace más de dos años que cortamos… pues que está loco, que se deje de tonterías, que eso ha sido por la impresión de reencontrarse conmigo en Roma. Si hasta me ha regalado un bolso el muy loco y dice que esta noche quiere asistir a la cena del capitán antes de que zarpemos de Roma.

—Pero, ¿le dejarán subir?

—Por lo visto conoce al dueño de MSC porque ha hecho alguna campaña con ellos en el pasado.

—Menudo marrón, ¿no? Bueno, en fin, pienso… si es que no quieres nada con él.

Veo a Edu ponerse algo nerviosillo, está enrollando con fuerza un mapa de Roma, apretujándolo cada vez más y más.

—Bueno, la verdad es que no es una situación cómoda, pero los alumnos ya se han enterado de que es mi ex. Él sabe a lo que se expone… al ser muy conocido, sé que no lo van a dejar tranquilo.

—Tal vez no se presente cuando lo piense mejor.

—Con lo cabezón que es Carlos, seguro que viene. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja, no para hasta conseguirlo. Y hoy dice que quiere reconquistarme. En fin, estoy echa un lío.

Llegamos al barco y los alumnos corren a sus camarotes a echarse tranquilos, llamar a sus familias y contarles todo lo que han vivido en este día en Roma. Lo cierto es que se lo están pasando genial. Estoy segura que será el viaje que recordarán con más cariño de toda su vida. Cuando llego a mi camarote, tengo dos mensajes de Massimo y uno de Carlos. Madre mía…

Cara mía, questa notte ti recompensaré. He reservato un sitio en la mesa del capitán junto a los mandos del crucero. Ti vedo, doppo.

Por cierto, me he acordado mucho de nuestro beso durante todo el día.

Hola gatita,

«sin comentarios, please», verte hoy ha sido como una revelación del destino. Me ha dado un vuelco el corazón y el estómago se me ha cerrado por culpa de todas las mariposas que se han agolpado revoloteando. Esta noche querría hacer tantas cosas contigo… pero me conformo con que me concedas el primer baile del capitán, tras la cena. He conseguido hablar con Mauro, el dueño de la naviera y estaré sentado en la mesa del capitán. Supongo que tú estarás con los alumnos, pero tras la cena, te secuestro.

«Madre mía, yo sentada con Massimo y Carlos en la misma mesa y Eduardo mirando desde las gradas… todo puede salir mal… ¿por qué me complico tanto la vida, joder? Yo solo quería conquistar a Edu…».

—Toc, toc —suena la puerta interior que separa nuestros camarotes.

—Dime, Edu…

—Oye, he pensado en ir al jacuzzi de la cubierta catorce, ese que está más retirado.

—Pero si está lloviendo…

—Por eso, tiene que ser alucinante estar en el jacuzzi, calentito, mientras la lluvia te cae sobre la cara. ¿Te animas?

«¡Qué cojones, de perdidos al río!».

—Vale, ve adelantándote tú. Ni siquiera he podido entrar al baño. Ahora subiré.

—Mejor subir separados, como los alumnos se huelan que vamos de excursión al jacuzzi, se nos acoplan. Aunque, no creo, deben estar reventados.

—De quién será la culpa… Si es que eres un animal, caminar más de trece kilómetros, pobres criaturitas… que algunas niñas iban con sandalias de plataforma y han vuelto todo el camino en el autobús descalzas y con ampollas en los pies.

—Eso le pasa por no ponerse un calzado adecuado —sonríe al otro lado de la puerta— No te tardes mucho. Te espero allí.

Cuando termino de entrar al baño, ponerme el mejor traje de baño elegido por Zita para una posible ocasión, han pasado veinte minutos. Subo hacia la cubierta catorce sin encontrarme con nadie conocido. Espero no volver a marearme en el jacuzzi como la última vez. Cuando salgo a la cubierta exterior, el aire fresco y las gotas de lluvia me mojan el pareo de seda negro que llevo enrollado alrededor del pecho, pegándose al trikini negro como si fuese un segundo bañador. Cuando subo las escaleras hasta el jacuzzi, tengo ganas de darme la vuelta, ponerme una sudadera y un pijama calentito, pero cuando lo veo sumergido en el agua, con la cabeza y el pelo hacia atrás, siento que el corazón se me acelera.

«Madre mía que guapo es el mamón. Saltaba ahora mismo encima de él».

Me acerco despacio para que no me escuche hasta que esté dentro del agua, pero cuando pongo el primer pie dentro y me empiezo a quitar el pareo, abre los ojos y me descubre.

—¡Por fin! Ya pensaba que no venías… ¿quieres una copa? Me he permitido el lujo de pedirte un margarita…

—Sí, por favor, cualquier cosa para entrar en calor. Además, necesitamos hidratarnos que luego vienen las lipotimias traicioneras.

—Métete, el agua está estupenda, la he puesto al máximo…

—A ver si nos va a dar algo, ¡bájalo un poco, porfa!

—Cierra los ojos y relájate.

Me siento frente a él, pero se acerca y se coloca a mi lado con la excusa de darme la copa.

—¡Mira! —me señala la panorámica que tenemos en frente.

Desde el jacuzzi, con las gotitas de agua fría cayéndonos en la cara y la boca, admiro las vistas. El puerto está iluminado porque ya ha anochecido. Las luces del barco iluminan todo el mar alrededor y al fondo se ven las luces de Roma.

—¡Es precioso!

—Como tú —dice acercándose más. Levanta su copa para que brindemos, pero me mira tan intensamente, que creo que he lanzado un tímido gemido al verlo. Se precipita sobre mí tirando la copa al agua y me besa. Yo lo recibo con la boca abierta y siento que sus labios me devoran. Su lengua busca la mía dentro de mi boca. Cuando la encuentra y ve que es correspondido, me coge entre sus brazos y me abraza con fuerza. Me levanta y me sienta a horcajadas sobre él. Seguimos besándonos con una pasión incontrolable, pero tenemos que parar para respirar. Mientras recuperamos el aliento, nos reímos. Esta vez soy yo la que no puede esperar más para besarlo y le agarro la cabeza por detrás de la nuca, entremetiendo mis dedos por su pelo mojado y tirando de él hacia mí.

La licra de nuestros bañadores no es que sea una barrera muy grande para evitar que note su erección debajo de mi bañador. Siento su miembro entre mis piernas y mi sexo palpita porque quiere recibirlo en su interior. Seguimos besándonos y Edu me coge el culo, lo aprieta y empuja hacia él. Yo acaricio sus hombros y su espalda mientras le beso el cuello. El efecto del calor dentro jacuzzi y de la bebida hacen que el deseo sexual se potencie de una manera descontrolada. Lo noto restregarse contra mi entrepierna y empezamos a jadear a ritmo acompasado, como si estuviésemos haciéndolo. Lo deseo tanto… he deseado tanto este momento… las gotas de lluvia fría recorren mi cara que arde por el roce apasionado de su barba y los besos que nos damos.

—Estaba deseando esto… —dice separándose de mí un instante.

—Y yo… —respondo sin querer que pare. Necesito su lengua y sus manos recorriendo mi piel de nuevo. Recojo mi pelo y empiezo a besar su cuello despacio, entonces, veo que su teléfono móvil se ilumina. En la nube de notificación de WhatsApp leo: “Carmen”. Se me corta todo el punto y decido separarme.

—¿Por qué te alejas? —pregunta persiguiéndome por el jacuzzi hasta el otro extremo donde me he sentado.

—Porque de seguir así, creo que no podría parar y no quiero arrepentirme o que nos arrepintamos más tarde.

El teléfono empieza a vibrar. Ahora es una llamada. Parece que su prometida tiene ojos en todas partes. Edu se da la vuelta y lo ve.

—Responderé más tarde.

—A eso me refería con lo de arrepentirnos, —me doy la vuelta y cojo mi copa. Me la acabo de un trago. —Creo que es hora de ir a arreglarnos… así te dejo que contestes a tu llamada.

Me salgo del agua con rapidez. Cojo la toalla y me envuelvo en ella. Me siento súper celosa y no puedo remediar odiarla, aunque debería ser al revés. Yo soy la que estoy tratando de levantarle el novio.

—Leo, en cuanto lleguemos a Málaga voy a hablar con ella, te lo juro. Es solo que no me parece muy correcto terminar esta relación desde la distancia y por teléfono. Ya le he advertido por un mensaje que tenemos que hablar nada más llegue de vuelta. Que lo nuestro no está funcionando.

—¿En serio le has dicho eso? ¿Y qué te ha contestado?

—No lo sé, tal vez me esté llamando ahora por eso.

—De acuerdo… te dejo solucionándolo. Avísame cuando estés libre —le guiño y me marcho.

—¿Te vas sin darme un beso? —Me pide. Tiene la cara colorada por el calor y la excitación del momento. Me acerco hasta él y le doy un beso en la cara, él se gira y me da un beso húmedo y profundo, de esos que hacen estremecer todo tu cuerpo.

Me alejo del jacuzzi y cuando estoy bajando las escaleras le grito:

—Esta noche no cenaré con vosotros, estoy invitada en la mesa del capitán.

Me mira y levanta la mano en señal de reprobación, como si fuese una niña mala.

—Lo siento me han invitado antes de que te desataras en el jacuzzi… esto es la ley de la oferta y la demanda. No me lo tengas en cuenta.

—De acuerdo, pero no quiero que beses más a ese cachas italiano gilipollas… ¿vale? Líbrate de él y, también, déjale las cosas claras a tu ex…

—Haré lo que pueda… tú habla con tu prometida de una vez…—desaparezco sacándole la lengua. Edu sonríe, tiene la sonrisa más bonita que podría tener un hombre feliz.

12. Éramos pocos y baile del capitán con… ¡Sorpresa!

Los alumnos están nerviositos perdidos. Parece que van al baile de graduación de una peli americana. El teléfono suena decenas de veces haciendo preguntas inverosímiles, que me hacen replantearme seriamente mi profesión. Me miro en el espejo por sexta vez para empezar a maquillarme con el eyeliner después de que, los chicos, que se suponen están menos histéricos, aporreen mi puerta varias veces suplicándome que les haga el nudo de la corbata. Se me ocurrió comentarle a alguien que sabía hacerlos el otro día en el bus, y de ahí que se estén presentando en bandada. Hay momentos en que estamos hasta cinco personas en mi camarote. Ahora sí que se parece al camarote de los hermanos Marx.

«¿Dónde está Edu?» —pienso.

Enseguida lo escucho salir al oír nuestras voces. Sin embargo, el muy tranquilón les dice que no tiene ni idea de hacer nudos de corbata, que la suya tiene unas gomitas por detrás; su nudo ya viene hecho. Así que tan tranquilo se vuelve a meter para adentro. Ni un "hola, ¿necesitas ayuda?". Flipo.

Siendo sinceros, a mí no me importa hacer algún que otro nudo de corbata, pero al noveno nudo, enfundada en un vestido de Armani palabra de honor que me han prestado en una boutique carísima de Puerto Banús, que tengo que estar subiéndome cada poco rato para no enseñarles las tetas a estos adolescentes salidillos cada vez que subo las manos hasta sus cuellos para anudarles las corbatas, no me parece lo más idóneo.

Con la mejor de mis medias sonrisas, esas de "como-vuelvas-a-pedirme-algo-te-estrangulo" los despido en zapatillas, sin pintar y con el moño casi deshecho por culpa de tantos vaivenes con las corbatas. Estoy sudando. Voy al mini baño y busco el desodorante dentro de mi neceser. Miro con alivio y aún le queda.

«¿Te imaginas pidiéndole el desodorante *Axe* a Edu porque le mío se ha acabado? Me imagino bailando y cada vez que suba los brazos, desprendiendo un olor a machote que echaría para atrás…».

Borro esa imagen de mi mente y vuelvo a intentar arreglarme. Cuando creo que se respira tranquilidad y empiezo a maquillarme, suena la puerta de nuevo. Voy a comunicarles a los alumnos que ya no hago más nudos, cuando veo a una sonriente Sor Hortera, hecha un repollo, delante de mi puerta.

—¿Qué tal? ¡Sorpresa! ¿A que estoy guapa?

—Eh… sí, mucho. ¿Ya has terminado de arreglarte? —le pregunto entre frustrada y cortante mirando la hora.

—Sí. Estaba aburrida esperando en mi camarote y me he dicho voy a ver qué tal va Leo… pero… ¿Todavía estás así? ¡Madre mía!

«Odio máximo. Improperios saliendo de mi mente a borbotones. Relájate, que la mujer no habrá tenido que hacer ni un solo nudo de corbata».

—Sí, es que he tenido lío con los alumnos y sus nudos de las corbatas, pero si me dejas, termino en un momentito.

«…perra…»

Le cierro la puerta en las narices antes de que conteste. Agobiada, corro hacia el baño para seguir maquillándome lejos de la puerta. Aunque no hago más que meterme en el baño cuando pegan de nuevo.

«Odio supremo a quienquiera que se haya atrevido a llamar otra vez».

Abro y la veo allí parada, impertérrita, con una amplia sonrisa.

—Esto… Leo, necesito entrar en tu baño.

—¿Cómo? —pregunto descolocada. Pienso en el desorden que hay ahora mismo en ese baño de un metro cuadrado, más bien parece un escenario de película bélica que un baño. —¿Y el tuyo?

—Es que me acaban de entrar unas ganas terribles de… hacer popó. Verás, es que mi camarote está muy lejos, y como vaya hasta el mío, me lo voy a hacer por el camino, imagínate el pastel… ¡Qué lástima de mi vestido!

La dejo entrar a regañadientes para que la señora cague en mi váter. Sí ese minúsculo tazón que absorbe todo lo que entra como si fueses en un avión, aunque a veces falla y no sale tanta cantidad de agua y tengas que esperar a que se vaya el… regalito.

La espero fuera. Parece que la cosa va para largo y no tengo ganas de entrar a maquillarme allí y acabar rubia platino. Así que termino de pintarme con la luz del flexo de la mesilla de noche, mirándome en el espejito minúsculo de mi neceser. No sé si he comentado que el aseo de los camarotes de un crucero de lujo no tiene ventanas… pues entonces, queda todo dicho.

Cuando sale, diez minutos después y abre la puerta del baño, no huele a flores precisamente.

—¡Dios, Maribel! ¡Cierra esa puerta que se va a meter todo el mal olor en el dormitorio y quien tiene que dormir aquí después soy yo! ¿Qué has comido, mujer?

—Pues poca cosa. Lo que pasa es que yo cuando como fuera durante unos días, pues… la barriga se me descarrila.

—No, ya, ya, no hace falta que lo jures, ¡madre mía! ¡Abre la puerta del balcón! ¡Por Dios!

—Bueno, cielo, no quiero entretenerte. Voy a ir tirándole hacia el restaurante. ¡No te tardes, querida, que vas a llegar la última!

Cierra la puerta tan fresca y no me escucha. Dentro, me quedo con una esencia parecida a la de la ciénaga de *Shreck.*

Corro hacia el balcón para abrir la puerta corredera del todo. Gracias a Dios que el camarote tiene su terracita. Estaría vomitando de tener un ojo de buey de esos que no se abren. Por fin termino de arreglarme y miro el reloj:

«Las nueve y veinte. Ni tal mal. Para todo lo que me han interrumpido».

—Toc, toc —suena de nuevo la puerta. Busco mi bolso, el chal de pedrería negra que acompaña al Versace y me dirijo hacia la salida. No pienso llegar tarde ni atender a nadie más en mi camarote. Cuando abro la puerta, me encuentro a Massimo, guapísimo, alto, impoluto, perfecto, vestido con su traje de gala. Al abrir la puerta, el hedor que Maribel ha dejado en mi camarote sale expulsado por la corriente de aire que viene desde el balcón. Massimo arruga la nariz y pone un poco cara de asco.

—¡No he sido yo! —Me apresuro a aclarar—, es una larga historia…

—Seguro, cara mía. Las mujeres cagáis flores… pero eso huele… ¡*mio dio*! ¡Qué asco! En realidad, ¡No puedes ser tú…! Ese olor no es humano…

—Pues no, no he sido yo… pero, si lo hubiese sido, ¿tendrías algún problema?

—Para nada, bella. No pasa nada.

Colorada como un tomate, corro hacia el balcón para cerrar la puerta. Esta no es la primera impresión que buscaba con este modelazo de Armani que no me permite respirar, y mucho menos, salir corriendo por el camarote para llegar hasta el balcón y cerrar la puerta echándome a sudar de nuevo.

—¡No te preocupes! Ya cierro yo —Massimo me adelanta, tapándose la nariz con un pañuelo que lleva en su traje, sonríe divertido.

«¡Qué vergüenza! Cuando pille a Maribel se va a enterar… va a tener que confesar su apretón delante del mismísimo Massimo».

Estamos esperando el ascensor. Massimo me agarra por la cintura y me besa en la mejilla. Yo sonrío, pero me aparto justo cuando las puertas del ascensor se abren y descubro que, dentro del ascensor, hay varios alumnos. Les saludo tímidamente y Massimo arquea la ceja saludándolas. Las niñas ríen tímidamente… no quiero ni pensar lo que les habrán contado a sus familias sobre la profe de lengua: mamá, la profe "no para, no para…".

Llegamos al impresionante restaurante y todos los cruceristas están muy elegantes. Nuestros alumnos también. Parecen más mayores de lo que realmente son. Nos rodea una sensación inexplicable de ser gente importante, elegante y que se merece disfrutar, al menos, una vez en la vida, de una fiesta tan exclusiva. Sé que hoy está siendo un día inolvidable para ellos. Durante el día hemos estado en Roma y ahora esta cena de gala fastuosa con el baile del capitán como colofón. Massimo me acompaña hasta la mesa principal. Allí sentados se encuentran el capitán del crucero, otra mujer muy elegante que está de espaldas y habla con alguien de la mesa de al lado. Junto a ellos…

«¡Oh, Dios mío… esa es… ¿Sofía Loren?».

—Sí, es ella. Cierra la boca y después te la presento. Es un poco hermética con la gente nueva.

—Madre del amor hermoso, estás guapísima —dice Carlos, que se acaba de incorporar a la mesa con otro caballero y la que parece su mujer. Me da dos sonoros y lentos besos, muy cerca de la comisura de los labios, a lo que el semblante de Massimo cambia—. Leo, este es Mauro Fabrizzi, presidente de la naviera de este crucero.

—Piacere, signorina, Carlo mi ha parlato di te…

—Piacere —respondo, soltándome del brazo de Massimo, que se queda boquiabierto y, en seguida, saluda a Mauro, su jefe.

—Leonor será mi invitada en la mesa del capitán —anuncia Carlos a Mauro.

—Scusi, ho invitato Leonor al tavolo…

—Lo siento, debe ser un error, la señorita está conmigo… ¿Leo?

«¡Oh my God! Estos dos peleándose por mí delante de la mismísima Sofía Loren. Tierra trágame y no me escupas hasta que estos dos machitos se hayan relajado».

—Verás, en honor a la verdad, Massimo me invitó anoche a cenar con el capitán… tú me dijiste que vendrías hoy… pero no pensaba que cenaríamos en la misma mesa. Ni siquiera sabía si ibas en serio… Carlos. Hasta esta mañana, habías desaparecido de mi vida —le digo bajando la voz.

Massimo y Mauro hablan entre sí. El presidente de MSC parece divertido con la escena. Dos gallitos pujando por una mujer en la mismísima mesa del capitán. El hombre, gran aficionado al salseo, se frota las manos de gusto.

—No se preocupen, hay sitio para todos en la mesa. —Dice la preciosa mujer del naviero, tomando asiento—. Permítame presentarme, soy Lucía, la mujer de Mauro. No se preocupe, nosotras podemos sentarnos a un lado de la mesa; dejaremos a los caballeros hablar de sus negocios, el fútbol y otros aburridos temas en el lado contrario, si le parece.

Asiento con la cabeza y me cuelo por en medio de los dos. Escapando de esta embarazosa situación. Sin embargo, antes sentarme en un lugar junto a mi salvadora, Sofía Loren decide que

la luz de ahí no es buena para ella y cambia su lugar con el capitán, dejando dos huecos libres. Mauro y su esposa se sientan allí y yo tengo que ponerme en frente con Carlos a un lado y Massimo al otro.

«¡La Loren ha liado más el lío!»

El último comensal, de los ocho que componemos la mesa, parece ser el alcalde de Roma. No le quito los ojos de encima a la elegante actriz, que luce una sonrisa estudiada y espectacular. Sofía es un ejemplo de buenas maneras y distinción. Apenas puedo entender lo que dice en italiano. Estoy emocionada, no puedo creer que vaya a cenar junto a la mismísima Sofía Loren. Si mi madre me viera le daba un chungo.

Saludo a los alumnos desde la mesa del capitán, que está elevada sobre una especie de pedestal desde la que se divisa todo el restaurante. Me siento totalmente fuera de lugar. Busco a Edu en la mesa de los profesores, pero aún no ha llegado. No es propio de él; nunca llega tarde. Aunque conociendo a nuestros alumnos, seguro que alguno ha tenido algún percance y estará ayudándolo.

La cena comienza y Carlos no deja de hablar conmigo. Massimo parece muy molesto y me pregunta al oído:

—¿De qué conoces al tipo este? Es un modelo famoso, ¿no? Y, además, es un bastante *creduto*, ¿verdad?

—Es mi ex novio. —Massimo levanta las cejas y se inclina para verlo mejor. Carlos lo ve y levanta su copa a modo de saludo.

—¿Este quién es, el conductor del barco? —Me pregunta Carlos en voz alta, de manera que Massimo empieza a moverse intranquilo y tengo que agarrarle el brazo con mi mano izquierda mientras me inclino hacia la derecha para hablar con Carlos.

—Te pido por favor que no montes un espectáculo aquí. ¿Has visto quién se sienta al otro lado de la mesa? Además, todos mis alumnos están pendientes de lo que hago. ¡Te lo ruego! Esto es como un Gran Hermano, tengamos la fiesta en paz, por favor.

Recuerdo que Carlos era exageradamente celoso cuando estábamos juntos. Sentía celos sin motivos, además, fue él quien me puso los cuernos. Parece que se cumple eso de que la desconfianza va siempre ligada al miembro de la pareja en quien menos se puede confiar…

—Tranquila. Sé que he irrumpido en tu vida, pero estaba mucho antes que el italiano este que va de guaperas y se cree que esta muy fuerte por comprarse camisas dos tallas más pequeñas. No te pega, Leo. Este chusma no te pega.

Siento unas ganas terribles de mandarlos a los dos a la mierda. Levantarme y marcharme con mis alumnos. Pero por educación y estar sentada con personas tan importantes, me contengo. Me consuelo con el hecho de que al menos Edu no está siendo testigo de esta pelea de gallos. Ya no necesito ponerlo celoso, conozco sus sentimientos hacia mí. Sin embargo, ver a la chica que te gusta sentada con estos hombres tan guapos y que están todo el rato con tiras y afloja para ver quién se lleva el gato al agua, no es plato de buen gusto para ningún hombre.

«¡Madre mía! Si en Málaga nadie me mira. Ni siquiera con las aplicaciones ligo… si llevaba varios meses sin quedar con nadie antes de los besos de Edu en el ascensor y mira ahora».

Milagrosamente, la comida transcurre en armonía. Al menos consigo que Massimo y Carlos no la líen más. La mujer del presidente de MSC, Lucía, es una anfitriona genial y habla perfectamente castellano pues su madre es mejicana. Me presenta a Sofía Loren. La estrella de cine no hace ademán alguno a levantarse para darme dos besos. Sonríe tímidamente al oír mi nombre. Acto seguido, sigue bebiendo de su copa de champagne, departiendo en italiano con el

capitán del barco y pasa de mí. Supongo que para ella soy una insignificante mortal que se disipa entre los manjares que nos sirven en la mesa: ostras, caviar Beluga Alma, trufa blanca italiana y carne de buey de Kobe… entre otras exquisiteces que no había probado jamás en mi vida hasta ahora. Más tarde compruebo el precio de esas delicatesen en google y me lamento no haber comido más.

«¿Cuándo me veré yo en otra como esta?»

—¿Sabes cuánto vale la cucharada de caviar Alma que te estás comiendo? —Me pregunta Carlos.

—No, ni idea, cariño, tú tan desinteresado como siempre… la verdad es que un caviar amarillo no lo había probado nunca.

—Ni creo que sea algo a lo que te acostumbres. El kilo de este caviar sale a veintinueve mil euros… proviene del esturión Beluga albino de Irán y se comercializa en una caja de metal bañada en oro de veinticuatro quilates.

Miro la cucharita que acabo de meterme en la boca y veo que cada comensal tiene solo una en su plato. El sabor es imposible de describir. Es como una explosión de mar salvaje en tu boca. Me acuerdo de los bocadillos de pavo que me como en las guardias de recreo y cierro los ojos para saborear y recordar el momento cuando vuelva a la cruda realidad del patio en el instituto.

—¿A qué se debe este despilfarro?

—Coincide que es el cumpleaños de Mauro y también que, por lo visto, es el plato favorito de Sofía… Así que… ¡Disfrútalo!

Después de los postres, que casi nadie toca… el capitán hace un brindis con champagne delante de todos los comensales del gran comedor y da un breve discurso en inglés e italiano. Nos emplaza a reunirnos en el gran salón del barco para comenzar el baile del capitán.

Cuando llegamos allí, Edu aún no ha aparecido. Se ha perdido la cena. Aún sigo flanqueada por Massimo y Carlos, que pese a hacerse los distraídos hablando con otras personas, están mirándose de reojo a ver quién es el que me saca a bailar primero. Me siento una protagonista de los *Bridgerton* que espera paciente a que su destino se decida en el último baile de la temporada. Nada más lejos de la realidad. Los dos atractivos hombres que me están a mi lado no me interesan. Yo espero a la única persona que aún no ha aparecido. Me muero de ganas por ver a Edu en traje pues estoy acostumbrada a verlo en chándal cada día. Y, aunque le quedan muy bien, tanto por delante como por detrás, quiero ver si ese culillo respingón se le marca tanto en los pantalones de traje como en sus pantalones de chándal gris Adidas.

Aprovecho un instante para acercarme a hablar con Ana, que está mucho más guapa y pienso que debería ponerse más veces vestido y usar algo de maquillaje.

—No te había reconocido, Ana. Estás guapísima…

—Y tú… que eres la Mata Hari del barco… chiquilla, ese vestido te queda tan bien que si no fuese por los dos chulazos que te has buscado para que te guarden las espaldas, me replanteaba muchas cosas… Ese vestido te queda increíble. Parece bueno…

—Eh, sí. Es un Armani. Lo cierto es que me lo ha prestado una amiga de otra amiga que trabaja en una boutique de Puerto Banús. Si le pasa algo, estoy muerta. Cuesta como varios meses de mi sueldo.

—¿Se lo tienes que devolver?

—Sí, claro… aún tiene hasta la etiqueta puesta por dentro.

—Pues ten cuidado con no estropearlo. No sé cómo te atreves…

—Lo traje como último recurso, solo como emergencia… pero visto el glamur de esta noche

y que tenía que sentarme en la mesa del capitán… Por cierto, estoy deseando quitármelo porque la etiqueta me está matando. Si pudieses ayudarme, con disimulo, y sacármela del sujetador, se ha quedado pillada entre el sujetador y el vestido y me pica una barbaridad.

—¡Claro! Anda trae… que estás como una cabra.

La Pocachumba mete su manaza por detrás del vestido, mientras los comensales van ocupando el gran salón. A izquierda y derecha del salón hay unas escaleras de cristales brillantes que parecen sacadas de la película *Frozen.* Da la sensación de que la princesa Elsa va a aparecer bajándolas en cualquier momento. Las manos de Ana son gruesas y los dedos no son muy largos, así que tiene que meter la mano a presión y empiezo a escuchar cómo las costuras de la cremallera empiezan a ceder.

—¡Espera, espera! Es mejor que lo dejemos…

—No, espera casi llego…

—¿Qué hacéis? —Pregunta Sor Hortera que aparece de repente a nuestro lado.

—Estoy ayudándole a Leonor con su vestido, se le ha colado algo y le pica una barbaridad… mejor vamos al baño, ¿no?

—Vale, de acuerdo. Será mejor —respondo, empezando a agobiarme.

—Pero ahora no podéis iros, ¡el baile va a empezar!

Miro a la pista. Compruebo que Carlos y Massimo me están buscando con la mirada. Le pregunto a Maribel por Edu, y ella tampoco sabe nada. Empiezo a impacientarme porque no sabemos nada de él y quiero sacar la etiqueta que, después de haberla movido Ana con su manaza, parece que tengo una sierra eléctrica raspándome toda la espalda.

—Pues no sé, es extraño, la verdad. He mandado a un alumno a buscarle a su habitación, pero no estaba allí. Estoy un poco preocupada. Es muy raro… en cuanto pase el primer baile, vamos a buscarlo. Si hace falta, que nos abran su camarote. ¿Y si le ha pasado algo en el baño? —Confiesa algo preocupada.

—No creo… no te pongas chunga. Ya verás como se ha entretenido con alguien o está resolviendo algo de la visita de mañana a Palermo, ya sabéis como es.

—Sí, seguramente.

—¿Vas a bailar con alguno de los apuestos caballeros que han cenado a tu lado, Leonor? —Me pregunta Maribel pícara y sonriendo. A ella le encantaría ocupar mi lugar y yo se lo cambiaba encantada.

—Calla, calla, que menudo marronazo… Mira el plan que tengo… —le digo señalando a Massimo y a Carlos que me esperan al borde de la pista.

—Venga, que te ayudo… —se ofrece Ana— ¿con cuál te apetece bailar?

—Si te digo la verdad…

—¡Con Edu! —Me dice al oído— eso ya lo sabemos, pero Edu no está aquí ahora mismo, así que elige al sustituto y yo saco a bailar al otro. Así no te sentirás mal dejando al otro a dos velas.

—Muchas gracias —susurro cogiéndola de la mano y acercándome hasta ellos.

Cuando llegamos a la zona de baile, Carlos se adelanta, agarra mi mano y tira de mí hacia la pista. En ella solo están Mauro y su esposa, el capitán y Sofía Loren y un par de parejas más. Massimo se queda boquiabierto mientras yo levanto los hombros indicándole que no sé qué está pasando. Ana aprovecha para pedirle un baile y él accede, acercándose lo máximo que puede a nosotros.

—Te dije que me reservases el primer baile…

—Carlos eres un capullo, te lo juro. ¿De qué va todo esto? No me vengas con que me echas

de menos y quieres formar una familia y bla-bla-bla, que todo eso ya te lo propuse yo en su momento y saliste corriendo a tirarte a todas las modelos que has podido... ¿Ya te has cansado de ser un soltero de oro? ¿Ya ha llegado la hora de elegir a una "buena" chica para que sea la madre de tus hijos? Pues ahora te jodes. Si tu reloj biológico te ha pedido sentar la cabeza, búscate a otra, que a mí ya me perdiste.

—¿Has terminado? Sonríe, que nos van a grabar en video… aunque no sabes cómo me pones cuando te enfadas. ¡Mira! ¿Lo notas? —dice arrimándome el paquete a la pierna.

Carlos siempre fue un superdotado en todo lo referente al cuerpo humano. Su metro noventa y dos, sus inmensas manos y su espalda que podría usarse como pista de aterrizaje en Gibraltar, son directamente proporcionales a su pene.

Des-co-mu-nal.

—¡Eres un cerdo! —grito, separándome de él—. Como me arrimes la cebolleta otra vez más, me voy y te quedas bailando solo, ¡puerco!

—¿Cebolleta? Dirás calabacín por lo menos…

—¡Qué creído eres, Carlos! Ese es tú problema. Ahora sé por qué no quiero estar contigo. La memoria nos juega malas pasadas y, al verte, solo recordé las cosas bonitas… Sin embargo, ahora recuerdo TODO lo que no me gustaba de ti. Y porqué, a parte de tus infidelidades, no quise volver contigo. Te deseo lo mejor…

—Vas lista si con ese discursito te crees que me vas a dejar fuera de combate.

Estoy a punto de mandarlo a la mierda cuando, por el rabillo del ojo, veo que alguien baja por las escaleras brillantes.

—¡Ostia, puta! ¡No me lo puedo creer!

—¿Qué ocurre?

—Nada, he visto un fantasma.

Bajando las escaleras de cristal de Swarosky veo a Edu, que por fin ha aparecido. Respiro, aliviada, pero acto seguido veo que no baja solo. A su lado está Carmen, su prometida y detrás, el padre, acompañado de una mujer que debe ser su esposa.

«¿Qué cojones hace Edu con su prometida y sus suegros en el crucero?»

—¿Los conoces? La chica está cañón…

—Sí, es mi compañero del viaje de fin de curso… Edu.

—¡Ah! Lo recuerdo, ese es con el que me confundiste hoy en Roma… Espera, puedo reconocer esa miradita. Reconozco esos ojitos de niña boba… ¿no estarás pillada por ese tirillas?

—Carlos, no seas imbécil. Para ti cualquiera que no mida más de uno noventa y sea un puñetero top model, es un mindundi…

—Lo defiendes… ¡estás colgada! Pues ella vale más que él.

—Necesito irme y salir a tomar algo de aire fresco.

—De eso nada —dice asiéndome fuerte a la cintura, pegándome contra él. Trato de ocultarme detrás de este colosal espécimen masculino, de algo sirve al menos, para que Edu no me vea. Estoy fuera de combate, no sé qué puñetas hace ella aquí. Justo ahora que todo comenzaba a ir bien entre nosotros—. Tenemos que hablar, no puedes irte.

—Carlos. No me agobies ahora mismo. No hay nada de qué hablar. Ya te he dicho lo que pienso de ti esta mañana en Roma —le repito, mirando de reojo a Edu. Veo cómo él y su futura familia política han llegado hasta la pista de baile.

El capitán saluda al constructor ruso, parece que se conocen pues se saludan amigablemente.

—Te abro mi corazón, vengo hasta aquí para demostrarte que voy en serio y tú estás aquí

como si nada, pendiente del pamplinas ese… ¿sabes que he tenido que firmar más de cincuenta autógrafos y hacerme mil fotos con tus alumnos por verte?

—¡Qué sacrificio! Eres muy considerado. Con lo atractivo que eres y lo gilipollas que te pones… por algo eres el rey de Instagram.

—Anda abrázame y déjale claro al italiano ese que pasas de él. No deja de mirarnos de reojo.

Me había olvidado por completo de Massimo. Lo miro y tiene un semblante muy serio mientras baila con Ana. Mi compañera parece pasárselo bomba. Ana es fantástica y eso que parecía seria en el instituto. Pasan a nuestro lado bailando y me sonríe guasona, señalando con la mirada los bíceps de Massimo.

No sé cómo, pero cuando la canción acaba, nos detenemos junto a Mauro y el capitán.

—Carlos, ¿conoces a la familia Límchenko? Viven en el sur de España. Precisamente, el prometido de su hija está navegando con nosotros de viaje con sus alumnos. Si lo hubiésemos sabido, les habríamos dado mejores habitaciones y atenciones.

—No tengo el gusto.

Carlos se acerca hasta Ígor Límchenko, Carmen y su madre. Se presenta. Las féminas de la familia parecen encantadas de saludarlo. Entonces, Carmen repara en mí.

—¡Hola! Uy, uy, uy, yo… yo creo que te conozco… tu eres… la profesora compañera de Edu… no te había reconocido tan… elegante— se agacha un poco y me da dos besos en las mejillas, pero sin llegar a rozarme. Ella está divina. Lleva un vestido blanco palabra de honor que realza su figura. Parece la mismísima jodida princesa Disney perfecta que ha bajado por las escaleras y va a ponerse a cantar *Let it go* allí mismo.

—Sí, es cierto… ahora te recuerdo, nos encontramos una tarde en el Corte Inglés… Y, ¿cómo es eso de que…. estáis por aquí, en Italia? —pregunto todavía sin creérmelo.

—Pues verás, he venido a darle una sorpresa a… mi prometido —dice mientras lo agarra aún más fuerte del antebrazo; aunque no hace falta, yo creo que todo el barco ya se ha dado cuenta de que es suyo. Él no dice nada, está blanco como la pared—. Ya sabes que nos casamos justo cuando regreséis del crucero, así que he venido a darle una sorpresita y consultarle algunas dudillas sobre los preparativos de la boda. Tampoco quería que se olvidase de mí y de lo mucho que le echo de menos. Además, mi padre, el pobre, se está gastando un dineral en la boda. Va a ser una locura. La boda del año en Marbella. Así que nos hemos presentado aquí para pasar esta noche tan especial en este increíble barco. ¡La verdad es que no podía aguantar más sin verle! ¡Es que es tan mono!

—No sé qué le veis —murmura Carlos entre dientes. Le doy un codazo mientras Carmen le da un besazo a Edu delante de sus padres, que hace que hasta el capitán se sonroje.

—Esta juventud… —dice Ígor Límchenko—. Hija, tenemos que irnos en breve porque el barco va zarpar pronto. Recuerda que el capitán ha sido muy amable dejándonos subir a bordo para darle una sorpresa a tu novio. ¡Madre mía! Llevan unos días sin verse y no pueden aguantar… ¡Juventud! Ya veréis como cuando estéis casados agradeceréis perderos de vista unos días —confiesa, mirando a su esposa de reojo.

—Sí, sí, padre. ¿Nos deja un… último baile antes de marcharnos? —le pregunta al capitán.

—Por supuesto. Pero en treinta minutos tenemos que zarpar —informa mirando su reloj.

—¡Más que suficiente! Edu, ¿Cuál es tu camarote…? —le pregunta acaramelada, tirando de él hacia una de las salidas del gran salón.

Los señores Límchenko se quedan departiendo con Mauro. Ígor, el padre de Carmen, no ha dejado de mirarme en todo momento. Su mirada me atraviesa; es como si sospechase algo. Vaya

hombre más siniestro. Si pensáis en el malo de las películas americanas, ese ruso que es capaz de quitarte de en medio con solo pestañear, pues ese es el padre de Carmen.

Ana se acerca hasta mí y me dice en el oído:

—¿Esa era la novia de Edu?

—Sí.

—Está muy buena, ¿no?

La miro con cara de pocos amigos y me voy hasta la barra. Necesito beberme todo lo que encuentre. Lo primero que pillo es una copa de champagne que uno de los camareros lleva en su bandeja.

—¡Leo! Yo también tengo que irme en breve…

—Ahora no, Carlos. ¡Déjame en paz, por favor! No es no.

—¡Vamos! ¡No me jodas! Te mueres de ganas porque te dé… lo que te daba…

Lo miro de arriba abajo con cara de asco y ganas de tirarle la copa de champagne, pero ya me la he bebido.

—La potencia sin control… —le susurro— ¡Adiós! ¡Que te vaya bonito!

—Te llamo cuando vuelva por Málaga…

Levanto mi dedo corazón y le indico con un ademán que haga lo que quiera, que paso de él.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí, Carmen? —pregunta Edu, cerrando la puerta de su camarote de un portazo.

—Así que… aquí es donde sueñas conmigo… no está mal para un simple profesor…

—¡Carmen! Te repito. ¿Qué coño haces aquí? Estoy trabajando. Ahora todos mis alumnos saben que has venido y ni yo sé a qué: ¿a darme una sorpresa o a controlarme? ¿Recibiste mi mensaje? Supongo que por eso estás aquí. Precisamente eso es lo que te pido en ese mensaje: espacio, tiempo…

—¡Estupideces! Tú lo que estás es cagado… suele pasar. No te preocupes, cariño —dice acercándose a Edu muy zalamera, enrolla los brazos a su cuello e intenta besarle. Sin embargo, él le hace la cobra y la esquiva. Carmen lo empuja de espaldas a la cama y salta sobre él antes de que pueda reaccionar.

—Eh… Carmen. ¡No!

—Uy, uy, ¿no estás cachondo? ¿Ni siquiera un poquito? —Se burla y empieza a besarle el cuello.

—¿Cómo tengo que decírtelo? No es el momento ni el lugar más adecuado para esto.

Logra zafarse de ella y se mira en el espejo del cabecero. Se atusa los pelos con la mano y la invita a levantarse.

—¿En serio estabas cortando conmigo, Edu? ¿En serio? ¡En mitad de este puto crucero! ¿Por un mensaje en el contestador? No se puede ser más cutre.

—Te he pedido un tiempo, no he cortado contigo, —se exaspera, aunque sabe que ella tiene razón. En realidad, quiere cortar con ella, es solo que la situación lo desborda.

—Hay otra, ¿verdad? Tiene que haber otra. De otro modo, jamás cortarías conmigo… ¿tú me has visto? Tú, ¿tú te has visto…?

—¿Perdona?

—Quiero decir que sabes que soy guapa, rica, perfecta… ¡coño soy la puta reina del baile de la vida de cualquiera! Y, ¿me dejas a menos de un mes de la boda?

Edu se queda callado mientras ella no para de dar vueltas por la habitación.

—No la has podido conocer en el barco… una alumna tampoco es, no eres de estereotipos… ¡Ya está! Es la mosquita muerta esa de tu compañera… la que vimos en Málaga, en El Corte Inglés. Noté cómo te pusiste nervioso con ella ese día y te lo he vuelto a notar hoy… no parabas de mirarla de reojo. Estabas preocupado por ella… te conozco Eduardo.

—No inventes… —dice sin poder mirarla a los ojos.

—¿Os habéis enrollado ya?

—Pero, ¿qué dices?

—Mira, Edu. Me da igual. Si esto ha sido un rollete de viaje de fin de curso, una especie de despedida de soltero, hasta lo puedo entender. Estás agobiado porque te despides de tu soltería y… bueno, vale. Pero ya está. Punto y final. Cuando el barco llegue a puerto se acabó esta historia de colegiales. Volverás a la vida real. Te casarás conmigo y dirigirás el colegio bilingüe que mi padre y sus inversores rusos están construyendo en Marbella. Nene, tenemos toda la vida por delante… ¿ya no me quieres? ¿Has olvidado todo lo que hemos vivido juntos…? ¿Has olvidado por qué me pediste que me casase contigo? —Se acerca despacio mientras comienza a llorar.

Edu no puede resistirse a verla llorar y se deja abrazar. Carmen deja caer la cabeza sobre su pecho y solloza en él, interpretando el papel de telenovela de su vida.

«Tal ve tenga razón, tal vez esto sea un encaprichamiento. No puedo tirar por la borda todo lo que he construido al lado de Carmen. No puedo renunciar aun futuro brillante por un encaprichamiento. Incluso me ha perdonado… pero es que, creo que ya no la quiero. Cada vez que veo a Leonor siento que el corazón se me va a salir por la boca, que no sé bien cómo ponerme o comportarme para llamar su atención. Que si me sonríe se me pasa todo lo malo… es que sencillamente no puedo dejar de pensar en ella, aunque esté al otro lado de la misma habitación. Es algo que nunca me había pasado con ninguna otra mujer…».

Cuando Carmen se desahoga, le da un beso en la mejilla antes de separarse. Él la mira a los labios, parece que sus lágrimas son sinceras y no puede evitar conmoverse. Entonces ella, familiar con todas las señales del cuerpo de él, se acerca y lo besa en los labios.

—No te preocupes, amor. Te pido perdón por haberme presentado aquí de esta manera, es que necesitaba verte y aclarar las cosas cara a cara, no te imaginas la que hemos liado para poder subir al crucero.

—Da igual, está bien… es un gesto bonito, pero… un poco desmedido.

—No hace falta que me acompañes. Tenemos que irnos ya —se dirige hacia la puerta y mira el reloj del móvil— te despediré de mi padre, lo comprenderá. ¡Piénsatelo! Te estoy esperando en Málaga. No te reprocharé nada. Tienes que tomar una decisión. No debe importarte los invitados, el banquete o los miles de preparativos que mi padre ha organizado ya; al fin y al cabo, eso es solo dinero… debes mirar dentro de tu corazón y ver si aún merezco la pena.

—Gracias por darme la oportunidad de pensarlo.

—Te quiero, Edu. No lo olvides —susurra, cerrando la puerta del camarote. Edu se queda cabizbajo y pensativo. Con más lío en su cabeza que antes. Hubiese preferido que lo mandase a la mierda por haberle sido infiel y le hubiese dado dos bofetadas. Pero entonces, Carmen no sería una mujer que pelea por lo que quiere, que lo conoce perfectamente, y sabe que a él se le conquista por el corazón.

«Cómo pude enamorarme de un idiota, cómo ha podido engañarme otra vez… se suponía que iba a cortar con ella…»

Me bebo dos tequilas de un sorbo y noto que el barco se mueve un poco más de la cuenta. Me agarro a la barra. Todo el mundo parece pasarlo muy bien bailando y disfrutando de la fiesta. No tengo ganas de nada. Solo quiero correr a mi camarote y ponerme a llorar, pero no lo hago porque seguramente Edu estará follando con su prometida en el tiempo extra que les ha dado el capitán.

Pienso, que una cosa es querer cortar con tu prometida después de un calentón en un jacuzzi y otra muy distinta es volver a la realidad de golpe al encontrarte con tus suegros y tu novia en pleno crucero. Es para que se le baje el punto a cualquier casanova. Su relación es demasiado idílica, perfecta, y económicamente extraordinaria, como para hacerla saltar por los aires por mí. Ellos ya tenían una vida juntos antes de conocerme… ¿qué tenemos nosotros? Atracción física, que nos sentimos a gusto, una conexión que hace que nos olvidemos de todo lo que nos rodea cuando estamos juntos.

Su cara de circunstancias ante una posible pillada delante de su novia lo ha dejado claro. Menuda puta casualidad que haya venido hasta aquí, o menuda listilla…

—¿Estás bien? —pregunta Massimo, colocándose a mi lado.

—He estado mejor…. ¿tanto se me nota?

—Te he visto algo alterada hablando con el tipo ese…

—Sí…

—¿Te ha molestado? ¿Ha sido grosero contigo?

—No, no, que va… bueno, en su línea. A ese potro ya lo he domesticado yo muchas veces… No te preocupes. Bueno o eso creía yo. Porque cuando creí que éramos felices, me puso la cornamenta y se tiró a la mitad de las top models que puedas ver en las portadas de las revistas… pero es agua pasada, “pasado pisado” como dicen las canciones de reguetón que escuchan mis alumnos.

—Supongo que ha sido una impresión muy fuerte verlo aquí.

—Sí, sí ha sido muy fuerte. No lo veía desde que lo dejamos.

Pobre Massimo, el pobre cree que estoy así de triste por Carlos… si el supiera…

—¿Aún le amas?

—¿A quién? ¿A Carlos? —Dejo escapar una carcajada tan sonora que espurreo un poco de la bebida que tengo en la boca—. No, no, ¡qué va! Es solo que… se me remueven muchas cosas cuando lo veo —miento—, hoy me lo encontré en Roma y ha insistido en venir al baile… es famoso y tiene sus contactos, ya sabes.

—Sí, sí. Mauro me ha dicho.

—Creo que me voy a ir un rato a mi habitación. Necesito estar a solas. ¿Lo entiendes?

—Sí, sí, por supuesto. ¿Necesitas que te acompañe?

—No, déjalo. Siento que la noche no haya acabado como habíamos imaginado. Disfruta de la fiesta. Tendrás que atender a muchas personas…

—No te preocupes, cara mia. Estoy libre. Yo esta noche la había reservado para ti.

—Massimo —suspiro, tomando aire— lo sien…

—No te preocupes. No tienes que explicarme nada. Poco a poco. Descansa.

—Gracias.

—Hasta mañana, Leonor.

Me siento como si una apisonadora me hubiese pasado por encima. Me despido de Massimo

con un casto beso en la mejilla. Huele realmente bien y el hombre está increíble. Él seguro que espera más de mí, pero estoy desolada. Además, cuando tu corazón manda, ya te puedan poner a los dos tíos más buenos de la faz de la tierra por delante, que no te fijas en ellos. Podéis dar fe de ello.

Cuando me estoy alejando, una alumna, Esther Villalba, me pregunta la hora a la que hay que estar por la mañana en el hall y alaba mi vestido. Me detengo un instante a hablar con ella. Entonces, la música acaba y uno de los señores mayores que estaba bailando y dándolo todo en el comienzo de las escaleras de cristal, resbala y se precipita hacia atrás. Se golpea en la cabeza con la barandilla y cae redondo escaleras abajo, agarrándose con la mano del tirante de mi vestido y llevándome por delante en su caída. Por suerte, Esther y yo caemos sobre otras personas que hay cerca y acabamos en el suelo encima de ellas.

—¡Leo! —Dice la alumna cuando nos levantamos.

—¿Estás bien? —Le pregunto, atolondrada.

—Sí, yo sí, pero tu vestido… —se acerca y trata de taparme un pecho.

El hombre me ha roto el tirante del vestido en su caída. Las lentejuelas están en el suelo, y compruebo que se ha manchado de sangre. Aunque es negro y disimula algo la mancha, se ha manchado y está destrozado en la parte del hombro. Tardo en reaccionar unos segundos. Trato de taparme, levantando el tirante con la mano.

«¡Ostras! El Armani a la mierda, ¿qué le digo yo ahora a la amiga de mi amiga? Mejor, dicho, ¿cómo pago los cuatro mil novecientos euros que cuesta el trapito?».

Siento aún más ganas de llorar. Entonces, lo hago. Estoy tan desfasada que ni pienso en mí, en los demás o en todo el guirigay que se ha montado a nuestro alrededor.

—¿Estáis bien? —pregunta Maribel acercándose hasta nosotras, mientras los gritos llamando al doctor, hacen que todo se detenga— Leo, tienes sangre en la cara. Me toco y noto gotitas de sangre en el rostro. No me duele nada, así que deduzco que deben ser del señor mayor.

—Necesito ir a mi habitación —sollozo.

—Voy contigo —se ofrece Maribel.

—¡No! ¡Por dios! ¡Dejadme un momentito a solas! —le grito.

Salgo corriendo hacia la salida más próxima, tapándome, como puedo, para no ir enseñando un pecho a todo el mundo con el que me cruzo. Me miro en los espejos del pasillo conducente hacia los ascensores. Estoy hecha un cromo. Tengo el pelo y la cara manchados de sangre, el vestido roto y lo único que impide que me quede desnuda allí mismo es mi brazo recogiendo los jirones del vestido. Parezco una versión pret-a-porter de *Carrie* en el baile de fin de curso… Llamo al ascensor que, por suerte, no lleva a nadie. Una vez dentro, empiezo a llorar sin medida, sobrepasada por todo. Tendré que pagar el vestido, adiós a mis ahorros. Lo peor de todo es pensar en el ridículo y en cuántos desconocidos me habrán visto salir corriendo del baile con esta guisa. Siento mucho asco al notar la sangre de ese hombre sobre mi rostro. A mí que no me gusta ni que me den dos besos los desconocidos, y que durante el tiempo que usamos mascarillas estuve a mis anchas.

Su actitud al marcharse con su novia al camarote para despedirse a solas, no deja lugar a dudas que Edu va a seguir a delante con su boda. Salgo del ascensor y me encuentro con un alumno que va a volver a la fiesta. Le sonrío levemente al salir, me mira perplejo y se queda inmóvil delante del ascensor mientras me ve descalzarme y correr por el pasillo hacia mi camarote. Solo quiero llegar allí, cerrar la puerta y meterme debajo de la ducha. Cuando estoy cerca, a unos metros del camarote, doblo la esquina y me tropiezo de bruces con ella.

—Perdón —me disculpo de soslayo, sin reconocerla al principio. Voy a continuar la marcha, casi sin mirar, cuando siento que me cogen del brazo.

—¡Hola! ¿Leonor? ¿Qué te ha pasado? —pregunta a la vez que exagera, a cámara lenta, como si se limpiase la comisura de los labios tras haber realizado una felación. Empieza a escenificar como que está recomponiéndose tras darse un buen revolcón. Se retoca el peinado y se sacude el vestido. Parece que la muy zorra se ha hincado de rodillas en la habitación y lo escenifica delante de mí para dejarlo claro.

—Eh… no nada, a mí no me pasó nada. Ha sido un caballero mayor que sufrió un percance cerca de mí en el salón de baile. El hombre se calló estrepitosamente y trató de agarrarse a mí.

Le muestro mi destrozado vestido y se lleva las manos a la cara con sorpresa. Debajo de la mano, creo vislumbrar un atisbo de sonrisa que trata de disimular. Siento ganas de estrangularla. Qué ridículo más espantoso. Tan solo me separan unos metros de mi camarote, lo que más deseo en el mundo entero es meterme dentro y llorar hasta que no haya un mañana. Olvidarme de todo y que esta estúpida Barbie rusa desaparezca de mi vista.

—Oh, vaya lo siento… ¿algún herido? ¿Tú estás bien? Edu y yo estábamos despidiéndonos… y ya sabes… no hemos oído nada. —sonríe maliciosa—. ¡Ay pobrecita, estás temblando… si necesitas algo, puedo avisar para que venga alguien! Yo debo marcharme ya, mi padre va a matarme como tengamos que dormir en el crucero… solo le gusta dormir en su barco. Aunque seguro que a Edu le encantaría que me quedase…

—Sí, sí, yo estoy bien, pero el hombre ese no sé. He tenido que venirme. Bueno, espero que podáis bajar del barco con todo este follón.

Cuando me doy la vuelta para marcharme, me agarra del brazo. Intento zafarme, sin comprender qué está pasando para llegar hasta mi camarote, pero no puedo. Carmen me agarra con fuerza. Estoy algo mareada y conmocionada, pero sé cuando alguien me está sujetando a conciencia para que no me pueda ir.

—Pues… la próxima vez, puede ser que no tengas tanta suerte… podrías ser tú quien caiga escaleras abajo rodando, o por la borda… no debe ser difícil simular un accidente entre tantos pasajeros. Deshacerse de un cuerpo en alta mar… otra turista borracha más, que se acercó demasiado al borde…

Me quedo en shock y boqueo como un pez fuera del agua, sin que las palabras salgan de mi boca.

«Puta loca» —pienso—, «¿en serio me está amenazando?»

—Sí, no me mires con esa cara de mosquita muerta. Sé lo que intentas: quieres quitármelo. Pero que te quede muy claro: Edu es mío. No te creas que no sé que llevas algún tiempo remolineando alrededor de él. ¡Escúchame, puerca! No te vas a salir con la tuya. O lo dejas en paz ahora mismo y te olvidas de él o te juro que los contactos rusos de mi padre en la costa te harán una visita cuando lleguéis a Málaga. Sé dónde vives…

No puedo articular palabra, la sangre se me hiela. La empujo y consigo que me suelte. Quiero decirle muchas cosas, entre ellas que es una “puta loca que me ha amenazado de muerte”, pero entiendo que sería provocarla más. La miro de arriba abajo y, su rostro, antes angelical y de princesa Disney, se ha transformado en siniestro y sombrío. Idéntico al del mafioso de su padre.

—Olvídate de mí, ¡estás como una cabra! —Le grito corriendo hacia mi camarote. De reojo la veo mirar el caro reloj de oro y brillantes de su muñeca. Duda, pero entonces, se da la vuelta divertida.

Llego al camarote y paso la tarjeta, justo cuando el servicial hombrecillo del servicio de

habitaciones llega para preguntarme algo que no entiendo, ni a lo que respondo. Echo el cerrojo por dentro y me pongo a llorar tras la puerta, resbalando con la espalda apoyada en la puerta hasta que me siento en el suelo. El rímel se me corre y emborrona mi mirada. Me escuecen los ojos, pero más me escuece el orgullo por haber dejado que esa gilipollas me amenazase así. Sin embargo, no estaba en una situación para discutir con ella, estaba devastada. Siento que también me escuece el corazón por haberlo tenido tan cerca y haberlo perdido en un instante. La muy asquerosa le ha faltado tiempo para venir al barco y tener sexo con él. He jugado mis cartas, pero no he podido ganar. Tal vez tiene razón, solo soy una aprovechada que he querido levantarle el novio. Pero…

«¿No hemos sido todas alguna vez un poco aprovechadas cuando se trata de amor o de habernos enamorado? ¿Acaso los hombres o las mujeres somos propiedad de otras personas y no podemos acercarnos a nadie por miedo a enamorarnos o que se enamoren de nosotras?»

Estoy muy cansada, agotada. Tanto, que casi me quedo dormida en el suelo. Solo tengo fuerzas para llorar mientras me lavo la cara, los brazos, y me quito el carísimo vestido que tendré que pagar. Pienso que Edu está a tan solo un metro detrás de la puerta interior que separa nuestros camarotes.

Llaman a la puerta nada más me pongo un camisón de Women's Secret de Snoopy, el menos sexy que tengo. Pienso en que puede ser la loca de Carmen, o tal vez sea alguna de mis compañeras que vienen a ver cómo me encuentro. Me levanto como puedo y miro por la mirilla: nadie. Abro la puerta con sumo sigilo y asomo la cabecita por la rendija que he abierto, y con el pie empujando detrás de la puerta, para que no se vaya a colar nadie en mi habitación. No estoy preparada para más sustos. Me aventuro al pasillo y, sin embargo, no se escucha nada. Siento un escalofrío y corro de nuevo hacia dentro, como si el payaso de la película *IT* estuviese acechando encima de mi cabeza. Cierro el pestillo de la puerta y vuelvo a acostarme.

«Toc, toc». Llaman de nuevo. Espero a que se cansen, porque no pienso salir a abrir más. Al cabo de unos segundos, vuelven a llamar a la puerta.

Más harta que decidida, me dirijo a la puerta y la abro de par en par sin mirar.

—¡Hola! ¿eres tú?

—Sí, soy yo. Venía a ver si estabas bien. Si todo está bien por aquí… me has dejado preocupado.

Lo miro, y siento cierta ternura por el único hombre que se ha preocupado por ver si estoy sana y salva.

—¿Puedo pasar?

Lo observo unos instantes. La pregunta es muy tentadora, pero no tengo ganas de estar con nadie.

—Te prometo no intentar nada… solo quiero hablar o abrazarte hasta que te quedes dormida…

Mi estado de nerviosismo me impide decirle que no. Sé que necesito estar con alguien, y Massimo parece ser el único que se ha preocupado por mí. Tras pensarlo detenidamente, le dejo pasar.

—Está bien. Pero te quedas solo unos minutos hasta que me tranquilice, después te agradecería que te marchases, por favor.

—De acuerdo, cara mía —sonríe y entra descubriendo dos copas y una botella de champagne.

Le dejo pasar y cierra la puerta con su pie, sin embargo, la puerta queda entre abierta y no nos damos cuenta que está entornada hasta que llevamos un rato abrazados y el ruido de la puerta al

cerrarse me despierta.

—Massimo, muchas gracias por venir, pero creo que deberías irte.

—Como desees, bella. Ti vedo mañana.

—Gracias de nuevo. Le digo y le dejo darme un casto beso en los labios.

Massimo se marcha y yo me quedo dormida enseguida, pensando en lo bueno que es el italiano.

No puedo creer lo que acaban de ver mis ojos. He llamado dos veces a la puerta de camarote de Leonor. Me ha parecido oírla llorar… Estoy seguro de que ha malinterpretado lo que ha sucedido con Carmen. Quiero explicarle que ya no la quiero y que le he dejado caer que la boda se aplaza, que necesito un tiempo porque en realidad de quien estoy enamorado es de ella. Sin embargo, no me ha abierto la puerta. Instantes después, he escuchado que hablaba con alguien en el rellano, así que he abierto a ver si era ella la que estaba llorando. Entonces, he visto la puerta del camarote entreabierta y como alguien entraba en su habitación. Por la rendija de puerta abierta he podido ver con suficiente claridad cómo Leonor y el capitán italiano ese se tumbaba en su cama. He sentido que la sangre me hervía y he querido entrar dando una patada e interrumpirles… pero, ¿quién soy yo para actuar como un novio celoso? ¿Qué somos nosotros? Nada… solo soy un compañero de trabajo, del cual parece haberse colgado un poco, pero tengo una vida personal muy complicada como para estar esperándome eternamente. Entonces, he cerrado la puerta de un portazo y he vuelto a mi camarote.

«¡Qué mala suerte enamorarte de una persona y perderla la misma noche que ibas a decirle que lo dejas todo por ella!»

Apago la luz y me pongo los auriculares del Iphone para no escuchar al que posiblemente sea el amor de mi vida follar con un italiano gilipollas que no la merece.

La vida es una puta mierda, a veces.

13. Sicilia, la cosa nostra.

Amanece y me preparo para afrontar otro día del viaje de fin de curso. Me siento algo cansada de tantas noches de fiesta, las comidas copiosas y de no parar en todo el día y toda la noche. Estamos durmiendo una media de cuatro miserables horas al día. Eso es muy poco incluso para una noctámbula como yo.

Hemos atracado en la isla de Sicilia, hoy visitamos la ciudad de Palermo. Me meto en la ducha dando tumbos. Me duele la cabeza. He dormido fatal y poco, a pesar de haberme tomado dos pastillas para dormir. Tal vez, por eso, tengo la cabeza embotada. He soñado con novias cadáver que me perseguían por la cubierta del barco, zombis y hasta con un francotirador ruso que me pegaba un tiro cuando me asomaba al balcón de mi camarote.

Me siento bastante mareada y no tengo ganas de salir de la cama. Como puedo, llego a la ducha. Pierdo la noción del tiempo debajo de la ducha hasta que las manos se me ponen arrugadas como pasas. Solamente pensar en los cuatro mil pavos del vestido que sigue tirado sobre el sofá cama del camarote echo una porquería, me hace sentir peor, con ganas de llorar y autocompadecerme por mi mala suerte.

Cuando nos bajamos del barco, en el puerto de Palermo, Edu está ya esperándonos. Él va a ser nuestro guía por la ciudad. No necesitamos contratar autobús ya que el puerto conecta con el centro de la ciudad. Mientras camino con mis gafas de sol y cara de pocos amigos, nadie se acerca a preguntarme, tan solo algunas alumnas cruzan miradas de pena conmigo. Todos fueron testigos de cómo ese hombre se cayó encima mía, destrozándome el vestido. Por suerte, el hombre fue llevado a tiempo al hospital y su vida ya no corre peligro. Sin embargo, el susto, que nos llevamos todos, fue mayúsculo.

La ciudad está sucia, es gris y denota un descuido continuo por dirigentes más interesados en conseguir dinero de forma rápida que invirtiendo dinero en cuidar los legados culturales y monumentos de la ciudad. Tiene cierto aspecto a la España en los años sesenta. Caminamos en fila india por las estrechas aceras, sin embargo, la mayor parte del tiempo, tenemos que estar invadiendo la carretera con el consiguiente riesgo de ser atropellados porque las aceras son tan estrechas y, en algunos tramos, inexistentes. Todos los cruceristas nos dirigimos hacia el centro. La visita de la catedral y varios monumentos cercanos, algo más cuidados, son de obligada visita. Parecemos un grupo de abejas escalando por un enjambre de callejuelas para llegar a hasta la abeja reina, en forma de catedral. A los demás parece no gustarle mucho la suciedad, los papeles por el suelo, las manchas de grasa en las aceras, los sicilianos encima de sus motos de tres en tres y sin casco… Palermo parece una ciudad sin ley.

En cambio, a mí, la decadencia de las callejuelas de la ciudad me encanta. Las bragas y los sujetadores tendidos en las cuerdas de los tendederos junto a los edificios más emblemáticos y turísticos de la ciudad tienen su aquel. Todo eso que nos parece tan manido y pasado de moda; a mí me chifla. Tras la visita a la catedral, con la subsiguiente foto de grupo, empiezo a hacer fotos y voy quedándome atrás, poco a poco sin darme cuenta; entonces, varias chicas de mi tutoría vienen a avisarme.

—Seño, tenga cuidado que hay un par de tíos por ahí muy chungos, llevan todo el rato siguiéndonos. Los miro y se dan la vuelta haciéndose los distraídos.

—No os preocupéis, mientras vayamos con el grupo no pasará nada. Miro hacia delante y empiezo a preocuparme porque no veo a nadie del grupo.

—Leonor, es que te has quedado sola, los demás estarán ya en el mercado de Palermo. El profe ha dicho que nos esperaría al final del mercadillo.

Caminamos a prisa por las empedradas calles conducentes al mercadillo ambulante de la ciudad, cuando unos chiquillos sicilianos salen de la puerta de su casa y empiezan a perseguir a mis alumnas. Los niños no tendrán más de siete años, pero no dejan de perseguirlas y hacen el ademán de cogerles el culo. Pienso en lo asalvajados que aún están en estos barrios italianos.

—Seño, pues no va el niño ese y quería cogerme el culo. ¿Será guarro! Y no levanta tres palmos del suelo.

—Para que veas cómo son los italianos… desde chiquitos.

La ciudad contrasta bastante con Roma, donde la gente se ve más cosmopolita y urbana. Aquí todo le mundo parece más rústico y con una mentalidad antigua, encerrados de casas para adentro.

Llegamos al mercadillo y el tufo a pescado podrido nos echa para atrás. Conforme nos adentramos en los primeros puestos, comprobamos que el género se expone al aire libre; sin hielos o vitrinas para conservarlos, aunque sean carnes y pescados. El olor a carne cruda, pescado en descomposición y alimentos recalentados es horrible. Algunos puestos incluso exponen las cabezas de los cerdos goteándoles sangre todavía, a un palmo de distancia de los turistas que pasean entre los puestos.

—Maestra, yo por ahí no paso, ¡qué asco! —Se queja una alumna. A la que se le suman varias más.

—¿Qué pasa? —Pregunta Edu— ¿Por qué vais tan atrasadas? Tened cuidado, esta ciudad no es tan segura como otras en Italia.

—Es que tengo aquí un motín… que dicen que ellas no pasan por ahí, les da mucho asco.

—¡Chicas, por favor! Esta es una excursión inmersiva… además, no hay otro camino por el que regresar al puerto. ¿O queréis volver por esas callejuelas?

Miramos a un lado y ahí están parados los tipos esos con mala pinta y los pequeños acosadores sexuales de hace un momento. Con mucho cuidado, e intentando no respirar, atravesamos por en medio de los puestos del mercadillo, como si las cabezas de pescado con ojos saltones y las vísceras de animales fuesen minas antipersona. Yo misma tengo que contener alguna arcada por el fuerte olor a todo lo malo que se te pueda ocurrir; desde orines hasta pescado podrido. Vamos, no compraba yo aquí nada para comer ni aunque tuviese que meterme en un bote y salir a la mar a pescar mi propio pescado.

Cuando ya casi hemos salido del mercado, a una de las alumnas se le antoja comprar una funda para su móvil en uno de los puestecillos. No me fio mucho de dejarla sola con el dinero en este lugar, así que me espero con ella. Tarda en decidirse y perdemos de vista a los demás, excepto a Edu, que está esperando y contando los alumnos a la salida del mercado. Justo cuando lo está pagando, siento un fuerte tirón del brazo. El movimiento es rápido y firme, así que el bolso se me descuelga del hombro sin oponer resistencia. Un tipo sale corriendo con él, camino arriba, por en medio del mercadillo. No llego a caerme, pero tardo unos segundos en recuperar la estabilidad. Siento una punzada en el antebrazo, pero ni miro. Mantengo la vista fija en el ladrón que corre calle arriba.

—¡Ladrón! ¡Al ladrón! —Empiezo a gritar mientras corro tras él. Por suerte, hoy llevo zapatillas cómodas, aunque el empedrado de las calles ascendentes no es la mejor pista de atletismo.

Los demás visitantes del mercadillo, así como la gente local, ni se inmuta ante mis gritos.

Levantan un poco la vista y cuando comprueban que es otro tirón más, pasan del tema y siguen a lo suyo. Lo persigo un par de minutos, aunque a mí parece mucho más tiempo porque empieza a faltarme el aliento. Cuando comienzo a perderlo, me detengo. Entonces, una moto con Edu encima pasa a mi lado.

—¡No te preocupes! ¡Voy a cogerlo!

El verle pasar, me envalentona. Recuerdo mentalmente los callejones en los que estuve haciendo fotos antes, así que decido tomar un atajo por una calle lateral. Antes, me fijo en el puesto que tengo al lado, con todo el dolor de mi corazón agarro lo primero que tengo a la mano del mostrador y salgo corriendo.

El entramado de callejuelas es un laberinto. Suerte que cuando estoy a punto de perderme, escucho unas apresuradas zancadas corriendo al volver la esquina, detrás, no mucho más lejos, el sonido de una moto me indica que esas pisadas son del ladrón. Aguardo detrás de la esquina, preparada y con el corazón latiéndome a mil por hora. Entonces, ¡Boom! El tipo cae al suelo, chocando contra un coche que había aparcado cerca. Se le cae el bolso de la mano, y empieza a gritar de dolor. Se mira la ropa horrorizado y ve su camiseta manchada de sangre. Aún no sabe bien que es lo que ha pasado, pero cuando descubre la enorme cabeza de un atún a sus pies, grita aún más y sale corriendo despavorido.

—¿Estás bien? —Se interesa Edu desde la moto.

—Sí, sí —respondo más tranquila al ver que el ladrón se marcha. Me agacho para recoger el bolso.

—¿Está todo?

—Sí, creo que sí —jadeo.

—¡Vamos, sube! Hay que largarse de aquí.

—¿Y esta moto? —Pregunto subiéndome detrás.

—No sé, hay que devolverla. Es lo primero que he visto cerca para poder salir detrás de ese cabrón.

—¡Gracias! —le agradezco y me subo agarrándome tímidamente de sus hombros.

«Enamorada, ¿de nuevo? Eso de que vengan a rescatarte en el último momento tiene su aquel. Yo ya casi tenía al ladronzuelo acorralado; pero que haya robado una moto y haya salido detrás sin pensárselo… no sé a vosotras, pero a mí me pone y muchísimo.

—Agárrate bien que los adoquines de estas calles son una pesadilla. No quiero que te caigas, que no llevamos ni casco.

Bajo las manos hasta sus caderas. Él las coge con determinación y las pasa alrededor de su cintura. En parte le odio por haber representado una pantomima de familia feliz con su prometida la noche anterior, pero por otra… me derrito al sentir cómo la camiseta se le levanta con el viento y mis dedos entran en contacto con sus oblicuos.

Cuando aparecemos encima de la moto, los alumnos nos vitorean al verme levantar el bolso en señal de victoria encima de la moto. Me siento un poco Juana de Arco regresando de la batalla. Sonrío para mí, porque no me he dejado avasallar, cosa que habría hecho en España tan solo unos días antes. Creo que este crucero me está cambiando. Me está ayudando a convertirme en una mujer más fuerte y segura de mí misma.

Al regresar al barco, los alumnos no dejan de repetir la aventurilla una y otra vez, exagerando los detalles de la hazaña. Que si “la Leo” le ha dado una paliza a un tipo con una cabeza de toro para recuperar su bolso, que si “el de educación física” ha saltado con la moto no se cuantos escalones y de un tejado a otro; vamos, poco más o menos que hemos rodado la última parte de

Fast and Furious misión Palermo. Tras un rato relatando y exagerando, la novedad dura poco y todos se disipan rápido para ir a asaltar los restaurantes del crucero.

—Chicos, voy a pillar algo rápido de comer, pero me voy a echar un rato en mi camarote —anuncia Ana— esta noche quiero darlo todo en la discoteca… ¡Noche de disfraces! Bueno, ya hablamos más tarde y me decís por qué parte del barco estáis. He pensado algunos disfraces que pueden estar chulos.

—Yo no sabía nada de una noche de disfraces —protesta Sor hortera—, Edu…

—Ni idea, yo tampoco lo sabía. Será algún cambio de planes en la animación del barco.

—Pues yo me voy también a mi cuarto, a ver si encuentro algo con qué poder disfrazarme.

Los tres nos miramos mientras se aleja y sonreímos. Ella está siempre disfrazada, no le hace falta disfraz alguno.

—¿Qué vas a hacer tú? —me pregunta Edu, sin mirarme directamente a los ojos.

—Pues había pensado comer algo, tumbarme en una hamaca hasta las seis que empieza el aqua gym y la animación en la piscina grande. En realidad, estoy que me caigo, pero como pare, soy capaz de no levantarme hasta que hayamos llegado a Palma de Mallorca mañana por la mañana.

—¡Qué marcha tienes! Venga, como contigo, pero después me bajo a echarme un rato. Paso de aqua gym…

Durante la comida, Edu no para de hablar de todo y de nada en concreto. No menciona nada sobre la visita de su prometida hasta que yo le saco el tema.

—Menuda sorpresa anoche, ¿no? ¿Te lo esperabas?

—Je, je, ¡qué graciosilla! Para nada. No sé qué mosca le picó anoche a Carmen… bueno, me lo imagino, pero plantarse aquí de esa manera y con sus padres…

—Yo pensé en ti, ahí delante de todos los alumnos… y dije: “tierra trágame”.

—Precisamente es eso. fue un corte total delante de todos los alumnos, de vosotros, de ti…

Se hace el silencio un instante hasta que hablo de nuevo.

—Por mí, no debes preocuparte. En cierto modo, lo entiendo, es tu novia, ¡vais casaros! Además, si quitas la toxicidad y la posesividad, es bastante romántico.

«Suponía que ibas a dejarla, ¿NOOO?» —pienso mientras habla.

—Tú lo has dicho, en cierto modo... tú tampoco estuviste aburrida anoche… no veas la que se formó…

—Sí, incluso pasé miedo porque cuando nos caímos no sabía que había pasado…

Sin querer le rozo la pierna con mi pie por debajo de la mesa, lo retiro rápido y él sonríe. Su sonrisa es la cosa más bonita que he visto nunca. No puedo evitar que los vellos de la nuca se me ericen con solo rozarlo…

—¿Quieres un café?

—Edu, parece que no me conoces…

—Lo sé y sé el que te gusta. Voy a buscarlos. Vuelvo enseguida.

Pensativa y melancólica lo veo alejarse hacia la cafetería que está en la otra punta del restaurante buffet, uno de los que están abierto las veinticuatro horas en el barco. Los alumnos adoran comer aquí porque la especialidad es la comida basura.

—¡Buenas!

Un apuesto comandante de barco me saca de mis pensamientos. Una sonrisa blanca ilumina la cara de Massimo que se detiene al verme. Viene con unos compañeros que saludan quitándose el gorro de marinero.

—¡Hola! No te había visto. ¿Qué haces aquí?

—Teníamos hambre y a estas horas… ya sabes. *Ci vediamo Dopo* —se despide de sus compañeros por un rato y se sienta en frente. Miro de reojo hacia la esquina por donde Edu ha desaparecido unos instantes—.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Estoy algo mejor. Aún tengo flashes de la noche anterior… fue muy heavy.

—¿Muy qué?

—Muy duro —sonrío por mis expresiones—. Ahora solo necesito desconectar y pasármelo bien.

—Me parece fenomenal. Yo termino mi turno en media hora… si quieres podemos echar la tarde en la piscina de la cubierta superior; te prometo que no va a faltarte el rosé.

—Tiene buena pinta tu propuesta, porque mis compañeros se van a echar la siesta.

—Muy típico spañolo…

—Ya, pero a mí no me apetece dormir y malgastar las oportunidades de esta ciudad flotante, así que, había pensado hacer algo de aqua gym y disfrutar de la animación en la piscina grande, tirarme por esos toboganes tan emocionantes…

—Pues sí que tienes energía… ¡venga! ¡Me apunto contigo! Adiós a la tarde de relax… pero puede ser divertido. Normalmente no disfruto del barco en mi tiempo libre. Me quedo en mi camarote, veo alguna película o me voy al gimnasio.

—Bueno, pues aquí están los cafés —anuncia Edu con dos cafés encima de una bandeja y una mirada inquisitoria a Massimo que ha ocupado su sitio.

—Oh, sciusi ¿estabas sentado qui?

—Sí.

—No pasa nada, Edu, siéntate aquí a mi lado. —Me muevo hacia un lado en el banco y le dejo un hueco.

Se hace un silencio incómodo y la tensión se corta con un cuchillo. Edu le da un sorbo grande al café humeante y permanece callado.

—Conoces a Massimo, ¿verdad?

—Sí, sé que os rescató en el puerto de Marsella…

—Este es Edu, un compañero de instituto.

Massimo sonríe cortés y se levanta para continuar su camino. Aún está de servicio y parece que sus compañeros no han abandonado aún el restaurante.

—Bueno, Leo, ti vedo en una hora en la piscina principale, junto a la zona de animazione.

—Muy bien, Massimo. Ahora nos vemos.

Massimo se agacha para besarme y yo le ofrezco mi mejilla. Él me da un sonoro beso, y deja claro que esperaba besarme en los labios. Edu eleva las cejas y sonríe nervioso. Cuando se va, deja escapar un bufido y dice:

—¡Vaya fantasma!

—¿Cómo? —pregunto sorprendida.

—No, nada. El amigo italiano este tuyo que te has echado…

—¿Qué pasa con él?

—Que es un fantasma, ¿no? con ese rollo suyo de capitán guaperas de barco…

—Es un chico muy majo. Además, ha sido muy amable conmigo desde que comenzó el crucero.

—¡Claro! Yo sé ese lo que busca…

—No te pega ese comentario antiguo y machista. Bueno, no te preocupes por eso… tal vez sea un poco fantasma, los italianos son así, pero no creo que tenga mal fondo, además, al menos él está soltero…

No sé ni porqué he dicho eso, pero claramente le molesta y se levanta.

—¡*Touché*! Sabes que lo he intentado…

Se da la vuelta y se aleja sin que me dé tiempo a pedirle disculpas. Me levanto al cabo de unos minutos y solo pienso en pasármelo bien. Paso de los líos de Eduardo, Massimo y la madre que los parió. Quiero evadirme y dejar de pensar en los hombres.

Una vez estoy en mi camarote, cojo una pamela, la que mi amiga Zita se empeño en que me comprase, un pareo y mi bikini azul marino. Vestida para aqua gym, zumba, o lo que me pongan por delante.

Encuentro una hamaca libre, a estas horas no es difícil, la mayoría de los cruceristas están repantigados durmiendo la siesta en las camas de los camarotes, reponiendo fuerzas para poder seguir comiendo más durante la cena. Miro el reloj y aún falta más de media hora para la primera clase acuática. Pienso en la infidelidad y en lo mal que me siento por desear a otra persona que no sea Edu. Massimo no estaba en mis planes. No le debo fidelidad a nadie y en el fondo de mi ser sé que Edu no va a dejar a su novia, esa sicópata loca que parece perfecta, pero que muy estable del todo no está.

«¿Le sería infiel a Edu si me lío con Massimo?»

Tal vez sería infiel a mí misma, cosa que veo aún más grave. Sin embargo, hoy no me apetece pensar en lo correcto o lo que pueda ser mejor. Hoy quiero disfrutar. Tomarme unos cuantos margaritas y dejarme llevar.

«¿No os pasa, a veces, que estáis en una situación, sabéis que la estáis cagando, pero no podéis remediarlo?»

Pues así me siento yo ahora mismo.

"Yo sé que ese chico está enamorado de mí, pero aún no lo sabe…" es una frase mítica de mi amiga Zita. Sé perfectamente lo que pensaría si estuviese en mi situación: CARPE DIEM. Zita es una mujer fascinante que no deja nada para mañana, para el futuro. Vive su presente como si le quedasen unas pocas horas de vida; bueno, qué digo horas, más bien minutos… Eso me fascina de ella. Yo, en cambio, siempre soy más hormiguita. Pienso en el futuro, en lo que vendrá, qué es lo más apropiado a largo plazo. Planifico demasiado y trato de controlarlo todo. Sí, hasta el amor… que, como ya sabemos todos, es incontrolable.

El monitor de Aqua zumba es el mismo del gimnasio. Un cañón de hombre, rubio, ojos verdes, con la misma espalda que Thor y unos bíceps tan gordos como su martillo. La verdad, es una lástima, porque creo que está con el otro monitor del gimnasio, el más morenito. Llevo un buen rato bailando en el agua y justo cuando está sonando una canción de Rihanna que me encanta, aparece Ana por una esquina de la piscina, me saluda y se acerca a hablarme.

—Pero bueno, ¡qué marcha llevas! ¿No?

—¡Anímate!

—No, ahora mismo estoy relajada. He estado haciendo yoga y meditando un rato en mi cuarto.

—¡Anda ya! Tú te has echado una siesta, ¿a quién vas a engañar? —sonrío y continúo siguiendo la coreografía de la canción dentro de la piscina con el aliento entrecortado.

—Eres tremenda. Me voy un rato arriba a los jacuzzis… vente si quieres, aunque… ahí tienes a alguien esperándote…

Miro al lado opuesto y veo a Massimo sin camiseta y en un bañador rojo corto, mostrando sus abdominales y pectorales. Me quedo boquiabierta y le jaleo para que se una a la clase. Me dice que no con la cabeza. Se sienta en la hamaca contigua a la mía. Más de media piscina no puede apartar la mirada de él. Mujeres, hombres, chicas, chicos, chiques y viceversa… es imposible no repasarle el cuerpo con la mirada un par de veces antes de poder apartarla.

—Te dejo que aquí la tensión sexual se palpa en el ambiente… ¿Oye cuántos margaritas te has tomado? —dice señalando la mesita donde están mis cosas.

—Cuatro, creo… suficiente como para acabar en el fondo de la piscina, así que no puedo parar o me hundiré en el agua.

—¡Borracha! —sonríe y se aleja.

—¡Es que hacía mucho calor!

—Calor es lo que tú tienes, pero por dentro. ¡Freshcah! —Me guiña el ojo al doblar la esquina.

Y tiene razón, mientras hago zumba en el agua, miro a Massimo de reojo y no puedo dejar de desearlo. Me sonríe tumbado en la hamaca y no puedo pensar en otra cosa que no sea tirarme allí encima de él y que me estruje con todos sus músculos.

Sé que es una puñetera locura, pero estoy muy cachonda. Lo nuestro no llegaría a buen puerto… Un guaperas italiano, comandante de un crucero y yo una profesora de secundaria en España. Si ni siquiera me he enrollado con algún chico de Despeñaperros para arriba durante la feria de Málaga porque sé que no va a ir a nada y no nos volveremos a ver. Lo mío nunca ha sido sexo sin amor, pero, ¡qué coño! Las oportunidades se aprovechan. Ya he estado atontada demasiado tiempo.

Lo siguiente que recuerdo es a Massimo tumbándome en su enorme cama, sacándose la camiseta y echándose encima de mí. Y, ahí ¡Dios mío! Qué es eso que me empuja entre las piernas…

Me besa en el cuello, rápido, pero recorriendo cada milímetro de mi piel sin dejarse nada. Me acaricia las tetas y sus manos gigantescas las cubren por completo. No sé ni como, pero mi traje de baño desaparece dejando mis pechos al aire. Massimo los mira y sonríe, como pidiéndome permiso para poder seguir. Los contempla una vez más, después, se acerca para lamerlos despacio, tanto, que siento escalofríos cuando su lengua hambrienta y húmeda juguetea con mis pezones. Le agarro por detrás de la nuca y meto su cabeza aún más adentro, entre mis pechos. Empieza a bajar por mi vientre hasta el ombligo; antes de bajarme la parte inferior del bikini, me mira.

—¿Estás segura?

Lo miro y pienso que no puede ser más atractivo, delicado y perfecto…

—Sí, claro —dejo escapar insegura, aunque si lo pienso un segundo más, sé que no lo haré. El alcohol y el deseo hablan por mí. Me caen algunas gotitas en la frente del pelo mojado, no he podido secarme si quiera cuando nos ha dado el calentón en las hamacas.

Su bañador cae rodando por las piernas y le veo el culo de refilón cuando se adentra en mi sexo con su boca. Dejo escapar un gemido de placer cuando siento su lengua juguetear y vuelvo a mirarle el culazo que, aunque está moreno, se le nota la señal del bañador, cosa que me excita aún más. No sé si grito mucho, bastante o demasiado, porque cuando estoy disfrutando boca arriba, desinhibida, acariciando mis pechos y Massimo sigue empleándose en mí, escucho mis propios gemidos escandalizada. Muerdo la almohada para no chillar tanto. No quiero que nos llamen la atención. Los camarotes, aunque sean de lujo, tiene paredes igual de gruesas que el

papel de fumar. Qué importante es disfrutar del sexo sin complejos, dejándote llevar. Liberándote de todas las imposiciones sociales y las caretas diarias. Solo somos dos personas y dos cuerpos dejándose llevar, disfrutando del sexo. Deberíamos normalizar tener sexo unas cuantas veces a la semana, al igual que haces otras actividades como, Yoga, Pilates o ir al gimnasio.

Cuando lleva ya un tiempo conmigo, a riesgo de correrme si sigue, le digo que le toca a él. Le atraigo hacia mí y cuando se levanta, creo que me voy a desmayar. Quiero chupársela, pero nada más verla de reojo, sé que no me va a caber en la boca.

—No te asustes…

—¡En serio! Suele pasarte, ¿verdad?

Sonríe mientras él se tumba y tomo su posición.

—No te preocupes, iré despacio.

Decir que su polla es Des-Co-Mu-Nal es quedarse corta. Dios mío, las comparaciones son odiosas, pero, ¿no habéis comprado algunas veces un calabacín de un kilo, que sobresale de todos los demás, pero que aún así, os lo habéis llevado y habéis fantaseado con que si el calabacín fuese una polla, menuda fiesta te ibas a dar en casa… pues eso, yo tengo el calabacín entre mis manos ahora mismo.

Debo confesar que me agobia su tamaño. Massimo coge un preservativo de la mesita de noche, Durex XXL puedo leer de pasada. Estoy segura que a esa caja le falta otra X y alguna L. En realidad, debería ser XXXXLLL, por lo menos.

Nos besamos y, muy despacio, me penetra. Poco a poco sus movimientos empiezan a ganar en velocidad y confianza. Estoy muy húmeda, así que noto el tamaño, pero no me molesta. Me agarro de sus caderas y al cabo de unos minutos, estoy atrayéndolo más hacia mí, quiero sentirlo más dentro si cabe. Yo que estaba un poco asustada por el tamaño, mírame ahora disfrutando como una loca.

—Necesito darme una ducha —anuncia Massimo, levantándose de la cama. Está sudando a chorros. Miro el reloj y hemos tenido sexo durante una hora y media, ¡madre mía!

—Tienes que estar echo polvo… —sonrío.

—¿Quieres ducharte conmigo? —pregunta, pícaro desde el baño—, aunque la ducha no es muy grande, ya sabes…

—No te preocupes. Yo… ahora iré a mi camarote. Ya me ducho allí. Tengo que cambiarme para la fiesta de disfraces de esta noche.

—Como quieras, pero aspetta un secondo que salga de la ducha, no te vayas aún, déjame estar un po più con te a letto…

El jodido es perfecto. He tenido yo citas en Tinder en las que aún no ha sacado la polla y ya te está echando de su piso… y él quiere que me quede un poco más en la cama.

Media hora más tarde, salgo del camarote, casi a hurtadillas, parece que hubiese cometido un delito o algo. Casi me falta llevar los zapatos en las manos y andar de puntillas. Cuando estoy cerrando la puerta, la puerta del camarote contiguo se abre despacio.

«Mierda».

Siento unas ganas enormes de volver a meterme dentro, pero ya es tarde, el compañero de camarote de Massimo va a salir de la habitación. Me detengo, me siento ridícula porque no he hecho nada malo… aunque los remordimientos empiezan a agolparse en mi conciencia, sin saber por qué. Bueno, yo lo sé, pero no quiero ni pensarlo en estos momentos. Ya no tengo tiempo de volver atrás, así que cierro la puerta aún más fuerte para salir corriendo sin saludar. No conozco a

nadie en este crucero salvo a mis alumnos y compañeros, me da igual que cualquier extranjero me vea salir de un camarote de primera. Entonces, cuando me giro para hacer mutis por el foro, miro de reojo y veo a Laura Rueda saliendo del camarote contiguo. Por si no lo recordáis, Laurita es la hija de esa señora amabilísima de la reunión de padres que no quería que su hija se quedase a dormir en un camarote mixto por si su hija pudiese ser mancillada por alguno de los chicos del viaje.

—¡Laura! Pero… ¿qué haces …?

—¡Maestra! ¡Qué susto! —Grita sorprendida. Detrás, sale un joven de unos veintitantos, casi desnudo, que le alarga un tanga que se ha olvidado.

—Esto no es lo que parece, me apresuro a aclararle.

—Yo tampoco, maestra, lo mío tampoco.

—¿Y eso…? —Le pregunto señalando a la prenda íntima…

—Esto…Pues lo mismo que eso… —señala a los shorts que me he puesto del revés, dejando el forro de los bolsillos por fuera, la cremallera abierta, dejando entrever mi bikini debajo.

—Vale. Haremos un trato. Yo no digo nada de lo que he visto aquí y tú no le dices nada ni a los profes ni a tus compañeros, ¿vale?

—De acuerdo, seño.

—Prométeme una cosa…

—¿El qué?

—Que no vas a volver por aquí en busca de este chico… parece mucho más mayor que tú.

—Bueno, qué va, tiene diecinueve… es que sus padres están en el casino… y estábamos solos. Pero no va a volver a pasar, te lo prometo, Leonor —miente.

—Sé que no es de mi incumbencia, pero ¿Habréis tomado precauciones? Dime que sí, ¡por lo que más quieras! Jamás te hubiese preguntado, no es de mi incumbencia, pero entiéndelo ahora mismo estás bajo mi responsabilidad. Además, ya sabes cómo es tu madre. ¡Lo que nos faltaba!

—No te preocupes, claro que sí; eso no hace falta pregúntalo, seño. Somos responsables, como usted.

Asiento con la cabeza. Nos alejamos en silencio hacia los ascensores como dos desconocidas. Mientras esperamos el ascensor, solo aparece la palabra en mi cabeza: XXXL en neones luminosos… yo también tomo precauciones…

Llaman a la puerta del camarote. Es Sor Hortera. Trae mi disfraz…

—Hola, preciosa, ¿te has arreglado ya?

La miro de arriba abajo y no puedo creer lo que veo; la muy loca se ha disfrazado de… ¡monja! No quiero ni pensar en el cachondeo generalizado entre los alumnos.

No puedo articular palabra. Ella lo nota y sonríe satisfecha.

—No me falta un detalle, el velo, el rosario… ¡era mi ilusión! Volver a vestir los hábitos…

—Pero, ¿son de verdad?

—Pues claro… mira toca, toca…

Toco la áspera tela y me muestra una bolsa de plástico con una percha que trae en la otra mano, aunque juraría que no la traía en la mano, ¿le habrá cabido debajo del habito?

—Este es tu disfraz: ¡Un traje de flamenca!

—¿Un traje de flamenca?

«¿Puede haber algo más estereotipado para ponerte en un crucero lleno de extranjeros? Me imagino rodeada de guiris haciéndome palmas desacompasadas, gritándome olé y pidiendo que me marque un bailecito a lo Sara Baras».

—Tienes que estar muy guapa, venga que te ayudo a ponértelo.

—Creo recordar que me hablaste una vez de que tenías un disfraz de Bonnie and Clyde. Yo me imaginaba muy sexi con un vestido negro ceñido de charleston, tipo años veinte, un cigarrillo de esos muy largos, y unas medias de rejilla… ahora me tendré que poner la bata de cola y hacerme un caracolillo en la frente.

—Es que mi sobrina había cogido ese disfraz para la despedida de soltera de una amiga… y claro, he pensado que este es el que mejor te puede quedar. Tiene unos años, de cuando yo estaba más delgada… pero vamos que si quieres podemos cambiarlo; si prefieres el de monja.

Desisto del ofrecimiento y cojo el vestido de flamenca a desgana para ponérmelo. Ya no hay tiempo para improvisar nada. Al ponérmelo, noto que me queda algo estrecho, no puedo subirme la cremallera.

—¿Me ayudas con la cremallera? No quiero cargarme otro vestido prestado…

—Sí, claro. Ay, cielo. Ya me enteré, pobrecita… ¿Qué va a pasar con el vestido? ¿Se rompió mucho?

—Un poco, la verdad… tendré que pagarlo… adiós a las vacaciones hasta dos mil veinticinco.

Le cuesta bastante cerrarlo, pero al final cierra. Me miro en el espejo y parezco una versión flamenca de Bob esponja.

—El vestido… ¿a qué edad te lo ponías?

—Je,je, —sonríe nerviosa— cuando era más jovencita.

—Eso qué edad era, ¿catorce?

—Anda, qué exagerada eres. Te queda muy bien. Ya verás que, con los complementos, te ves aún mejor.

Saca un mantón, la flor, unas peinas y empieza a adornarme cual árbol de navidad. Empiezo a sudar. El traje de flamenca es encima de manga larga.

—Ala, mira que guapetona estás. Vamos al baño que te retoque el pelo. Te voy a hacer un moño alto y con el mantón parecerás la mujer morena de Julio Romero de Torres.

—Si soy castaña, Maribel.

—Ya verás, te voy a echar tanta laca que va a parecer que tienes el pelo negro azabache.

Al final, en conjunto y con la esperanza de que nadie lleve un disfraz tan hortera como el mío, es decir, que no haya otra flamenca más entre las alumnas para que no puedan comparar, no está tan mal. Voy más apretada que una morcilla de burgos, pero bueno, no hay tiempo para más.

Llegamos al hall donde hemos quedado todos antes de ir a la discoteca. Por suerte, los alumnos flipan con la indumentaria de Maribel, así que pasan momentáneamente de mí.

—Maestra, ¡qué fuerte! ¡La Sor Hortera se ha vestido de monja!

«Digo, así, con todo su coño y que digan lo que quieran. Me parece genial, pero hay que tener bemoles».

—¿Tú de que vas? De Lola flores…

—No, idiota, va de la Rosalía.

—Pero Rosalía lleva gafas de sol y unas botas altas de *motomami* —aclara Lucas —, Leonor, ese outfit está incompleto… ¿me dejas que te traiga unas botas de charol negro que tengo, unas gafas y unas cadenitas de *brilli brilli*? Y ese pelo… bueno empecemos por lo más básico. Ven conmigo, vamos a mi camarote y arreglo eso que pareces la gitana de encima de la tele de mi abuela…

Lo sigo resignada junto con Claudia y su novio, Manuel Hurtado, que sonríe divertido detrás

de mí.

—Tiene razón, Seño, ese disfraz hay que arreglarlo, ¿ha visto el nivel?

Contemplo a mi alrededor y veo a un grupito disfrazados de la serie “la casa de Papel”, a Esther Villalba de la *Khaleesi* junto con otros personajes de “Juego de Tronos”, incluso los frikies del grupo se han disfrazado de personajes manga y pokemons. En qué momento han echado esos niños un disfraz “por si” y no nos hemos enterado.

—De acuerdo, pero no podemos tardar mucho. El concurso empieza en breve.

—Maestra, tenemos que cantar juntas en el Karaoke… —dice Claudia.

—Vale, ¿qué vamos a cantar?

—Pues ¡DESPECHÁ! —gritan los dos al unísono.

—Leo tú haces de Rosalía y nosotros dos de motomamis —sonríe Lucas.

No sé por qué, pero me da la sensación de que esto lo tenían preparado.

Para cuando volvemos al hall con nuestro look de “merdemamis”, o como se llame, todos los alumnos se han inscrito en el karaoke y han pedido las canciones que quieren cantar en el concurso de la discoteca. Busco a Edu por la disco y lo veo disfrazado de surfero. Lleva una camiseta hawaiana, un collar de flores, unas bermudas fluorescentes, unas chanclas y unas rayas de crema solar amarilla flúor en la cara, a juego con el color amarillo de su traje de baño. Sonríe al verme entrar. Rebusco por la multitud a Laura Rueda, la descubro hablando con sus amigas y trago saliva para que no les haya contado nada sobre nuestro encuentro de hace unas horas.

Lucas es un artista del maquillaje y la peluquería. Ha hecho un trabajo fantástico. Mientras me estaba peinando y desenredando el pelo de las toneladas de laca que Sor Hortera me ha echado, recibo un mensaje de Massimo. Tiene un turno extra esta noche, así que siente no poder estar conmigo en la fiesta de disfraces, pero espera poder desayunar conmigo por la mañana.

Las primeras en cantar son unas extranjeras que empiezan a descuartizar la canción “Wannabe” de las Spice girls. Después, suben al escenario los alumnos frikies, para interpretar un éxito del grupo Blackpink de K pop. Un grupo de esos de Corea del Sur tan de moda y que cantan la mitad de sus letras en coreano y los estribillos en inglés o viceversa, no lo recuerdo. Mi conocimiento del mundo adolescente es amplio, pero no llego a tanto. En el momento estelar de la canción, adivinad quién aparece: Ana, la Pocachumba, disfrazada de una de estas divas de pelo rojo y atuendo imposible.

«¡Qué calladito se lo tenía!»

Será perra, no me ha dicho nada de ese disfraz. Me estoy dando cuenta que Ana es una caja de sorpresas y bajo su apariencia de informática aburrida hay una tía de puta madre.

Ponen el listón muy alto. Ahora nos toca a Lucas, Claudia y a mí; que somos Rosalía y sus motomami. Cuando nuestros alumnos nos ven subir, se ponen como locos. Eduardo parece realmente complacido de verme hacer el ridículo de esa manera. Solamente he tenido unos minutos para aprenderme esa coreografía del demonio, que, para mis alumnos, medio tik tokers profesionales, es de las más sencillas de realizar delante de cientos de personas en la discoteca del barco, pero que para mí es toda una hazaña al estilo del cascanueces del ballet ruso. Por suerte, he dado algunas clases de bachata en el pasado; una de esas cosas que te aconsejan aprender y poner en tu red social de Tinder, para parecer más enrollada y hacer nuevos amigos. La canción pegadiza, como ella sola, hace que mis pies se muevan solos. La inconmensurable alegría de ver cómo todos mis alumnos y, porque no decirlo, muchos de los asistentes se lo están pasando bomba, me anima. Ese estado de euforia me lleva a cometer el mayor error que un cantante amateur de karaoke puede hacer en mitad de una actuación: dejarse llevar por la

melodía y creerse la cantante que está interpretando, olvidando repasar de reojo la letra de la canción mientras aparece en la pantalla. Tal es el lío que me hago, que empiezo a cantar a trompicones. Cuanto más quiero recuperar el aliento, peor sigo la coreografía que tanto Lucas como Claudia realizan a la perfección a mi lado. Parezco un pato mareado, entonces, más altas y más fuertes son las carcajadas de los asistentes. Creo recordar que la canción solo dura tres minutos, como duran la mayoría de los éxitos de hoy en día. Sin embargo, en mi mente, esa melodía del demonio dura casi media hora.

Hoy en día, cada vez que esa canción sale por la radio, noto como mis mejillas se ponen rojas como tomates y tengo que cambiar de emisora lo antes posible, aunque esto signifique soltarme de manos al volante o tener un accidente. No la soporto.

Cuando acabamos, todos aplauden como descosidos. Yo estoy mareada y no sé dónde agarrarme, así que se me ocurre tirar del pie de micro, que cae abajo del escenario provocando un enorme ruido cuando los altavoces se acoplan. Todo el mundo grita por el dolor provocado en sus oídos. Lucas actúa rápido y salta a por el micro antes de que el ruido se vuelva insoportable. Como buen animador, pide un fuerte aplauso para la Rosalía malagueña y su gran cuerpo de baile. Siento unas irrefrenables ganas de que la tierra me trague, pero, por suerte, mi actuación estelar pasa rápidamente al olvido puesto que Sor Hortera se encarga de ello. Se le ocurre subir a interpretar el éxito “yo amo a Laura” disfrazada de monja. La acompañan la pobre Milagros, disfrazada de enfermera zombi y Miguelito, el hijo de la jefa del departamento de lengua, vestido de Harry Potter, varita incluida.

—Venga que te invito a algo… paga la casa —indica Edu, mostrando su tarjeta de la habitación.

—De acuerdo. Necesito un copazo para superar la vergüenza que he pasado ahí arriba.

—No te preocupes, solo lo han grabado unos cincuenta alumnos. Por suerte, ya hemos zarpado, no hay conexión a internet, pero mañana a primera hora estarás en los stories de todos ellos.

—Ya estoy acostumbrada. Espero que las familias de estos chicos también. Oye, listo, ¿tú por qué no has cantado?

—Por eso mismo, porque se me da mejor sujetar una copa en una esquina de la barra que cantar.

—Pensaba que cantarías una de los *Beach Boys*…

—Muy graciosa. Este disfraz me lo he creado con lo primero que he pillado en mi maleta, cosas que me había traído al crucero. No todos hemos traído diez maletas…

—Exagerado… —sonrío.

Vamos a la barra, pedimos y cuando Edu va a pagar las copas, le indican que la tarjeta de su habitación ha excedido el límite. No sabíamos que tenía un tope, pensábamos que todas las bebidas, incluso las alcohólicas estaban incluidas; al menos para los profesores. Por lo visto no es así. Nuestras tarjetas tienen un límite muy amplio, pero como Edu ha estado jugando a ser el Rockefeller del grupo durante todo el crucero, pues todas las bebidas se las han ido cargando a su habitación, con lo cual, los mil euros que tiene la tarjeta para la semana del crucero, se han evaporado. El camarero amablemente nos indica que podemos usar la tarjeta de otra habitación o se le cargará aparte en la tarjeta de crédito suministrada. Sutilmente, nos retira el margarita y el daiquiri que nos hemos pedido. Menos mal que nos ha avisado, porque las demás tarjetas de los profes deben estar casi intactas puesto que hemos ido tirando de la suya casi todo el crucero. Vamos a buscar a Ana o Maribel, porque yo no me he traído la tarjeta de mi habitación. Debo

haberla dejado en algún lugar de la habitación de Lucas mientras me han estado arreglando. Cuando las encontramos, Ana nos dice que precisamente su tarjeta está en recepción. Por lo visto, le habían cargado unos bonos de internet en alta mar y estaban solucionando el error. De manera que solo nos queda la tarjeta de Sor Hortera.

—Aquí la tengo. Está a cero, vamos, ¡limpia, limpia! No me he gastado ni un euro.

—¡Perfecto! Pues déjanosla para estas últimas noches y que podamos seguir bebiendo. Tenemos que pagar las copas que acabamos de pedir. —Indica Edu.

—De eso nada.

—¿Cómo? —pregunto boquiabierta. No entiendo su negativa cuando esos bonos ya están pagados y si no los gastamos se van a desaprovechar…

—Veréis, yo tengo una reputación y no quiero que piensen en el instituto, cuando lleguemos, que me he gastado todo ese dinero en alcohol…

—Pero… —Edu se exaspera y no articula palabra.

—Vamos a ver, alma de cántaro. Lo primero, es que en el instituto no se van a enterar de nada porque estas tarjetas son del barco y se quedan aquí. Es como si quieres alquilar una porno, nadie va a saberlo nunca.

—¡Dios mío! Que burra eres —se santigua.

—Lo segundo, es que ya están prepagadas por la agencia de viajes y si no gastamos el dinero de las consumiciones que llevan cargadas, se perderá su saldo y lo recuperará MSC. Lo tercero, es que ahora mismo me la estás dando porque pareces una niña pequeña con una pataleta.

—No, no, y no. No les doy mi tarjeta —dice con las lágrimas saltadas.

—¡Dánosla! —le ordena Ana y empieza a tirar del otro extremo del plastiquito. Al final, Maribel se zafa y se la guarda en el bolso, al borde del llanto.

—Maribel, me parece muy egoísta por tu parte —argumento algo más calmada y conciliadora —, Eduardo ha pagado todos tus zumos y coca colas en las cenas que hemos compartido, también las bebidas en la piscina. Es lógico que ahora le devuelvas el favor. Si quieres, esta noche pagamos todo con tu tarjeta y mañana en Palma de Mallorca pagamos el resto con la mía. Solo nos quedan dos días en el barco…

Parece que la he convencido y poco a poco va sacando la tarjeta de crédito de su bolso. Me la entrega como si fuera una niña pequeña arrepentida.

—Vale, de acuerdo, te la dejo porque eres tú y con la condición de que mañana usemos la tuya.

—Por supuesto —le aseguro, marchándonos hacia la barra.

—Y a esta, ¿qué mosca le hija picado ahora? Yo flipo con la peña. Tiene una faltita o ¿qué?

—Sin comentarios, corramos un velo. Cosas de Maribel. Ni caso.

Después de que se entreguen los premios de la noche de los disfraces, el cuál gana una chica monísima francesa que va disfrazada de la mismísima princesa Elsa de Frozen. Incluso llegando a rumorearse que la chica trabajaba en el parque de atracciones de Euro Disney interpretando al personaje animado por la perfección de su disfraz y cómo actúa, nos sumergimos en la jungla de sudor, saltos y movimientos espasmódicos en que se ha transformado la pista de baile. Incluso los frikis parecen más animados de lo normal y están dándolo todo. Cierto es que, aunque los profes somos los únicos que podemos tomar alcohol, notamos que los chicos están demasiado contentos como para solo haber bebido refrescos o combinados sin alcohol. Así que, ni corta ni perezosa decido probar una de las bebidas que las chicas han dejado encima de la mesa mientras perrean en medio de la vista. En concreto, cojo la copa de Carla, que es la que parece más llena.

Sabe a coca cola, y no parece contener nada de alcohol, o eso creo yo al principio… Así que me quedo más tranquila y regreso a bailar junto con Ana y Eduardo. Maribel ya hace un buen rato que se ha marchado para su habitación. Estoy segura de que está enfadada, aunque lo disimula, como siempre. Es la reina de los "bienqueda". Cuando llevo bailando unos minutos, empiezo a notar un calor enorme que me sube como un bochorno veraniego que escala en pleno agosto cuando estás tumbada en la toalla de la playa, en quinta línea de la orilla y necesitas correr al agua a sabiendas de que te vas a quemar los pies. Me bebo de golpe mi bebida y le pido la tarjeta a Edu para ir a por más; sin embargo, me tropiezo y estoy a punto de caerme de no ser porque él me sujeta.

—¿Estás bien? Pareces algo mareada. Mírame… tienes la mirada perdida. ¿Cuántas te has tomado?

—No sé, las mismas que tú, un par o tres… no lo recuerdo bien. Edu, necesito beber lo que sea, tengo muchísima sed.

—¡Ana! Ve a la barra y pídele un botellín de agua.

—¿Así estamos ya? ¡Vaya muermos!

—En serio, Ana, ve. Vamos a salir a que le de el aire fresco.

Casi no puedo mantenerme en pie. Edu me lleva a trompicones, a pesar de estar fuerte.

—Profe, ¡le echo una Mano! —se ofrece Manuel Hurtado. Entre los dos me llevan en volandas.

Siento la brisa del mar, la fresca humedad que refresca los poros de mi piel nada más salir.

—Vamos a ponerla ahí en esas hamacas —sugiere Edu, empujándola hacia un lado para poder acceder a ellas.

Me tumbo y todo empieza a darme vueltas, parece como si el barco fuera a hundirse y olas de seis metros están golpeando el casco a diestro y siniestro.

—¡Toma, aquí está el agua! —Anuncia Ana con cara de preocupación. La veo algo borrosa, pero me lanzo a por el botellín, tengo la boca seca. —¿Cuántas copas te has tomado? A ver si va a ser una reacción alérgica.

—No me agobiéis por favor, yo solo he tomado dos copas —aclaro cuando me bebo el botellín de agua de golpe.

—Profe, me parece a mí que ha tomado algo de MDMA.

—¿El qué? —pregunta Ana.

—Éxtasis. Tiene toda la pinta… está mareada, tiene la mirada perdida, la boca seca, nada más que quiere beber agua… y, además, ¡tócala, está ardiendo!

Es cierto, me toco el pecho y parece que tengo cuarenta y uno de fiebre.

—Hay que llevarla al médico —sugiere Edu.

—No, profesor. Si la lleva al médico le harán análisis y dirán que está drogada y podrían echarla del barco, o a todos... pensará que alguien de nosotros tiene droga. No te preocupes, solo hay que hidratarla y vigilarla. El efecto dura unas seis horas, pero al cabo de unas tres horas ya estará mejor. Hay que controlarla porque puede decir y hacer muchas tonterías. Esa droga se la echan a las chicas para poder… ya sabéis, que estén más cachondas.

Recuerdo entonces, haber bebido un buen trago de la bebida de Carla.

—Debe ser el vaso de Carla. Vi a todos muy animados y quise comprobar si las bebidas tenían alcohol…

—Pues ahí lo tienes. A la bebida de Carla le han echado droga.

—¿Y si se están drogando? Ahora mismo corto la fiesta y todos para sus camarotes.

—No, seño. Esa droga no se toma así. Te comes la pastilla y punto. Si estaba en la bebida es porque han querido drogarla, tal vez, para abusar de ella. Antes he visto a un grupo de niñatos italianos dando vueltas por la pista. Seguro que han sido ellos.

—¡Rápido, hay que avisarles y que no beban de esas bebidas!

Ana y Manuel Hurtado corren hacia dentro para evitar que las alumnas beban de esas copas. Edu se queda conmigo cogiéndome la mano y secándome el sudor con una servilleta.

—¿Cómo estás? ¿Vamos al médico?

—No, no, a ver si se me pasa. Solo quiero cerrar un poco los ojos a ver si todo deja de darme vueltas.

—De acuerdo, descansa un poco. ¿Quieres que te llevemos a tu camarote?

—Ahora mismo no. Hace mucho fresquito aquí fuera. Solo quiero dorm… un poc…

Me despierto debajo de una ducha de la piscina del barco.

—¡Joder! ¡Qué frío! ¿Qué coño hacéis? No estáis buenos de la cabeza… ¿queréis matarme?

—Tienes que espabilarte. Ahora no puedes quedarte dormida. Lo mejor será que te lleve a tu camarote —comenta Edu con cara de preocupación y me envuelve con una toalla de piscina.

Empiezo a tiritar, pero me siento mejor. Aún tengo la sensación de estar muy borracha, que el cuerpo me pesa, pero puedo moverme despacio, por mí misma. Ana, Edu y Manuel me acompañan al camarote. El hombrecillo que espera paciente merodeando cerca de nuestras habitaciones aparece raudo al vernos, se ofrece para traer una infusión caliente, toallas o cualquier cosa que necesitemos.

—¿Qué ha pasado con las chicas? —pregunto antes de entrar en el baño. Tengo que cambiarme. Estoy empapada. Ana me acerca un pijama que encuentra en uno de los cajones.

—Están bien. Les hemos avisado y han dejado de beber. Casi no habían bebido porque estaban emocionadas bailando. Todavía no han notado nada raro. Estaban preocupadas por ti y nos han dicho que no van a perder de vista sus copas. Milagros y las más alarmistas se han ido a sus habitaciones asustadas, maestra.

Una vez me he cambiado, Manuel se despide desde la entrada y le agradezco su ayuda. Ana se marcha con él porque no se fía de dejar a los chicos solos en la discoteca, visto lo visto esta noche. El ambiente macarra de Palermo, así como sus drogas, parecen haberse trasladado al barco. Edu se queda conmigo. Tiene el semblante preocupado, sin embargo, está más atractivo que nunca. Parece que al estar yo al borde de la muerte ha hecho aflorar en él una atención y un instinto de protección que nunca había demostrado hacia mí. De repente, lo veo muy concentrado, observando cada mínima expresión de mi cara o cualquier reacción de mi cuerpo. Esto provoca que empiece a reírme a carcajadas. Me parto de la risa cada vez que lo miro, sin explicación alguna, a pesar de que no quiero reírme en su cara.

—¿Qué es tan divertido?

—No sé. Debe ser algún efecto secundario de esta droga… no sé ni por qué me río, pero estas muy gracioso ahí tan serio y preocupado.

Se sienta en el borde de la cama y sonríe. Coge mi mano. Se me cortan las ganas de reír de repente porque siento una descarga de electricidad en la punta de los dedos. Ambos retiramos la mano.

—¿Lo has notado?

—¡Digo! Creo que he escuchado hasta el chispazo.

—Debe ser porque estoy mojada y por la electricidad estática de la toalla al secarme.

—Tal vez es un mecanismo de defensa para que no me acerque a ti.

—Inténtalo otra vez… —le reto. Empieza a acercarse, pero me vuelve a dar la risa.

—No, definitivamente no das para más. ¿Cuántas horas te quedan de colocón? Creo que Manuel Hurtado dijo que el efecto de la droga duraba unas seis horas. —Mira su reloj— entonces aún te quedan unas cuatro horas más o menos.

—No te preocupes por mí, Edu, Estoy mejor. Sal y diviértete. Me sabe mal que estés aquí aburrido.

—¿Quién dice que esto me aburre? No se me ocurre ningún otro sitio mejor del mundo donde estar ahora mismo.

«¡BUM! Bomba de Hiroshima directa al corazón».

—A no ser que esperes compañía… el italiano ese tuyo…

—No seas tonto… además está trabajando esta noche.

—Ya decía yo que estabas esta noche muy libre.

—Bueno… yo no me veo tan libre —hago una mueca de estar muy borracha con mi cara, miramos alrededor, y nos reímos a la vez.

—Leo, ¿Hay algo entre tú y el marinerito ese?

«Tierra trágame. Edu en mi habitación, bueno qué digo en mi habitación, en mi cama… y tiene que preguntarme precisamente eso ahora…».

El silencio inunda la estancia. Tengo que ser sincera, debo contarle lo que ha pasado con Massimo. Puedo explicarle que no ha significado nada y que, en realidad, ha sido una locura de esas que ocurren en las películas de antena tres un sábado en la sobremesa.

Toc toc.

—¿Hablando del rey de Roma…? —pregunta Edu y se levanta para abrir.

Me muerdo la uña del dedo índice con ansiedad porque en el trayecto que va desde mi cama a la puerta del camarote, me imagino que es Massimo quien espera detrás de la puerta. Tal vez ha ido a buscarme a la discoteca y alguien le ha podido contar lo que me ha ocurrido; quizás ha venido para ver cómo estoy. Sería una situación muy embarazosa encontrarme con los dos en el camarote, convaleciente, riéndome por tonterías y aún muy lejos de recuperar mis plenas facultades mentales y sensoriales.

—Muchas gracias, —escucho a Edu cerrar la puerta y lo veo traer una infusión en la mano.

—¿Quién es?

—Te han traído una manzanilla. Te sentará bien en el estómago.

—¡Estará hirviendo! No tengo ganas de nada caliente. Aún tengo mucha sed.

—Espera que le quitaré algo de agua caliente y le echo otra más fría.

Le doy un par de sorbos y ese mejunje de hierbas sabe a rayos.

—¡Puaj! ¡Está malísimo!

—¡Ups! ¡Sorry! No le he echado azúcar. ¿Un poco?

—Sí, por favor. Si no quieres que vomite.

Mientras me tomo la tisana, manzanilla o mejunje del diablo ese, Edu empieza a contarme sobre lo que haremos mañana cuando lleguemos a Palma de Mallorca. Después, la conversación va derivando hacia derroteros más interesantes: su boda.

—La verdad es que estoy echo un lío. No sé qué voy a hacer. Siento que Carmen no es la misma mujer de la que me enamoré. Además, también estás tú… siento algo por ti, y así no sé si es bueno comprometerme con otra persona para el resto de mi vida. Le he pedido algo de tiempo y creo que lo ha entendido.

«Si por entender, entiendes que la sicópata esa quiere mandarme a alguien para que me parta

las piernas como no te deje tranquilo… acepto que es una muchacha súper comprensiva».

—Verás Edu, no creo que esté en mi mejor momento para hablar de este tema tan importante —sonrío nerviosa—, pero quiero que sepas que vine a esta locura de crucero con ochenta adolescentes con la única idea de conquistarte, de enamorarte; de que esa chispa que saltó en el ascensor del instituto no se apagase. No podía soportar la idea de que fueses a casarte. Me he enamorado de ti. Después de tantas citas estúpidas, tíos medio locos, y relaciones fallidas; creí haber encontrado a esa persona especial…

Edu se acerca más a donde estoy y coge mi mano.

—No sabía que te sintieses así. Pensaba que solo tonteabas conmigo…

—No me interrumpas, por favor. Quiero que sepas que, ante todo, respeto tu situación; que estés prometido y que cuando empecé a sentir algo por ti y nos besamos, no sabía que tenías novia. Ahí fuiste un poco cabrón… admítelo, —sonríe y mira para abajo poniendo su cara de niño bueno. Tiene el pelo revuelto porque se le ha mojado al ducharme.

—Sin embargo, sabía que este crucero era la última oportunidad que tenía para evitar perderte para siempre. Hay algo que tengo muy claro, jamás estaría con un hombre casado, aunque fuese el amor de mi vida.

—¿Soy el amor de tu vida? —pregunta sonriendo, aproximándose poco a poco a mi rostro.

—No seas creído, capullo. Tú me entiendes…

—Te entiendo perfectamente.

Edu separa sus labios un poco, su nariz choca suavemente con la mía. Me mira a los ojos, los cierra y siento sus labios suaves, pero tersos, buscar los míos. Mi boca seca, recibe su lengua húmeda y siento que me coge por detrás de la nuca con suavidad y me atrae hacia él con más fuerza, con más deseo; como si hubiese estado deseando este momento mucho Noto que me falta el aire y empiezo a marearme un poco. Abro los ojos y las cosas a mi alrededor empiezan a temblar un poco. Noto que todo se mueve con más lentitud de lo normal al separarme de su boca.

—Lo siento. Sigo algo mareada.

—Discúlpame tú, no debería haberte besado como estás. Ha sido poco caballeroso por mi parte, disculpa.

—No, no, no te preocupes. No te sientas mal, al contrario; a mí también me apetece besarte. Es solo que necesito echarme un poco. Todo me está empezando a dar vueltas.

—No te preocupes, échate —dice separándose de mí—. Yo estaré en el sofá por si me necesitas o te encuentras peor. No pienso dejarte sola.

Me echo a un lado de la cama y lo veo recostándose en el sofá cama. Aún recuerdo sus labios besándome y en la pasión con que me ha abrazado. Deseo tenerlo cerca de mí, pero no quiero acostarme con él. No sería justo que nuestra primera vez fuese estando yo medio drogada.

—¿Edu?

—Dime…

—Ven. ¿Puedes abrazarme y dormir aquí a mi lado?

—Claro que sí.

Edu viene a la cama y se coloca justo detrás mía, me pasa el brazo derecho por encima del estómago y pasa el otro brazo por debajo de mi cuello. después, me acaricia el pelo con su mano y me duermo.

A veces, dormir con alguien es más íntimo que follar con esa persona. Sientes su respiración pausada a tu lado. Si te concentras, puedes notar el latido de su corazón en alguna vena de sus brazos o manos. Si eres el último que se duerme, sientes que esa persona confía plenamente en ti

porque se ha dormido en tus brazos, a tu merced, porque está tan a gusto que descansa como un bebé a tu lado. Mucha gente infravalora el dormir juntos. Esa complicidad que se crea cuando notas la respiración pausada de la otra persona en tu cuello y porque piel está en contacto con su piel al dormiros cogidos de la mano.

14. Mallorca, back to Spain.

Amanece por la puerta del balcón de mi camarote. Algunas gaviotas pasan volando cerca de la baranda y no se escucha el ruido de los motores del barco. Sin moverme, tomo consciencia y veo que el brazo de Edu aún está rodeándome. No quiero pensar en el dolor de cuello que tendrá como no haya cambiado de postura en toda la noche. La claridad lo inunda todo. Lo cuál me hace presentir que debe ser tarde. No llego hasta mi móvil, así que no puedo ver la hora. Rodeo la cabeza y miro el reloj de Edu, que nada más sentir que me muevo, se espabila.

—¡Ostras, Edu! Son las ocho menos diez.

Se levanta deprisa con las marcas de la almohada en su cara. Está medio dormido, por lo que no es capaz de levantarse del todo.

—¿A qué hora quedamos con los alumnos?

—Supongo que a la de siempre. A las ocho y veinte en el hall, para salir a las ocho y media.

—De acuerdo. Aún hay tiempo de darse una ducha y correr al buffet para pillar algo de desayuno. ¿Cómo estás? —Me pregunta agobiado.

—Bien. Mucho mejor. Dormir me ha sentado de maravilla —digo sin atreverme a levantarme.

—¿Te parece si nos vemos en diez minutos y vamos al buffet juntos?

—De acuerdo. Me ducho y nos vemos fuera.

Edu se apresura a coger sus zapatillas y corre descalzo hasta la puerta.

—¡Ah! me ha encantado dormir contigo, aunque tengo el brazo izquierdo anestesiado, creo que me tomaré un ibuprofeno para el cuello. —Me guiña y cierra la puerta.

Llegamos al meeting point con los alumnos a las ocho y veinticinco. Vestidos con lo primero que hemos pillado, los pelos chorreando y cara de sobaos. Todos nos miran con sonrisillas y miraditas que se echan unos a otros. Después, Carla se acerca para darme las gracias por haber detectado que le habían echado droga en su copa. Algunas niñas me abrazan contentas de que solo haya sido un susto.

Nos disponemos a salir del barco para coger el autobús de la excursión, pero Ana me pide la llave de mi camarote porque dice que no encuentra su móvil y que necesita ir allí a comprobar que la noche anterior no se le cayera debajo de la cama. Recuerdo cómo he dejado el cuarto y, a pesar de darme vergüenza, le dejo la tarjeta para que lo compruebe. Pocas cosas hay más angustiosas que perder de vista tu teléfono móvil. Una de las chicas la acompañan. Dicen que cogerán juntas el siguiente autobús hasta la catedral del Palma, el comienzo de nuestro tour por la capital de la isla.

El bus nos deja en el centro. Desde el ayuntamiento debemos caminar nosotros solos. Edu se ha preparado la excursión de nuevo, pero aquí, Maribel y yo también podemos ayudarle, ya que hemos visitado la ciudad muchas veces.

Caminando por una de las avenidas principales, me siento en casa cuando veo cómo la gente nos mira descaradamente pensando en lo locos que estamos por salir con tantísimos adolescentes. Que, aunque tenemos muchas vacaciones, aguantar a esta tribu todos los días no está pagado con nada. Es un sentimiento muy extraño, tal vez sea por escuchar a la gente por la calle hablando en español, entender los carteles que nos vamos encontrando, a pesar de que también están en catalán. Todo eso hace crecer en mí ese sentimiento de pertenencia a un lugar,

de estar en mi patria. Me siento más tranquila, como si en el territorio español nada malo nos pudiese suceder. Aún estamos lejos de Valencia y, aunque después habrá que coger el autobús hasta Málaga, ya me siento más tranquila y despreocupada que cuando navegábamos por aguas italianas. Tal vez sea una tontería. Es una sensación ilógica pero fácilmente reconocible, como cuando sales de viaje con tu coche y vuelves a atravesar el límite territorial de tu provincia. El cartel que dice: PROVINCIA DE MÁLAGA, me vuelve loca. Siento que ya estoy en mi tierra, mis raíces, a donde pertenezco. Pienso entonces en las pobres criaturas de la guerra de Ucrania, teniendo que huir de su tierra, dejando atrás toda tu vida, perdiéndolo todo simplemente porque otro país quiere invadirte.

Palma es preciosa. Está muy cuidada y limpia. Los escaparates de lujo nos acompañan por el camino hacia la catedral. Los chicos también están más cómodos en su país. Ya no caminan tan pegados a nosotros, se sienten más libres porque pueden preguntar para orientarse si se pierden. Por eso, tenemos que estar más pendientes de ellos por si se despistan. Estamos en España, pero todavía están a nuestro cargo.

—Voy a ir a la cola. Haré de "coche escoba" con los más rezagados si te parece.

—De acuerdo, dice Maribel que va a la cabeza con Edu, muy emocionada porque vamos a entrar a una catedral. Hoy ya la he escuchado muchas veces acerca de las maravillosas vidrieras que existen en lo alto de las bóvedas de la catedral.

Cuando vuelvo atrás, hay un grupito que está embobado admirando un escaparate.

—¡Vamos chicos! ¿Se puede saber qué estáis haciendo? Tenemos que avanzar. Sois los últimos.

—Nada, seño. Aquí mirando los trajes de *Pronovias*. —Responde Lucas.

Está con Francisco Javier, Sergio, quien yo creo es su amor platónico, y Gloria.

—Maestra, el Lucas dice que él se va a poner el vestido de novia y que Francisco Javier y yo seremos las damas de honor.

—Anda, mira qué bien.

—Y falta el novio, que es Sergio, pero como aquí no hay traje para él, pues ya lo buscaremos en el Corte Inglés… —Dice en voz alta, para llamar más la atención y todos ríen a la vez.

—Venga que vamos a quedarnos retrasados. Lucas, tienes unas cosas, vida mía.

—Ya lo verás Leo, ya lo verás, que, si yo algún día me caso, lo hago con un vestido como este. Con mi velo, mi cola larga, mi diadema… ¡digo!

Sergio lo agarra del cuello y con el brazo tira de él para que sigan avanzando. Es maravilloso ver cómo se llevan de bien todos, cómo se respetan y cómo se ayudan. Sergio es un chico muy masculino, le gusta ir al gimnasio, los coches y juega al fútbol. Es la representación del macho alfa del grupo. Además, estoy segura de que sabe que Lucas está loquito por él. Sin embargo, jamás le he oído ningún comentario homófobo o alguna broma de mal gusto sobre su condición sexual. Al contrario, él siempre dice que lo ve como a un hermano, puesto que, desde pequeños, sus madres, amigas y vecinas, se los turnaban mientras trabajaban. Además, Sergio está tan seguro de su masculinidad, que no pierde el tiempo en desmentir o aclarar si es gay o no. Cuando le preguntaban, él solo respondía que solo esperaba que el chico que estuviese con Lucas lo quisiese la mitad de lo que él lo quería y lo admiraba.

Casi se me saltan las lágrimas al comprobar que nuestra juventud está cambiando. Es bonito ver que ellos crecerán con menos prejuicios que nosotros y serán más libres para amar y estar con quien quieran. Que tendrán amigos con diferentes identidades de género, preferencias sexuales, pero que por encima de todo estará su amistad y la persona a la que quieren.

—¡Leo! ¡Leo! —escucho una voz en la distancia. Me vuelvo y veo a Ana con Ana Julia esperando en un semáforo. Por suerte, ya han regresado del barco. El taxi y la lentitud de los alumnos, han propiciado que nos alcancen incluso antes de llegar a la catedral de Palma.

—¿Has encontrado tú móvil?

—Eh… sí, sí. Pero no estaba en tu camarote. Estaba en el otro bolso que tenía en el mío. Muchas gracias por dejarme entrar… aquí tienes la tarjeta. Pero ¿dónde está el resto del grupo?

—Pues deben estar ya en Ibiza por lo menos, porque estos muchachos de aquí no tienen ganas de moverse. Van de escaparate en escaparate, así no vamos a llegar nunca.

—Maestra es que está muy lejos, yo ya no puedo más, cuando llegue a Málaga no pienso moverme en un mes —dice Gloria que no puede tirar de su alma.

—Pues mira yo, que he tenido que venir to asfixiaita perdía para alcanzaros. Que la Pocachumba no veas si corre cuando quiere —susurra— ¡Jesús! La tía, y parecía que no estaba en forma. Hoy es como si me hubiese hecho tres zumbas seguidos. Venga, tírale que sino no nos vamos —arenga Ana Julia, que viste unas chanclas con tacón, unos mini, mini, pero muy mini shorts y una camiseta de tirantillas. Vamos, la representación del look ibicenco al estilo más merdellón malagueño.

Cuando llegamos a la puerta de la catedral, ya han comprado las entradas y nos están esperando. Bueno, todos menos Maribel que ya ha entrado con el pretexto de que quería rezar un ave María a solas en el interior. Para nuestra sorpresa, cuando nos disponemos a entrar, el vigilante de la puerta nos dice que las niñas así no pueden entrar. Señala claramente a Ana Julia, Clara Hernández y otras cinco más. Por lo visto, van muy poco tapadas para entrar en un lugar religioso.

Me imagino esperando con ellas fuera hasta que todos salgan, así que le pregunto al buen hombre cómo podemos arreglar la situación porque ya hemos pagado las entradas. Nos indica que deben cubrirse los hombros, por lo menos. Así que empezamos a buscar en las mochilas por si llevamos alguna rebeca, sudadera o toalla. Cinco minutos más tarde, el típico glamour de etiqueta malagueña entra en la catedral de Palma. Presidiendo la comitiva Ana Julia con una sudadera bastante gruesa en color celeste flúor de la *Universitá di Roma* sobre los hombros, con sus oportunos resoplidos de “ojú qué caló, maestra, yo me voy a morir con esto en lo arto”, seguida de Clara Hernández con una toalla amarilla de *Álvaro Moreno*, que es tan grande, que casi le sirve de capa y vestido. Cerrando la comitiva va Lucas, que, aunque él no tiene que taparse los hombros, como lleva una camiseta corta, enseñando el ombligo, se ha colocado encima de la cabeza, a modo de velo y para taparse la barriguilla, un mantel bordado que le había comprado a su abuela en una mantelería artesana unas calles antes de llegar a la catedral; vamos, parece una virgen procesionada en Semana Santa.

—¡Qué trabajito nos ha costado entrar! Madre mía y yo que creía que estando en España todo iba a ser más fácil…

—Pues verás tú ahora cuando digamos de llevarlos caminando hasta el barrio antiguo.

—Edu, déjate de rollos y vamos a darles tiempo libre. Me han dicho que querían ir a comprar camisetas de fútbol en un sitio que está camino del puerto. Otros quieren tomar un helado y comprar las típicas ensaimadas —le advierto— les damos algo de tiempo libre y nos sentamos también nosotros en una de esas terracitas mirando al puerto.

—De acuerdo, aguafiestas… —sonríe y me pellizca el moflete. Su mirada es brillante y arrebatadora.

—Lo tienes loquito —murmura Ana, cuando Edu se ha ido.

—¡Qué va!

—Pues a decir por como está tu cuarto… yo diría todo lo contrario.

—Es que nos hemos quedado dormidos…

—¡Ya! Del trajín de anoche.

—No seas burra. No pasó nada. Nos quedamos dormidos y ya está. Edu fue muy amable y se ha quedado toda la noche conmigo por si empeoraba.

—Vale, vale, lo que tú digas… que sí, que un hombre y una mujer pueden ser amigos.

—¡Qué antigua eres, compañera!

—Para que veas, lesbiana y de derechas. Así soy yo, así me han criado.

Les indicamos claramente a qué hora tienen que volver y, por las sonrisillas y los rumores que hemos oído a las afueras de la catedral, se les recuerda que no se puede comprar alcohol en ningún supermercado, ya que, al regresar al barco, las mochilas pasan aleatoriamente un escáner y si nos pillan metiendo bebida, se nos cae el pelo. Miramos a Manuel Hurtado y le decimos específicamente a él que no puede comprarles alcohol a los demás, ni para él tampoco, aunque él sea mayor de edad.

—Señores, el que traiga una sola botellita de cerveza al barco tendrá un parte grave cuando lleguemos a Málaga, ¿queda claro? —Advierte Ana, más seria que la teniente O'Neill.

Nos tomamos unas cervezas en una terraza muy coqueta con vistas al mar y al puerto. Un desfile de niños con bolsones de ensaimadas, camisetas, chucherías, no deja de desfilar por delante.

—Esta gente está comprando alcohol, lo sabéis, ¿verdad? —anuncia Edu, que le da un trago a su cerveza—. Esta noche es la última del viaje y saben que ya no los van a echar del barco y mandarlos a Málaga con sus padres, así que se la van a jugar.

—La mayoría de estos niños están acostumbrados a beber los fines de semana, incluso en comidas familiares y delante de sus padres.

—Ya, pero ahora sus padres no están aquí delante. Además, es más fácil lidiar con ochenta alumnos que con solo una docena de alumnos borrachos.

—¿Habéis pensado dónde van a meter tantas ensaimadas? —pregunto.

—El barco es grande…

—Sí, pero el autobús de vuelta no… —sonrío imaginándome el regreso rodeada de ensaimadas debajo y encima de los asientos del autobús.

—Deberíamos registrarles las mochilas antes de subir al barco —sugiere Ana.

—Me parece un poco heavy, ¿no?

—Es un poco fuerte, pero Ana tiene razón. No me fío un pelo de ellos. Están fritos por beber y cogerse una buena. Lo que hacemos es que en el camino de vuelta volvemos a repetirles que vamos a hacer un registro antes de subir al barco, por si alguien ha comprado bebidas que se deshagan de ellas. Después, cuando estemos a pie del barco les pedimos que nos enseñen las mochilas antes de subir.

—Algunos se negarán a enseñarlas, seguro —interviene Maribel, que acaba de rebañar su jarra de cerveza. Ella mucho decir que no bebe, pero bien que le gusta la cerveza y el vino. Aunque, cuando alguien le pregunta, ella siempre dice que no bebe nada de nada.

—Pues si se niegan, les decimos que se las enseñen al personal de seguridad del barco. A ver si a ellos se niegan a enseñárselas, de hacerlo, se quedarían en tierra.

—Esperemos que todos nos las enseñen… pero, ¿por qué nos ha entrado esta fobia repentina de que los alumnos van a beber en el barco? —pregunto jugando con los cacahuetes partidos que

quedan en el plato.

—Porque los he escuchado diciendo que iban a comprar bebidas en toda mi cara. Encima, les he dicho que ni se les ocurriese y poco más que se han reído de mí —comenta Ana indignadísima. No la había visto así en todo el viaje. No sé que mosca le ha picado. No obstante, tiene razón. Hay que controlar la situación.

El camino de regreso al barco parece la cola de la frontera entre Ceuta y Marruecos. Los alumnos parecen porteadores llenos de bártulos que quieren cruzar por la frontera. Entre tantas bolsas y paquetes va a resultar difícil descubrir las botellas escondidas. Cuando llegamos a la pasarela que une el barco con tierra firme, hacemos una fila en la que nos colocamos Eduardo y yo a un lado, Ana y Maribel en el otro. Empezamos a registrar uno por uno las mochilas, las bolsas, etc. Pero claro, no podemos registrar ni los regalos envueltos, ni las ensaimadas; y aunque muchos llevan un botellín de agua y a algunos de ellos les pedimos que los abran y los olemos, el barco está a punto de zarpar y no podemos demorarnos demasiado. El personal del barco y el de seguridad contemplan cómo realizamos nuestro chequeo a los estudiantes y cómo, cuando encontramos alguna petaca, de tarde en tarde, la metemos en una bolsa para después tirarla en la papelera que hay cerca. El personal del barco nos aplaude ante tan exhaustivo examen de nuestros alumnos. Como vamos un poco ajustados de tiempo para zarpar, deciden no pasar las bolsas por las máquinas de rayos. Supuestamente las hemos revisado nosotros ya; craso error, más tarde descubrimos que los alumnos han escondido botellines de alcohol y petacas hasta en sus partes íntimas. Algunos botellines de refrescos contienen alcohol en realidad. Algunas de las cajas de regalo contienen botellitas de alcohol dentro e incluso han rellenado algunas cajas de las ensaimadas que se han comido con botellitas.

Cuando todos hemos pasado el control y estamos subiendo por las escaleras hasta los ascensores de la planta baja, escuchamos la voz de un chico gritando desde arriba, a modo de venganza por el registro que les hemos realizado:

—Anda que a nosotros nos gustará beber, pero a la maestra le gusta mucho meterse en el camarote del italiano…

Me quedo blanca. Hago un mohín con la cara como si no supiese de qué está hablando o no lo hubiese entendido. No le respondo, para sembrar la duda, somos tres profesoras en el viaje. Sin embargo, mis tres compañeros me miran fijamente. No llego a reconocer la voz porque la distorsiona el hueco en la escalera de metal desde donde procede. Sin embargo, sí sé quién es la culpable de haber desvelado el secreto:

Laura Rueda se ha ido de la lengua.

—¿Qué es eso del italiano? —Pregunta Edu a una alumna cuando esperamos al ascensor. Yo espero el ascensor central, así que no estoy muy cerca de ellos, pero puedo escucharlos perfectamente, Sin embargo, no estoy lo suficientemente cerca como para meterme en la conversación y desviarla hacia otros asuntos más triviales.

—Tú no lo sabes maestro, si lo sabe todo el mundo… —antes de que pueda impedir que hable, se lo suelta—: que la profe Leonor y el capitán ese tan guapo se han liado… la vieron salir de su camarote ayer. Iba toda despeiná y descalza por el pasillo… —dice Cinta, la niña más odiosa y, a partir de hoy, aún más, de todo el instituto. Me mira de reojo y sonríe cuando se suben a su ascensor, como diciendo: “eso por quitarme la botella de vodka de antes, perra”.

Edu pone cara de circunstancias, como si ya lo supiese. La ignora y me mira por encima del hombro justo cuando entra en el ascensor. Bajo la mirada y comprende que es cierto. Se pone rojo y se da la vuelta. Se marcha por las escaleras y lo pierdo de vista cuando las puertas de mi

ascensor se cierran. Acabo de perder al amor de mi vida. Lo sé. ¡Mierda!

¿Qué se siente después de defraudar a la persona de la que estás enamorada…?

Me siento una verdadera mierda. La peor persona del mundo y eso que fue él quien no fue sincero conmigo desde un principio. Ahora que parecía que iba a dejar a su novia…

«¿Cómo puedo ser tan gilipollas? Para una vez que me dejo llevar…»

He visto la decepción en su mirada y ha sido como si un puñal me atravesase el corazón. Juro que iba a contárselo… pero no de esa manera, en realidad, ninguna manera habría sido buena. Lo que he hecho no está bien y tal vez me arrepienta de ello el resto de mi vida. Lloro, lloro y grito contra la almohada porque sé que él está detrás del muro de pladur y podría escucharme fácilmente. No puedo tirar nada contra la pared, romper algo o gritar como una histérica por lo estúpida que he sido. Me meto en el baño, cierro la puerta y lloro sentada en el suelo de la ducha. Me imagino cómo podría haber sido nuestra vida juntos… volver del instituto en el coche, pasar las tardes de invierno viendo la tele y comiendo palomitas, jugar a pádel, yendo al gimnasio. Yo a Pilates y él a Spinning, comentar cómo nos ha ido el día y perderme en su mirada un domingo por la mañana cuando los rayos del sol nos sorprendan abrazados; con nuestras piernas enredadas entre las sábanas…

«En serio, ¿cómo puedo ser tan rematadamente inútil? Para una vez que parece que iba todo bien entre nosotros… aunque tal vez ese haya sido el problema desde un principio, que no fue tan bien como esperábamos o como nos merecemos. Yo tenía claro que no quería ser la otra y él no tenía claro lo que quería; aunque, después de esto, se lo he puesto en bandeja a su novia. Seguramente ahora la está llamando para decirle que ya se ha tomado el tiempo que necesitaba, que está seguro de querer casarse con una chica guapísima, rica y que está colada por él. Yo, en cambio, al acostarme con Massimo, la he cagado… ahora sí que lo he perdido, ¡joder! ¡Cómo duele! Lo he visto en su mirada… Solo me gustaría que se quedase junto a mí dormido como anoche…solos los dos, volver a ese momento mágico en que no necesitamos nada más que el tacto de nuestra piel y el sonido de nuestras respiraciones.

«Imbécil, solo te queda llorar».

He perdido. Tengo que admitirlo. Esa idea loca de conquistarlo en siete días…

Mientras lloro, sonrío por lo patética que suena esa idea ahora mismo…

Miro el reloj y veo que es buena hora. El barco aún no ha zarpado, así que puedo llamar a la única persona que es capaz de animarme en el peor momento de mi vida.

—Buenas… ¡uy qué abandonada me has tenido, cacho puta!

—Buenas, Zita…

—En serio, no puedo creer que estés llorando… —me lo nota en seguida—, tía estás de crucero. De acuerdo que mañana regresáis y se os acaba el chollo, pero bueno, es lo que tiene ser una currante, que tendrás que poner lavadoras, madrugar, hacerte la comida e ir a la compra… como todos, ya está, no hay mayor problema.

—La he cagado a base de bien —sollozo.

—A ver, cuéntame. ¿Edu?

—Sí —lloro al escuchar su nombre.

—Veamos, esta noche es la última noche del viaje. ¿Estás así porque el crucero termina y va a casarse? Era una posibilidad, chati. Ya lo sabías. No te preocupes por eso, hay muchos tíos en el mundo y tú vales millones, ¡joder! Venga, anímate.

—No es eso… le ha pedido un tiempo a su novia porque no está seguro de querer casarse con ella y me ha dicho… ¡joder! Soy gilipollas… que le gustaba mucho y no podía estar con ella

pensando en mí…

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema? Eso os pegáis dos o tres revolcones antes de llegar a Málaga y asunto resuelto. La rubia esa no tiene nada que hacer contigo, que vaya descambiando el vestido de novia.

—¡Que no! Que todo ha salido mal… la he cagado…

—Pero, ¿qué has hecho? Me estás asustando… ¿Los alumnos están todos bien? Mira que tú eres muy patosilla a veces…

—He hecho algo imperdonable… me he acostado con otro… con Massimo, el comandante que te comenté en los WhatsApp.

Zita se queda muda unos segundos al otro lado del teléfono. Rara vez le ocurre, debe estar preparando su respuesta por la sorpresa que le ha causado lo que le he dicho.

—¿Zita?

—Sí, sí, estoy aquí. Es solo que me he quedado pillada, tía. Bueno, a ver, el colega está buenísimo, al menos, por las fotos que me has mandado. Es comprensible que…

—No, no es comprensible y lo sabes. Porque sea tu amiga no quiero que me des la razón. No sé ni por qué lo hice… bueno, en parte, porque me hizo sentirme deseada y me ha tratado genial todo el tiempo. Encima la novia de Edu se presentó aquí y le recordó lo de la boda…

—¿Cómo? Pero, ¿qué me estás contando? ¿La rusa se presentó en el crucero?

—Sí, con sus padres y todo.

—Pero bueno, vaya acoso y derribo, ¿con los suegros también? ¡Qué fuerte!. Es un poco intensita la chavala…

—Y hablaron de la boda y sus suegros se han gastado un pastizal en los preparativos… vi a Edu dudar tanto que me asusté. Hasta se fueron a su camarote solos y pensé que habían estado follando, pero luego ella me amenazó y…

—Que hizo ¿qué?

—Me dijo que, si no dejaba a Edu en paz, mandaría a algún matón de su padre para que me diese un susto, que la vida de una persona como yo vale muy poco.

—¡Será zorra! ¿Se lo has contado a Edu?

—No, no he tenido ocasión. El caso es que después de eso, pues tiré la toalla y en un momento de locura, debilidad, lo que sea, Massimo y yo nos acostamos.

—A ver, bonita, escúchame un momentito: EL-QUE-TIENE-NOVIA-ES-ÉL.

—Ya, pero después de lo de Massimo. Por la noche, Edu y yo dormimos juntos …

—Pero, ¿follásteis?

—NOOO. Solo dormimos juntos… fue superbonito y romántico. No pude decirle nada porque, además, yo estaba drogada y…

—¿Cómo que drogada? Me estoy volviendo loca con tanta información. Pero ese qué tipo de crucero es…

—Es una larga historia, Zita. En Málaga te lo cuento todo. El caso es que una alumna me vio saliendo del camarote de Massimo y lo ha ido contando. Así que Edu se ha enterado y se ha cabreado muchísimo. ¿Qué hago?

—Ya sé que no es una excusa muy buena, pero te tienes que agarrar a algo. Coméntale que creías que él seguía con su novia y sus planes de boda. Que anoche te sorprendió que durmiese contigo y que tú también estás echa un lío, pero no intentes que se posicione y te diga si quiere estar contigo. Tampoco vayas buscando su perdón. Cari, dignidad, ante todo, dignidad.

—Pensaba ser sincera y pedirle perdón.

—Ves, error. Sinceridad sí, pero perdón nunca. Si lo haces, él estará en una posición superior a ti. Tienes que hacerle ver que su comportamiento te confundió, pero que tú lo sigues prefiriendo a él; por eso estás tan mal. De lo contrario, seguirías con el armario empotrado italiano ese y no aclarando las cosas con él.

—Ay, Zita, qué te necesito ahora mismo conmigo. Llevo llorando un buen rato. Tú me tranquilizas.

—No te preocupes, que mañana o pasado nos vemos, dependiendo si puedo desliarme con algunas cosillas. Si hace falta le dejo yo las cosas claritas al de educación física… que no sabe ese lo que vale mi amiga Leo…

—Gracias, amiga. Te quiero mucho, fea.

—Y yo a ti. ¡Ah! Cuando se te pase el berrinche y el dramatismo, me cuentas cómo fue con el italiano ese.

—No tienes remedio, eres un caso. Yo contándote que he perdido al amor de mi vida, y tú pensando en esas cosas.

—A ver, ¿en qué voy a pensar? Si llevo tropecientos meses sin comerme un rabo.

—Gracias por escucharme, amiga, salida.

—No hay que darlas… sabía yo que me tenía que haber ido contigo. Que cuando te quedas sola te atontas mucho con los tíos. Sal esta noche, ponte muy guapa y que todos vean lo que vales, el italiano, Edu y el que se ponga por delante. Tú no llores por nadie chiquita, que no merece la pena, ¡hazme caso! Como decía la Pantoja: “dientes, dientes”. Tú palante.

La energía que puede llegar a infundirte una buena amiga no es comparable con nada que puedas tomar, beber o fumarte para salir de un bache. Tengo que hablar con Edu, pero también es la última noche en el crucero. Hay que salir y participar en la fiesta final. Mientras me arreglo, tengo tiempo para tranquilizarme un poco y tratar de ver las cosas con cierto optimismo; sin tanto tremendismo.

La mesa de los profes en el restaurante es hoy un ir y venir de alumnos emocionados por hacerse selfies de recuerdo con nosotros. Edu no ha bajado aún. Nadie pregunta por él. Todos suponen que está cabreado.

—Los chicos están muy achispados, demasiado contentos. ¿No os parece? —pregunta Ana, mientras posa para la foto número cincuenta.

—Será la emoción de última noche —responde Maribel, encantada con que le hagan tantísimas fotos. Me da agobio tan solo con verla. El vestido de terciopelo morado que lleva hoy parece una túnica de nazareno de semana santa. No sé cómo no se desmaya por el agobio de llevar esa tela pegada al cuerpo. Con el calor que hace aquí dentro… No sé si es que ha calculado mal, y pensaba que alguna noche cenaríamos al fresco en alguna cubierta porque ese vestido es para llevarlo en Pamplona en pleno mes de enero, no en un crucero por el mediterráneo.

—Estaremos atentas porque no me fio de estos ni un pelo.

—No creo que hayan podido meter alcohol en el barco, nos ha faltado cachearlos.

—Tú lo has dicho… deberíamos haberlos cacheado —Ana levanta la ceja ante la sugerencia de Maribel. Parece una agente del FBI, ¿Quién nos ha cambiado a la profe de tecnología?

Nosotros hemos hecho lo que hemos podido, tampoco somos polis. Les hemos revisado las bolsas y todo. Tenemos la conciencia tranquila. Además, les hemos advertido de que habría consecuencias, partes o incluso expulsiones cuando volvamos al instituto —comento por primera vez, después de llevar un buen rato callada.

Empezamos a comer y aparece Edu. Tiene los ojos rojos y la cara algo demacrada.

«¿Has estado llorando?».

No puede ser. Lleva una especie de parche en una mano.

«¿Qué coño has hecho, Edu?»

—Buenas, por fin apareces —le dice Ana, aplaudiéndole. Edu la mira con cara de pocos amigos, perdonándole la vida.

—No tengo mucho apetito, pero es la última noche y no quería ser un aguafiestas.

—¡Profe! ¡Hazte una foto con nosotros!

Edu se levanta y va hasta la mesa de los alumnos. Trata de sonreír, pero me doy cuenta de que está triste. Realmente mal. Estoy segura de que me odia. Me temo que lo he perdido para siempre. Ni siquiera me ha mirado cuando ha llegado.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —le pregunta Sor Hortera cuando vuelve a sentarse en la mesa.

—Me he cortado —dice en tono distante y serio.

—Pídete langosta, Edu. ¡Esta noche tenemos que aprovecharnos! —le sugiere Ana, mirándome de reojo, tratando de hacer que el ambiente sea más distendido.

—Lo que sea, me da igual. No tengo apetito.

La culpa hace que se me quite el hambre a mí también. Trato de mirar a Maribel mientras me cuenta no se qué rollo sobre las verduras transgénicas y cómo solo compra verduras y frutas ecológicas. Me mantiene ocupada, así no tengo que mirar a Eduardo. Sin embargo, no lo puedo evitar. Lo miro, y lo remiro de reojo cada vez que me llevo el tenedor a la boca. Parece como si hubiese salido de una novela de Byron, un romántico desvalido de esos que dan ganas de consolar. En uno de esos intercambios, me mira. Se queda mirándome como si no hubiese nadie más en la mesa. Es su cara de circunstancias, como diciendo: ahora qué, ¿qué hago contigo? Le tiembla el labio inferior y antes de apartar la mirada hace una mueca con la boca como de resignación. Como si hubiese tirado la toalla y ya no quisiese intentar nada conmigo. Encima, por mi culpa. Herir a un hombre en su ego es algo casi imperdonable. No han avanzado mucho en ese aspecto. Su ego de machito es como la virtud de las damiselas en la Edad Media. Algo que no se puede mancillar bajo ningún concepto.

Tras la cena, los alumnos quieren que vayamos a echarnos más fotos con ellos, junto a las escaleras principales. Sí, las de Swarowski, por las que cayó ese señor que desafortunadamente me rompió el vestido.

Edu y yo somos los últimos en levantarnos de la mesa.

—No has podido esperarte a bajarnos del barco para reemplazarme, ¿verdad? —me suelta cogiéndome del brazo para que me espere.

—Edu, esto es una locura. Déjame que te explique… este no es el mejor lugar para hablar. Tenemos que aclarar las cosas tranquilamente.

—Me da igual la gente. Me dan igual los alumnos, que nos escuchen. A ti tampoco te ha importado que se entere todo el mundo que te has acostado con el tío ese.

—Vamos a ver Eduardo… —siento ganas de decirle que qué mierda le importa a él lo que yo haga con mi vida, pero eso lo diría si no me importase en absoluto—. Estaba segura de que ibas a casarte. La aparición estelar de tu novia con tus suegros así me lo hizo creer. ¡Si hasta os fuisteis a la habitación!

—Ya te lo expliqué cuando dormí en tu cama… —resopla—, una pregunta: ¿cómo puedes follarte a un tío por la tarde y dormir abrazada con otro a las pocas horas…?

Le doy una bofetada sin pensarlo.

—¡Ostras, lo siento!

—Más lo siento yo —me grita y se va tapándose la cara con la mano vendada. Se le saltan las lágrimas y aprieta la mandíbula. Entonces, desaparece.

Corro en dirección contraria, en busca de un baño en el que encerrarme. Me meto en el baño y trato de calmarme porque me va a dar un ataque de ansiedad. Mi respiración es muy rápida. Necesito tranquilizarme. Busco en el bolso una pastilla para cuando me pongo así. Recuerdo el momento en mi mente y me avergüenzo de mí misma. Aunque me haya llamado puta indirectamente, esté dolido y su acusación ha sido ruin y fruto del despecho, la violencia no se puede justificar.

«¡Dios! ¿Qué he hecho? Yo no soy así. ¿Por qué me he comportado de esa manera?»

Dicen que el amor verdadero te puede llevar a las situaciones más insospechadas y a que seas capaz de cruzar las líneas rojas que jamás pensaste que podrías cruzar. Tal vez sea eso, o que me estoy volviendo una neurótica.

Encuentro un diacepan y arrimo la boca al grifo del lavabo para beber agua. Me refresco la cara. Estoy echa un cromo. Retoco mi maquillaje para no parecer el Ecce homo de Borja en todas las fotos de la última noche del viaje. Tengo ganas de irme al camarote, pero sé que, si no aparezco, irán a buscarme.

Vuelvo y me encuentro a los alumnos que están como locos escaleras arriba y abajo. A mí me duele la boca de decirles que tengan cuidado que esas escaleras, que no son de fiar…

Nos hacemos fotos en todas partes, como si estuviésemos en el photocall de los Oscars.

—Ya está bien chicos, vámonos a la discoteca —sugiere Ana.

—Vale, maestra, pero nosotros vamos dentro de un rato, id tirándole vosotros.

—Míralos que apañados, ¿nos vais a preparar alguna sorpresita…?

—Sí, sí, una sorpresa, maestra —sonríen por lo bajo.

—En el viaje que hice a Paris con los alumnos hace cuatro años, nos regalaron una pulsera monísima de *Tous* a las profesoras y un bolígrafo fabuloso a Miguel Ángel, el profe de Historia. A ver con qué nos sorprenden esta noche. Yo creo que se lo han pasado estupendamente. Estos niños son siempre muy agradecidos. Ellos saben el esfuerzo que hacemos nosotros abandonando nuestras casas durante una semana y estar todo el día pendiente de ellos. Que, si se me ha perdido esto, que no encuentro lo otro, maestra tienes un tampax…

—¿Estás más animadilla? ¿Nos vamos a la disco y esperamos que lleguen los alumnos?

—Sí, aunque no tengo ganas.

—¡Ey! Anímate, lo que sea que haya sucedido, se le pasará.

Cuando llegamos a la discoteca, ya está ambientada. Hay varias parejas más mayores bailando salsa o haciendo lo que pueden. No me apetece beber; una lástima pues es la última noche que vamos a estar en el barco con nuestras tarjetas “sin límite”, pero no quiero. Además, me he tomado una pastilla, así que me pido una cola light.

—Mira quién está ahí —anuncia Ana.

Me doy la vuelta esperando que sea Edu, pero no es él; es Massimo que viene con una sonrisa de oreja a oreja. No nos hemos vuelto a ver desde la ultima vez… vaya, desde que nos acostamos.

—¡Buona notte, cara mía! —Me besa la mano delante de mis compañeras. Menos mal que no ha venido a darme un beso, porque le hubiese hecho la cobra. Massimo es tan correcto que sabe qué es adecuado y qué no en cada situación— esta es vuestra última noche en el barco…

—Buenas, Massimo. Sí, esta ya es la última noche… mañana volvemos a la realidad,

desgraciadamente.

La música cambia y ponen una canción lenta. Las parejas se acercan y empiezan a bailar acarameladas. Esta no es la última noche para todos los pasajeros del crucero. Acaba para aquellos cruceristas que empezaron el viaje en el puerto de destino en que atraca el crucero la mañana siguiente. En realidad, el barco está dando vueltas una y otra vez por los diferentes puertos y son los pasajeros los que van incorporándose o abandonándolo.

—¿Bailamos? —pregunta con esa sonrisa de anuncio.

Acepto.

—¿Has estado evitándome…?

—Eh, no, para nada. Creía que estabas trabajando.

—Sí, de hecho, he cambiado el turno de esta noche por el del día, para pasarla contigo.

—Genial. Aunque no tenías que haberte molestado.

—¿Molestado? No es ninguna molestia. Leonor, ¿Me he perdido algo…?

—No. Bueno… no, nada. Es que quería hablarte de…

—Podemos bailar. Solo es un baile, no te agobies. Disfruta de la última noche.

Massimo sonríe, me agarra por la cintura y me atrae hacia él. Sabe llevar muy bien el compás de la balada. Parece que flotamos en mitad de la pista. Yo apoyo la cabeza en su hombro porque no tengo ganas de hablar más, ni de tomar decisiones, o romperle el corazón a nadie más esta noche.

Edu llega a la discoteca, pero yo no lo veo venir. Se sienta junto a mis compañeras y nos ve bailando en medio de todas las parejas. No siente ira, celos u odio. Solo siente amor. Tan solo siente que se está enamorando de esa mujer que está bailando con otro y que haría cualquier cosa por estar con ella en ese momento sujetando su cintura, hablándole al oído, acariciando donde acaba su cintura con las yemas de sus dedos; enterrando la cabeza en el olor de la piel de su cuello.

—¿A qué esperas? ¿Qué te lo impide? No me digas que ahora te importa el qué dirán.

Edu masca las palabras que Ana acaba de decirle, parece que se envalentona y camina hacia la pista.

—¿Te importa? Escucho preguntar a Edu detrás de mí…

Me giro y lo veo hablando con Massimo, indicándole por gestos que quiere bailar conmigo.

—Si a la signorina no le dispiace…

Me quedo totalmente en blanco, cortada. No entiendo lo que está pasando. Edu estaba súper cabreado y, ¿ahora quiere bailar conmigo? Lo miro de arriba abajo y cuando estoy a punto de hablar, Massimo me suelta y me habla al oído.

—Ojalá me mirases a mí como lo miras a él…

Edu abre sus brazos y me acerco hasta él. No sé qué ha pasado, pero hace un segundo estaba bailando con Massimo, pensando en Eduardo y en que no había posibilidad alguna ni de que fuésemos siquiera amigos. Ahora, sin embargo, está aquí bailando una balada conmigo.

«¿Dónde está la cámara oculta?»

Me retiro un poco para ver que es verdad y que no me he quedado durmiendo en brazos de Massimo.

—Edu, ¿qué significa esto…?

—Esto significa que, aunque no puedo quitarme de la cabeza que el baboso ese y tú os acostasteis y que me den arcadas de pensar en que te ha acariciado con sus manos… tienes razón, yo tampoco jugué limpio. Para ti no debió ser muy agradable conocer lo de mi novia. Pero

entiende que no sabía lo que me estaba pasando. No ha sido hasta que te he visto con él aquí bailando, que me he dado cuenta de que estoy locamente enamorado de ti.

—Por fin me dices algo bonito…

—¿Puedo besarte? Es lo que me pide el cuerpo…

—Un beso no se pide, tonto. Un beso se da.

Los labios de Edu rozan lentamente los míos, como pidiéndome permiso, pero una vez que son correspondidos, acerca su boca con una pasión desmedida. Siento su lengua buscando la mía y yo la recibo con las ansias de decenas de noches repletas de sueños húmedos y fantasías con él. Nos besamos y compartimos la intimidad de sentir que una parte de nuestros cuerpos está dentro del otro; de sentirnos más cerca el uno del otro. Nos separamos después de no sé cuantos segundos interminables, tal vez han sido un par de minutos. Lo miro, me sonríe y pienso: por fin es mío.

De repente noto que alguien me toca el hombro. Es Maribel.

—Ejem, perdonad si os interrumpo, pero es que el jefe de seguridad del barco está preguntando por los responsables del viaje de fin de curso de Málaga. Dice algo de que hay una fiesta en las habitaciones de los chicos…

—¡Mierda! —decimos a la vez.

—Cuando llegamos, Ana está pálida y tiene cara de circunstancias. El jefe de seguridad es un tipo calvo de casi dos metros; impone muchísimo. Parece el mismísimo Vin Diesel. Su mirada acojona cuando la posa sobre ti, sientes ganas de salir corriendo.

—Ustedes ser responsables del grupo de estudiantes, ¿verdad? —pregunta con fuerte acento de Europa del este.

—Sí —respondo tímidamente.

—Necesito que me digan por qué haber quejas de fiesta en muchos camarotes… tenemos clientes querer descansar… ellos ahorrar mucho tiempo para disfrutar de vacaciones en crucero. Los jóvenes estar de fiesta y no poder descansar nadie.

—Lo sentimos, no teníamos ni idea. Habíamos quedado con ellos en la discoteca para bailar. Ahora mismo vamos a ver qué está ocurriendo.

—Los acompaño. Ser muy grave. La seguridad de miles de personas que viajan en el barco ser muy serio. Barco estar en mar alta…

Nos escoltan otros dos vigilantes de seguridad que van vestidos de negro, parecen los guardaespaldas del presidente de los Estados Unidos.

Cuando llegamos al pasillo de los camarotes de los chicos, se escuchan las risas y los gritos, incluso, por encima de la música, que ya de por sí está muy alta. El jefe de seguridad va delante, nosotros le seguimos y mira hacia atrás con claro gesto de enfado.

«Madre mía, se están pasando tres pueblos. Empiezo a sentir una vergüenza ajena indescriptible».

Los cuatro miramos hacia el suelo mientras avanzamos. Una mujer extranjera magulla algo en lo que parece alemán desde su camarote, señalando hacia la habitación de nuestros alumnos. No entiendo por qué no están de fiesta en la discoteca, lugar habilitado para eso, insonorizado para no molestar a los demás viajeros. La razón se vuelve obvia: el alcohol. En sus habitaciones pueden beber lo que hayan metido dentro del barco, sin miedo a ser pillados. Pero claro, no son muy inteligentes porque es obvio que están dando el cante; se les ha ido de las manos. La música a todo trapo, los golpes y gritos, junto con las carreras dentro de los propios camarotes, alertan y molestan a todos los pasajeros de los camarotes colindantes, además de los de arriba y abajo.

El hombre llama a la puerta, pero nadie abre. La música se detiene un instante, pero al cabo de unos segundos vuelve a sonar incluso más fuerte. Eduardo los llama a gritos y nadie se digna a abrir la puerta.

—¿Puedo? —pregunta el jefe de seguridad. Sabemos que es una mera cortesía porque el personal de seguridad del barco está habilitado para abrir las puertas de los camarotes en caso de emergencia. Sobre todo, ante cualquier sospecha de que la seguridad de los pasajeros y de la nave está en entredicho.

Todos movemos la cabeza afirmativamente. Personalmente, si hubiese podido habría derribado la puerta de una patada y hubiese tirado esos altavoces Bluetooth por la borda. Suelo ser bastante permisiva, pero cuando hablamos de molestar a los demás, de la seguridad y de extralimitarte en tus libertades fastidiando las libertades de los demás, soy muy radical. Cuando la puerta se abre, al fin, vemos a más de ocho alumnos saltando, bailando encima de las camas y bebiendo alcohol mientras corretean por todas partes. El espectáculo es bochornoso. Eduardo quiere pasar el primero, pero el guardia de seguridad no le deja.

—¿Qué estar ocurriendo aquí? —pregunta a gritos, tratando de localizar dónde está el altavoz inalámbrico para apagarlo. Los dos estudiantes que están más cerca de la puerta se quedan paralizados, petrificados, al ver entrar al jefe de seguridad junto con otros dos guardias y a nosotros cuatro detrás de ellos. Intentan avisar a sus compañeros con señas, tratando de decirles que bajen la música. Poco a poco todos se van dando cuenta de que no están solos y dejan de bailar, hasta que alguien detiene la música por completo—. Ustedes sabían que no poder dar fiesta en camarote, no poder beber alcohol; ustedes son menor —les grita el jefe de seguridad del crucero.

Los alumnos, hasta hace un segundo desfasados y exaltados, agachan la cabeza y empiezan a desinflarse.

—¿Por qué tú no abrir puerta cuando yo llama? ¿Eh? Yo tenido que llamar profesor de ustedes... tengo quejas de muchos clientes por su culpa. Ustedes disturbar descanso de pasajeros y eso ser multa grande. Así que, mañana cuando dejar el barco, tener que pagar la multa todos ustedes.

Algunos alumnos cogen sus móviles, con disimulo, mientras el jefe de seguridad les regaña a sus compañeros. La noticia de la multa y la pillada corre como la pólvora. De manera que todos los demás camarotes que están armando mucho jaleo y están también de fiesta, comienzan a recogerlo todo para cuando nosotros vayamos. Edu decide asumir el papel de poli malo y yo el de poli bueno. Una vez que el jefe de seguridad y sus gorilas se marchan hacia la salida, Edu empieza a regañarles, seriamente afectado y muy enfadado. Jamás lo había visto ponerse así, ni siquiera en el instituto con el primero F.

—¿Alguien va a decir algo? Me habéis decepcionado muchísimo, no esperaba esto de vosotros.

—Maestro, solo estábamos disfrutando un poco…

—¿Te callas? ¡Estoy hablando yo!

—Hasta os hemos registrado esta tarde antes de entrar en el crucero, pero vosotros teníais ganas de fiesta y no os habéis podido esperar en llegar a Málaga. Porque como no estáis acostumbrados a fiestas, ni a beber, pues no habéis podido esperar a hacerlo en vuestras casas; cuando estéis con vuestros padres. Habéis tenido que hacerlo aquí, el único lugar donde os dijimos que no se podía. Es que no entiendo qué pasa por esperar una noche más y, mañana, cuando estéis en Málaga, ya bebéis lo que os de la gana.

Mientras Edu les echa la bronca, Maribel y yo acompañamos a los de seguridad hasta el pasillo. Una vez allí, el jefe de seguridad, ante la cara de circunstancias de mi compañera Maribel, decide quitarle hierro al asunto.

—No preocupar si no hay más fiesta camarotes, no hay multa, pero no decir a estudiantes, o se portarán mal. Esta noche tener que vigilar que no volver a repetir más, ¿de acordo?

—Sí, sí, por supuesto —asentimos Maribel y yo con la cabeza. Por el bien de los bolsillos de los padres de nuestros alumnos—, esta noche haremos guardia por los pasillos. No se preocupe. Muchas gracias por su comprensión. Si hace falta irán a disculparse con los camarotes de al lado...

—No hacer falta. Todos ser jóvenes alguna vez y fiesta gustar mucho con sus años. Pero seguridad de clientes ser lo primero en nuestro barco; algunos clientes ser ya muy mayor y olvidar cuando ser jóvenes, ¿entiende?

—Sí, claro. Muchísimas gracias, de verdad. Le aseguramos que no va a oír ni una mosca esta noche. Silencio absoluto —le asegura Maribel agarrándolo del antebrazo, que es del tamaño de mi muslo. Le sonríe coqueta y descubro el tipo de hombre que le gusta a Sor Hortera: los fortachones de gimnasio...

Regresamos dentro, Edu sigue con la regañina más épica jamás echada a un grupo de alumnos. Le comento al oído lo que nos ha comentado el hombre de seguridad y parece más aliviado; sin embargo, no cesa de darles una monumental chapa a los pobres.

—Y decidles a los demás: que estáis todos castigados sin salir de los camarotes. Que vamos a comprobar con la lista que cada uno esté donde le corresponde. Los profesores haremos turnos de guardia durante toda la noche para que nadie se escape y quiera seguir de fiesta. Además, vamos a entrar en los demás camarotes, así que lo quiero todo recogido y presentable. Si os aburrís, podéis empezar a hacer las maletas para cuando vengan a recogerlas.

—Las listas están en mi camarote, el 13200 —anuncia Ana. Podemos recogerlas allí y empezar con los camarotes de esa zona del 13107 al 13227; creo recordar. Como el camarote vuestro es el 13058, Tú y Leo podéis revisar los que os pillan más cerca. Después, nos juntamos y vamos a la cubierta doce, para revisar los tres camarotes que tenemos allí.

—De acuerdo. Vamos entonces, ¿no? —me pregunta Edu.

Asiento con la cabeza mientras veo la cara de circunstancias de Adrián, y los ojos cuajados de lágrimas de Laura Rueda.

—Maestra no nos harán pagar la multa por culpa de cuatro imbéciles, ay ¡Dios mío! Mi madre me mata —me susurra Laura, una vez que Edu ha salido del dormitorio.

—Laura, la habéis liado mucho. Ahora tenéis que asumir las consecuencias. Ya sois mayorcitos... —sentencio en tono grave.

«Después de todo, nos han fastidiado la última noche a todos, incluidos a Edu y a mí, ¡joder! Con lo bien que estábamos antes de que nos interrumpieran...»

Cuando pasamos revista por los distintos camarotes, todos los alumnos han tenido tiempo de volver a sus cuartos correspondientes, deshacerse del alcohol… no quiero saber cómo, porque son capaces de haberlo tirado al mar por la borda. Tampoco vamos a mirar las papeleras, ni registrar sus maletas. Uno a uno revisamos todos los camarotes y todos parecen tranquilos. Algunos alumnos incluso se han puesto el pijama y están entretenidos con sus móviles; algunas chicas ya han terminado de hacer la maleta.

—Seño, mañana a qué hora nos vamos —pregunta Gloria.

—A las ocho y media estaremos en el puerto de Valencia. Así que tendremos que haber

desayunado para esa hora. Los autobuses nos esperan fuera del puerto a las diez y media. Tenemos hora de desembarco a las diez menos cuarto; así que no podemos retrasarnos.

—No os preocupéis que estaremos a esa hora, más aún, después de la que hemos liado esta noche…

—Ya está. Ahora quedaos tranquilos. Ha sido una pena porque os habéis cargado la última noche, pero esto os sirve de lección.

—Bueno, todos no estamos tan bien, porque en el camarote de los niños están regular…

—¿Qué les ocurre? Aún no hemos pasado por allí.

—Es el camarote del Sergio, Adrián, el Iván y el Carlitos, el deportista. Pues es que el Iván y el Miguelito iban fatal. Vamos están borrachos perdidos.

Llamamos al camarote y nos abre Adrián con la cara blanca del susto.

—¡Maestro, no sé qué le pasa al Iván… está muy lacio y no me responde!

Cuando entramos en el dormitorio Sergio está sujetándole la cabeza a un moribundo Iván. Tiene cara de susto y Carlitos yace tirado sobre una de las camas con la boca abierta, claramente durmiendo la mona, pero no sabemos con seguridad qué le ocurre.

—¡Iván! ¡Iván! Escúchame qué te has tomado… ¿Ha bebido mucho? —pregunta Edu, cogiéndolo por debajo de las axilas para levantarlo. Entre él y Sergio, que también está fuerte, consiguen levantarlo —. Vamos a llevarlo a la ducha.

Caminan con él hasta el cuarto de baño, mientras yo busco una botella de agua y trato de reanimar a Miguelito.

—¡Miguel! Escúchame soy la profesora Leonor…

—¡Déjame que tengo sueño! —Me responde con la voz pastosa. Le echo el botellín de agua encima y se levanta de golpe.

—¡Ostias puta! ¿Qué hacéis? Adrián lo sujeta.

—Miguel. Son los maestros que han venido porque estáis muy borrachos. Estábamos asustados.

Miguel me mira y empieza a ponerse rojo. Está en calzoncillos, unos Calvin Klein blancos que apenas tapan sus vergüenzas y muestran su canijo cuerpo; Miguel es ciclista, y está muy delgado.

—¡Ostias! ¡Que estoy en calzoncillos delante de la maestra! —exclama cuando me ve delante de él con el botellín de agua vacío en la mano—. ¡Avisad, coño! Agarra la sábana de la cama y se la pone alrededor.

—Debería darte más vergüenza como estás de borracho que el que yo te vea en calzoncillos, hijo.

Es cierto que a sus diecisiete años sienten más vergüenza por cosas triviales, que por comportamientos mucho más vergonzosos… —pienso para mí

—¡No! ¡NOOOO!

Escuchamos dentro del baño. Acto seguido se abre la puerta y sale Sergio asqueado dando arcadas y tapándose la nariz con la manga de su camiseta.

—¿Qué pasa? —pregunto antes de entrar en el baño.

—Que el maestro ha metido al Iván en la ducha y cuando le ha echado el agua se ha despertado. Él quería quedarse allí solo, pero el maestro le ha dicho que no, que podía caerse. Se estaba quitando la ropa, y al agacharse le ha venido una bocanada y ha empezado a vomitar que parecía la fontana de Trevi esa que vimos en Roma. ¡Madre mía, bro, qué manera de largar, el tío… ha echado hasta la primera papilla encima del de educación física!

—¿Estáis bien? —Pregunto a punto de entrar por si Eduardo necesita mi ayuda.

—¡Que no entre, maestro, que no entre que estoy en pelotas! —un fuerte olor a vómito me echa para atrás y vuelvo a cerrar la puerta.

Al cabo de unos minutos, Ivan sale de la ducha blanco como la pared, con los pelos mojados y una toalla alrededor del cuerpo. Detrás sale Eduardo chorreando y desprendiendo un olor muy desagradable. Todos tenemos que taparnos la nariz cuando entran en la estancia.

—Abrid la puerta del balcón para que entre el aire, por dios. —Suplico.

—Me voy a mi camarote a darme una ducha. —Dice Eduardo sin casi mirarme—, y a vosotros ni se os ocurra hablarme hasta que lleguemos a Málaga, por lo menos.

—Sí, claro. Cámbiate. Yo sigo con los camarotes que quedan; solo nos falta uno más.

—Gracias —pega un portazo y desaparece.

—Esto es demasiado, chicos… —les digo a Miguel, envuelto en el edredón y a punto de caerse del sueño y a Iván que se ha sentado en su cama y mira al suelo avergonzado mientras las gotas de agua le caen por el flequillo hasta el suelo—. Vaya tela. Anda, acostaros. Mañana hay que estar a las ocho y media en el restaurante. Las maletas tienen que estar hechas y en la puerta de los camarotes antes de las seis para que puedan llevárselas. ¡No os olvidéis! O cargaréis con ellas todo el tiempo durante el desembarco.

Asienten con la cabeza y me marcho. Antes de entrar al siguiente y último camarote, sonrío para mí al acordarme del pobre Eduardo…

«Este trabajo no está pagado…» —pienso para mí misma.

Para cuando organizamos los turnos de vigilancia son cerca de las cinco de la madrugada. Hemos tenido que terminar de hacer nuestra maleta a toda prisa para que puedan recogerla a eso de las seis. Ana y yo hacemos el primer turno de vigilancia. Ella en la cubierta doce y yo en la trece. Durante una hora y pico estaremos dando pasillazos para evitar que los alumnos vuelvan a liarla. También, comprobamos que haya cuatro maletas, al menos, en la entrada de cada camarote. Parece que ya han aprendido la lección. No les entrarán ganas de tonterías con la amenaza de la multa. Después, Eduardo y Ana vigilarán la última hora hasta las siete y media. Hora en la que tendremos tiempo para ducharnos y recoger las últimas cosas que meteremos en una mochila. La noche trascurre con tranquilidad. Cuando le doy el relevo a Edu, nos quedamos hablando un rato. Después, me meto en mi camarote muerta de sueño. ¡Solo voy a dormir una hora y cuarto! Menudo careto voy a llevar mañana cuando los padres recojan a los alumnos en el instituto. Espero poder dormir algo en el camino de vuelta. De lo contrario, voy a parecer la profesora zombi.

Cuando parece que ya me está entrando el sueño, tengo la cabeza acomodada en la almohada y he cerrado los ojos, escucho llamar a la puerta que separa el camarote de Edu y el mío. Al principio, es un toc toc lejano, después, parece como si fuesen a echar la puerta abajo. Me levanto medio sonámbula, con los ojos pegados y me doy con el borde de la cómoda en el dedo pequeño del pie.

—¡Dios, qué dolor! —Me quejo y quito el pestillo que bloquea la puerta.

—¿Estás bien? Perdona, es que ya he terminado mi turno y quería pasar contigo un ratito a solas antes de que nos marchemos.

—¿Yaaa? ¿Qué hora es, por Dios? Estoy muerrrta, Edu. No puedo con mi cuerpo. Creí que habían pasado cinco minutos desde que he cerrado los ojos. ¿No estás cansado?

—También. Estoy reventado, pero más ganas tenía de estar contigo.

Nos tumbamos en la cama y me abraza. Yo al principio tengo tanto sueño que ignoro sus

arrumacos y caricias en la espalda. Cuando ya es obvio que no quiere que duerma, me desvelo. La claridad del amanecer está entrando por la ventana. No puedo resistirme.

—¡Veamos como amanece! —sugiero tirando del edredón y envolviéndome en él.

Al salir, el fresco de la mañana y el olor a mar reviven mis sentidos. Solo me falta una taza de café para estar en la gloria a pesar del sueño y el cansancio. Se ve tierra a poca distancia. El barco avanza muy despacio, casi sin hacer ruido, surcando el mar. Está amaneciendo y Eduardo llega por detrás.

—¡Estás loca! ¿No tenías sueño?

—Sí, pero no me puedo resistir a ver amanecer en el mar por última vez… ¡Mira qué espectáculo!

—Vale, vale, miro, pero déjame que me meta debajo del edredón. ¡Hace un frío de cojones!

Lo miro y está en calzoncillos…

—Pero cómo sales tú tan fresco…

—Es que dentro hacía más calor… —sonríe

No me he dado cuenta que se había quitado la ropa, o tal vez ha entrado así en mi cuarto… el caso es que me abraza por detrás como si fuésemos Leonardo DiCaprio y Kate Winslet en *Titanic.* Cuando el sol sale y ya es doloroso mirarlo fijamente, me doy la vuelta y lo beso. Nos besamos con pasión y amor. Empiezo a estar muy excitada y él también… un mañanero después de la noche que llevamos es lo último que esperaba hacer en los pocos minutos que nos quedan en la habitación. Después de todo, nuestra primera vez no va a estar tan mal —pienso.

Volvemos dentro, tiramos el edredón al suelo y Eduardo empieza a besarme por el cuello, después los pechos y empieza a bajar mis braguitas. Me mira de manera lasciva y picante, sé a dónde quiere ir. Me besa el vello corto del pubis y después baja un poco más hasta que empiezo a gemir fuerte. Me sorprende lo liberada que estoy. Pero es que es Edu, mi Edu, el que está ahí enredado en mi clítoris. Después de unos segundos, siento que me toca a mí y le atraigo hacia arriba. Empiezo a masajear su polla por encima del calzoncillo. Él se excita y sonríe socarrón. Empieza a susurrar lo mucho que le gusta lo que le hago. Meto mi mano en su calzoncillo y empiezo a pajearle…

Toc, Toc.

Nos quedamos callados. Inmóviles como estatuas. Pensamos que es fruto de nuestra imaginación. No puede ser.

Toc, TOC.

Llaman de nuevo. Es en mi habitación. Saco la mano de donde la tenía metida y Edu me tapa la boca para que no diga nada, a ver si se van…

TOC, TOC, TOC.

—¡Leo, querida! ¿Estás dormida? ¡Vamos que son las ocho menos cuarto!

—¡No puedo creer que sea Maribel! —protesta Eduardo.

—Es mejor que te vayas. Si nos pilla aquí foll… sabes que lo contará. No tengo ganas de aguantarla lanzándome miraditas inquisitorias todo el camino de vuelta.

—¡Que le den morcilla! ¡Ignórala! —sugiere Eduardo volviendo a besarme en el cuello.

—Edu, ¡vamos! ¡Vete a tu camarote! Esta mujer es una corta puntos… —susurro—, así no puedo seguir. Sabes que no se va a ir. A pesada no le gana nadie.

Edu se levanta rápido, recoge sus pantalones cortos y cuando está entrando en su camarote, le lanzo la camiseta.

«Coitus interruptus. Menudo calentón vamos a llevar en el camino de vuelta».

—¡Voy! Maribel. Estoy en el baño. Un momento.

Cuando le abro la puerta, entra como un perro sabueso mirándolo todo y revisando a ver si de verdad que no estaba dormida.

—¿No te habrías quedado dormida, ¿verdad? Es que como no contestabas…

—Estaba en el baño, a punto de darme una ducha…

—¿A estas horas?

—Sí, ¿te importa? —empiezo a cabrearme. Es peor que si fuese mi madre.

—No, no, anda dúchate. Tienes quince minutos. Yo quiero estar en la cafetería a las ocho y cuarto.

—Ve tirándole si quieres… nos vemos allí en breve.

—No. Me quedo aquí contigo hasta que termines porque no me fio. Hoy estamos muy cansados y podrías quedarte dormida. Bastantes sustos nos llevamos ya anoche. Antes, he llamado al cuarto de Edu y no me ha contestado —anuncia levantándose y llamando a la puerta interior del camarote— ¿EDU? ¿EEEDU?

—Dime, Maribel. Te he escuchado la primera vez que llamaste… se nota que has dormido en tu turno de guardia… —protesta Eduardo algo malhumorado desde el otro lado de la puerta.

—¡De eso nada!

—Pero si escuchaba yo los ronquidos desde la cubierta de abajo…

—¡Serás traviesillo! No, no. Yo he hecho mi turno de guardia. Tal vez haya echado una cabezadita de nada… pero de ahí a roncar… de eso nada.

—¡Anda que no! Pero si el comandante creía que habían encontrado a una ballena varada en la doce de los ronquidos que has pegado… —Escucho a Eduardo reír desde le otro lado.

—¡Exagerado! ¡Venga, dúchate, que no llegamos!

Mi gozo en un pozo. Yo que pensaba que se iría y podríamos darnos una duchita juntos, al menos.

Todos desayunamos como si no hubiésemos comido en días. Hay que aprovechar que es nuestra última comida incluida en el barco. Ya no comeremos hasta que paremos en una estación de servicio antes de pasar Despeñaperros. Me encuentro a Gloria despidiéndose de la mesa de los muffins y los cruasanes, cuando voy a repetir otra taza de café y, tal vez, otro croissant con jamón y queso. Le digo que no esté triste, que en España también hay de eso. Me responde que no sabe por qué, pero que aquí están más ricos. Pobrecita se lo ha pasado tan bien que no tiene ganas de volver, es normal, nos pasa a todos. Las caras de muchos de ellos, al igual que las nuestras, podrían aparecer en la última temporada de *Walking Dead*. Muchos parecen zombis deambulando por el bufet en busca de alguna animadora de Instituto que se ha perdido cerca de los bollos y el café para desayunársela. Nuestros caretos no están mucho mejor. Ana no se quita las gafas y parece tener la mirada perdida contemplando el puerto valenciano; aunque creo que realmente dormita a ratos y lucha por mantener la cabeza erguida. Maribel lleva dos capas de maquillaje y polvos para disimular la mala cara que tiene. La mujer quiere aparentar un espíritu jovial cuando los demás no tenemos ganas ni de que nos hablen. Edu tampoco se quita las gafas y lleva unos minutos removiendo el café como si le fuese la vida en ello. Yo estoy tan cansada, tengo tanto sueño que me olvido hasta de cómo masticar y ya me he mordido la lengua dos veces.

Terminamos de desayunar y nos reunimos en el Hall principal para hacer el recuento. Casi es la hora de marcharse. Tenemos que abandonar el barco con los cientos de pasajeros que aguardan en el Hall. Conforme vamos saliendo vemos los autobuses que nos llevarán hasta la zona de

desembarque de pasajeros en el aeropuerto de Valencia, donde recogeremos nuestras maletas. A los pies del barco, hay una comitiva formada por el comandante y parte del personal del crucero que han salido para despedirse de nosotros. Conforme bajo la escalinata veo que Massimo también está entre ellos. Se me hace un nudo en el estómago, más por vergüenza, que por amor. Sabíamos que lo nuestro en el crucero tenía fecha de caducidad, pero nunca es plato de buen gusto dejar a una persona por otra. Y menos, de la manera en que lo he hecho. Muchas veces las mujeres nos sentimos utilizadas por los hombres como meros objetos de usar y tirar para satisfacer sus necesidades sexuales. Sin embargo, con Massimo, la que sentía que lo había utilizado era yo. A pesar de que los dos lo habíamos gozado, éramos adultos y accedimos voluntariamente a tener sexo. Pienso que tal vez él esperase algo más de lo que yo podía darle. Yo nunca suelo actuar de esta manera con los hombres, es más, suelo quedarme pillada por ellos antes de intentar nada con alguno. En esta ocasión todo ha sido diferente y me he dejado llevar por la pasión, sin pensarlo.

—Arrivederci, Leo —dice Massimo apartándose a un lado para despedirse. Está guapísimo con su traje blanco de gala.

—¡Adiós! Massimo. Le doy dos besos y él, gentilmente, me acaricia el pómulo de la oreja, huele mi cabello y me besa en el hombro con ternura.

—Sabes, has sido la historia de amor más corta y bonita que he tenido nella mia vita… ¿sabes? Yo lo habría intentado de verdad contigo. Por alguien como tú, hubiese tenido un amor a distancia…

Se me hace un nudo en la garganta, no puedo tragar. No era precisamente esta declaración de amor lo que esperaba encontrarme en nuestra despedida.

—Bueno, Massimo eres un hombre encantador, tienes todo lo que una mujer pudiera desear, pero…

—No soy él… —señala a Edu que va hacia un autobús con la primera parte del grupo—, hay amores que se olvidan y otros que no, aunque sean fugaces, siempre se quedan. Aunque el tiempo todo lo cura, hay amores que siempre duran. Siempre te recordaré, Leonor. Hay amores que te marcan para tutta la vita, personas que pasan un momento en tu vida y que te enseñan algo, te marcan per sempre, aunque no se queden y cada uno siga su camino. Aceptarlo es doloroso, perché es alguien con quién te lo has pasado bien, te ha hecho reír, que te hizo sentir tanto in così poco tempo; alguien con quién te has quedado con ganas de más, pero que no es vuestro momento. Soltar a esas personas è difficile, porque olvidar a alguien que te hizo più felice, aún cuando debes dejarla ir, pero perdura el amor, eso es muy duro; pero eso, mia cara, questo è la magia de la vita.

«¡BUM!» Me quedo sin palabras. Qué se puede contestar a eso… sin pensarlo, le doy un pico.

—Gracias, Massimo. —Me doy media vuelta sin saber qué más decir. Tal vez si lo hubiese conocido en otro momento de mi vida, le hubiese dado una oportunidad, seguro; como he hecho con otros gilipollas que no lo merecían. Sin embargo, Massimo es un buen tipo y solo espero que la vida le traiga una mujer que le haga soñar alto, lo ame bonito y le ayude a ser feliz. Yo solo le pido a eso a la persona que me acompañe a recorrer la vida.

Identificar las maletas, en medio de tantísimas, resulta ser más complicado de lo que creemos porque solo están identificadas con unas etiquetas del número de nuestro camarote. Son todas muy parecidas con tonalidades similares: negras, azules y grises. Para complicarlo todo, debemos identificarlas en grupos de diez. Hasta que esas diez personas no encuentran sus

maletas, no podemos seguir avanzando. Hay matrimonios que llevan ocho bultos entre los dos… eso eterniza el checkout. Cuando llegamos a la zona para autobuses del puerto de Valencia vemos, sin exagerar, más de cincuenta autocares. Por suerte, Eduardo está hablando con los conductores y los ha localizado pronto. Es uno de color burdeos de la empresa Paco Pepe. Los conductores, muy apañados, nos ayudan a acomodar, bueno, a hacer el tetris, para colocar tantísimo equipaje. Los alumnos se suben las ensaimadas y las mochilas al autobús. Reorganizamos las bandejas superiores de nuestros asientos para que quepa el mayor número de cajas del típico dulce mallorquín. Ya que han cruzado el mar mediterráneo desde las islas baleares, lo mínimo que podemos hacer por ellas es que lleguen enteras a Málaga.

Estamos tan ocupados ubicando alumnos y equipaje en el autobús, que cuando Clara Hernández me dice que no cabe nadie más, no sé a qué se refiere.

—Maestra, en el autobús no cabe nadie más. Sobro yo y, aparte, no hay asientos para los maestros. Mira a la gente que viene todavía por allí —explica una agobiada Clara, al borde del colapso mental.

Levanto la mirada y veo a Maribel acercándose, muy despacio, junto con un grupito de unos diez alumnos más. Echo un vistazo al maletero y veo cómo el conductor suda la gota gorda para terminar de empujar maletas y que la puerta pueda cerrar. Ahí no cabe ni un alfiler…

—¿Hay otro autobús? —les pregunto.

—¿Cómo? —pregunta el conductor más joven.

—Es que me dice la alumna que dentro no cabe nadie… y por allí vienen once personas más.

—A ver, ¿cuántos sois? —pregunta el conductor más mayor, empezando a perder los nervios.

—Somos ochenta y cuatro.

—¿Cuántos? —Pregunta el hombre mirando los papeles.

—Maestra, no corras que nos quedamos en tierra —dice Clara a una Maribel, que ahogada, pone cara de sorpresa y se sienta encima de su maleta.

—La empresa ha mandado un autobús de sesenta y cuatro… —responde el hombre— verá usted que venimos desde Málaga con un solo autobús por algo.

—Y yo le repito que somos ochenta y cuatro. Mire aquí tiene el email que le envié a la empresa… pone claramente que pedimos autobús para ochenta y cuatro pasajeros. Además, para la ida vinimos en dos autobuses. —Argumenta Eduardo, preocupado y molesto— no hemos tirado a veinte niños del barco.

—Ya, pero vinimos con Valle-Niza, es otra empresa —añade Ana.

—A ver qué coño hacemos ahora. Voy a llamar a la empresa. Seguro que lo ha liado la niñata esa, la sobrina del jefe. Mira que les dije que no tiene ni puta idea… —protesta el conductor mayor a su compañero más joven.

Al cabo de unos minutos y muchos gritos, el hombre regresa.

—Van a mandar otro autobús más pequeño para recoger a los veinte que no caben en este.

—¿Desde Málaga? —Pregunto preocupada.

—No, por suerte, estaban en Toledo, dejando a otra excursión y ya han salido para valencia. Tardarán unas tres horas —interviene el conductor más joven.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Salimos nosotros delante y les esperamos antes de cruzar Despeñaperros, en la estación de servicio? Podemos ir mucho más lentos que de costumbre para no esperéis mucho allí. Así llegamos a Málaga con los dos autobuses; sino los padres se podrían preocupar.

—¿Qué opináis?

—A mí me da lo mismo esperar y salir con el segundo autobús —respondo.

—Yo también puedo quedarme —se apresura a responder Edu.

—Bueno pues sacaremos un par de alumnos del bus para poder sentarnos nosotras y os lleváis a los que sobran —decide Ana.

—Que yo tampoco tengo problema en esperar… —sugiere Sor hortera—, Leonor y yo podemos irnos en el segundo autobús.

Eduardo me mira y sonríe levemente. Sé lo que está pensando… nos has jodido el polvo de despedida en la habitación y ahora nos quieres fastidiar el viaje de vuelta… no, gracias.

—No te preocupes Maribel. Iros vosotras en este primer autobús. Vaya que surja algún problema con el segundo y tengamos que pasar la noche aquí en Valencia. Vete tú a saber lo que tardará o si viene finalmente.

La palabra PROBLEMA es una de las palabras fetiche de Maribel. Siempre huye cual avestruz despavorida para enterrar su cabeza en el suelo ante cualquier mínimo problema o situación conflictiva del instituto.

—De acuerdo, entonces. Ana y yo vamos primero. Pobrecitos. Creo que en la terminal de embarque había una zona de espera con cafetería desde la que se ven salir y llegar los barcos. Estaría bien esperar ahí —sugiere, cogiendo su maleta y subiendo al bus tan pancha—, nos vemos en un rato.

Contemplamos cómo nuestros compañeros y casi todo el grupo de alumnos se marchan rumbo a casa. Los veremos en unas horas, pero sentimos un sentimiento de pena, que se repetirá cuando nos despidamos en Málaga. Algo parecido a lo que les debe ocurrir a los participantes de un reality. Estamos metidos en una burbuja de convivencia en la que el grupo suple las relaciones afectivas que te faltan: la familia, amigos, mascotas y pareja. Así que, citando una frase célebre de reality: “todo se magnifica”, incluso los sentimientos; o tal vez eso lo que más. Porque la exaltación de la amistad de la que hemos sido testigos con estos chicos no ha sido normal. Yo diría que comenzaron como compañeros de clase y vuelven casi como hermanos.

Estoy tan cansada que no tengo ni sueño. Buscamos la cafetería. Cuando la encuentro, corro a buscar un buen café. No tengo hambre, pero necesito cafeína en vena o me caeré redonda. Unas alumnas se han traído varios juegos en sus mochilas: el virus, Jungle Speed y el UNO. Mi perdición…

Entre robar órganos en el Virus para completar un cuerpo sano, destrozarnos las manos al atrapar el tótem para librarte del mazo de cartas en el Jungle Speed y gritar UNO como una descosida… se me pasan volando las tres horas que tarda el segundo autobús en llegar. Los alumnos alucinan con lo buena que soy y lo competitiva; porqué no decirlo. Hasta llegué a escuchar como una alumna le decía a otra: “déjala ganar o no aprobamos lengua en la vida…”.

«¡Exagerados!».

—Bueno, pues parece que ya nos vamos para casita…

—Sí. Ya está todo colocado. Hay un montón de asientos libres, si quieres puedes echarte en los dos de atrás para que vayas más cómoda.

—No, prefiero ir sentada; no quiero marearme. Pero, si no se sienta nadie detrás, podremos reclinar los asientos al máximo.

—¡Buena idea! ¡Chicos no os sentéis en los asientos detrás de los nuestros que vamos a dormir un poco…!

Contestan a duras penas. La mayoría de los chicos han podido elegir dos asientos y ya están con sus cascos y móviles dormitando, a punto de desconectar. La mayoría son capaces de no

dormir hasta que lleguemos a Málaga viendo TIK TOK. Yo misma tuve que desinstalármelo porque era un vicio tremendo. Me metía en la cama a las once y cuando acordaba, llevaba una hora y media enganchada viendo videos chorras de animalitos o bailecitos sin sentido. Aunque mis favoritos son los de las bodas en las que los novios o los invitados se caen. No sé, no lo puedo remediar. Me parto de risa. Después, además de no poder dormirme en un buen rato, me sentía mal conmigo misma por no haber dedicado ese tiempo a leer alguno de los muchos libros que tengo siempre pendientes por leer.

Edu y yo nos sentamos y empezamos a hablar de todo un poco. En un momento del viaje, alguna curva o frenazo, mi mano y la suya chocan. Él agarra uno de mis dedos y ya no lo suelta hasta casi llegar a Málaga.

El aire acondicionado está muy alto. El conductor asegura que sube la temperatura cada vez que se lo pedimos, pero, en realidad, yo creo que hace todo lo contrario porque hasta las puntas de las orejas las noto congeladas. Así que nos echamos mi chaqueta vaquera por encima. Podemos hacernos cosquillas y cogernos de la mano sin que los alumnos se den cuenta. Al cabo de una hora o así, nos quedamos dormidos.

Me despierto cuando siento el sol dándome de pleno en la cara. Miro a Edu y está frito. No podéis imaginaros lo guapo que está mientras duerme. Dios mío, si no tuviese casi una veintena de adolescentes cotillas detrás mía, me lanzaba encima y lo despertaba con un beso. Aún sujeta mi mano, con fuerza, como si temiese que fuese a irme de su lado. Yo la sujeto por lo mismo. ¡Dios si esto es un sueño, no me despiertes!

A los pocos minutos, hemos llegado al área de servicio. Maribel, Ana y el resto de alumnos nos reciben para contarnos todo lo que les ha pasado en nuestra ausencia, qué bocadillos son los más buenos, o dónde está el servicio.

Tardamos poco más de media hora. Nuestro conductor se cambia con otro compañero y algunos alumnos del primer autobús se vienen al nuestro. Nos quedan algo más de tres horas para llegar. Con suerte, a la hora de la cena estaré en casa. En realidad, nadie me espera para cenar. Aunque no sé, si tal vez cenaré en casa de Edu y terminaremos lo que hemos empezado esta mañana; sin siquiera cenar. Durante el trayecto final de vuelta fantaseo con qué haremos cuando nos libremos de los alumnos y nuestros compañeros. Para más inri, creo que Edu no trajo su coche, así que podré ofrecerme para llevarlo yo.

Caigo en la cuenta de que, si la cosa se pone caliente, tendremos sexo. Sin embargo, no recuerdo qué ropa interior llevo puesta. Así que aprovecho para mirármelas durante un instante en que Edu se asoma al pasillo del autobús para regañarle a unos alumnos que se están levantando y molestan al conductor. Por suerte, son unas braguitas negras muy sencillas, pero casi nuevas. Respiro, aliviada. Cuando Edu se incorpora, me sonríe y me lo imagino quitándomelas con la boca.

Hablamos de trivialidades, pero no hacemos referencia a lo que ha pasado esta mañana en la cama de mi camarote. Yo sé que él también debe estar excitado. Se muestra muy cariñoso; tanto, que le debo decir que se corte cuando se acerca para besarme; según él, todos los alumnos están dormidos…

Seguimos conversando, comentando los paisajes que aparecen en nuestro camino, hasta que nos volvemos a quedar dormidos cuando falta una hora y media para llegar a Málaga. Han sido muchos días de fiestas, excursiones y desplazamientos. Tan solo hemos dormido unas veintidós horas en siete días, según ha calculado Eduardo. Por lo tanto, estamos molidos.

Nos despertamos unos minutos antes de llegar al barrio donde está nuestro instituto. Lo justo

para recomponernos, peinarnos, limpiarnos la babilla que se nos ha caído … una revisión general. Nada comparado con la revisión que nos harán los padres en unos minutos. Llegamos a la explanada detrás del primer autobús. La zona de aparcamiento de autobuses detrás del instituto parece la feria de agosto. No cabe un alfiler. Hay muchísimos coches aparcados encima de la acera, en doble e incluso tercera fila y nos sentimos como *Harry Styles* llegando a un concierto.

—¡Madre mía, la que se ha liado!

Entonces, a Edu le cambia la cara.

—Está ahí. Ella ha venido… ¡mierda!

—¿Quién, Carmen? —pregunto sorprendida y molesta.

Asiente con la cabeza y se pone de pie en seguida. En el pasillo empieza a dar indicaciones a los chicos para que no aporreen las ventanas al saludar a sus familiares. Me fijo bien y en medio de la marabunta, la veo al fondo, apoyada sobre lo que parece un bulto enorme, con un gran lazo rojo.

—Mira que le digo que no me gusta que venga al instituto… y ¿qué es lo que tiene detrás? ¿Un coche parece?

No le contesto. Estoy en shock. Hace un momento estábamos cogiéndonos de la mano, haciéndonos carantoñas debajo de la cazadora vaquera y tan a gusto el uno al lado del otro… y ahora tenía que enfrentarme a este choque de realidad con su prometida justo aquí delante.

«Será hija de perra».

Nada más parar el autobús, se abren las puertas. Los chicos empiezan a salir eufóricos. El conductor abre el maletero y se lía un barullo del copón porque los alumnos pasan de sus maletas y van a correr a los brazos de sus familiares. Los pobres padres se acercan sin poder reconocer cuál es la maleta de sus hijos, así que algunos las confunden. Por suerte, los niños las reconocen y acaban intercambiándoselas en la acera.

—Tengo que bajar. Es Carmen… no sé qué coño hace aquí. ¡Joder! —susurra. Poniendo su mejor sonrisa delante de los padres al bajar.

Todos nos preguntan por sus hijos. Si se han portado bien o mal. Siento unas irrefrenables ganas de decirles que muy bien, menos la última noche que se portaron como unos verdaderos cabrones… Disimulo mi confusión y enfado por como nos hemos separado Eduardo y yo. Ha sido demasiado abrupto. Busco mi maleta algo desconcertada entre agradecimientos paternales y presentaciones de abuelas por parte de mis alumnos. Cuando consigo coger mi maleta, porque el conductor, cansado, dice que cada uno coja la suya, que a él no le pagan por ser un maletero… busco a Eduardo con la mirada al final de la calle. Pero es del todo imposible encontrarle en medio de la marea humana. Por suerte, a los pocos minutos los padres van despejando la calle, algunos quemando ruedas de felicidad al recibir de nuevo a su angelito en casa… varios padres, incluso, me gritan desde los coches que me pagan otra semana por que nos lo llevásemos, que hasta habían tenido relaciones conyugales más frecuentes y placenteras que en años. Tampoco hay necesidad de contarlo a voces, pero cada uno somos de nuestro padre y nuestra madre…

Cuando me aparto del autobús, veo que Ana Julia y Claudia corren hacia mí con una gran caja. Suplico para que no sea una ensaimada mallorquina. Necesito ponerme a dieta desde esta noche mismo. No es normal la manera de beber y tragar que he llevado durante el crucero.

—Maestra, esto es para ti.

—¿Mío? Pero bueno, un regalo y todo. Sois mis alumnas favoritas —sonrío.

Detrás de ellas llega Ana con María de la cafetería.

—¿Se lo habéis dado ya?

—No, no, lo está abriendo.

Ante tanto misterio, lo abro y empiezo a preparar mi cara de: “te gusta el regalo, haz que parezca que te encanta”, pero cuando lo abro, en vez de poner esa cara ensayada de felicidad, se me caen dos lagrimones.

—¿No te gusta maestra?

—¿Qué le pasa?

—¡Que está llorando, tía! ¡Ay que no le ha gustado la sorpresa!

Dentro de la caja, envuelto en papel de seda con toda la delicadeza y amor posibles, está el vestido de Armani negro que destrocé en el crucero. Sin embargo, ahora está impoluto, como nuevo. Incluso tiene la etiqueta original puesta. Tardo unos instantes en reaccionar y las abrazo. Anoche, de madrugada, hicimos nuestras maletas tan rápido que ni reparé en que me faltaba el Armani.

—Gracias, muchas gracias… pero ¿cómo?

—Verás, seño. Ana Julia cose muy bien, por eso va a hacer un módulo de diseño el año que viene. Y yo sé coser por mi abuela. Así que fuimos a comprar hilo, lentejuelas, una cremallera nueva y lo hemos arreglado entre las dos. Después, en una tienda de Palma, una chica nos puso la etiqueta para que quedase como nueva.

—¿Te ha gustado? ¿Verdad que tenemos un portento de alumnas en nuestro instituto? —pregunta Ana, emocionada.

—La maestra Ana nos ayudó a coger el vestido de tu armario.

—Fue cuando te pedí la llave porque creí haberme dejado el móvil en tu camarote… —responde Ana, satisfecha.

—No sé cómo agradecéroslo… ya os invitaré a unos cuantos desayunos de la cafetería chicas… ¡está como nuevo! Sois las mejores. Ya me veía pagando un pastón por un trapo roto. Muchísimas gracias. Las beso efusivamente y se marchan satisfechas y felices. Sigo llorando y pienso que me encanta mi trabajo… cómo somos capaces de infundirles tanta fuerza con tan poco y en todo lo que nos enseñan los estudiantes día a día. Nos muestran lo que es importante en la vida, más allá de currículos, programaciones, deberes, exámenes… más allá de todo eso, están las personas y eso es con lo que me quedo.

—No sé cómo me las apaño que siempre te encuentro llorando…

—¡Zita! —grito y corro a sus brazos. En su hombro vuelvo a emocionarme y a llorar más. Miro al final de la calle. Ya está despejada. No hay rastro de Edu, ni de su prometida.

—No lo busques, mi niña. Acaba de pasar a toda velocidad conduciendo un pedazo de mercedes todoterreno azul marino, que quita el hipo. Todos los padres se han quedado embobados cuando le ha quitado la funda y el lazo de regalo que tenía en lo alto. Uno de ellos ha dicho que ese coche vale más de cien mil euros.

—¿Cómo? ¿Se ha ido?

—Sí. Iba con la rubia asquerosa perfecta esa, la que nos encontramos en el Corte Inglés, su prometida.

—Pero no puede ser. ¿Cómo iba? ¿Enfadado o alegre?

—Nena, le acaban de regalar un coche que ni tú ni yo nos pagaríamos con todos los trienios de la carrera de docente y ahorrando veinte años…—me dice directa. Después ve que estoy a punto del colapso y se relaja—, bueno, muy contento no iba.

Zita me lleva en su coche porque siquiera tengo fuerzas para conducir. Recapitulo y pienso en la jugada magistral que se ha marcado la muy zorra de su prometida. Le ha esperado justo al

regreso del viaje para regalarle un cochazo delante de todo el mundo; para que no se pueda negar. Durante todo el camino miro el móvil, pero no es hasta que Zita para frente a casa, que no entra su primer Whatsapp:

{Disculpa, pero Carmen estaba allí con ese coche. Está loca. No puedo hablar ahora. Me ha preparado una fiesta sorpresa en su casa. Lo siento. Te llamaré, lo prometo.}

Una puñalada por la espalda debe doler muchísimo, un jarro de agua fría también sienta muy mal, así como también jode bastante una patada en los cataplines; pues imaginad que todo eso te ocurre a la vez cuando recibes un mensaje como ese.

Antes de que pueda contestarle, ya no está en línea. Ha salido de WhatsApp. Quiero responderle, pero no sé si se estará peleando con Carmen en esos momentos y si ella leyese mi mensaje podría enfurecerse más. Al poco, pienso que tal vez estén haciendo las paces y me dan ganas de llamarle para cortarle el rollo a la rubita sicópata.

—Bueno, cuéntame cómo ha estado el crucero. Creo que vienes bien servida, ¿no? Que la cosa ha estado movidita…

—Zita. No tengo ganas de hablar… lo siento.

—¿Es por Edu? Sabías que se casa la semana que viene… era de esperar. Mientras habéis estado los dos fuera de la vida cotidiana que os rodea, lo habéis visto todo del color de rosa, pero esto es la realidad. Te advertí, ¡te dije que no te enamoraras de un tío comprometido! Es peor que si estuviese casado, porque crees tener la oportunidad de conquistarlo antes de que se case.

Y justamente eso era lo que yo había creído.

—¡Qué tonta he sido…! Pero si hasta hace unos momentos, antes de llegar al instituto, estábamos súper bien juntos, tonteando todo el tiempo en el autobús.

—Guapa, ¿tú nunca has tonteado con alguien una noche de fiesta y después te has dado cuenta de que no era tu príncipe azul y le has hecho ghosting a la mañana siguiente?

Quiero decir que no, pero después me acuerdo de cómo he jugado con Massimo…

—Pues yo sí lo he hecho. Es un capullo, cierto, pero piensa que ellos ya tienen una vida juntos, que llevan mucho tiempo de novios y se van a casar.

—Pero él tenía dudas, incluso le pidió tiempo cuando fue a verlo al barco…

—Es normal tener dudas antes de casarte, créeme y más para un guaperas como Eduardo. Eso de cortarse la coleta asusta a cualquier tío. Porque piensan: “no voy a poder follar con otra mujer distinta durante el resto de mi vida”. Por qué te crees que lo llaman despedida de soltero… desmádrate esa noche que ya no vas a poder tener noches de juergas y ligoteo con los amigotes nunca más. —Me mira fijamente muy seria y me suelta a la cara—: Leo, ¡tú has sido su despedida de soltero!

—No me lo puedo creer…

—¿Te llegaste a acostar con él?

—No… porque no tuvimos oportunidad, estábamos liándonos esta mañana, a punto de hacerlo…

—Ahí lo tienes. Ha estado tonteando contigo, como lleva haciendo meses. Cuanto antes te des cuenta, antes lo olvidarás.

—Esto no puede ser, no puede estar pasando. Tenías que haberlo visto cómo se puso cuando me vio bailar con Massimo.

—Celos. Celos en su orgullo de machito. No pueden tolerar que otro gallo le levante a su gallinita. Todo el mundo sabe lo colada que estás por él. Así que me lo imagino pavoneándose delante tuya todo el viaje, como una estrella del rock que tiene a su admiradora detrás todo el

tiempo. Cuando vio que otro se fijaba en ti y pasabas de él, se puso como loco. Herido en su orgullo de macho alfa. Vamos que tenía que dejar claro quién mandaba en el corral, así que por eso reaccionó tan pasional. Un claro ataque de ego masculino, nada más.

Pensaréis que, para tener amigas como Zita, mejor rodearte de un grupo de leonas en mitad de la selva africana de noche. Pero tenía razón en todo. Mi amiga me había desmontado en pocos minutos el castillo de naipes que me había ido creando en los últimos días de crucero. No hay mayor ciego que el que no quiere ver; yo había estado mirando solo para donde había querido. Ciega y enamorada perdida. Como una polilla que, cegada por la luz, sigue arremetiendo una y otra vez contra la bombilla, a pesar de quemarse las alas cada vez que se acerca.

—No lo tengo tan claro… creo que le gusto y no se va a casar con ella. Voy a escribirle.

Zita me agarra el móvil y me lo quita de un manotazo.

—Tú no vas a hacer eso.

—¿Por qué?

—¡Por dignidad!

—A la porra el orgullo, ¡esto es amor...!

—Ay mi niña, ¡qué romanticona eres! Si no me equivoco y, espero hacerlo por el cariño que te tengo y tu salud emocional, no te llamará ni te dará una explicación. Simplemente se casará la semana que viene y punto.

Cuando Zita se va a su casa y le doy mi palabra de no escribirle, releo el mensaje de Edu.

{Disculpa, pero Ana estaba allí con ese coche. No puedo hablar ahora. Me ha preparado una fiesta sorpresa en su casa. Lo siento. Te llamaré, lo prometo.}

Una puta fiesta sorpresa, un jodido cochazo… esa tía es muy… cabrona. ¡Joder!

Cómo ha estado preparándolo todo para separarnos, para romper esa magia que teníamos después de haber convivido tantos días juntos. Cómo se las ha apañado para hacerlo solo unos segundos después de que él se bajarse del autobús. Es la puta ama de las novias tóxicas. Si quieren dejaros, ya sabéis… os arrastráis como sanguijuelas, le regaláis un cochazo, le montáis una fiesta sorpresa y a estas horas seguro que lo está ahogando con sus tetas de silicona.

Estoy escupiendo bilis y mirando el móvil cada minuto hasta las cuatro y media de la madrugada. Pero Eduardo no se digna a escribirme un solo mensaje para explicarme lo que está pasando. Es ese misterio lo que me vuelve loca y hace que solo consiga dormirme con dos pastillas. Yo que suponía iba a estar apagando el calentón de esta mañana a estas horas… haciendo el amor con él, por fin hacerlo mío… y dormirnos el uno al lado del otro agotados después de haber resuelto tanta tensión acumulada durante meses. Pues no. Así soy yo, Leonor Amor Tirado … cómo me va a ir bien en el amor con estos apellidos…

15. La Boda.

Me despierto. Corro a buscar el móvil con la mirada. Seguro que tengo mil mensajes de WhatsApp de Edu…

«¡Dios me duele la cabeza! ¿Qué hora es?».

Me entra ansiedad cuando compruebo que son más de las once. Por suerte, recuerdo a tiempo que no hay instituto puesto que es semana santa. Además, el lunes también es festivo para la comunidad educativa, así que tengo un largo puente para recuperarme de esta resaca emocional, poner lavadoras y comprar algo en el supermercado. Estuve apurando todo lo que tenía para que no se pusiese malo nada y tener que tirarlo antes del crucero, así que ahora atengo la nevera pelada. Miro el móvil y no tengo ni un solo mensaje. Compruebo a ver si lo tengo en modo avión, pero no es así. Aparezco etiquetada en decenas de posts e historias de Instagram de los alumnos. Madre mía, nunca he tenido tantísimas menciones en mi vida. Así que corroboro que Edu no me ha escrito porque no ha querido, no porque a mi teléfono móvil le ocurra algo. Una parte de mí empieza a justificarlo pensando que tal vez la fiesta acabó muy tarde y estará exhausto, como lo estaba yo, pero otra parte, la más realista, esa que despertó anoche mi amiga Zita, piensa que está pasando de mí, que me está ignorando. Haciéndome ghosting.

«¡Dios cómo odio esa palabra!»

Hace unos años, cuando no había internet, no sé cómo la gente sobrevivía, la verdad, no existía la posibilidad de poder comprobar que alguien estaba pasando de ti en toda tu cara. Hoy día, sí. Antes podías imaginar que no estaría en casa, que no había leído el correo, o que te había llamado y no había saltado el contestador automático. Tardes enteras de pasarlas junto al teléfono… solo por si esa persona llamaba. Sin embargo, actualmente es un rollo, sabes en tiempo real que alguien pasa de ti cuando te deja en visto del WhatsApp, ve tus historias, pero no los comenta, o no le da like a tus publicaciones de Instagram, pero le ha dado me gusta a las de tus amigas hace poco rato…

Abro la nevera y, por suerte, hay un paquete de leche y algo de embutido para desayunar. Suspiro, aliviada.

«Con lo fácil que era llegarse a la mega cafetería del crucero…».

Decido que, para sentirme así, con esta depresión post vacacional no viajaré nunca más. Así me ahorro el disgusto a la vuelta. Sonrío al ver un tomate medio chuchurrido que me mira con ganas de acabar en el cubo de la basura. Me apetece tomate en mi tostada, pero no quiero acabar con gastroenteritis, así que cumplo sus deseos y lo lanzo al cubo.

«¡Ostras, mamá!»

He olvidado llamar a mi madre y ya llevo más de quince horas en Málaga. Algo imperdonable. Podría incluso llamar al 112.

—¡Buenos días, mami! Ya estoy aquí. He vuelto del crucero.

—¿No volvías ayer?

«Vaya memoria que tiene la anciana…».

—Sí, pero el autobús llegó muy tarde y…

—Podías haberme llamado o mandarme un *güasa* de esos… que, aunque sabes que no tengo muchos omegas, pero para responderle a mi hija, tengo.

—Mamá, megas, lo que tiene el móvil se llama “megas” …

—Bueno, a tu madre no la corrijas, que nunca sé si te estás metiendo conmigo…

—¿Qué te pasa?

—Pues me pasa que voy tarde. He quedado para comer con mis amigas. Vamos a comer pescaito a *Er Pichi de Cai*, en Huelín. Y ya voy tarde porque la Ramona se ha empeñado en que no viene. ¡Tengo un disgusto con eso que dice ahora que no come pescado, que ella es *bergana*, como su hija! Será tonta, la vieja chocha, a estas alturas… desde que se ha apuntado a Pilates ese, se cree más moderna que nosotras. ¡Anda, vente conmigo! Hemos quedado en la Luz y de allí nos vamos andando.

—Sabía que te pasaba algo —siento ganas de decirle que es "vegana" pero no quiero que me fusile—. No, gracias, mamá. Tengo mucho lío. Necesito poner unas cuantas lavadoras y arreglar la casa. El martes volvemos al instituto y quiero hacer el cambio de armario también. Ve tú y pásatelo bien con tus amigas. Luego me cuentas.

—Vale, hija. Me voy corriendo, que te enrollas mucho cuando no tienes prisa… —me suelta, colgándome el teléfono.

—Pero…

Es muy fuerte que ni tu propia madre tenga paciencia para escucharte… y eso que no le he contado nada sobre cómo me siento.

Estoy haciendo la lista de la compra y llaman a la puerta. Tiro el bolígrafo. Derramo un vaso de agua sobre la encimera, me miro al espejo nerviosa y veo que estoy en bragas, con un moño y con una camiseta vieja puesta. Toda una choni.

«¿Y si es Edu?»

Corro al dormitorio que parece el Primark en las rebajas y cojo los primeros shorts, no tan sucios, que encuentro y una camiseta de tirantillas de lentejuelas plateada que arranco de la percha, partiéndola, claro; ¡viva la ley de Murphy!

Riing riiing.

—¡Voy, ya voy! —grito desde el dormitorio, metiéndome el cepillo para desenredarme el pelo un poco, mientras busco con el pie la otra zapatilla.

Me miro en el espejo y no me veo tan mal. Abro la puerta sin mirar, cruzando los dedos para que sea Edu que viene a darme una explicación y decirme que ya lo ha dejado con su novia, me bese y me haga suya.

—Hola, bonita. Esto es tuyo —dice mi vecina Angelines, que me mira de arriba abajo por la combinación de lentejuelas, shorts de lunares y unas chanclas con un color diferente.

—Ah, ¡hola! —Respondo desilusionada.

—Hija, ¿esperabas a alguien? —me mira de nuevo de arriba abajo— es obvio que no, pero alegra esa cara porque acabas de volver de vacaciones. ¿Qué tal el viaje?

—Bieeeeen —digo flojito.

—Bueno, aquí tienes tu paquete. Hija, es que estaba el de Amazon erre que erre llamando a tu timbre e intentando meterlo por la ventana de la cocina y dio la casualidad que yo salí a regar mis macetas. Que tú sabes que yo no estoy nunca por la casa, ni estoy pendiente de nada en la comunidad, aunque esas arpías me tilden de cotilla…

—Muchas gracias, Angelines. Muy amable —cojo el paquete y me dispongo a cerrar la puerta, mientras veo que mi vecina se queda allí parada como un pasmarote, como queriendo que abra el paquete delante de ella.

—Es una agenda nueva para el instituto…

—¡Ah claro, hija! Lo que sea. Yo ya me iba a comprar al mercado. ¡Hasta luego! —se despide estirando el cuello todo lo que puede para ver por la rendija de la puerta cómo tengo la

casa...

Abro el paquete, aunque ya sé lo que es. Son las pulseras de la suerte con siete nudos que compré para llevarme al viaje y repartir entre los alumnos de mi tutoría. Leo la tarjeta que viene dentro del paquete:

Las pulseras de los 7 nudos son utilizadas como amuletos de protección que atraen la energía positiva y la buena suerte, alejando las malas energías. La pulsera roja de 7 nudos es la más popular ya que su origen está en los amuletos del Kabbalah.

Miro las pulseras y pienso que ya podían haber llegado antes, a buenas horas llegan los dichosos amuletos de la buena suerte…

Aguanto durante el fin de semana sin llamar o escribir a Edu. Gracias al apoyo de Zita, el alcohol, por qué no decirlo y lo demandante que está mi madre. Sin embargo, el lunes me empiezan a flaquear las fuerzas. Durante la tarde del lunes, pienso en que tal vez él esté esperando que yo le escriba, al igual que hago yo; y que, si ninguno de los dos damos nuestro brazo a torcer, esto significará el fin de lo nuestro; si es que alguna vez hubo un "nuestro". Finalmente, me resigno a encontrármelo el martes cuando volvamos a trabajar. Supongo que será mejor hablarlo cara a cara. Así que, si he aguantado tres días, puedo hacerlo uno más.

El martes por la mañana llego bastante arreglada, morenita por el sol del crucero y todos los compañeros se apresuran preguntar cómo ha ido el viaje con los alumnos. Comentan lo cansados que están tras haber cubierto nuestras guardias de clase, pero que los chicos están encantados y no hablan de otra cosa con los compañeros a la entrada del instituto. Tengo servicio de guardia a segunda hora. Se supone que Edu entra a las nueve y cuarto, a esa misma hora, así que tendremos que vernos. Sin embargo, cuando estamos revisando los profes que faltan, la directora entra en la sala de profesores y anuncia:

—Chicos, hay que sustituir a Edu. Se ha pedido unos días sin sueldo para preparar la boda. Aquí tenéis la invitación de boda que me ha dado. Me ha comentado que invita a todo el que pueda y quiera venir, que no le parece de recibo invitar a unos compañeros sí y a otros no. Que, si no podéis ir, lo entenderá. Eso sí, me ha dicho que le confirméis por WhatsApp antes del jueves.

—Madre mía. El tío qué suerte tiene. La familia de su novia está forrada… No veas el cochazo que le ha regalado su novia. Así me pido yo también días sin sueldo—, comenta el compañero estupidillo de música.

—Pues yo no me pierdo la boda… tiene que ser de mucho postín, porque la familia seguro que ha invitado a famosos y todo —asegura la profesora del DACE.

Siento nauseas y quiero vomitar al escucharlos.

«¡Al final se casa!»

Salgo de la sala de profesores a toda prisa y, cuando voy a entrar a los servicios, veo que Edu sale del despacho del jefe de estudios con unos papeles en la mano.

—¿Edu?

Me mira asombrado y acto seguido mira su reloj en un acto reflejo.

—Ehhh, ¡hola, Leo!

—¿Qué coño está pasando? —Le pregunto junto a los despachos del equipo directivo.

—Aquí, no. Pasa conmigo dentro.

Entramos en los servicios de caballero del profesorado y echa el pestillo.

—Creo que te debo una explicación…

—¿Que me debes una explicación? Una explicación se la debes a tu padre cuando tienes

dieciséis años y llegas a casa a las siete del mañana borracho… a mí, a mí me debes algo más que eso —mascullo y trato de respirar para que no me dé algo. Siento que me tiembla la voz y el párpado derecho por los nervios—. Me acabo de enterar de que te casas. No has tenido los cojones de decírmelo durante estos cuatro putos días que he pasado arrastrándome por mi casa, comiéndome el tarro para averiguar si había hecho algo malo, si necesitabas un tiempo para cortar con tu novia o qué sé yo… lo que menos me esperaba es que fueses tan cabrón que siguieses preparando tu boda, tan tranquilo. ¿Qué pasó el último día del crucero? ¿No significó nada para ti?

—Sé que me merezco que te pongas así… pero… he recapacitado… lo siento, Leo. Eres una chica increíble… pero no sé si esto funcionaría…

Le doy un bofetón que le cruza toda la cara, ya es el segundo desde que le conozco. Se le saltan las lágrimas de la fuerza con que le pego. Acto seguido, quiero pedirle perdón, pero me controlo porque se lo merece. Odio que sean condescendientes conmigo.

—Tú, ¿quién cojones te crees que eres? ¿Te crees que puedes decirme que estás enamorado de mí, meterte en mi cama y dormir conmigo, enrollarnos y ponerte celoso cuando me viste con Massimo… para ahora decirme que lo has pensado mejor? Vamos, no me lo creo. O tal vez no te conozco y eres un cínico del carajo y un sociópata como tu novia la que, por cierto, me amenazó de muerte la noche que estuvo en el crucero. No quise decirte nada por no preocuparte, pero me dijo que o me alejaba de ti, o los matones de su padre me harían una visita; que la vida de una profesora de tres al cuarto valía muy poco.

Eduardo se toca la mejilla que empieza a ponerse roja. Se pone serio y continúa como si la bofetada no hubiese pasado.

—Leonor. Yo no te prometí nada. De hecho, no tenemos nada. Eres una mujer increíble y me siento muy atraído por ti. Es verdad que me gustas mucho. Eso ha aumentado por las circunstancias durante el viaje. Sin embargo, aquí, en Málaga, me he dado cuenta de que no puedo tirar por la borda una relación de años por una aventura de crucero. Carmen ha estado siempre a mi lado y tampoco puedo hacerle esto… tampoco creo que te amenazase… estarías nerviosa y malinterpretaste sus palabras, seguro. No es mala persona, la conozco. Entiende que se sintiese violenta por lo que tú y yo estábamos sintiendo en el barco.

—Vete a mierda, Edu. La próxima vez que te cruces conmigo por el instituto, cuando vuelvas de tu luna de miel, ni me mires…

—Lo siento, Leo —intenta agarrar mi mano, pero yo la aparto rápidamente. Siento un dolor intenso en el corazón, no es un infarto, es algo peor… me ha partido el corazón en mil pedazos.

—Más lo siento yo. Creía que eras diferente… supongo que un cochazo, una casa de lujo y lo buena que está son cosas superficiales que tiran más que los sentimientos verdaderos. Siempre me has parecido un hombre muy práctico. Sabes que a la larga vivirás mejor con ella que conmigo… pero solo te diré una cosa: aparecerá alguien en mi vida que no serás tú y cuando me veas feliz con él, no me vengas llorando como hiciste con Massimo, porque tú ya has tenido tu oportunidad y no la volverás a tener.

Lo aparto de la puerta, la abro y camino deprisa hacia la salida del instituto. Me encuentro con la conserje por el camino.

—Carmen, dile al jefe de estudios que no me encuentro bien. Me marcho a casa. Creo que tengo un ataque de ansiedad.

Edu sale del baño con la cara colorada, un nudo en la garganta y los ojos llorosos. Cuando llega al coche que está en doble fila, ella está dentro esperándole.

—¿Cómo ha ido? ¿Te has encontrado con ella…?

—No, arranca.

—¿Por qué tienes los ojos llorosos?

—Por nada… mis compañeros me han felicitado y me he emocionado. ¿Puedes arrancar ya?

Carmen arranca el Mercedes y cuando doblan la esquina del instituto ve de soslayo a Leonor llorando por la calle. Sonríe para sus adentros, pero no le dice nada a Eduardo que está mirando a un punto fijo de su móvil apagado. Se ha salido con la suya. Suelta una mano del volante y lo besa en la otra mejilla, la que no tiene colorada, justo cuando pasan al lado de Leonor para que los vea.

Al fin llega el esperado día de la boda. Algunos profes con hijos pequeños, Zita y yo hemos sido de los únicos profes del claustro que no hemos ido a la boda. Incluso muchos alumnos se van a acercar a la iglesia para felicitar al profe de educación física y tirarle arroz con todas sus ganas como venganza por todas las vueltas que les ha hecho dar al patio durante sus clases.

—¿Qué hora es…?

—Las seis y media…

—Ya estará casándose, ¿no?

—Probablemente… la boda empezaba a las seis. Dependiendo de lo que se haya retrasado la novia sicópata, como tú dices.

—¿Puedes buscar algo en Netflix… nada de amor por favor… *Resident Evil, Stranger things* o algo en lo que no haya que pensar para nada.

—¿No quieres una peli de esas de "la lavadora" que te gustan…? Uff, pues sí que estás mal… Cariño, ya no te quedan lágrimas… déjalo ya. Llevas llorando desde el martes…

Zita llama "pelis de la lavadora" a esas pelis francesas o europeas en las que ocurren pocas cosas, son muy lentas y se adentran en los sentimientos de los personajes. En una ocasión la llevé a ver una película en la que la protagonista repasaba su adolescencia y la relación con su madre mirando cómo su lavadora daba vueltas mientras hacía la colada. Zita se levantó en mitad de la sala del cine Albéniz y me dejó allí sola, mientras yo lloraba como una magdalena, emocionada por la película; que, por cierto, me encantó. Desde ese día, ha catalogado ese tipo de películas como las pelis de "la lavadora".

—Debimos habernos ido, como sugeriste…

—¡Te lo dije! Habríamos estado genial en Granada de fin de semana las dos solas.

—Ya es tarde, ¿no?

—Hombre, un poco precipitado sí que es. ¿Sabes lo que puedo hacer mientras que tú eliges la peli? Voy a llegarme al quiosco de en frente a por pipas, gusanitos, kínder bueno, y esas chuches asquerosas de regaliz que te gustan. ¡Nos vamos a poner como el Kiko! Anda y que le den morcilla a la dieta. Luego pedimos chino o nos vamos a cenar por el centro.

—De acuerdo, amiga. Una cosa…

—Dime…

—Gracias, te quiero.

—Y yo ti, tontorrona, ahora vuelvo.

Eduardo espera a las puertas de la iglesia. Lleva un chaqué gris y está muy nervioso. Toda su familia ha venido. La iglesia está abarrotada de personalidades de la localidad y gente influyente con la que el padre de Carmen tiene negocios. No sabe por qué, pero la corbata le aprieta demasiado, casi lo asfixia; aunque tal vez sea que no está seguro de lo que va a hacer… tal vez el error más grande de su vida, pero parar esto aquí sería un escándalo enorme delante de todo el

mundo. Su madre lo mira. Ella que lo conoce bien, lo nota raro.

—¿Te preocupa algo? Hijo, ¿estás seguro? Mira que, si no lo estás, cogemos y nos vamos… tú no le debes nada a nadie. Edu mira a su madre y sonríe nervioso. Está a punto de decirle que pare toda esta pantomima, que Carmen no es la mujer de su vida, pero no puede. Tiene miedo a decepcionar a tantísima gente, que prefiere sacrificar su propia felicidad.

—No, no es nada, mamá. Solo los nervios normales del día.

—Vale, si tú lo dices… no olvides que fui yo quien te parió, hijo. Te conozco… —su madre lo mira de arriba abajo esperando la mínima señal para agarrarlo del brazo y largarse de allí. Está contenta con la boda porque la muchacha es un partidazo, pero conoce a su hijo y no lo ve feliz del todo.

—Pss, pss.

Edu mira atrás y ve a uno de los alumnos del crucero que le hace señales con la mano. Le saluda y le vuelve la cara, enfilando la plaza por la que debe aparecer la novia. La plazoleta está adornada con guirnaldas, flores y se ha cortado el acceso a los vehículos por el enlace.

—Profe, profe…

Mira hacia atrás de nuevo y le sonríe otra vez.

«¡Qué chico más pesado…!» —piensa.

El muchacho, lejos de cejar en su empeño, le apremia para que se acerque, haciéndole más señas. Eduardo mira el reloj, aún son las seis y veinticinco; se suelta del brazo de su madre y se dirige hacia un costado de la iglesia solitario.

—Dime, Esteban. ¿Qué quieres hombre? ¡No ves que me caso!

—Ya lo sé, profe, pero antes quería que viera este video…

—¿Qué video, Esteban? Mira que no tengo tiempo de ver ahora Tik Tok.

—No, es un video del crucero…

El muchacho le deja su móvil. En la pantalla aparecen Carmen y Leonor en el pasillo de su camarote, parece la noche de la cena del capitán. Carmen está muy furiosa y Leonor parece sorprendida, incluso algo asustada. Se acerca para escuchar el audio al oído porque con el barullo en la plaza no se escucha bien.

"…Sí, no me mires con esa cara de mosquita muerta. Sé lo que intentas: quieres quitármelo. Pero que te quede muy claro: Edu es mío. No te creas que no sé que llevas algún tiempo remolineando alrededor de él. ¡Escúchame, puerca! No te vas a salir con la tuya. O lo dejas en paz ahora mismo y te olvidas de él, o te juro que los contactos rusos de mi padre en la costa te harán una visita cuando lleguéis a Málaga. Sabemos dónde vives…"

Eduardo no da crédito. No creyó a Leonor cuando le contó que Carmen la había amenazado de muerte. Sin embargo, aquí estaba la prueba, todo lo que necesitaba para convencerse de que Carmen no es la mujer con la que debe casarse.

—¡Gracias, Esteban! Tu móvil es Iphone, ¿verdad? Mándame el video por Airdrop, por favor.

—Ahí lo tiene.

—Gracias… una pregunta, ¿por qué me enseñas este video, ahora?

—Porque la señorita Leonor es muy buena siempre conmigo y se nota que ella sí lo quiere de verdad…

Eduardo vuelve a subir las escaleras de la iglesia hasta la entrada donde se encuentra su madre.

—¡Madre! Me voy… no puedo seguir con esto…

—¿Seguro? —pregunta sin sorprenderse y, en parte, aliviada.

—Sí, ¿te encargas tú?

—Sí, ¡por supuesto! —dice recomponiéndose y mirando a su hijo que baja las escaleras hacia la parte trasera de la iglesia. La mujer suspira por todas las explicaciones que tendrá que dar, pero está satisfecha porque su hijo no será un infeliz el resto de su vida, por no saber decir que no, a tiempo.

Edu busca un taxi libre por los alrededores de la plaza. Todo está cortado. No sabe qué hacer o dónde ir, tal vez un Uber… en las películas tipo *novia a la fuga*, siempre aparece alguna amiga, familiar o alguien conocido que le ayuda a escapar. Cuatro o cinco calles más abajo, ve un taxi que está dejando a una pareja. Eduardo solo espera no encontrarse con el coche de la novia de frente mientras trata de subirse al taxi. Necesita escapar de ahí ya, o no tendrá fuerzas para tomar esta decisión una segunda vez. La pareja que deja el taxi parece muy arreglada. No los conoce, aunque no puede asegurar que no sean invitados de su boda.

—¿Está libre? —Pregunta asfixiado.

La mujer taxista lo mira de arriba abajo y sonríe.

—Anda sube, guapetón. He terminado el turno, pero… o se te han olvidado los anillos en casa o tú te estás escapando de la boda…

Eduardo le sonríe nervioso y salta dentro del taxi. El vehículo gira y se aleja rodeando la plaza de la iglesia que está cortada, pero eso él ya lo sabe.

—¿A dónde?

—A donde sea…

—Esa carrera te va a salir cara, amigo… ¿algún lugar en concreto…?

—Se lo digo por el camino.

—No he encontrado nada, Zita. No hay nada apetecible ni en Netflix, Amazon Prime o HBO…

—Lo he pensado mejor. ¡Cámbiate! Que nos vamos.

—¿Nos vamos a Granada? Estás más loca que yo, pero no decías que era tarde…

—No, ¿quién ha dicho Granada? Nos vamos al Muelle Uno.

—¿Al puerto?

—Sí. Vamos a coger el catamarán ese que tenías tantas ganas con DJ. Estaba en el quiosco esperando mi turno, mirando Instagram y me ha entrado una publicidad. Me he metido a ver los horarios y hay uno que sale a las siete.

Leonor mira su reloj.

—Pero si son las seis y media pasadas…

—¿Y? Dejamos el coche en el parking del puerto y nos subimos al barco directamente. No te puedes negar… veremos la puesta de sol y nos beberemos unos copazos mientras bailamos. Además, ya he comprado las entradas online, quince euros, yo invito… ¡vamos! Date prisa. No te vas a quedar aquí llorando por el gilipollas ese.

Llegamos corriendo como dos locas hasta el muelle donde está atracado el catamarán. Todo el mundo está subido y empiezan a recoger la pasarela. Son las siete y dos minutos.

—¡Oiga, esperen! Por favor, que es un regalo para mi amiga… es que acaba de divorciarse… por favor, ¡no se vayan!

El mozo le hace una señal al coordinador del barco y detienen los motores. Zita les enseña el código QR del móvil y entramos.

—¡Por los pelos! Hazte la dolida, que te acabas de divorciar… sígueme el rollo; aunque luego

nos hacemos fotones...

—Vale. Busco mi móvil, pero recuerdo que lo dejé cargando encima de la mesita pequeña. ¡Mierda!

—¿Qué te pasa?

—Se me ha olvidado el móvil en casa… con tantas prisas.

—Bueno, no te preocupes. Yo tengo el mío. Hacemos las fotos con este…

Me quedo callada y miro a la gente que nos observa como diciendo por culpa de estas tardonas aún no hemos salido. Sonrío tímidamente y busco un sitio con la mirada… todos cogidos.

—Era por si alguien me llama…

—¡Déjate de rollos! A estas horas ya está casado. Tú disfruta del barco, el musicón y la puesta de sol… mira, mira, que ya nos vamos. Anda vamos a pedir una copita de rosé y buscamos sitio por el otro lado.

Al cabo de un rato estamos sentadas haciéndonos selfies en la red flotante que hay en medio del catamarán, con la espuma del mar salpicándonos por debajo y la bahía de Málaga detrás. El sol se está poniendo. El dj es buenísimo y tiene la mesa de mezclas justo al lado nuestra. Zita no puede contenerse y empieza a bailar junto a él. Le da el micrófono y empieza a contarle a las cien personas del barco que me he divorciado, estoy muy triste; que hagan lo posible por animarme… Imaginaos la que lía… todos los solteros del barco enfocan su atención sobre mí. El dj me sube en una plataforma junto a él para que baile y se me quiten las penas. Además, en la barra me invitan a otra copa para aliviar mi dolor. Zita lo graba todo, divertida.

Cuando nos adentramos más en el mar, ya está apunto de atardecer, así que bajan la música de manera que el momento se vuelve más mágico aún. Se me saltan las lágrimas y mi amiga me abraza. Solo escuchamos el mar acariciar el casco del catamarán y alguna extraviada gaviota que nos sobrevuela…

—Te voy a hacer una foto con este atardecer… el primero del resto de nuestras vidas. Sécate las lágrimas y no seas más tonta, por favor.

Cuando me hace la foto. Le entra una llamada. Pone cara de extrañeza y se va hacia la zona de dentro para no fastidiar el momento Zhen del exterior, mientras habla por teléfono.

—¿Edu? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo…

—Dime, ¿qué ocurre? Bueno, supongo que… enhorabuena…

—¿Sabes dónde está Leonor? La he llamado un montonazo de veces y no me responde… necesito hablar con ella.

—Sí, está conmigo… pero creo que deberías dejarla en paz. Ya está bien. Lo está pasando muy mal; así que creo que debo colgarte. Que seas muy feliz en tu matrimonio. Leonor no es mujer de segundo plato.

—No, espera, por favor, necesito hablar con ella. Dile que no me he casado.

Zita habla unos instantes más con Edu y le cuelga.

Cuando vuelve, tiene el semblante serio.

—¿Quién era?

—Nadie. Uno de las compañías telefónicas para que me cambie… ¡No tendrá otro momento! ¡Joder, voy a perderme la puesta de sol tan bonita por su culpa!

Regresamos media hora después al puerto de Málaga, cuando ya ha anochecido. El Muelle Uno está precioso con todos los edificios, las terrazas y los bares iluminados. La música del

catamarán resuena por todo el puerto conforme nos vamos acercando y la gente que está cenando o paseando por el bulevar de las palmeras nos miran divertidos cómo bailamos y saltamos en la cubierta del barco. No quiero que acabe. Ha sido alucinante, emotivo y aliviador.

—¡Me ha encantado! Zita, tenemos que repetir. Es un puntazo el catamarán este.

—Dile adiós al dj que parece que le has gustado…

—Zita, podría ser mi hijo… —sonrío mientras empiezo a caminar por la pasarela.

Cuando voy a poner un pie en tierra firme, alguien me ofrece su mano para agarrarme y bajar. Me sujeto mirando el suelo porque pienso que es el mozo que está allí para ayudarnos. Sin embargo, levanto la mirada y es Edu, vestido con su chaqué, ajeno a las miradas de extrañeza de todo el mundo que se baja del barco al verlo de esa guisa allí. El corazón me da un vuelco y empieza a latir a mil por hora.

—Pero, ¿qué haces aquí…? ¿Cómo sabes…?

No sé qué está pasando… estoy en tierra firme y me apoyo en una farola que hay cerca porque aún tengo en el cuerpo el vaivén del barco. Las tres copas que nos hemos tomado y todos los saltos y brincos que hemos dado, junto con la emoción de ver a Eduardo aquí, no contribuyen a que mantenga la verticalidad.

—Alguien me ha chivado dónde estabais… —dice mirando a Zita.

—Yo no sabía nada, te lo prometo, hasta que Eduardo me ha llamado por teléfono. No he querido decirte nada, para que no te agobiases antes de regresar al puerto. Creo que lo mejor es que me vaya. Os dejo solos. Edu tiene que hablar contigo. —Zita se acerca y me da dos besos— si necesitas ayuda, sílbame— y me guiña un ojo.

Mil cosas pasan por mi cabeza a cien kilómetros por hora, tantas que me marean más que el meneo del catamarán o las copas que llevo encima. Hay una pregunta que me ronda por la cabeza, la pregunta más obvia:

«¿Se ha casado? ¿Qué hace aquí?».

—Supongo que te estarás preguntando ¿qué hago aquí? —sonríe con el nudo de la corbata flojo, la chaqueta abierta y el chaleco del chaqué desbotonado por la parte superior. Asiento con la cabeza y continúa—. ¿Quieres que nos sentemos a tomar algo?

—No. Ahora mismo prefiero caminar —le miento, porque me tiemblan las piernas. No puedo creer que haya estado llorando hace un rato por que se estaba casando y ahora esté aquí delante.

—De acuerdo. Caminemos.

Andamos unos instantes sin hablar. Solo sonreímos de vez en cuando y yo sacudo la cabeza de incredulidad. Cuando estamos caminando más apartados del gentío, más cerca del mar, suelta la bomba.

—Leonor, no me he casado. No estaba seguro de querer continuar con esa farsa. Ahora sé que quiero estar contigo. Estoy enamorado de ti. Carmen debe estar despotricando y su padre estará prendiéndole fuego a media ciudad. Sin embargo, me da igual. Te quiero a ti.

No sé por qué, pero al escuchar todo aquello que había estado deseando hasta hace cinco minutos, no siento el impulso de saltar a sus brazos y decirle que yo también le quiero, que yo me casaré con él. Tal vez me frene el hecho de que ha estado a punto de casarse con otra y que me ha ignorado durante todos estos días mientras yo sufría por él.

—Me han enseñado un video en el que se ve cómo Carmen te amenaza de muerte y tú no le dices nada. Fue ella la que me mintió… lo siento. Debí creerte —confiesa arrepentido y trata de coger mi mano, pero resbala porque nota cierta frialdad en mí, que no hago nada por sujetarla.

—Eduardo. He sufrido mucho estos días. Te juro que he deseado que la boda se suspendiese

cientos de veces en mi imaginación. Es un alivio saber que me crees, por fin. Pero has necesitado un video para creerme y no creerla a ella; para dejarla… Supongo que eso no es lo que yo había imaginado. Admito que había fantaseado con que esta mañana llegases a mi casa y me dijeses que no te casabas, que estabas loco por mí y todo eso…

—Y lo estoy.

—Tú me entiendes…

—He suspendido la boda por ti, porque quiero apostar por lo nuestro.

—No, eso no es del todo cierto. En primer lugar, has cancelado la boda por ti. Porque en el fondo sabías que no eras feliz con Carmen, por eso te fijaste en mí. En segundo lugar, la has cancelado porque esa tóxica novia tuya tiene ramalazos de sociópata y no te mereces a alguien así en tu vida, por mucho dinero que pueda tener —me detengo y le miro a los ojos—. Edu, ahora soy yo la que no confía… y te juro que me gustas mucho, muchísimo, que cuando estoy contigo me siento muy a gusto, la mujer más feliz del mundo…

—¿Entonces? Eso es un sí….

—¿Un sí? que yo sepa nunca me has hecho ninguna pregunta para responderte: "sí"

—¿Quieres que estemos juntos? —Me pregunta con los ojos muy abiertos, como apremiando una respuesta afirmativa por mi parte. Arrugo la frente y lo miro algo desconcertada—, quiero decir que si quieres ser mi novia, mi pareja.

No sé si alguna vez habéis deseado algo tanto que cuando lo habéis conseguido o habéis estado apunto de conseguirlo, se os han quitado las ganas de tenerlo. Pues yo tengo una sensación parecida. Un montón de sentimientos encontrados entre el amor y ser el segundo plato de alguien.

—Verás, Edu. No es tan sencillo. Yo no quiero ser la segunda opción de nadie…

—No eres eso, te recuerdo que la he dejado por ti.

—Bueno, dejémoslo en que la has dejado y punto. No pretenderás que te dé las gracias o algo así, ¿no?

—No, pero no sé por qué te pones así. Te estoy diciendo que quiero estar contigo. Cuando estamos juntos me siento completo. La noche que dormimos abrazados fue la noche más bonita de mi vida…

—Eso sí… eso está mejor… Veamos, Edu, me gustas mucho, joder, estoy enamorada de ti; incluso creo que he llegado a quererte. Sin embargo, cuando volvimos del crucero, fuiste tan frío conmigo que ahora me cuesta creer tus sentimientos. Tengo la sensación de que cuando volvamos del paseo, te darás la vuelta y saldrás corriendo a pedirle perdón a tu ex para que vuelva contigo.

—Eso no va a suceder. Leo, si tú me dices que quieres estar conmigo, jamás habrá nadie más. Lo único que deseo es hacerte feliz.

—De acuerdo. Supongamos que te creo. ¿No entiendes mi inseguridad hacia tus sentimientos…? Edu, todavía me acuerdo con la frialdad que me hablaste cuando te vi en el instituto después del viaje. ¡Joder! Que vinimos desde Valencia hasta Málaga cogidos de la mano por debajo de la chaqueta, ¡un montón de kilómetros! Y luego volviste con tu novia, con tu vida y te olvidaste de mí, como si nada. ¿Qué te pasó?

—Lo siento. Me asusté. Lo siento muchísimo… por eso no he seguido con la boda. Te quiero a ti…

Esta es la primera vez que me dice *te quiero* un chico con el que ni siquiera he empezado a salir… Siento ganas de besarlo, pero no quiero que me malinterprete. Ahora que lo tengo

delante, parece que todo el resentimiento sale a flote.

—Sabes, es duro cuando te ilusionas y te desilusionas tan rápido con una persona y, además, más de una vez. Porque ya no sabes dónde estáis, en qué punto de la relación os encontráis. Si ahora toca el momento feliz o saldrá corriendo hacia su otra vida cuando te des la vuelta. No creo que me merezca eso…

—Leo, olvídate de ella. No hay otra vida ya. Estoy aquí contigo, por ti, por mí, por nosotros, en chaqué, en mitad del puerto de Málaga con todo el mundo mirándome, haciendo el ridículo y me da igual. He sentido la mayor angustia del mundo…

—¿Por suspender la boda?

—¡Al cuerno la boda! ¡Qué va! He sentido angustia, ansiedad, por no encontrarte y poder decirte lo que siento realmente, por no poder volver a besarte nunca más.

Entonces, y aunque mi mente me dice que no lo haga, que no me merece y que me voy a arrepentir, me pongo de puntillas, le agarro de la nuca y lo beso. Un beso lento e intenso para comprobar si es él. Si él es el hombre que puede ser mi hogar. Se me erizan los vellos de los brazos y siento cosquillitas, unos calambres en el estómago que me indican, sin lugar a dudas, que es él.

Cuando nos separamos, Edu sonríe feliz y triunfal.

—No te emociones. De momento es un No. Prefiero estar sola. No creo que sea bueno para ti dejar una relación y enganchar otra tan rápido. Ahora mismo casi estarías de luna de miel… pero sí te digo que podemos intentarlo más adelante, poco a poco. El tiempo y nuestras ganas nos dirán hasta donde podemos llegar. ¿Te parece?

—Me parece —me mira con los ojos brillosos y no suelta mi cintura mientras nuestros rostros aún permanecen muy cerca, casi rozándose. Cuando nos separamos del todo y me adelanto un poco, me pregunta: —¿Puedo cogerte la mano mientras paseamos?

Y esa me parece la pregunta más bonita que pudiera hacerme la persona que va a empezar a ser alguien en mi vida. El tacto de una mano contra otra me parece el acto más bonito y sincero que puedes tener con la persona que quieres. Puedes transmitir tantos sentimientos y recibir tantas sensaciones al acariciar la palma de una mano… que le digo que sí con la cabeza.

Me da su mano. Yo me agarro de su antebrazo con la otra. Apoyo mi cabeza en su hombro mientras paseamos.

Aquí comienza mi gran historia de amor. Podría haberos dicho que comimos perdices y fuimos felices. Que me bajé del barco, me besó y me pidió de rodillas que me casase con él, pero entonces, no habría sido sincera. Habría jugado con vuestras ilusiones y eso, queridos lectores, he aprendido que no se hace, que es una gran putada. Así que, solo puedo deciros que esta es mi historia de amor. Una historia aún por vivir, por disfrutar y por explorar. La cuál espero sea la definitiva y si no lo es… pues habrá que seguir buscando, que la vida es muy bonita y en buena compañía, aún mejor.

Deseo que seáis felices, viváis cada momento como si fuese el último y aprovechéis las oportunidades que os brinde la vida. Yo, mientras, estaré por aquí; tratando de conseguir ser feliz también.

Besos,

Leonor Amor.

Deseo que hayas disfrutado con esta novela y te invito a que dejes tu opinión en forma de palabras o estrellitas. Confío en que hayas disfrutado de la historia de Leonor y hayas pasado unos momentos de lectura divertidos y amenos. Esa era mi intención. Si te ha gustado este libro, puedes encontrar muchos más por Amazon de géneros muy diversos: romance, thriller, fantasía… si te apetece seguirme para saber más de mis libros este es mi *Instagram*, *TIKTOK y Twitter*: **@poetarrepentido.**

Un abrazo enorme y mil gracias por haber escogido este libro entre tantas posibilidades de lectura.

Rafael Alcolea.